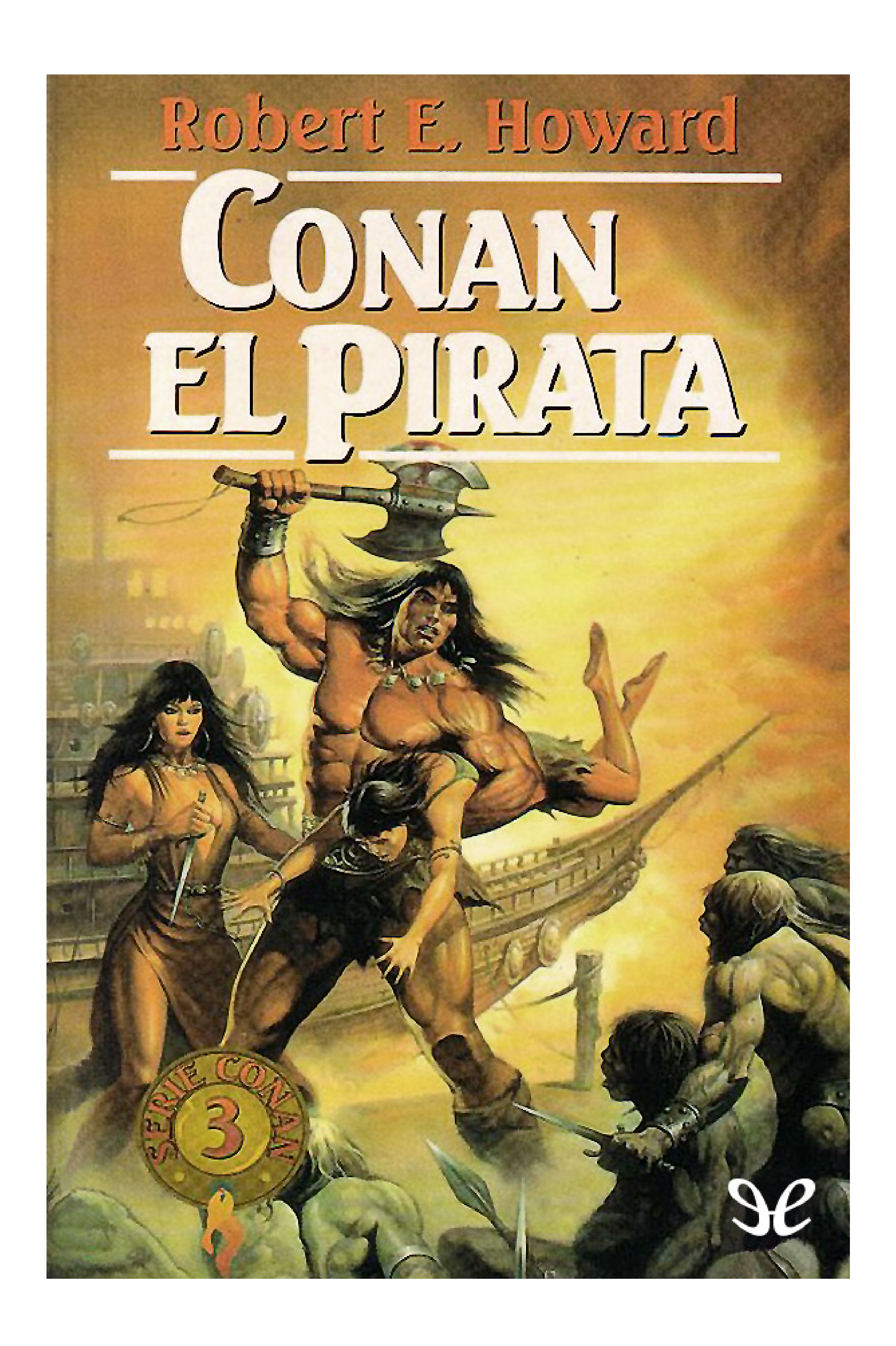

Robert E. Howard
CONAN
EL PIRATA
SERIE CONAN
3

Durante el tiempo que vive como compañero de Belit, Conan se gana el apelativo de Amra el León, nombre por el que será conocido siempre en la costa negra y el reino semicivilizado de Kush. De regreso al norte, Conan sirve durante breves períodos como guerrero en diversas guarniciones y ejércitos. Pero el bárbaro no tiene madera de servidor y siempre encuentra motivos para buscar fortuna en otra parte. Sus correrías y la suerte del mercenario, le llevan a formar su propia banda de forajidos. Hasta que eventualmente, sus actividades llegan a enfrentarle a su antiguo señor el rey Yildiz de Turán.



Robert E. Howard & L. Sprague de Camp

Conan el pirata

Conan: Serie Conan - 3

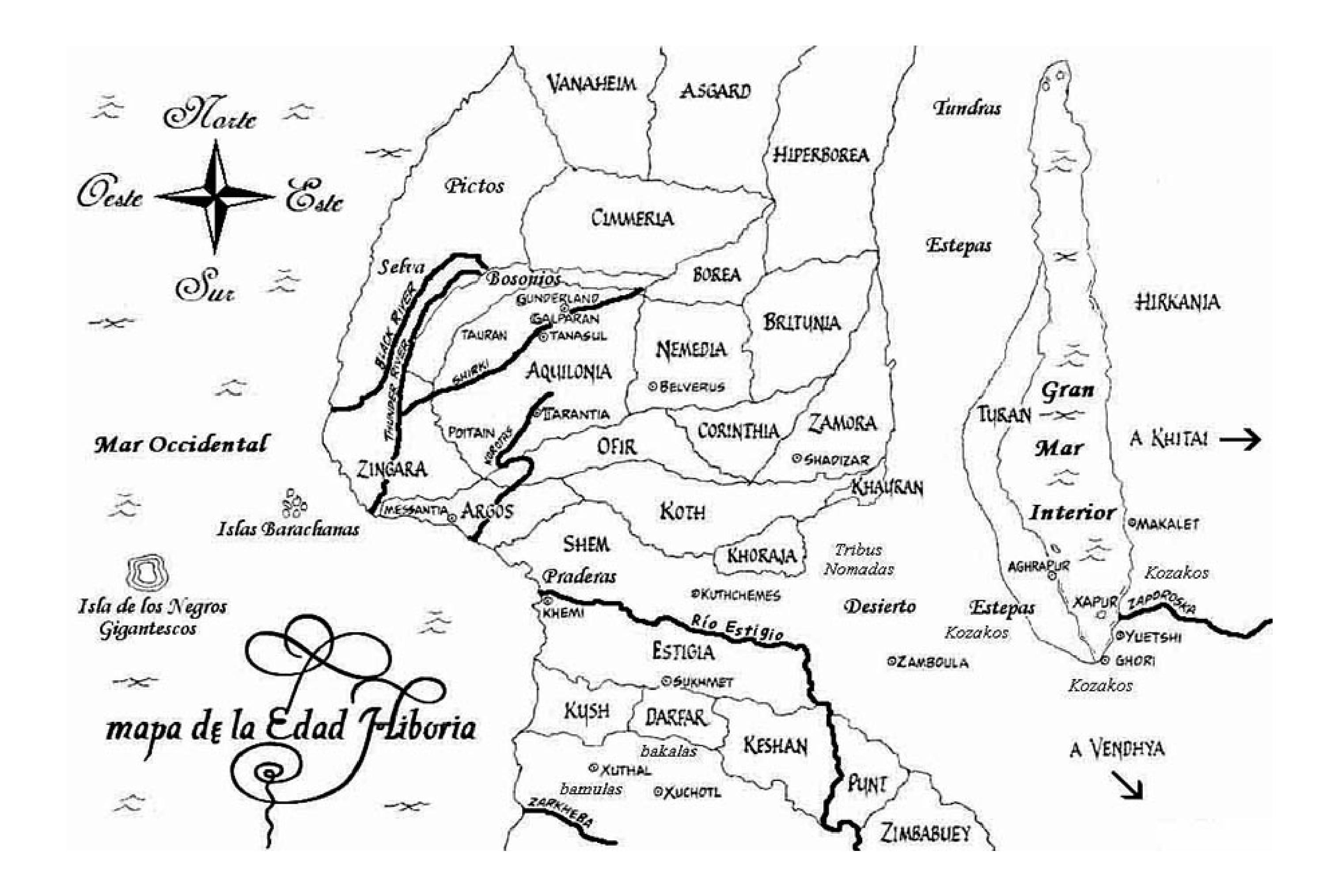
ePub r1.1
Titivillus 09.04.16

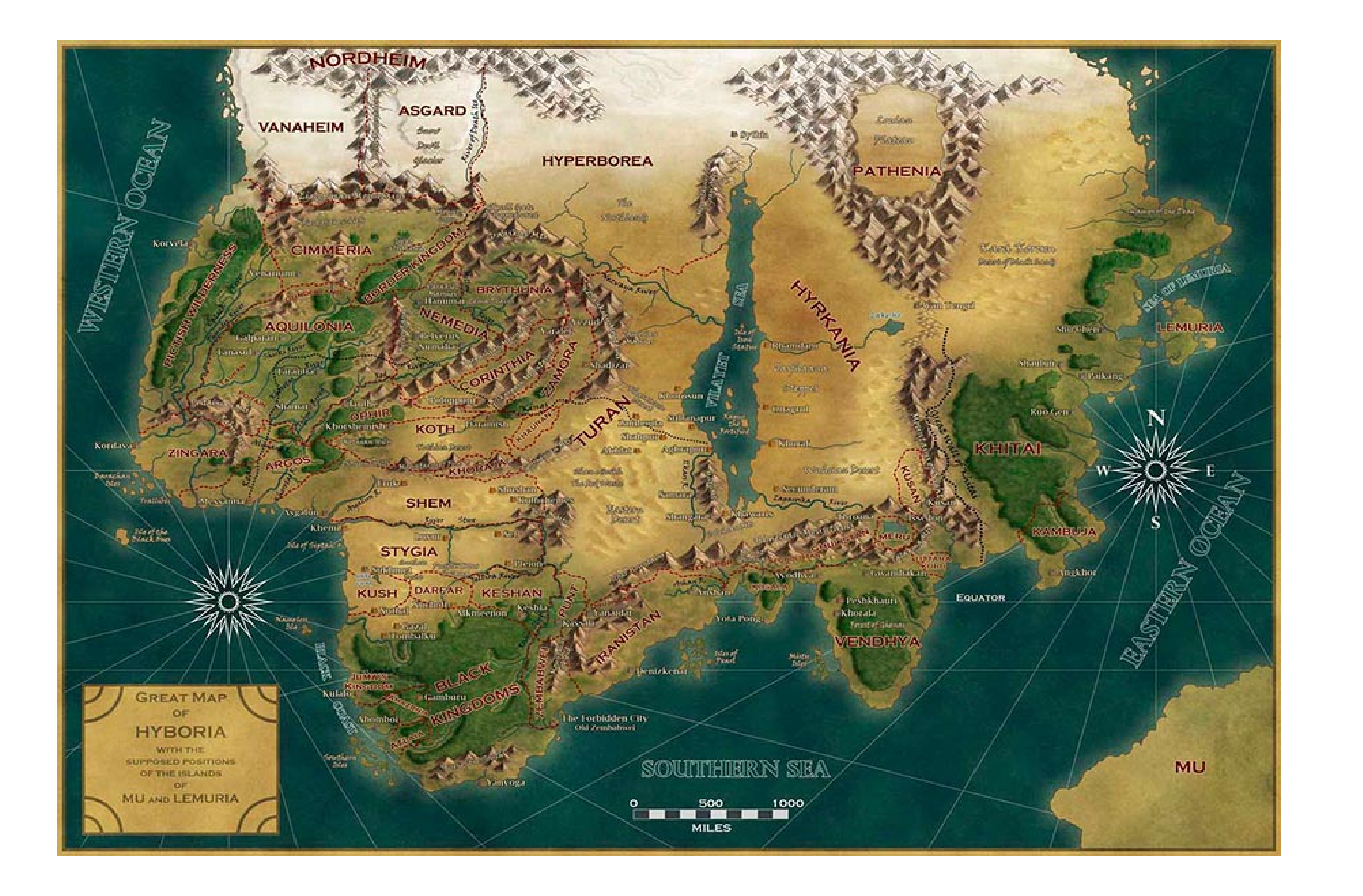
Título original: *Conan the freebooter*
Robert E. Howard & L. Sprague de Camp, 1968
Traducción: Beatriz Oberländer

Relatos:
Hawks Over Shem, Robert E. Howard & L. Sprague de Camp, 1955
Black Colossus, Robert E. Howard, 1933
Shadows in the Moonlight, Robert E. Howard, 1933
The Road of the Eagles, Robert E. Howard & L. Sprague de Camp, 1955
A Witch Shall Be Born, Robert E. Howard, 1934

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




Norte
Oeste
Este
Sur
VANAHEIM
ASGARD
Tundras
HIPERBOREA
Pictos
CIMMERIA
Estepas
Selva
Bosonios
BOREA
HIRKANIA
GUNDERLAND
GALPARAN
TANASUL
TAURAN
BLACK RIVER
THUNDER RIVER
SHIRKI
NEMEDIA
BRITUNIA
AQUILONIA
BELVERUS
TARANTIA
POITAIN
KHOROTAS
CORINTHIA
ZAMORA
SHADIZAR
OFIR
Mar Occidental
ZINGARA
MESSANTIA
ARGOS
KHAURAN
KOTH
Islas Barachanas
SHEM
KHORAJA
Tribus Nomadas
Praderas
KUTHCHEMES
KHEMI
Desierto
Estepas
Kozakos
Río Estigio
ESTIGIA
ZAMBOULA
SUKHMET
Isla de los Negros Gigantescos
KUSH
DARFAR
KESHAN
bakalas
XUTHAL
bamulas
XUCHOTL
ZARKHEBA
PUNT
ZIMBABUEY
TURAN
Gran
Mar
Interior
A KHITAI
MAKALET
AGHRAPUR
XAPUR
ZAPOROSKA
Kozakos
YUETSHI
GHORI
Kozakos
A VENDHYA
mapa de la Edad Hiboria


GREAT MAP OF HYBORIA WITH THE SUPPOSED POSITIONS OF THE ISLANDS OF MU AND LEMURIA
NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HYPERBOREA
PATHENIA
CIMMERIA
BORDER KINGDOM
BRYTHUNIA
NEMEDIA
AQUILONIA
PICTISH WILDERNESS
CORINTHIA
ZAMORA
OPHIR
KOTH
TURAN
HYRKANIA
VILAYET SEA
ZINGARA
ARGOS
KHORAJA
SHEM
STYGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
PUNT
IRANISTAN
ZEMBABWEI
BLACK KINGDOMS
VENDHYA
KUSAN
KHITAI
KAMBUJA
LEMURIA
MU
WESTERN OCEAN
EASTERN OCEAN
SOUTHERN SEA
EQUATOR
N
E
S
W
0
500
1000
MILES
The Forbidden City
Old Zembabwei
Korvela
Kordava
Khemi
Vendhya
Yota Pong
Angkhor
Kulalo
Gamburu
Abombi
Peshkhauri
Khorala

Introducción

Robert Ervin Howard (1906-1936), el creador de Conan, nació en Peaster, Texas, y vivió la mayor parte de su vida en la ciudad de Cross Plains, situada en la zona central de Texas. Durante su breve vida (que terminó en suicidio a la edad de treinta años), Howard escribió y publicó una gran cantidad de relatos de diversos géneros populares: deportivos, de detectives, del Oeste, históricos, de aventuras, de ciencia ficción, cuentos de misterio y de fantasmas, además de poesías y cuentos fantásticos. De las diversas series de relatos de fantasía heroica, las más conocidas son las historias de Conan. Dieciocho relatos de Conan fueron publicados en vida de Howard; otros ocho, desde meros fragmentos y esbozos hasta manuscritos completos, han aparecido entre los papeles de Howard a partir del año 1950. Las historias inacabadas han sido completadas por mi colega Lin Carter y por mí.

Por otro lado, a comienzos de la década de los cincuenta, rescribí cuatro cuentos de aventuras orientales de Howard que se encontraban en forma de manuscrito y que, naturalmente, todavía no habían sido publicados, y los convertí en historias de Conan cambiando nombres, suprimiendo anacronismos e introduciendo elementos mágicos y sobrenaturales. Esto no fue difícil, puesto que los héroes de Howard, en líneas generales, están cortados por el mismo patrón y la obra resultante, a pesar de mi colaboración póstuma, sigue siendo básicamente creación de Howard. Dos de estos cuentos retocados aparecen en este libro de relatos de Conan: *Halcones sobre Shem* (llamado originalmente *Halcones sobre Egipto*), una historia que tiene lugar en Egipto en el siglo XI, bajo el reinado del califa loco Hakim, y por otro lado *El Camino de las Águilas*, situada en el Imperio otomano en el siglo XVI.

Además, mis colegas Lin Carter y Björn Nyberg han colaborado

conmigo en la creación de varios pastiches basados en algunas pistas que encontramos en las notas y cartas de Howard.

Las historias de Conan se desarrollan en la Edad Hiboria inventada por Howard, que existió imaginariamente hace doce mil años, después del hundimiento de Atlantis y antes del comienzo de la historia escrita conocida por todos. Conan, un gigantesco aventurero bárbaro originario de las atrasadas tierras del norte, concretamente de Cimmeria, llegó de joven al reino de Zamora, donde llevó una vida precaria como ladrón, profesión que ejerció también en los países vecinos. Después sirvió como mercenario, primero en el ejército de Turan y más tarde en los reinos hiborios.

Obligado a huir de Argos, Conan se hizo pirata y viajó por las costas de Kush, asociándose a una pirata llamada Belit, que contaba con una tripulación de corsarios negros. Después de la muerte de Belit y de algunas aventuras espeluznantes entre varias tribus negras, volvió a alistarse como mercenario en Shan. Es aquí donde comienza este volumen de cuentos.

Hace aproximadamente veinte años, mi viejo amigo John D. Clark, químico y entusiasta aficionado de Conan desde mucho antes que yo, preparó para su publicación en Gnome Press los diez relatos que entonces se conocían. En esa ocasión escribió una elocuente introducción para el primer volumen de la serie de Conan, que nos da una visión del mundo imaginario de Howard en general y de las historias de Conan en particular.

El doctor Clark me ha dado autorización para que lo cite:

> *Tropecé con la Edad Hiboria hace casi diecisiete años. Fue un encuentro extraordinario, que tuvo lugar un día que me sentí atraído por una llamativa cubierta de la revista* Weird Tales *de septiembre de 1933, en la que se leía* The Slithering Shadow *(La sombra deslizante), y así conocí a Conan. Fue un encuentro fructífero que dio lugar a una relación que duró muchos años, y desde entonces he seguido las aventuras de ese personaje poco convencional con mucho interés. Poco después (en 1935 más o menos), Schuyler Miller y yo decidimos desentrañar el mundo de Conan, lo que nos resultó muy fácil. Los distintos países aparecían sobre el papel y encajaban casi perfectamente en un verdadero mapa. Le escribimos a Howard y pudimos comprobar*

que el mapa que él había hecho coincidía casi exactamente con el nuestro; la biografía de Conan que él había escrito también era idéntica en los puntos más importantes a la que Miller y yo habíamos elaborado a partir de los datos que contenían las historias. Si no recuerdo mal, uno de los únicos puntos de desacuerdo se refería a una diferencia de dos años en la edad de Conan en alguna de las historias.

En ese momento nos dimos cuenta de que nos encontrábamos frente a un narrador que conocía su oficio. Y cuando leímos el manuscrito de la Edad Hiboria poco antes de que fuera publicado, estuvimos seguros de ello.

De todos modos, en los años siguientes conseguí reunir el resto de los cuentos fantásticos de Conan añadiéndoles, entre otros, los del Rey Kull. Era evidente que aun cuando algunos de ellos aparentemente habían sido escritos antes de que se le ocurriera esa magnífica idea, pueden inscribirse perfectamente en su mundo…

En las historias de Conan hay fragmentos de la biografía de ese personaje extraordinario, tal como hemos deducido Miller y yo, que dan cuenta de la mayor parte de los viajes y aventuras que no aparecen en los propios relatos. Sin embargo, no se explica cómo consigue deshacerse de la mujer de la que habitualmente está prendado al final de cada uno de los cuentos y cómo consigue otra en el relato siguiente. Dicho sea de paso, puedo sugerirlo como tema de estudio para un doctorado. Los resultados de la investigación literaria pueden ser al menos tan interesantes y útiles como un ensayo que pretenda esclarecer definitivamente si Francis Bacon o el Conde de Oxford fueron realmente quienes escribieron las obras del supuesto escritor llamado William Shakespeare…

No pretendo escribir acerca de Robert E. Howard como ser humano. No lo he conocido personalmente, y quienes tuvieron el gusto seguramente podrían hacerlo mejor que yo. Yo lo conocí solo como autor de algunos cuentos fantásticos increíblemente buenos. Lo único que no muere con el cuerpo de un escritor son sus historias… y los relatos de Howard no van a morir entre quienes aman sinceramente y con entusiasmo la aventura con mayúsculas. Usted probablemente sea uno de esos lectores,

porque de lo contrario no habría comprado este libro.

Howard era un narrador de primera clase, con un asombroso dominio técnico y sin ningún tipo de inhibiciones. Tomó con entera libertad lo que le gustaba de los aspectos más espectaculares de todas las épocas y lugares, nombres propios de todo tipo de origen lingüístico imaginable, armas de cualquier lugar y época, grupos sociales y costumbres del mundo antiguo y medieval y lo combinó todo creando un universo coherente y sin una sola brecha visible. Luego agregó una gran dosis de elementos sobrenaturales para dar más color y sabor al conjunto, y el resultado es un universo de color púrpura, dorado y carmesí en el que todo es posible, salvo el tedio.

Los héroes de Conan nunca son profundos, pero jamás resultan aburridos. Kull, Solomon Kane, Bran Mak Morn y Conan mismo están vivos, hablan, caminan y están hechos de una sola pieza. Tal vez no sean la clase de personas a quienes invitaríamos a una fiesta de sociedad, pero ciertamente no son personajes fáciles de olvidar. Conan, el héroe entre todos los héroes de Howard, es el bravucón armado, indestructible e irresistible que todos hubiésemos deseado ser en un momento u otro de nuestras vidas; las mujeres, tanto en apariencia como en maneras y vestimenta (o en la ausencia de esta) son las integrantes perfectas de los harenes tal como estos deberían ser, pero no son (¿y no es una pena, y no sería agradable que fueran más comunes?); los villanos son perfectos villanos; los brujos son brujos con espadas, y las apariciones que conjuran o que están bajo su poder no son (¡gracias a Dios!) de este mundo.

Por encima de todo, Howard era un narrador. Eso es evidente desde el comienzo hasta el final de cada historia. Siempre está ocurriendo algo y la fluidez de la acción nunca decae: un incidente se funde suave e inevitablemente con el siguiente sin una pausa para el lector. No hay que buscar significados filosóficos ocultos ni rompecabezas intelectuales en los cuentos, porque no se encontrarán. Howard era un narrador. Sus relatos son aventuras de capa y espada llevadas al límite e incluso un poco más allá, condimentadas con algo de sexo para alejar el tedio de cualquier biblioteca.

De modo que aquí está el libro. Si usted ha leído a Conan, ya

sabe a qué atenerse. Si no lo ha hecho y es adicto a las aventuras fantásticas, puede reparar la falta y sentarse a leer ahora mismo historias de dioses, demonios, guerreros y sus mujeres, y de sus aventuras en un mundo que nunca existió, pero debió existir. Si la historia que se presenta no coincide con lo que usted sabe acerca de esta —si la etnología es extravagante y la geología aún más— no se preocupe. Howard escribía acerca de una Tierra diferente de esta…, una Tierra pintada con colores más brillantes y a mayor escala.

Sin embargo, si usted insiste en leer historias realistas —si para usted las novelas tienen que tratar de seres introvertidos y sufrientes en un universo brutal—, si el estilo que le gusta es el «real como la vida misma» o ha de estar relacionado con la psicopatología o con la situación del mundo, entonces, amigo, este no es un libro para usted. Será mejor que se encierre en algún cuartucho a leer Crimen y castigo. *Pero yo no estaré allí con usted…, yo tengo una cita con la Edad Hiboria y estaré ocupado toda la noche.*

John D. Clark
Nueva York, 5 de abril de 1950

Para más información y datos acerca de Howard, de las historias de Conan y de la fantasía heroica en general, puede consultar los otros libros de esta colección.

L. Sprague de Camp

Halcones sobre Shem

Robert E. Howard & L. Sprague de Camp, 1955

Después de los hechos acontecidos en el relato Un hocico en la oscuridad*, Conan, disgustado por el escaso éxito conseguido en los países negros, se encamina hacia el norte y cruza los desiertos de Estigia en dirección a las praderas de Shem. Durante su viaje, la reputación que ha logrado le vale de mucho. Finalmente, ingresa en el ejército del rey Sumuabi de Akkharia, una de las ciudades-estado que se encuentran en el sur de Shem. Debido a la traición de un tal Othbal, primo de Akhirom, rey loco de Pelishtia, las fuerzas akkharias caen en una emboscada y son aniquiladas. Solo sobrevive Conan, que sigue el rastro del traidor hasta Asgalun, la capital de Pelishtia.*

La corpulenta figura cubierta con una capa blanca se volvió rápidamente, mientras maldecía en voz baja y aferraba la empuñadura de su cimitarra. Pocos hombres osaban deambular por las calles de Asgalun, la capital del reino shemita de Pelishtia, al caer la noche. En la oscuridad de las sinuosas callejuelas del infame barrio portuario podía ocurrir cualquier cosa.

—¿Por qué me sigues, perro?

La voz era áspera, y pronunciaba la lengua gutural shemita con acento hirkanio.

Otra silueta de gran estatura surgió de las sombras; este hombre vestía, al igual que el otro, una capa de seda blanca, pero no llevaba casco.

—¿Has dicho «perro»? —dijo con un acento que no se parecía en absoluto al hirkanio.

—Sí, perro. Me has estado siguiendo…

Antes de que el hirkanio terminara la frase, el extranjero se abalanzó sobre él con la rapidez de un tigre. El hirkanio intentó sacar la espada, pero antes de que pudiera desenvainarla un enorme puño le golpeó en la cabeza. De no ser por su poderosa constitución y por la malla que colgaba de su casco, tal vez le hubiera roto el cuello. De todos modos, salió despedido y cayó sobre el empedrado, quedando la espada fuera de su alcance.

Mientras el hirkanio sacudía la cabeza tratando de volver en sí, vio a su contrincante de pie ante él, con el sable desenvainado. El forastero dijo con voz atronadora:

—¡Yo no estoy siguiendo a nadie y no permito que nadie me llame perro! ¿Entiendes, perro?

El hirkanio buscó su espada con la mirada y comprobó que el extranjero la había alejado aún más de un puntapié. Tratando de ganar tiempo hasta que pudiera recuperar su arma con un salto, dijo:

—Perdóname si te he confundido, pero me han estado siguiendo desde el anochecer. Sentí unos pasos furtivos por la oscura callejuela y de repente apareciste tú, en un lugar muy apropiado para cometer un crimen.

—¡Ishtar te confunda! ¿Para qué iba a seguirte? Me he perdido. Jamás te había visto y espero no volver a…

Un rumor de pasos hizo volverse en redondo al desconocido, que saltó hacia atrás y giró un poco para no tener que dar la espalda al hirkanio y tampoco a los recién llegados.

Cuatro cuerpos fornidos emergieron amenazantes de las sombras. La tenue luz de las estrellas se reflejó en las hojas curvas de sus sables; también brillaron sus dientes blancos y sus ojos, que contrastaban con la oscura piel de sus rostros.

Hubo un instante de silencio lleno de tensión. Luego, uno de ellos murmuró algo con el suave acento de las tierras negras:

—¿Cuál es nuestro hombre? Aquí hay dos, vestidos casi de la misma manera, y la oscuridad los hace parecer gemelos.

—Acuchillemos a los dos —repuso el otro, que sacaba media cabeza a sus fornidos compañeros—. De ese modo no nos equivocaremos y tampoco habrá testigos.

Después de decir esto, los cuatro negros avanzaron en absoluto

silencio. El extranjero dio dos saltos hasta el lugar en el que había caído la espada del hirkanio.

—¡Toma! —gritó, al tiempo que arrojaba el arma al hirkanio, que la cogió al vuelo. Luego se enfrentó a los atacantes profiriendo una maldición.

El gigante kushita y otro negro se acercaron al extranjero, en tanto que los otros dos se enfrentaron al hirkanio. El forastero, con la misma rapidez felina que ya había demostrado, saltó hacia adelante sin esperar a que lo atacaran. Una breve finta, un sonido metálico y luego un corte fulgurante que separó la cabeza del tronco del negro más bajo. El gigante negro también atacó asestando un fuerte mandoble a su oponente, que pudo cortarle en dos por la cintura.

Pero, a pesar de su tamaño, el extranjero se movió con más rapidez aún que la espada, que silbó en el aire de la noche. Se agachó con una tremenda agilidad, de modo que la cimitarra pasó por encima de su cabeza. Y mientras estaba en cuclillas frente a su adversario, asestó un mandoble a las piernas del negro. La hoja le dio en los músculos y en el hueso. El negro retrocedió cojeando y levantó la cimitarra para atacar de nuevo, pero el extranjero dio un salto y hundió el sable hasta la empuñadura en el pecho del gigante negro. La sangre inundó el brazo del forastero. La cimitarra cayó de la mano de su temible rival, que se desplomó muerto.

El extranjero sacó la espada del cadáver y se volvió rápidamente. Entonces vio que el hirkanio se enfrentaba a los dos negros con toda frialdad y retrocedía lentamente para mantenerlos frente a él. De repente lanzó un sablazo contra el más próximo y le atravesó el pecho y la espalda. El negro soltó la espada y cayó de hinojos con un quejido. Al caer se aferró a las rodillas de su enemigo con desesperación. El hirkanio trató de deshacerse de él con un puntapié, pero fue en vano. Aquellos brazos negros con músculos de hierro lo mantenían inmóvil, mientras el otro negro atacaba cada vez con más furia.

Al tiempo que el kushita contenía la respiración para asestar un mandoble que el inmovilizado hirkanio no hubiera podido parar, el negro oyó unos pasos precipitados detrás suyo. Antes de que el kushita pudiera volverse, el extranjero ya lo había ensartado con tal furia que la hoja de la espada le salió por el pecho, mientras le

golpeaba violentamente con la empuñadura en la espalda, a la altura de los hombros. El kushita lanzó un último estertor y cayó muerto.

El hirkanio le partió el cráneo con la empuñadura al otro enemigo y se liberó de su férreo abrazo. Luego se volvió hacia el extranjero, que extraía su sable del cuerpo que había atravesado.

—¿Por qué viniste en mi ayuda después de haber estado a punto de romperme la cabeza? —preguntó el hirkanio.

El otro se encogió de hombros y repuso:

—Éramos dos hombres asediados por unos bribones. El destino nos hizo aliados. Ahora, si quieres, podemos reanudar nuestra pelea. Me decías que yo te estaba siguiendo.

—Comprendo mi error y te ruego que me perdones —respondió el hirkanio rápidamente—. Ahora sé quiénes eran los que me seguían.

El hirkanio envainó su cimitarra después de limpiarla, y luego se inclinó sobre cada uno de los cadáveres. Cuando vio el cuerpo del gigante, se detuvo y dijo en voz baja:

—¡Vaya! ¡Keluka el Espadachín! ¡Muy bueno ha de ser el arquero cuya flecha está revestida de perlas!

Mientras decía esto, extrajo del dedo rígido del negro un anillo pesado y muy trabajado y lo deslizó dentro de su bolsa.

—Ayúdame a deshacerme de esta carroña, hermano, para que no nos hagan preguntas indiscretas —agregó, al tiempo que levantaba al kushita muerto por los brazos.

El extranjero cogió por la ropa manchada de sangre a un par de negros y los arrastró hasta una callejuela al lado de la cual se alzaba el derruido brocal de un pozo. Los cuerpos cayeron al agua con un ruido sordo y lúgubre. El hirkanio se volvió con una suave sonrisa.

—Los dioses nos han hecho aliados —dijo—. Estoy en deuda contigo.

—No me debes nada —repuso el otro con tono brusco y malhumorado.

—Las palabras no sirven de mucho. Yo soy Faruz, un arquero hirkanio a las órdenes de Mazdak. Ven conmigo a un lugar más agradable, donde podamos conversar a gusto. No estoy resentido contigo por el golpe que me diste, aunque, ¡por Tarim!, todavía me retumba la cabeza…

El forastero envainó su espada de mala gana y siguió al hirkanio. Avanzaron por callejuelas sombrías y estrechas. Asgalun era un contraste de esplendor y miseria, donde los opulentos palacios se alzaban entre ruinas manchadas de humo o edificios de otras épocas. Un enjambre de suburbios se amontonaba en torno a las murallas de la protegida Ciudad Interior, donde vivía el rey Akhirom con su corte.

Los dos hombres llegaron a un barrio más nuevo y de aspecto más respetable, donde las ventanas enrejadas casi tocaban las celosías de los balcones de enfrente.

—Ahora todo está a oscuras —gruñó el extranjero—. Hasta hace algunos días, la ciudad estaba iluminada toda la noche, desde el ocaso hasta el alba.

—Es uno de los caprichos de Akhirom. Prohíbe que se encienda un solo candil en Asgalun por las noches. Solo Pteor sabe lo que se le ocurrirá mañana.

Se detuvieron ante una puerta de hierro que había en una arcada de piedra, a la que el hirkanio llamó cautelosamente. Una voz le pidió la contraseña desde dentro. Después de responder, la puerta se abrió y el hirkanio avanzó en la más completa oscuridad, y su compañero le siguió. La puerta se cerró a sus espaldas. Después de descorrerse una pesada cortina de cuero, vieron un corredor tenuemente iluminado, en el que había un anciano shemita con la cara llena de cicatrices.

—Un viejo soldado metido a tabernero —dijo el hirkanio—. Khannon, llévanos a un cuarto en el que podamos hablar tranquilos.

—La mayor parte de las habitaciones están vacías —gruñó Khannon, que avanzó ojeando delante de ellos—. Soy un hombre arruinado. Los clientes temen tocar una copa desde que el rey prohibió el vino. ¡Mala gota le dé Pteor!

El forastero observó con curiosidad las amplias habitaciones que iban dejando atrás, en las que había hombres comiendo y bebiendo. La mayor parte de los clientes de Khannon era típicos pelishtios: hombres robustos y de piel oscura, con narices aguileñas y rizadas barbas negras. De vez en cuando se veía algún hombre de tipo más delgado, como los que vagan por los desiertos orientales de Shem, o algún hirkanio, o algún negro kushita del ejército mercenario de Pelishtia.

Khannon, con una inclinación de cabeza, hizo pasar a los dos hombres a un cuarto pequeño. Luego extendió un par de esteras y colocó delante de ellos una enorme fuente de frutas frescas y nueces. Después sirvió vino de un abultado pellejo y finalmente se alejó cojeando y murmurando por el pasillo.

—Pelishtia atraviesa una época muy negra, hermano —dijo el hirkanio con voz cansina, mientras saboreaba el vino de Kiros.

El hirkanio era un hombre alto y delgado, pero fornido. Sus profundos ojos negros, un poco rasgados, se movían inquietos en su rostro de tez amarillenta. Debajo de la nariz de halcón se veía un fino bigote. Llevaba una capa sencilla, pero de buena tela; su casco en punta tenía adornos de plata y en la empuñadura de su cimitarra brillaban algunas piedras preciosas.

Observó al hombre que tenía delante. Era tan alto como él, pero había muchas diferencias entre ellos. El otro tenía el pecho más ancho y las extremidades más robustas; tenía la constitución de un montañés. Debajo de su kefia blanca aparecía un ancho rostro oscuro y joven, aunque cubierto de pequeñas cicatrices de antiguas batallas. Su piel era de color más claro que la del hirkanio, pero el tono bronceado de su tez se debía más a los rayos del sol que a su raza. Un leve indicio del tormentoso fuego que vibraba en su interior asomaba por sus fríos ojos azules. El extranjero tomó un trago de vino y chasqueó los labios al degustarlo.

Faruz sonrió y volvió a llenar la copa, mientras decía:

—Peleas bien, hermano. Si los hirkanios de Mazdak no fueran tan endemoniadamente recelosos de los extranjeros, serías un excelente soldado.

El otro se limitó a lanzar un gruñido.

—Y a todo esto, ¿quién eres? —pregunto Faruz—. Yo ya te he dicho quién soy.

—Soy Ishbak, un zuagir de los desiertos orientales. El hirkanio echó hacia atrás la cabeza y lanzó una estruendosa carcajada. Esto hizo que el otro frunciera el ceño y le preguntara:

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—No esperarás que me crea eso, ¿verdad?

—¿Crees que miento? —dijo el forastero con un gruñido.

Faruz sonrió y repuso:

—Ningún zuagir habla el pelishtio con un acento como el tuyo,

puesto que la lengua zuagir no es más que un dialecto del idioma shemita. Además, cuando luchábamos contra los kushitas invocaste a dioses extraños como Crom y Manannan, cuyos nombres he oído antes en boca de bárbaros del norte. No temas; estoy en deuda contigo y sé guardar un secreto.

El extranjero se levantó a medias, aferrando la empuñadura de su espada. Faruz se limitó a beber un sorbo de vino. Después de unos momentos de tensión, el forastero se volvió a sentar y dijo con cierto aire de disgusto:

—Está bien. Soy Conan el cimmerio y he pertenecido al ejército del rey Sumuabi de Akkharia.

El hirkanio sonrió mientras llenaba su boca de uvas. Sin dejar de comer, replicó:

—Jamás podrás ser espía, amigo Conan. Eres demasiado espontáneo y abierto, sobre todo cuando estás enojado. ¿Y qué te trae a Asgalun?

—Una pequeña venganza.

—¿Quién es tu enemigo?

—Un anakio llamado Othbaal. ¡Ojalá los perros roan sus huesos!

Faruz lanzó un silbido y dijo:

—¡Por Pteor que apuntas alto, hermano! ¿Sabes que ese hombre es el general de las tropas del rey Akhirom?

—¡Por Crom! Por mí, podría dedicarse a recoger basura.

—¿Y qué te ha hecho Othbaal?

—El pueblo de Anakia se rebeló contra su rey, que es aún más necio que Akhirom. Pidieron ayuda a Akkharia. Sumuabi pensó que triunfarían y que llevarían al poder a un monarca más amistoso que el que estaba en el poder, por lo que pidió voluntarios. Fuimos quinientos hombres en ayuda de los anakios. Pero ese maldito Othbaal jugaba para ambos bandos. Dirigió la revuelta para alentar a los enemigos del rey a actuar abiertamente y luego traicionó a los rebeldes ante las tropas reales, que hicieron una carnicería entre los sublevados.

»También sabía que veníamos nosotros y nos tendió una trampa. Puesto que no sospechábamos nada, caímos en ella. Solo yo escapé con vida, simulando estar muerto. Los demás murieron en la lucha o les dieron muerte después con torturas que solo es capaz de imaginar la mente más refinada.

Los ojos azules del cimmerio se entrecerraron y en seguida agregó:

—He luchado contra muchos hombres en mi vida y jamás me he vuelto a acordar de ellos, pero en este caso, juro que haré pagar a Othbaal la muerte de algunos de mis amigos. Cuando regresé a Akkharia me enteré de que Othbaal había huido de Anakia por temor al populacho, y que había venido aquí. ¿Cómo ha ascendido tan rápidamente a una posición tan alta?

—Es primo del rey Akhirom —dijo Faruz—. Aunque pelisthio, Akhirom es a su vez primo del rey de Anakia y fue educado en esa corte. Los reyes de estas pequeñas ciudades-estado shemitas están todos más o menos emparentados, lo que hace que sus guerras sean rencillas familiares, aunque de consecuencias no menos duras y amargas. ¿Cuánto tiempo hace que estás en Asgalun?

—Solo unos días. Los suficientes para darme cuenta de que el rey está loco. ¡Ni siquiera permite beber vino! —dijo Conan, escupiendo con disgusto.

—Debes saber algo más. Akhirom está realmente loco y el pueblo murmura a sus espaldas. Pero él retiene el poder mediante tres divisiones de mercenarios, con cuya ayuda destronó y asesinó a su hermano, que era el rey legítimo. En primer lugar, los anakios, a los que Akhirom reclutó cuando estaba exiliado en la corte de ese país. Luego, los negros kushitas, quienes, bajo el mando de su general Imbalayo, adquieren cada vez más poder. La tercera división está compuesta por los jinetes hirkanios y yo pertenezco a ella. Nuestro general es Mazdak y entre él, Imbalayo y Othbaal hay suficiente odio, envidia y recelos como para haber iniciado una docena de guerras. Ya te habrás dado cuenta de ello esta noche.

—Othbaal llegó aquí el año pasado, cuando solo era un aventurero sin fortuna —continúo Faruz—. Se ha elevado a su posición en parte debido a su amistad con Akhirom, y también gracias a los buenos oficios de una esclava ofirea llamada Rufia, que Othbaal ganó en el juego a Mazdak. Esta es otra de las razones por las cuales hay tan poca simpatía entre ellos. Detrás de Akhirom también hay una mujer; se trata de Zeriti, una bruja estigia. La gente dice que ella ha vuelto loco al rey mediante pócimas que le suministró para mantenerlo en su poder. Si eso es verdad, entonces le ha salido mal la jugada, pues ahora nadie es capaz de controlarlo;

ni siquiera ella misma.

Conan dejó su copa de vino sobre la mesa y miró fijamente a Faruz.

—Bien, ¿y qué va a pasar ahora? —preguntó—. ¿Vas a traicionarme, o decías la verdad cuando afirmabas que no lo harías?

Sin dejar de dar vueltas entre sus dedos al anillo que le había quitado a Keluka, Faruz musitó:

—Tu secreto quedará bien guardado. Y hay una buena razón para ello. Othbaal también tiene pendiente una fuerte deuda conmigo. Si consigues tu objetivo antes que yo, aceptaré la derrota, pero si no logras matarlo lo haré yo.

Conan aferró con fuerza el hombro del hirkanio y preguntó:

—¿Dices la verdad?

—¡Que los barrigudos dioses shemitas me castiguen con su infierno si miento!

—Entonces, déjame que te ayude a llevar a cabo la venganza, Faruz.

—¿Tú, un forastero que no conoce las costumbres de Asgalun?

—¡Por supuesto! Pero tiene sus ventajas no conocer a nadie, pues para muchos serás más digno de confianza. Vamos, elaboremos un plan. ¿Dónde está ese cerdo y cómo podemos llegar hasta él?

Aunque no era ningún pusilánime, Faruz se arredró ante la fuerza elemental y primitiva que brillaba en los ojos del cimmerio.

—Déjame pensar —dijo—. Hay una manera si se es rápido y osado…

Algunas horas más tarde, dos figuras encapuchadas se detenían bajo un grupo de palmeras que había entre las ruinas del sector antiguo de Asgalun. Delante de ellos fluían las aguas de un canal y más allá, en la otra orilla, se alzaban las enormes murallas de ladrillo que rodeaban la Ciudad Interior. Esta era en realidad una fortaleza gigantesca que albergaba al rey, a sus nobles de confianza y a las tropas mercenarias. El acceso de las gentes comunes estaba prohibido.

—Podríamos trepar por la muralla —musitó Conan.

—De todas formas, no estaríamos más cerca de nuestro enemigo —respondió Faruz, que buscaba a tientas en la oscuridad y que de repente exclamó—: ¡Ah, aquí está!

Conan vio que el hirkanio intentaba levantar una losa de mármol.

—Se trata de un antiguo santuario en ruinas —dijo Faruz—. Pero… ¡al fin se levanta!

Alzó la enorme losa y quedó al descubierto una escalera que descendía a la oscuridad. Conan frunció el ceño con gesto receloso.

—Este túnel —explicó Faruz— conduce, por debajo de la muralla, hasta la casa de Othbaal, que se encuentra justamente al otro lado.

—¿Debajo del canal?

—Sí. La casa de Othbaal fue antiguamente la casa de placer y diversión del rey Uriaz, que dormía en una colchoneta de plumas que flotaba sobre una piscina llena de mercurio, cuidada por leones amaestrados. Pero, a pesar de todo, el rey cayó bajo la daga enemiga. El monarca disponía de salidas secretas desde todos los rincones de sus casas. Antes de que Othbaal se quedara con la mansión, esta perteneció a su rival Mazdak. El anakio no conoce ese secreto, de modo que… ¡adelante!

Con las espadas desenvainadas en mano, comenzaron a bajar a tientas por unos escalones de piedra y avanzaron a lo largo de un túnel horizontal, completamente a oscuras. Conan caminaba tocando las paredes y notó que estas, así como el suelo y el techo, estaban formadas por enormes bloques de piedra. A medida que avanzaban, la superficie de piedra se volvía más resbaladiza y había más humedad en el aire. Algunas gotas de agua comenzaron a caer sobre el cuello de Conan, y le hicieron estremecerse y jurar en voz baja. En esos momentos estaban pasando por debajo del canal. Poco después, la humedad se fue haciendo menos perceptible. Faruz susurró algunas palabras de advertencia y se encontraron nuevamente ante otra escalera de piedra, por la que ascendieron.

Al llegar arriba, el hirkanio tocó algo. Se abrió un panel y una luz tenue los iluminó. Faruz se deslizó por la abertura, que se volvió a cerrar después de que pasara Conan. El panel no se diferenciaba en nada de los demás cuarterones que había en las paredes. Se encontraban en un corredor de techo abovedado. Faruz se cubrió el rostro con la kefia y le indicó a Conan que hiciera lo mismo. Luego, el hirkanio avanzó por el pasillo sin la menor vacilación. El cimmerio lo siguió espada en mano, mirando a derecha e izquierda.

Apartaron una cortina de terciopelo oscuro y se encontraron ante una gran puerta de ébano con incrustaciones de oro. Un fornido negro, que vestía tan solo un taparrabo de seda, se despertó bruscamente y empuñó una enorme cimitarra. Pero no gritó; su boca abierta dejó ver un hueco cavernoso en el que faltaba la lengua.

—¡Silencio! —dijo Faruz, al tiempo que esquivaba el mandoble del mudo.

El negro se tambaleó a consecuencia de su golpe en falso y Conan le hizo la zancadilla. El mudo cayó de bruces al suelo y Faruz traspasó el oscuro cuerpo con su espada.

—¡Así me gusta, rápido y silencioso! —musitó Faruz con una sonrisa—. Y ahora, ¡a por la verdadera presa!

Faruz tanteó cuidadosamente la puerta mientras el gigantesco cimmerio permanecía a sus espaldas con los ojos ardientes de un tigre hambriento. La puerta se abrió hacia dentro y ambos pasaron al interior de la habitación. El hirkanio cerró la puerta detrás de sí y apoyó la espalda contra la oscura madera. Un hombre saltó del diván en el que se encontraba acostado, al tiempo que lanzaba una maldición. A su lado, una mujer se incorporó a medias sobre los cojines y gritó asustada. Faruz se echó a reír, y dijo:

—¡Ya estamos en el cubil de la serpiente, hermano!

Conan pudo observar la escena durante una fracción de segundo.

Othbaal era un hombre alto y robusto; llevaba el espeso cabello negro recogido en una coleta sobre la nuca y su oscura barba estaba untada de aceite, rizada y recortada cuidadosamente. A pesar de lo avanzado de la hora, todavía estaba completamente vestido con un faldín de seda y un chaleco de terciopelo, bajo el cual relucía el acero de los eslabones de la cota de malla. El hombre echó mano a una espada envainada que se encontraba en el suelo, al lado del diván.

En cuanto a la mujer, no era de una belleza clásica, pero poseía un atractivo especial: tenía el pelo rojizo; cara ancha, levemente pecosa, y unos ojos castaños que centelleaban con un brillo inteligente. Sus hombros eran más anchos que los de la mayoría de las mujeres; tenía senos exuberantes y caderas llenas. Daba la impresión de una gran fortaleza física.

—¡Ayuda! —gritó Othbaal, preparándose para la acometida del

cimmerio—. ¡Me atacan!

Faruz había seguido a Conan, pero de repente saltó hacia atrás volviendo junto a la puerta por la que habían entrado. El cimmerio alcanzó a oír cierto alboroto en el corredor, y luego escuchó el ruido de algún objeto pesado contra la madera. Las dos espadas chocaron en el aire, lanzando chispas y centelleando a la luz del candil.

Ambos hombres atacaron con furia y con las mismas intenciones asesinas. Pelearon en silencio durante unos instantes. A medida que daban vueltas, Conan vio, por encima del hombro de Othbaal, que Faruz había apoyado su hombro contra la puerta. Del otro lado seguían golpeando con fuerza y poco después crujió el cerrojo. La mujer había desaparecido.

—¿Puedes arreglártelas? —preguntó Faruz—. Si me aparto de esta puerta, los esclavos invadirán la habitación.

—Hasta ahora voy bien —respondió Conan con un gruñido, al tiempo que paraba un golpe feroz.

—Date prisa, pues no voy a poder aguantar aquí mucho tiempo.

Conan atacó con renovado brío, y ahora era el anakio quien tenía que concentrarse para parar la espada del cimmerio, cuya hoja golpeaba como un martillo sobre el yunque de un herrero. La fuerza y la ira del bárbaro comenzaron a hacerse sentir. Othbaal palideció bajo su piel morena. A medida que iba perdiendo terreno, aumentaban sus jadeos. La sangre chorreaba de las heridas que tenía en los brazos, muslos y cuello. También el cimmerio sangraba, pero ello no parecía reducir en lo más mínimo la furia de su ataque.

Othbaal estaba cerca de una pared cubierta por un tapiz. Entonces, se hizo bruscamente a un lado en el momento en que Conan lanzaba una estocada. La espada del cimmerio atravesó el tapiz y golpeó en la dura piedra. En ese mismo instante, Othbaal asestó un mandoble a la cabeza de su enemigo con las pocas fuerzas que le quedaban.

Pero la espada de Conan, que era de acero estigio, en lugar de partirse como hubiera ocurrido con un sable de peor calidad, se arqueó y se volvió a enderezar. La cimitarra golpeó el casco de Conan y se deslizó hacia atrás, hiriendo al cimmerio en el cuero cabelludo. Antes de que Othbaal pudiera recobrar el equilibrio, la pesada hoja de Conan destrozó su cota de malla y le atravesó la

carne para ir a chocar contra el hueso de la columna vertebral.

El anakio trastabilló y se desplomó, al tiempo que lanzaba un grito ahogado y sus entrañas se desparramaban por el suelo. Sus dedos arañaron la pesada alfombra y luego quedaron rígidos.

Conan, cegado por la sangre y el sudor, seguía hundiendo su espada frenéticamente en el cuerpo caído a sus pies, demasiado borracho por la furia para darse cuenta de que su rival estaba muerto, hasta que Faruz le gritó:

—¡Basta, Conan! Han dejado de golpear para ir en busca de un madero más grueso. Mientras tanto, podremos escapar.

—¿Cómo? —preguntó el cimmerio mientras se limpiaba la sangre de los ojos, todavía aturdido a causa del golpe que le había abollado el casco. Se deshizo del yelmo cubierto de sangre y, al dejar al aire su negra cabellera, un torrente de sangre le cubrió el rostro, cegándolo de nuevo. Se inclinó, rasgó un trozo del faldín de Othbaal y se vendó la cabeza.

—¡Mira esa puerta! —dijo Faruz, señalando con el dedo—. ¡Rufia huyó por ahí, la muy cerda! Si estás en condiciones, saldremos corriendo.

Conan vio una pequeña puerta situada a un lado del diván. Estaba disimulada por unas telas, pero Rufia los había desordenado al escapar, dejando, además, la puerta abierta.

El hirkanio extrajo de una bolsita el anillo que le había quitado al espadachín negro llamado Keluka. Lo tiró al lado del cadáver del Othbaal y se dirigió hacia la portezuela. Conan lo siguió, aunque tuvo que agacharse y volverse un poco de lado para poder pasar.

Se encontraron en otro pasillo. Faruz condujo al cimmerio a través de un laberinto de corredores y pasadizos, hasta que Conan sintió que estaba completamente perdido. Habían dejado muy atrás al grupo principal de sirvientes de la casa, reunidos en el pasillo que se encontraba al lado de la habitación en la que yacía muerto Othbaal. Finalmente llegaron ante el panel secreto, lo traspusieron y, tanteando en la oscuridad, salieron a la silenciosa arboleda.

Conan se detuvo para recuperar el aliento y arreglarse un poco el improvisado vendaje.

—¿Cómo está tu herida, hermano? —le preguntó Faruz.

—Es solo un arañazo. Dime, ¿por qué arrojaste aquel anillo junto a Othbaal?

—Para confundir a los vengadores de su amo. ¡Por Tarim, tantas molestias y al final esa ramera se nos ha escapado!

Conan esbozó una sonrisa forzada… Era evidente que Rufia no consideraba a Faruz como un salvador. La imagen fugaz de la mujer le había quedado grabada en la mente. «Una mujer así —pensó— es lo que yo necesitaría».

Dentro de las macizas murallas de la Ciudad Interior se estaba produciendo un hecho increíble. Bajo las sombras que proyectaban los balcones, avanzaba una figura cubierta con un velo y encapuchada. Por primera vez en tres años, una mujer recorría las calles de Asgalun.

La mujer, consciente del peligro en que se hallaba, tembló de miedo. Las piedras le hacían daño en los pies, cubiertos tan solo por unas babuchas de terciopelo hechas jirones. Y es que desde hacía tres años se había prohibido a los zapateros de Asgalun que fabricasen zapatos de calle para las mujeres. El rey Akhirom había decretado que las mujeres de Pelishtia debían ser encerradas en sus casas, como reptiles en sus jaulas.

Rufia, la pelirroja ofirea favorita de Othbaal, había alcanzado más poder que cualquier otra mujer en Pelishtia, a excepción de la hechicera Zeriti, amante del rey. Y ahora, mientras avanzaba en la oscuridad, el pensamiento que obsesionaba a Rufia y la quemaba como un hierro ardiente era la certidumbre de que todos sus planes se habían venido abajo en un segundo por culpa de la espada de uno de los muchos enemigos de Othbaal.

Rufia procedía de una raza de mujeres acostumbradas a hacer tambalear los reinos gracias a su belleza e inteligencia. Apenas recordaba su país natal, Ofir, de donde había sido raptada por unos mercaderes de esclavos de Koth. El magnate de Argos que la compró y la educó como servidora de confianza había caído en una batalla contra los shemitas. Así pues, cuando aún era una frágil muchacha de catorce años, Rufia pasó a manos de un príncipe estigio, un joven lánguido y afeminado a quien ella llegó a manejar a su gusto. Luego, al cabo de algunos años, un grupo de bandoleros errantes procedentes de las míticas tierras situadas más allá del mar de Vilayet cayeron sobre la casa de placer situada en la zona norte del río Styx y mataron, incendiaron y saquearon todo lo que encontraron. La joven pelirroja, aterrorizada, fue a parar a manos

de un gigantesco jefe hirkanio.

Debido a que entre los de su raza las mujeres mandaban sobre los hombres, Rufia no murió ni se convirtió en un juguete. Cuando Mazdak alistó a su banda bajo las órdenes de Akhirom de Anakia como parte del plan de ese rey para arrebatar Pelishtia de las manos de su odiado hermano, Rufia acompañó a los soldados.

A ella no le gustaba Mazdak. El cínico aventurero era frío y autoritario en sus relaciones con las mujeres, tenía un gran harén y jamás se dejaba influir en lo más mínimo. Como Rufia no soportaba que la dominasen, no se mostró disgustada cuando Mazdak se la jugó a Othbaal y este la ganó.

El anakio era más de su gusto. A pesar de cierta propensión a la crueldad y a la traición, Othbaal era un hombre fuerte, inteligente y lleno de vitalidad. Y lo mejor de todo es que se dejaba manejar. Solo necesitaba un acicate para sus ambiciones dormidas y Rufia se encargó de brindárselo. Ella lo empujó hacia arriba por los brillantes peldaños de la escalera del poder… Pero ahora lo acababan de matar dos asesinos enmascarados que parecían haber salido de la nada.

Enfrascada en sus amargos pensamientos, alzó la vista y se estremeció al ver la alta figura encapuchada que había salido de las sombras de un balcón y le cerraba el paso. Los ojos del hombre parecían arder a la luz de la luna. Rufia retrocedió al tiempo que lanzaba un grito ahogado.

—¡Una mujer en las calles de Asgalun! —dijo el desconocido, con voz profunda y fantasmagórica—. ¿No va eso contra las órdenes del rey?

—No voy por las calles por simple gusto, señor —respondió ella —. Han matado a mi amo y huyo de sus asesinos.

El desconocido inclinó la cabeza y permaneció inmóvil como una estatua. Rufia lo miró nerviosa. En aquel hombre había algo sombrío y extraordinario a la vez. Más que un hombre reflexionando acerca del relato de una esclava que acababa de encontrar por casualidad, parecía un sombrío profeta sopesando el destino de un pueblo pecador. Por último, el hombre levantó la cabeza y dijo:

—Ven, encontraré un lugar para ti.

Sin detenerse a mirar si ella le obedecía, el hombre avanzó calle

arriba. Rufia lo siguió. Se dijo que no podía vagar por las calles toda la noche; si la encontraba un oficial del rey Akhirom, podrían decapitarla en el acto por violar las órdenes del soberano. Tal vez aquel extraño la estuviera conduciendo hacia una esclavitud más terrible, pero Rufia comprendió que no tenía otra alternativa.

En varias ocasiones trató de hablar, pero el completo silencio del hombre la hizo permanecer callada. La actitud distante y reservada del desconocido le daba miedo. En determinado momento, Rufia se estremeció de espanto al ver unas siluetas que los seguían furtivamente.

—¡Nos siguen unos hombres! —exclamó Rufia.

—No les hagas caso —respondió el desconocido con su extraña voz.

No volvieron a intercambiar más palabras hasta que llegaron a un pequeño portal que había en una elevada muralla. El hombre se detuvo y dio una voz, a la que respondieron desde el interior. Se abrió el portal y apareció un negro con una antorcha en la mano. Ante su luz, la altura del hombre embozado que había acompañado parecía más colosal aún.

—Pero… ¡Si este es el Gran Palacio del rey! —dijo Rufia tartamudeando.

Por toda respuesta, el desconocido se quitó la capucha, dejando ver su pálido rostro ovalado en el que brillaban unos ojos con extraña luminosidad.

Rufia lanzó un grito y cayó de rodillas.

—¡El rey Akhirom! —exclamó.

—Sí, soy el rey Akhirom, ¡oh pecadora, mujer de poca fe! La voz profunda, que resonó como una campana, agregó en seguida:

—¡Vana y necia mujer que desobedece las órdenes del Gran Rey, el Rey de Reyes, el Rey del Mundo, órdenes que son palabra de los dioses! ¡Tú, que siembras el pecado por las calles y olvidas los mandatos del Buen Rey! ¡Vosotros, criados, cogedla!

Las sombras que los seguían se aproximaron y Rufia vio un pelotón de soldados negros, extrañamente silenciosos. Cuando los dedos de los negros aferraron su brazo, Rufia se desmayó.

La mujer de Ofir recobró el conocimiento en una habitación sin ventanas, cuyas puertas estaban aseguradas con cerrojos de oro. Rufia vio con desesperación que su captor estaba de pie ante ella,

acariciándose la barba gris, mientras sus terribles ojos parecían quemarle el alma.

—¡Oh, León de Shem! —dijo ella jadeando—. ¡Piedad!

Mientras hablaba, la muchacha se daba cuenta de la inutilidad de su súplica. Estaba de rodillas ante el personaje cuyo nombre era una maldición en boca de los pelishtios; de aquel que se decía guiado por los dioses, que había ordenado matar a todos los perros de la ciudad y había mandado que arrancasen todas las vides, que hizo arrojar al río las uvas y la miel. El mismo que prohibiera el vino, la cerveza y los juegos de azar; el que creía que desobedecer cualquier orden suya era el peor pecado que pudiese cometer un ser humano. Aquel rey loco recorría las calles por las noches disfrazado para comprobar si se cumplían sus órdenes. Rufia sintió un escalofrío al notar en sus ojos los de él, que no parpadeaban.

—¡Sacrílega! —musitó el rey—. ¡Hija del demonio! ¡Oh Pteor! —gritó, al tiempo que levantaba los brazos—. ¿Qué castigo se puede aplicar a esta endemoniada? ¿Qué horrible tortura, qué degradación y vileza serían suficientes para hacer justicia? ¡Qué los dioses me inspiren y me ayuden a tomar una decisión sabia!

Rufia, señalando el rostro de Akhirom, dijo en voz alta:

—¿Por qué invocas a los dioses? ¡Invoca a Akhirom! ¡Tú eres un dios!

El hombre se quedó inmóvil, vaciló un momento y luego profirió un grito incomprensible. Después irguió su cuerpo y miró a la mujer. Rufia tenía el rostro blanco y los ojos muy abiertos. Si bien era una excelsa simuladora, había comprendido en qué situación aterradora se encontraba.

—¿Qué has dicho, mujer? —preguntó el rey.

—¡Un dios se ha revelado ante mí! ¡En tu rostro, que brilla como el sol! ¡Yo ardo, muero ante el resplandor de tu gloria!

Rufia hundió la cara entre las manos y se puso en cuclillas, temblando. Akhirom se pasó una mano vacilante por los ojos y la frente.

—¡Sí! —dijo en voz baja—. ¡Soy un dios! Ya lo presentía; lo había soñado. Solo yo poseo la sabiduría del infinito. Y ahora un mortal lo ha advertido también. Por fin veo la verdad. ¡Ya no seré un mero portavoz y servidor de los dioses, sino que yo mismo seré el Dios de Dioses! ¡Akhirom es el dios de Pelishtia y de toda la

tierra! ¡El falso dios demoníaco Pteor será derribado de sus altares y sus estatuas serán destruidas…!

Inclinándose hacia adelante, ordenó con voz imperiosa:

—¡Levántate, mujer, y contempla a tu dios!

Así lo hizo ella, y no pudo menos que sentir temor ante aquella impresionante mirada algo nublada de los ojos de Akhirom, que parecía ver a la mujer por primera vez.

—Tus pecados te son perdonados —dijo el rey Akhirom solemnemente—. Y puesto que has sido la primera en adorarme, de ahora en adelante me servirás entre glorias y esplendores.

Rufia se prosternó y besó la alfombra ante los pies del rey. Este dio unas palmadas e inmediatamente entró un eunuco, que se inclinó con gran respeto.

—Ve rápidamente a casa de Abdashtarth, el gran sacerdote de Pteor —ordenó Akhirom, mirando por encima de la cabeza del esclavo—, y dile esto: He aquí las palabras de Akhirom, dios verdadero de los pelishtios, que pronto será el dios de todos los pueblos del orbe. Mañana será el principio de los principios. Todos los ídolos del falso dios serán destruidos y en su lugar se erigirán imágenes del dios verdadero. Se proclamará la religión única y verdadera, y serán sacrificados cien niños de las familias más nobles de Pelishtia para celebrarlo…

Mattenbaal, sacerdote ayudante de Abdashtarth, se encontraba delante del templo de Pteor. El venerable Abdashtarth estaba quieto, con las manos atadas, mientras dos fornidos soldados anakios lo tenían sujeto por los brazos. Su larga barba blanca se movía mientras oraba. Detrás de él, otros soldados avivaban el fuego encendido al pie de una enorme imagen de Pteor con cabeza de toro y unos órganos sexuales masculinos obscenamente exagerados. Al fondo se alzaba el gran ziggurat de Asgalun, construcción de siete pisos desde la cual los sacerdotes leían la voluntad de los dioses en las estrellas.

Cuando las paredes del ídolo relucieron con el fuego que había en su interior, Mattenbaal dio un paso adelante y, tras desplegar un papiro, leyó lo siguiente:

—¡Puesto que nuestro divino rey, Akhirom, descendiente de la simiente de YakinYa, fue hijo de los dioses cuando estos bajaron a la tierra, es un dios entre todos nosotros! ¡Y ahora yo os ordeno,

fieles pelishtios, que reconozcáis y veneréis y adoréis al más grande de todos los dioses, al Dios de Dioses, Creador del Universo, a la Encarnación de la Divina Sabiduría, al rey de reyes que es Akhirom, hijo de Azumelek, rey de Pelishtia! ¡Y puesto que el malvado y perverso Abdashtarth, de corazón duro, ha rechazado esta revelación y se ha negado a venerar al verdadero dios, arrojémoslo al fuego del falso dios que es Pteor!

Un soldado abrió la pequeña puerta bronceada que había en el vientre de la estatua, y en ese momento Abdashtarth gritó:

—¡Miente! ¡El rey no es un dios, sino un mortal lunático! ¡Matad a los sacrílegos, si no queréis que el auténtico dios de los pelishtios, el poderoso Pteor, vuelva la espalda a su pueblo…!

En ese preciso instante, cuatro soldados anakios cogieron al sacerdote Abdashtarth y lo arrojaron con los pies hacia adelante por la abertura, como si fuese un leño. Sus alaridos dejaron de oírse cuando se cerró la puerta con estrépito metálico. A través de aquella misma abertura los soldados habían arrojado en el pasado a cientos de niños pelishtios, en situaciones críticas, por orden del mismo Abdashtarth. Un humo acre salió por las orejas de la estatua, mientras el semblante de Mattenbaal reflejaba una sonrisa de satisfacción.

Un estremecimiento recorrió a los presentes. En ese momento, el silencio fue roto por el grito frenético de un pastor semidesnudo y con el pelo revuelto.

—¡Blasfemo! —chilló, al tiempo que arrojaba una piedra.

La piedra golpeó al nuevo sumo sacerdote en la boca y le rompió algunos dientes. Mattenbaal se tambaleó y su barba se cubrió de sangre. La multitud rugió y avanzó lentamente. Impuestos abusivos, hambre, tiranía, rapiña y masacres… Todo lo habían soportado los pelishtios, pero aquella injerencia en su religión era la gota que desbordaba el vaso. Los apacibles mercaderes se convirtieron en locos furiosos y los humildes mendigos se transformaron en demonios de mirada extraviada.

Las piedras caían como el granizo y el rugido de la multitud se volvió más ensordecedor aún. Manos como garras se aferraban a las ropas del aterrado Mattenbaal, pero los soldados anakios lo rodearon, rechazaron a la turbamulta con sus lanzas y sacaron de allí al sacerdote.

Entre el sonido metálico de las armas, apareció un grupo de jinetes kushitas, resplandecientes con sus tocados adornados con plumas de avestruz, cabelleras de león y corazas de escamas de plata; venían al galope sobre sus corceles por una de las calles que conducían a la gran plaza de Pteor. Sus dientes blancos resaltaban en sus rostros oscuros. Las piedras lanzadas por la muchedumbre rebotaban contra sus escudos de piel de rinoceronte. Arremetieron con sus caballos contra la gente propinando sablazos y atravesando los cuerpos de los asgalunim con sus lanzas. Muchos hombres cayeron bajo los cascos de los caballos. Los revoltosos terminaron por ceder y huyeron aterrados hacia las callejuelas vecinas, dejando la plaza llena de cuerpos que se retorcían en el suelo.

Los jinetes negros saltaron de sus caballos y comenzaron a forzar las puertas de tiendas y moradas, de donde salían cargados de botín. Del interior de las casas llegaban los gritos de espanto de las mujeres. Se rompió la celosía de una ventana y una figura vestida de blanco cayó en medio de la calle con ruido de huesos rotos. Uno de los jinetes, sin dejar de reír, traspasó el cuerpo con su lanza.

El gigante Imbalayo, ataviado de seda roja y coraza de acero, gritaba a sus hombres y los golpeaba con un bastón de puño de plomo para imponer orden. Los negros montaron al fin en sus caballos, dando muestras de disgusto, y se alejaron en fila tras él. Bajaron calle abajo a galope corto con cabezas humanas ensartadas en sus lanzas, como advertencia para los enloquecidos asgalunim, que los miraban desfilar con expresión de intenso odio.

Al jadeante eunuco que llevó al rey Akhirom la noticia del levantamiento, sucedió en seguida otro, que se prosternó ante el soberano y dijo:

—¡Oh, divino rey, el general Othbaal ha muerto! Sus sirvientes lo encontraron asesinado en su palacio y a su lado hallaron el anillo de Keluka el Espadachín. Los anakios aseguran que fue eliminado por orden del general Imbalayo. ¡Están buscando a Keluya en el barrio de los Kushitas, a los que en estos momentos se están enfrentando!

Rufia, que escuchaba detrás de una cortina, lanzó un grito ahogado. Akhirom no se alteró, manifestando con expresión distante e inmutable:

—Dejad que los hirkanios los separen. ¿Acaso unas rencillas

personales pueden interferir en el destino de un dios? Othbaal está muerto, pero Akhirom vivirá eternamente. Cualquier otro hombre podrá dirigir a mis anakios. Dejad que los kushitas dominen a la turbamulta, hasta que esa gentuza se dé cuenta del pecado que hay en el paganismo. ¡Mi destino es revelarme al mundo mediante la sangre y el fuego, hasta que todos los pueblos de la tierra me reconozcan y se inclinen ante mi divina presencia! Puedes irte.

La noche caía sobre la tensa y agitada ciudad cuando Conan, cuya herida de la cabeza ya estaba curada, avanzó a pie por las calles que bordeaban el barrio de los kushitas. En aquel sector, ocupado en su mayor parte por soldados, brillaban las luces, y estaban abiertos los comercios por acuerdo tácito de los que allí vivían. Durante todo el día habían resonado los gritos de rebelión en esa zona. La multitud era como una serpiente de cien cabezas, que caía en un lugar y reaparecía en otro. Los cascos de los caballos de los kushitas iban de un extremo a otro de la ciudad derramando sangre.

Solo hombres armados deambulaban por las calles. Las grandes puertas de madera reforzadas con herrajes que protegían los distintos barrios fueron aseguradas con cerrojos, como en tiempos de guerra. A través del arco de la gran puerta de Simura pasaron las tropas de jinetes negros, en cuyas cimitarras se reflejaba la luz de las antorchas. Sus capas de seda flotaban al viento y sus brazos desnudos brillaban como el ébano pulido.

Conan entró en una taberna en la que los soldados comían ávidamente y bebían a hurtadillas el vino prohibido. En lugar de sentarse en algún sitio libre, el cimmerio levantó la cabeza y observó el lugar con mirada fogosa. Sus ojos descubrieron un rincón apartado en el que había un hombre vestido con una sencilla túnica y con una kefia cubriéndole el rostro. Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas y delante de él había una mesa baja con varios platos de comida.

El cimmerio avanzó entre las mesas, colocó un cojín cerca del hombre y se sentó sobre él con las piernas cruzadas, igual que el otro. Luego dijo:

—¡Te saludo, Faruz! ¿O debo llamarte general Mazdak?

El hirkanio se estremeció.

—¿Eh, cómo dices? —simuló.

—Vamos, me di cuenta de quién eras en cuanto entramos a la casa de Othbaal —dijo Conan con sonrisa de lobo—. Solo el dueño de la casa podía conocer tan bien sus secretos, y aquella mansión había pertenecido a Mazdak el hirkanio.

—¡No hables tan alto, amigo! Pero ¿cómo me reconociste, si ni siquiera mis soldados me reconocen con este turbante zuagir?

—Sé usar mis ojos. Bien, puesto que nuestra primera aventura nos ha dado tan buen resultado, ¿qué vamos a hacer ahora?

—No sé. Podría hacer algo interesante valiéndome de tu valor y de tu fuerza, pero ya sabes lo que pasa con los perros hermanos.

—Sí —repuso Conan con un gruñido—. Traté de conseguir un puesto como mercenario, pero vuestros tres ejércitos rivales se odian hasta tal punto y luchan tan ferozmente por el poder que ninguno me acepta. Cada uno de ellos cree que soy un espía de los otros dos.

Conan se interrumpió para pedir carne asada al mesonero.

—¡Qué mozo más inquieto eres! —dijo Mazdak—. Entonces ¿regresarás a Akkharia?

El cimmerio escupió con disgusto y dijo:

—No. Es un lugar pequeño, incluso comparado con estas diminutas ciudades-estado shemitas, y no posee grandes riquezas. Además, la gente es tan ridículamente orgullosa acerca de su raza y de sus costumbres como lo sois aquí, de modo que no podría aspirar a llegar muy alto. Quizá tenga mejor suerte con alguno de los gobernantes hiborios del norte, si necesitan un hombre con aptitudes para la lucha. Pero me pregunto una cosa, Mazdak, ¿por qué no te apoderas tú del gobierno de este estado? Ahora que Othbaal ha desaparecido, no tienes más que buscar una excusa para atravesar el vientre de Imbalayo con la espada y…

—¡Por Tarim! ¡Soy tan ambicioso como el que más, pero no imprudente! Debes saber que Imbalayo cuenta con la confianza de nuestro rey loco y por ello vive en el Gran Palacio, rodeado de sus guardias negros. Es cierto que se le puede dar muerte de un sablazo durante algún acto público… Pero en ese caso uno debe estar preparado para que lo corten en pedazos inmediatamente después. Y si ocurriera eso, ¿de qué habría servido la ambición?

—Tenemos que encontrar algún medio —dijo Conan, al tiempo que entrecerraba sus ojos.

—Tenemos, ¿eh? Supongo que esperas alguna recompensa por tu colaboración.

—Por supuesto. ¿Me habías tomado por un tonto?

—Tienes razón, pero no veo perspectivas demasiado halagüeñas para tal empresa; a pesar de ello, tendré en cuenta tus palabras. Y no temas, que serás bien recompensado. Ahora me despido de ti, pues tengo que volver a mis asuntos.

El plato solicitado por Conan llegó cuando Mazdak se marchaba. El cimmerio hincó el diente en la carne con más fruición que de costumbre, pues el placer de la venganza le había abierto el apetito. Aunque devoraba con la energía de un león, no dejaba de escuchar lo que se decía a su alrededor.

—¿Dónde están los anakios? —preguntó un hirkanio bigotudo, con la boca llena de comida.

—Están en sus cuarteles —respondió otro—. Juran que los kushitas mataron a Othbaal y enseñan el anillo de Keluka para demostrarlo. Keluka ha desaparecido e Imbalayo afirma que no sabe nada acerca de todo esto. Pero ahí está el anillo, y ya habían muerto una docena de hombres peleando cuando el rey nos ordenó que nos separáramos. ¡Por Asura, qué día hemos tenido!

—La locura de Akhirom ha sido la causa de todo —dijo el otro, bajando la voz—. ¿Cuánto tardará este lunático en arruinarnos a todos con sus payasadas?

—Calma, amigo, ten cuidado —dijo el primero—. Nuestras espadas están a su servicio mientras lo ordene Mazdak. Pero si vuelve a estallar la revuelta, los anakios preferirán luchar contra los kushitas, no a su lado. La gente dice que Akhirom se ha llevado a Rufia, la concubina de Othbaal, a su harén. Esto irrita a los anakios aún más, pues sospechan que Othbaal fue asesinado por orden del rey, o al menos con su consentimiento. Pero su ira no es nada comparada con la de Zeriti, la antigua concubina del rey, a quien este ha dejado ahora de lado. La rabia de la hechicera, dicen, hace que la furiosa tormenta del desierto parezca una suave brisa de primavera.

Los ojos de Conan brillaron cuando se enteró de aquellas noticias. El recuerdo de la pelirroja no se había apartado de su mente en aquellos últimos días. La idea de raptarla ante las mismas narices del rey loco y de mantenerla oculta de su antiguo dueño,

Mazdak, añadía un nuevo incentivo a la vida del cimmerio. Y si tenía que abandonar Asgalun, ella sería una grata compañía durante el largo viaje hasta Koth. En Asgalun había una persona muy indicada para ayudarlo en su proyecto: Zeriti, la estigia. Y si entendía algo acerca de la naturaleza de los seres humanos, ella estaría encantada con la idea.

El bárbaro abandonó la taberna y se encaminó hacia la muralla de la Ciudad Interior. Sabía que la casa de Zeriti se encontraba en aquella parte de Asgalun. Para llegar hasta ella, tendría que cruzar la gran muralla, y la única forma de hacerlo sin ser descubierto consistía en pasar por el túnel que le había enseñado Mazdak. Por consiguiente, se acercó al canal y avanzó hasta el palmar. Tanteando en la oscuridad, entre las ruinas, halló la losa y la levantó. Se internó nuevamente por las húmedas tinieblas del pasadizo hasta que fue a dar a la segunda escalera, por la que subió. Al cabo de un momento, salía al corredor de la mansión, que estaba a oscuras. En la casa reinaba un silencio absoluto, pero un tenue reflejo de luz le indicó a Conan que todavía estaba ocupada, seguramente por las mujeres y por la servidumbre del general muerto.

Sin saber qué camino tomar, el cimmerio se decidió al azar y cruzó una puerta cubierta por una cortina. Allí se encontró frente a seis esclavos negros que se pusieron en pie y lo miraron fijamente. Antes de que pudiera retroceder, oyó un grito y un rumor de pasos a sus espaldas. Maldiciendo su suerte, se abalanzó sobre los negros. Conan pasó entre ellos como un remolino de acero, y dejó un cuerpo retorciéndose en el suelo; luego corrió hacia la puerta que había al otro lado de la habitación. Las hojas curvas de las cimitarras buscaron su espalda cuando cerró precipitadamente la puerta tras de sí. Las hojas de acero golpearon la madera y varias puntas de lanza se asomaron a través de los paneles. Conan echó el cerrojo, se dio media vuelta y empezó a buscar una salida. En ese momento vio una ventana con rejas doradas.

Tomó impulso y arremetió con fuerza contra la ventana. Las rejas cedieron bajo el impacto, llevándose trozos de revoque y de pared. Conan cayó al vacío en el momento en que la puerta cedía con estrépito y la habitación se llenaba de hombres que gritaban.

En el Gran Palacio del Este, donde las esclavas y los eunucos

deambulaban descalzos, reinaba un profundo silencio que contrastaba con el infierno que se había desatado fuera de las murallas. En una habitación cuyo techo abovedado estaba adornado por delicadas filigranas de marfil y oro, el rey Akhirom, ataviado con una blanca túnica de seda que le daba un aspecto más fantasmal todavía, contemplaba a Rufia desde el lujoso diván en el que se hallaba sentado con las piernas cruzadas.

Rufia, que estaba arrodillada frente a él, vestía una túnica de seda de color carmesí con un cinturón de raso recamado de perlas. En medio de todo aquel esplendor, los ojos de la ofirea estaban ensombrecidos. Rufia había inspirado la última locura de Akhirom, pero no lograba dominarlo. Ahora el soberano parecía abstraído, con una expresión en sus ojos fríos que la hizo temblar. De repente, Akhirom dijo:

—No es lógico que un dios tenga por compañera a una mortal. Rufia sintió un escalofrío; abrió la boca para decir algo, pero tuvo miedo de hablar.

—El amor es una debilidad humana —prosiguió el rey—. Yo me libraré de ella, pues los dioses están por encima del amor. Me siento débil cuando estoy en tus brazos.

—¿Qué quieres decir, mi señor? —se aventuró a decir la muchacha ofira.

—Aun los dioses deben sacrificarse. Por consiguiente, renuncio a ti para que mi divinidad no se debilite.

El rey dio unas palmadas y apareció un eunuco andando a cuatro patas.

—Que venga el general Imbalayo —ordenó Akhirom.

El eunuco dio con la cabeza en el suelo y se retiró caminando hacia atrás. Aquella era la más reciente de las costumbres instituidas en la corte.

—¡No! —exclamó Rufia, poniéndose en pie de un salto—. ¡No puedes entregarme a esa bestia…!

Rufia se volvió a arrodillar ante el rey, cogiéndole la túnica con una mano. Este se apresuró a desasirse de las manos de la mujer.

—¿Estás loca? —gritó furioso y altivo Akhirom—. ¿Así manoseas a un dios?

Imbalayo entró en la habitación con aire inseguro. Era un guerrero bárbaro de Darfar y había alcanzado su posición actual

gracias a su experiencia en la lucha y a su capacidad de intriga. Pero por muy astuto y valiente que fuese el negro, jamás podría estar seguro de las intenciones del loco de Akhirom.

El rey señaló a la mujer acurrucada a sus pies y dijo:

—¡Llévatela!

Imbalayo sonrió y levantó a Rufia, que se retorció y gritó desesperadamente, tendiéndole los brazos a Akhirom mientras el negro se la llevaba de la habitación. El rey no dijo una palabra y siguió sentado con las manos cruzadas y con aire ausente.

Pero había otra persona escuchando. Agazapada en una habitación contigua, una mujer delgada y de piel bronceada vio cómo el kushita se llevaba a su cautiva a través del vestíbulo. Apenas había desaparecido el negro con su carga, cuando ella salió corriendo en dirección contraria.

Imbalayo, el favorito del rey, era el único general que vivía en el Gran Palacio. La mansión era en realidad un conglomerado de edificios que albergaban a los tres mil sirvientes de Akhirom. Después de avanzar por sinuosos corredores y de cruzar un patio recubierto de mosaicos, llegaron a las habitaciones del general, situadas en el ala sur del palacio. Pero cuando se acercaban a la puerta de teca adornada con arabescos de cobre, una esbelta silueta les cerró el paso.

—¡Zeriti! —exclamó Imbalayo, retrocediendo espantado ante las manos de la hermosa mujer, que se abrían y cerraban como garras con una furia controlada.

—Una esclava me contó que Akhirom se ha deshecho de la ramera pelirroja —dijo la estigia—. ¡Véndemela! Tengo una deuda con ella que quiero pagarle.

—¿Por qué habría de vendértela? —repuso el kushita, impaciente—. El rey me la ha dado a mí. Apártate, si no quieres que te haga daño.

—¿Has oído lo que gritan los anakios por las calles?

—¿Y a mí qué me importa?

—Piden la cabeza de Imbalayo a causa del asesinato de Othbaal. ¿Y si yo les contara que sus sospechas son fundadas?

—¡Yo no tengo nada que ver con eso! —gritó el negro.

—Tengo algunos hombres que están dispuestos a jurar que te vieron ayudar a Keluka cuando mataba a Othbaal.

—¡Te voy a matar, bruja!

Zeriti se echó a reír y dijo:

—¡No te atreverás a hacerlo! Y ahora, ¿me venderás a esa pelirroja, o prefieres enfrentarte con los anakios?

—¡Tómala ya y vete de una vez! —gruñó Imbalayo al tiempo que dejaba a Rufia en el suelo.

—¡Aquí está tu paga! —exclamó la estigia, arrojando a la cara del general negro un puñado de monedas.

Imbalayo apretó los puños con una sensación de callada impotencia y sus ojos furiosos lanzaron destellos.

Haciendo caso omiso del hombre, Zeriti se inclinó sobre Rufia, que sabía que contra aquella nueva dueña no le servirían de nada las tretas que había puesto en juego con los hombres. Zeriti cogió a la ofirea por su roja melena, la obligó a levantar la cabeza y la miró fieramente a los ojos. Luego dio unas palmadas y entraron cuatro eunucos.

—Llevadla a mi casa —ordenó Zeriti, y los cuatro negros levantaron a Rufia y se alejaron. La estigia los siguió con los dientes apretados y una expresión de satisfacción en el rostro.

Cuando Conan se arrojó por la ventana, no tenía la menor idea de lo que podía haber del otro lado. Cayó sobre una mata de arbustos, que crecían densamente en aquel lugar y amortiguaron su caída. El cimmerio se puso en pie de un salto y vio a sus perseguidores asomados a la ventana que había roto. Se encontraba en un jardín, un lugar umbrío lleno de árboles y plantas. El bárbaro corrió hasta la pared más próxima, tomó impulso y, aferrándose al borde, saltó al otro lado.

El cimmerio se detuvo un momento para orientarse. Aunque nunca había estado en la Ciudad Interior, la había oído describir tan a menudo que le resultaba familiar. Se encontraba en el Barrio de los Oficiales. Delante de él, destacando por encima de algunos techos bajos, se divisaba un edificio que debía ser el Palacio Menor del Oeste, una enorme casa de recreo y placer cercana al famoso parque de Abibaal. Seguro del terreno que pisaba, Conan avanzó deprisa por la calle en la que había caído y no tardó en llegar a la amplia avenida que atravesaba la Ciudad Interior de norte a sur.

A pesar de lo avanzado de la hora, había bastante movimiento allí. El cimmerio vio pasar a varios grupos de hirkanios armados. Al

llegar a la gran plaza situada entre los dos palacios, el relincho de unos caballos inquietos le hizo volver los ojos sobre un escuadrón de jinetes kushitas que avanzaban con antorchas. Existía un motivo para aquella inquietud. A lo lejos se oía el redoble de tambores, que traía el viento junto con un rumor de gritos lejanos y de salvajes cánticos de guerra.

Gracias a su apariencia de soldado, Conan pasó inadvertido entre los hombres cubiertos con cotas de malla. En determinado momento abordó a un hirkanio para preguntarle cómo se llegaba a la casa de Zeriti y el hombre le dio la información inmediatamente. Al igual que cualquier otra persona de Asgalun, Conan sabía que, si bien la estigia consideraba a Akhirom como algo de su propiedad, ella en modo alguno se sentía solo suya. Había varios capitanes mercenarios tan familiarizados con su alcoba como el rey de Pelishtia.

La casa de Zeriti lindaba con un patio del Palacio del Este y ambas mansiones estaban comunicadas por un jardín. De esta manera, en los días de favor, Zeriti podía pasar desde su casa al palacio, sin violar la orden del monarca que prohibía a las mujeres andar por las calles. Zeriti, hija de un jefe militar, había sido la amante de Akhirom, pero no su esclava.

Conan no esperaba encontrar dificultades para entrar en casa de la estigia. Esta manejaba a su antojo los hilos de la intriga política, por lo cual admitía en audiencia a hombres de todas las razas y condiciones sociales. En su sala de espera había bailarinas que entretenían a los visitantes en medio de los vapores del loto negro.

Aquella noche, sin embargo, no había bailarinas ni visitantes, a pesar de lo cual un zuagir de aspecto villano abrió la puerta y dejó pasar al cimmerio sin hacerle ninguna pregunta. Llevó a Conan a través de un pequeño patio, subieron por unas escaleras exteriores y, después de recorrer un largo corredor, llegaron a una amplia estancia bordeada por arcadas de las que colgaban cortinas de terciopelo de color carmesí.

La sala, tenuemente iluminada, estaba vacía, pero desde algún lugar de la casa se oyó el grito de dolor de una mujer. Luego se oyó una risa, también femenina, increíblemente maligna y vengativa.

Conan levantó la cabeza tratando de comprobar la dirección de la que provenían los ruidos. Luego comenzó a examinar las cortinas

de las arcadas para ver cuál de ellas ocultaba alguna puerta secreta.

Zeriti se irguió y dejó caer el pesado látigo. La mujer desnuda que estaba atada al diván tenía el cuerpo cruzado por marcas rojas desde el cuello hasta los tobillos. Esto, sin embargo, no era más que el preludio de un destino peor aún.

La endemoniada mujer cogió un trozo de carbón con el que trazó una complicada figura en el suelo, añadiendo luego algunos misteriosos jeroglíficos de los adoradores de serpientes que gobernaban Estigia antes del Cataclismo. Colocó un pequeño candelabro dorado en cada una de las cinco esquinas de la figura y arrojó sobre las llamas de cada uno de ellos una pizca de polen de loto negro, que crece en los pantanos del sur de Estigia. Un olor extraño y nauseabundo invadió la habitación. Luego, Zeriti comenzó a entonar un cántico en una lengua más antigua que la ciudad de Pithón, erigida en el remoto imperio de Aquerón hacía tres mil años.

Poco a poco, se fue materializando una nube oscura. A Rufia, que estaba medio muerta de dolor y de espanto, aquello le pareció como una columna de humo. En lo alto de la oscura masa amorfa aparecieron dos puntos brillantes que bien podían ser unos ojos. Rufia sintió un frío terrible, como si aquella cosa absorbiera todo el calor de su cuerpo con su mera presencia. La nube negra daba la impresión de carecer de densidad. Rufia pudo ver la pared que había detrás de la columna de humo, que se iba espesando poco a poco.

Zeriti se inclinó sobre los candelabros y los fue apagando uno a uno. La habitación, iluminada por el último candelabro, quedó casi a oscuras. La columna de humo apenas se veía, con excepción de los relucientes ojos.

Un ruido lejano hizo volverse a Zeriti. Se trataba de un rumor informe, confuso y distante como el aullido bestial de una muchedumbre furiosa.

La estigia continuó con sus encantamientos, pero se produjo otra interrupción. Se oyó un intercambio de palabras irritadas en lengua zuagir, luego un grito, después un golpe seco y finalmente el ruido de un cuerpo al caer desplomado. Imbalayo irrumpió en la habitación con los ojos desorbitados, una expresión salvaje en el rostro y la cimitarra chorreando sangre.

—¡Perro! —exclamó la hechicera estigia, retrocediendo como una víbora dispuesta a atacar—. ¿Qué haces aquí?

—¡Vengo en busca de la mujer que me has quitado! —bramó Imbalayo—. ¡La ciudad se ha sublevado y el demonio anda suelto! ¡Dame esa mujer, si no quieres que te mate!

Zeriti lanzó una mirada al general negro y, al tiempo que extraía una daga, gritó:

—¡Hotep! ¡Khafra! ¡Ayudadme!

Imbalayo lanzó un rugido y se abalanzó sobre la estigia. La felina rapidez de esta resultó inútil, pues la ancha hoja de Imbalayo le atravesó el cuerpo de lado a lado. Zeriti profirió un grito ahogado y cayó al suelo. El kushita liberó su cimitarra a medida que ella caía. En ese momento apareció Conan en la puerta, con la espada en la mano.

Tomando al cimmerio por uno de los criados de la bruja estigia, Imbalayo se arrojó sobre él y, blandiendo la pesada arma, asestó un fuerte mandoble. Conan saltó hacia atrás y la hoja pasó a un dedo de su cuello, yendo a dar en el marco de la puerta. Al tiempo que saltaba, Conan devolvió el golpe. Parecía imposible que el gigantesco kushita se recuperase a tiempo para eludir el ataque de su enemigo, pero lo cierto es que Imbalayo logró echarse a un lado y parar la espada de Conan, que hubiera derribado a un hombre menos vigoroso. Avanzaron y retrocedieron entre los golpes de sus espadas cruzadas. De repente, Imbalayo pareció reconocer a su adversario. Gritó:

—¡Amra!

Conan supo en ese momento que debía matar al kushita. Aunque no recordaba haberlo visto antes, Imbalayo seguramente lo reconoció como el jefe de un grupo de corsarios negros al frente del cual, con el nombre de Amra el León, había saqueado las costas de Kush, de Estigia y de Shem. Si Imbalayo llegaba a revelar la identidad de Conan a los pelishtios, esos vengativos shemitas lo descuartizarían con sus propias manos. Aunque pelearan duramente entre ellos, no había duda de que se unirían para aniquilar al bárbaro que había asolado sus costas.

Conan atacó y obligó a Imbalayo a dar un paso atrás; luego hizo una finta y le dio un golpe al kushita en la cabeza. La fuerza del impacto impulsó hacia abajo la cimitarra de Imbalayo y dio de lleno

en el casco del general negro. La espada del cimmerio, debilitada ya por algunas profundas melladuras en la hoja, se partió cerca de la empuñadura.

Por el espacio de un segundo, los dos guerreros bárbaros se miraron en silencio. Los ojos de Imbalayo, inyectados en sangre, buscaban un punto vulnerable en la defensa de Conan. Los músculos del negro se tensaron para dar el golpe final.

El cimmerio arrojó la empuñadura de la espada a la cabeza de Imbalayo. Mientras el kushita eludía el proyectil, Conan se envolvió la capa alrededor del antebrazo izquierdo y sacó su puñal con la mano derecha. No se hacía demasiadas ilusiones respecto a sus posibilidades frente a Imbalayo en una lucha al estilo zingario. El kushita, que ahora avanzaba como un felino, no era una lenta montaña de músculos, como Keluka, sino que resultaba un espléndido luchador, casi tan rápido como el mismo cimmerio. La cimitarra silbó en el aire…

Entonces, una masa informe y nebulosa, que hasta ese momento había pasado desapercibida en la oscuridad, avanzó rápidamente y se abatió sobre la espalda de Imbalayo. Este gritó como un hombre al que estuvieran quemando vivo. Pataleó frenéticamente y se contorsionó, al tiempo que trataba de golpear hacia atrás con su espada. Pero los ojos luminosos brillaban encima de sus hombros y la sustancia humeante lo iba envolviendo a la vez que lo hacía retroceder.

Conan también se echó atrás. El miedo del bárbaro a lo sobrenatural le formó un nudo en la garganta.

En seguida cesaron los gritos de Imbalayo. El negro cayó al suelo con el sonido de una cosa blanca y gelatinosa. La nube negra había desaparecido.

Conan avanzó con cautela y vio que el cuerpo de Imbalayo presentaba un raro aspecto, pálido y fláccido, como si el extraño engendro le hubiera sorbido la sangre y los huesos, dejando tan solo un pellejo en forma de hombre con unos pocos órganos en su interior. El cimmerio se estremeció.

Un sollozo que provenía del diván volvió su atención hacia Rufia. En dos pasos, llegó hasta ella y cortó sus ligaduras. La ofirea se sentó en el lecho y se puso a llorar en silencio. En ese momento se oyó a alguien gritar con energía:

—¡Imbalayo! Por todos los demonios, ¿dónde estás? ¡Es hora de montar a caballo! ¡Te he visto entrar!

Un hombre que llevaba un casco y una cota de malla entró en la habitación. Era Mazdak que, retrocediendo a la vista de los cadáveres, gritó:

—¡Ah, condenado salvaje! ¿Por qué tenías que matar a Imbalayo justamente ahora? La ciudad se ha sublevado, y los anakios luchan contra los kushitas. Yo voy a acudir con mis hombres en ayuda de estos últimos. ¡En cuanto a ti… sigo debiéndote la vida, pero para todo hay un límite! ¡Vete de esa ciudad y no vuelvas nunca más!

Conan sonrió y dijo:

—No fui yo quien lo mató, sino uno de los demonios de Zeriti, después de que Imbalayo la matara. Observa el cuerpo del kushita, si no me crees.

Mazdak se inclinó para mirar y Conan agregó:

—¿No saludas a tu vieja amiga Rufia?

Esta se escudaba con el cuerpo del cimmerio.

—Muy bien —dijo Mazdak retorciéndose el bigote—. La llevaré de vuelta a mi casa. Tenemos que…

El rugido lejano de la multitud se hizo mucho más intenso.

—No —dijo Mazdak aturdido—. Antes he de acabar con la sedición. Pero ¿cómo voy a dejar que ande desnuda por la calle?

—¿Por qué no te pones de parte de los anakios —preguntó Conan—, que estarán tan contentos como los asgalunim de librarse de ese rey loco? Una vez muertos Imbalayo y Othbaal, eres el único general que queda con vida en Asgalun. Encabeza la revuelta, destrona al loco de Akhirom y coloca en su lugar a alguno de sus primos o sobrinos que sea débil de carácter. ¡De este modo, serás el verdadero gobernante de Pelishtia!

Mazdak, que escuchaba al cimmerio como en sueños, lanzó de pronto una carcajada.

—¡Hecho! —exclamó—. ¡A los caballos! Lleva a Rufia a mi casa y luego únete a los hirkanios en la batalla. Mañana gobernaré en Pelishtia y podrás pedirme lo que desees. ¡Hasta luego!

Mazdak se alejó con su capa al viento y Conan se volvió hacia Rufia.

—Consigue algunos vestidos, muchacha —le dijo.

—¿Quién eres tú? —inquirió ella—. Oí que Imbalayo te llamaba

Amra…

—¡No pronuncies ese nombre en Shem! Soy Conan el cimmerio.

—¿Conan? Oí hablar de ti cuando estaba con el rey. ¡Por favor, no me lleves a casa de Mazdak, te lo ruego!

—¿Por qué no? Él va a ser el verdadero gobernante de Pelishtia.

—Conozco demasiado bien a esa serpiente. ¡Llévame contigo! Podemos llevarnos todo lo que hay en esta casa y huir de la ciudad. Con la agitación que reina en ella, nadie nos detendrá.

Conan sonrió y dijo:

—Me tientas, Rufia, pero ahora me conviene apoyar a Mazdak. Además, le dije que te llevaría a su casa y me gusta cumplir con mi palabra. Vamos, ponte algo encima, o te llevo tal como estás.

—Está bien —dijo la ofirea en tono contemporizador, pero en seguida se interrumpió.

Procedente del cuerpo tendido de Zeriti, se oyó una especie de borboteo. Mientras Conan la observaba con el cabello erizado por el horror, la hechicera se incorporó hasta quedar sentada, a pesar de su herida, sin duda mortal. La estigia se puso en pie con dificultad, tambaleándose y mirando a Conan y a Rufia sucesivamente. Tan solo un pequeño hilillo de sangre manaba de la herida que tenía en la espalda y en el pecho. Cuando habló, su voz pareció ahogarse por la sangre que le salía de la garganta.

—Hace falta… —dijo—, algo más que… una simple herida de espada… para matar… a una hija de Set.

Se dirigió hacia la puerta y, una vez allí, se volvió y agregó:

—Los asgalunim… estarán muy interesados en saber… que Amra y su mujer… están en la ciudad.

Conan no sabía qué hacer, salvo que, por su propia seguridad, debía arrojarse sobre la bruja y cortarla en pedazos. Pero su bárbaro sentido de la caballerosidad le impedía hacerle eso a una mujer.

—¿Por qué nos molestas? —dijo el cimmerio—. ¡Más importante para ti es que defiendas a tu rey loco!

Zeriti movió negativamente la cabeza y contestó:

—Sé lo que… planea Mazdak. Y antes de que yo abandone… definitivamente este cuerpo… me vengaré… de ese cerdo…

—Entonces… —dijo Conan con un gruñido y, tras recoger la cimitarra de Imbalayo, avanzó hacia la hechicera.

Pero Zeriti hizo un ademán y pronunció una palabra.

Inmediatamente apareció sobre el suelo una línea de fuego, que se extendía de pared a pared. Conan retrocedió con un brazo sobre el rostro para protegerse del intenso calor de las llamas. Zeriti desapareció al instante.

—¡Sigámosla! —gritó Rufia—. El fuego no es más que una de sus artimañas.

—Pero, si no se la puede matar…

—A pesar de todo, las cabezas no cuentan secretos una vez separadas de los cuerpos.

Con la mirada sombría, Conan saltó por encima de las llamas en dirección a la puerta. Sintió un poco de calor, y luego las llamas se desvanecieron en cuanto las hubo traspuesto.

—¡Espera aquí! —le gritó a Rufia, y salió corriendo detrás de Zeriti. Pero cuando llegó a la calle, no vio rastro alguno de la bruja.

Corrió rápidamente hacia la callejuela más próxima y miró en todas direcciones, luego hizo lo mismo con la del lado opuesto, pero la estigia parecía haberse evaporado. Poco después, volvía a la casa de Zeriti.

—Creo que tenías razón —le dijo a Rufia—. Cojamos lo que podamos y vayámonos de aquí.

En la Gran Plaza de Adonis, las llamas de las antorchas iluminaban un torbellino de siluetas armadas, de caballos encabritados y de espadas en movimiento. Los hombres luchaban cara a cara. Kushitas y shemitas jadeaban, maldecían, mataban y morían. Los asgalunim atacaban como locos a los soldados negros, los derribaban de sus caballos y cortaban las riendas de los espantados animales. Las picas herrumbrosas chocaban con las lanzas. Aquí y allá surgían grandes llamaradas, que se elevaban al cielo haciendo abrir los ojos a los atónitos pastores de los montes de Libnum. Desde los suburbios de la ciudad, un torrente de personas convergía hacia la gran plaza. En ella se veían ya cientos de cuerpos tendidos e inertes, cubiertos con cotas de malla o con simples túnicas a rayas, que los caballos maltrataban con sus cascos, mientras que los vivos seguían peleando fieramente.

La plaza se encontraba en el barrio kushita, que los anakios habían ido a saquear mientras la mayor parte de los negros peleaban contra la turbamulta en otras partes. Ahora, retirados apresuradamente a otro sector, los guerreros de ébano abrumaban a

la infantería anakia, a la que superaban en número, en tanto que el populacho amenazaba con aniquilar a ambos grupos. Bajo las órdenes de su capitán, Bombaata, los kushitas mantenían cierta apariencia de orden que les daba alguna ventaja sobre los desorganizados anakios y la caótica multitud. Sus escuadrones cargaban hacia uno y otro lado de la plaza, en su afán por abrirse paso entre la muchedumbre que atestaba el lugar, lo que les permitiría usar mejor sus caballos para aventajar al enemigo.

Mientras tanto, los enloquecidos asgalunim invadían y saqueaban las casas de los negros, sacando de ellas rudamente a las mujeres, que gritaban desesperadamente. El resplandor de los edificios en llamas teñía de rojo las piedras de la plaza. Los gritos de sus mujeres y niños despedazados por los shemitas hacían que los negros lucharan con más ferocidad aún.

De repente, se oyó el retumbar de los timbales hirkanios, acompañado del rumor de cascos de caballos.

—¡Los hirkanios, al fin! —dijo Bombaata jadeando—. Han tardado demasiado. Pero, por Derketa, ¿dónde está Imbalayo?

Hasta el centro de la plaza llegó a galope un frenético caballo cuya boca despedía espuma. El jinete tiró de las riendas con manos ensangrentadas y gritó:

—¡Bombaata! ¡Bombaata!

—¡Aquí, imbécil! —bramó el kushita, haciéndole una seña.

—¡Imbalayo ha muerto! —gritó el hombre por encima del rugido de las llamas y del trueno de los timbales—. ¡Los hirkanios se han vuelto contra nosotros y han dado muerte a nuestros hermanos en sus palacios! ¡Aquí vienen!

El ruido de los cascos y de los timbales se hizo más ensordecedor aún, y los escuadrones de lanceros irrumpieron en la plaza atacando a amigos y enemigos. Bombaata divisó el rostro delgado y exultante de Mazdak tras el arco que trazaba su cimitarra. Acto seguido una espada golpeó al negro kushita, que se desplomó.

Desde los promontorios rocosos de Libnun, los pastores contemplaban la escena temblorosos. El estrépito metálico de las armas se oía a leguas de distancia río arriba, donde los pálidos nobles temblaban de miedo en sus jardines. Rodeados de hirkanios, anakios y asgalunim, los kushitas siguieron luchando hasta morir.

La turba fue la primera que dirigió su atención hacia el rey

Akhirom. Cruzaron corriendo las puertas sin vigilancia que llevaban a la Ciudad Interior, y traspusieron la entrada del Palacio del Este. Hordas de desarrapados irrumpieron aullando por los corredores hasta un gran salón en el que, al desgarrar las doradas cortinas, comprobaron que el trono estaba vacío. Arrancaron los tapices de seda de las paredes con sus manos manchadas de sangre y volcaron las mesas de finos mármoles entre un estruendo de vajillas y porcelanas rotas. Los eunucos de túnicas de color carmesí huían lanzando aullidos y las jóvenes esclavas se debatían gritando entre los brazos de los atacantes.

En el Gran Salón Esmeralda estaba el rey Akhirom de pie, como una estatua sobre un trono forrado de pieles. Sus manos se movían convulsivamente. A la entrada del salón se apiñaba un reducido grupo de sus servidores más fieles, que conseguían mantener a raya con sus espadas a la exaltada multitud. Una banda de anakios se abrió paso entre la turbamulta y logró romper la barrera de esclavos negros. Mientras la vanguardia de guerreros shemitas irrumpía, incontenible, Akhirom pareció volver en sí de su abstracción y escapó por una salida que había en la parte posterior de la estancia. Anakios y pelishtios se mezclaron en la carrera, persiguiendo al fugitivo monarca. Detrás de ellos llegó otro grupo de hirkanios con Mazdak a la cabeza, que venía empapado en sangre.

Akhirom huyó por un pasillo y luego subió corriendo por una sinuosa escalera. Tras un ascenso que parecía interminable, esta alcanzaba el techo del palacio. Pero no se detenía allí, sino que sus peldaños seguían por el interior de la estrecha torre que había en el techo y desde la cual el padre de Akhirom, el rey Azumelek, solía contemplar las estrellas.

El monarca siguió subiendo, seguido de cerca por sus perseguidores, hasta que la escalera se hizo tan angosta que solo podía pasar un hombre a la vez.

El rey Akhirom llegó a una pequeña plataforma circular que había en la parte superior de la torre y que estaba rodeada por una pequeña pared. Una vez que hubo pasado, cerró la portezuela y echó el cerrojo. Luego se inclinó sobre el parapeto. En la terraza había una gran cantidad de hombres. Abajo había otros que miraban hacia la torre desde el patio principal.

—¡Escuchad, mortales pecadores! —exclamó Akhirom—. ¡No

creéis que soy un dios! ¡Pues os demostraré que no estoy atado a la tierra como un gusano, como vosotros, sino que puedo remontarme al cielo como los pájaros! ¡Lo veréis en seguida, y entonces tendréis que inclinaros ante mí y venerarme como corresponde! ¡Ahí voy!

Akhirom se encaramó al parapeto, se balanceó por un instante y luego saltó al vacío, extendiendo los brazos como si fueran alas. Su cuerpo describió una prolongada parábola hacia abajo, dejó atrás el techo del palacio mientras el viento henchía sus vestiduras y se estrelló, finalmente, contra las piedras del patio con el sonido de un melón aplastado por un mazo.

Ni siquiera el exterminio de los kushitas y la muerte de Akhirom trajeron paz a la alborotada Asgalun. Otros grupos turbulentos rondaban por la ciudad, incitados por un misterioso rumor, según el cual Amra, el jefe de los corsarios negros, se encontraba en Asgalun, y se afirmaba que Rufia, la ofirea, estaba con él. Crecieron los rumores, que se transformaban al pasar de boca en boca. Se dijo también que Amra había enviado a Rufia a Asgalun como espía de los piratas y que una flota corsaria esperaba frente a la costa una orden suya para desembarcar y saquear la ciudad. Pero aunque buscaron por todos los escondites de la ciudad, no encontraron ni rastro de Amra y de la mujer.

Por la larga vía que conducía desde Asgalun a Koth a través de las praderas del oeste de Shem, iban Conan y Rufia al trote de sus caballos. El cimmerio iba en su propio corcel, en tanto que la ofirea lo hacía sobre un animal sin dueño, que Conan había encontrado en las calles de Asgalun esa noche. La pelirroja vestía ropas procedentes de los cofres de Zeriti. Aunque le iban un poco ajustadas, valían para el caso. En ese momento, Rufia dijo:

—Si te hubieras quedado en Asgalun, Conan, habrías llegado muy lejos, amparado en la amistad de Mazdak.

—¿Y quién me rogó que no me fiara de él?

—Lo sé. Para mí era un amo frío, que no parecía tener sentimientos. Pero…

—Era una persona que me caía bien, pero, de haberme quedado allí, tarde o temprano uno de los dos habría tenido que matar al otro, y probablemente a causa de ti.

El cimmerio se rio en voz baja y dio golpecitos a una bolsa en la que llevaba el botín conseguido en la casa de Zeriti. Las monedas y

los otros objetos de valor que había allí tintinearon con sonido metálico.

—Me las arreglaré igual en el norte —dijo—. ¡Vamos, espolea un poco a ese caballo!

—Todavía tengo el cuerpo dolorido a causa de los latigazos de Zeriti…

—Si no te apresuras, me temo que te dolerá mucho más. ¿Quieres que los hirkanios de Mazdak nos den alcance antes que hayamos desayunado?

La pelirroja ofirea agitó las riendas, y ambos corceles avanzaron a galope corto por el camino de Koth.

El coloso negro

Robert E. Howard, 1933

El interés de Conan por Rufia parece haber durado lo mismo que el botín que se llevaron de Asgalun, tal vez cambió a la mujer por un caballo mejor antes de ponerse al servicio de Amalric de Nemedia, un general mercenario de la reina regente Yasmela, soberana del pequeño reino fronterizo de Khoraja. Allí el cimmerio alcanza pronto el grado de capitán. El joven rey de Khoraja, hermano de Yasmela, se halla prisionero en Ofir y las fronteras de su reino se ven hostigadas por unas tropas nómadas, reunidas por un misterioso y maligno hechicero velado llamado Natohk.

«Era la noche del Poder, cuando el destino avanza por los corredores del mundo como un coloso recién resucitado de un antiquísimo trono de granito».

E. HOFFMAN PRICE *(La muchacha de Samarcanda)*

Tan solo el silencio del pasado reinaba en las misteriosas ruinas de Kuthchemes, pero el miedo estaba allí, agazapado. El temor aleteó en la mente de Shevatas, el ladrón, acelerando su respiración a través de sus dientes apretados.

Estaba de pie como un átomo de vida en medio de la desolación y las ruinas que había entre los colosales monumentos de piedra. Ni siquiera los buitres batían sus alas negras en la inmensa bóveda azul del cielo en el que brillaba un sol ardiente. A ambos lados se alzaban las lúgubres reliquias de una era olvidada: enormes columnas rotas levantando sus truncados muñones hacia las alturas; larguísimas filas ondulantes de murallas derruidas; caídos bloques

de piedra de dimensiones ciclópeas; estatuas destrozadas, cuyos contornos monstruosos habían sido erosionados por los vientos y las tormentas de arena. No había señales de vida en todo el espacio que se extendía de horizonte a horizonte. Solo el imponente desierto desnudo, dividido en dos por la sinuosa línea de un río seco hacía mucho tiempo. Aquella vastedad de colmillos relucientes que constituían las ruinas, de columnas erguidas como rotos mástiles de naves hundidas, la dominaba la elevada cúpula de marfil ante la que temblaba Shevatas.

La base de aquella cúpula era un gigantesco pedestal de mármol que se elevaba desde lo que había sido alguna vez una especie de mirador sobre el antiguo río. Amplios escalones conducían a la gran puerta de bronce, apoyada sobre su base como la mitad de un huevo gigantesco. Aquella cúpula de marfil puro brillaba como si unas manos misteriosas la estuvieran puliendo continuamente. El gran domo arrojaba destellos dorados, a través de los cuales se divisaban los brillantes jeroglíficos que circundaban el ábside. Ningún hombre en el mundo era capaz de leer esas inscripciones, pero Shevatas sintió un escalofrío ante las sombrías sensaciones que suscitaban en él, pues pertenecía a una raza muy antigua cuyos mitos se remontaban a la noche de los tiempos.

Shevatas era un hombre delgado y ágil, como corresponde a un maestro de ladrones de Zamora. Tenía la cabeza rapada y vestía tan solo un taparrabo de seda de color escarlata. Como todos los de su raza, era de piel muy oscura y rostro de buitre, del que destacaban unos ojos negros y vivaces. Sus dedos, largos y finos, eran rápidos y nerviosos como las alas de una mariposa nocturna. De su cinturón de escamas doradas colgaba una espada corta y estrecha con una empuñadura enjoyada y una vaina de cuero ornamentado. Shevatas parecía manejar su arma con un cuidado exagerado; incluso daba la impresión de querer mantener la vaina apartada de su cuerpo, a fin de que no entrase en contacto con la piel desnuda del muslo. Y sus cuidados no estaban desprovistos de fundamento.

Shevatas era ladrón entre ladrones y su nombre se pronunciaba con temor en los tugurios del Maul y a la sombra de los templos de Bel; de él hablaban las canciones y leyendas de aquellas tierras. Sin embargo, el miedo encogió el ánimo de Shevatas cuando se encontró de pie ante la cúpula de marfil de Kuthchemes. Cualquier

persona, por poco entendida que fuera, podía darse cuenta de que había algo sobrenatural en aquel edificio. El viento y el sol lo habían azotado durante tres mil años, y a pesar de ello el marfil y el oro se alzaban claros y relucientes como el día en que fuera erigido por manos desconocidas a orillas del anónimo río.

Esta sensación misteriosa y sobrenatural que transmitía el edificio estaba en consonancia con el aura que emanaba de las ruinas encantadas. El desierto era una enigmática faja de tierra que se extendía hacia el sudeste de Shem. Unos pocos días a lomo de camello en esa dirección, como bien sabía Shevatas, llevarían al viejo hasta el gran río Styx, donde este trazaba un ángulo y seguía hacia el oeste para desembocar finalmente en el lejano mar. Justamente en el punto en el que se desviaba comenzaba Estigia, la oscura tierra del sur, cuyos dominios, bañados por el gran río, contrastaban con los yermos circundantes.

Hacia el este, el desierto se prolongaba en las estepas que llegaban hasta el reino hirkanio de Turan, que alzaba su esplendor bárbaro a orillas del gran mar interior. A una semana de viaje a caballo hacia el norte, el desierto concluía en una serie de montes áridos, detrás de los cuales se hallaban las fértiles llanuras de Koth, el reino más meridional de Hiboria. Al oeste, las arenas del desierto se fundían con las praderas de Shem, que llegaban hasta el océano.

Shevatas sabía todo esto sin ser consciente de ello, del mismo modo que una persona conoce las calles de su ciudad. Era un avezado viajero y había saqueado los tesoros de muchos reinos. Pero ahora vacilaba y se estremecía ante lo que constituía su mayor aventura, y ante el tesoro más cuantioso de cuantos conociera.

Debajo de aquella cúpula de marfil yacían los huesos de Thugra Khotan, el sombrío hechicero que había reinado en Kuthchemes tres mil años antes, cuando los reinos de Estigia y Aquerón llegaban hasta las mesetas que había al norte del río, pasando por las praderas de Shem. Luego, las grandes invasiones hiborias llegaron hasta el sur desde la cuna de su raza, que se encontraba cerca del polo norte. Fueron migraciones masivas, que se prolongaron a lo largo de siglos y eras. Pero bajo el reinado de Thugra Khotan, el último brujo de Kuthchemes, unos bárbaros de ojos grises y cabello leonado, vestidos con pieles de lobo y cotas de malla, llegaron desde el norte para sojuzgar al opulento reino de Koth con sus

espadas de hierro. Se abatieron sobre Kuthchemes como las oleadas de una marea y bañaron en sangre las torres de mármol. El reino de Aquerón fue sometido por el fuego y la violencia.

Pero mientras asolaban las calles de la ciudad y mataban a sus arqueros como si estuvieran talando árboles, Thugra Khotan tomó un extraño y terrible veneno. Sus sacerdotes lo sepultaron en la tumba que él mismo se había hecho construir. Allí murieron, en un sangriento holocausto, todos sus adeptos, pero los bárbaros no pudieron abrir la puerta y ni siquiera la violencia y el fuego lograron dañar el edificio. En consecuencia, se alejaron de allí dejando la gran ciudad en ruinas. De este modo, Thugra Khotan pudo descansar en paz en su sepulcro de marfil, mientras el gusano de la destrucción comenzaba a roer las columnas y el río que regaba sus tierras se iba hundiendo en las arenas hasta secarse por completo.

Muchos ladrones trataron de hacerse con el tesoro que, según la leyenda, se hallaba entre los viejos huesos blanquecinos que yacían bajo la cúpula. Muchos de ellos perecieron en la puerta del sepulcro, mientras que otros fueron acosados desde entonces por sueños espantosos, hasta que al fin murieron con la espuma de la locura en los labios.

Por todo ello, Shevatas se estremeció al encontrarse ante la tumba, y no por la leyenda según la cual una serpiente cuidaba el esqueleto del hechicero. Sobre todos los mitos de Thugra Khotan se cernían el horror y la muerte como un velo tenebroso. Desde donde se encontraba, el ladrón podía ver las ruinas de la gran sala en la que se habían arrodillado cientos de prisioneros encadenados durante las celebraciones, para ser decapitados por el rey-sacerdote en honor de Set, la serpiente divina de los estigios. Cerca de allí debía estar el pozo oscuro y terrible junto al cual se encadenaba a las aterradas víctimas que servirían de alimento a un monstruo temible que salía de las profundidades de una caverna infernal. La leyenda había convertido a Thugra Khotan en algo más que un ser humano. Su culto había entrado en decadencia, aunque sus devotos acuñaban todavía monedas con la imagen del monarca, que servían para pagar el paso de sus muertos por el gran río de sombras cuya representación material era el Styx. Aquella imagen quedó grabada en forma indeleble en la mente de Shevatas, que solía sacar las

monedas de la boca de los cadáveres.

El ladrón dejó finalmente de lado sus temores y subió hasta la gran puerta de bronce en cuya suave y lisa superficie no se veía ningún cerrojo ni pestillo. Shevatas había tenido acceso a cultos tenebrosos, había escuchado los sobrecogedores susurros de los adoradores de Skelos a medianoche bajo los árboles y había leído los libros prohibidos de Vathelos el Ciego.

De rodillas en el suelo, buscó a tientas en el umbral de la puerta y logró dar con unos salientes demasiado pequeños para ser percibidos por el ojo humano o por dedos menos sensibles. Presionó con sus dedos de una manera especial, al tiempo que pronunciaba en voz baja las palabras de un olvidado encantamiento. Cuando hubo presionado el último saliente, saltó con gran agilidad y dio un golpe seco en el centro exacto de la puerta con la mano abierta.

La enorme puerta se abrió hacia dentro sin chirrido alguno. El aire escapó con un fuerte silbido entre los apretados dientes de Shevatas. Quedó a la vista un corredor corto y estrecho cuyo suelo, paredes y cielorraso eran de marfil. De repente, de una abertura que había a un lado del pasillo salió reptando en silencio un monstruo espantoso que miró al intruso con ojos brillantes: era una serpiente de unos seis metros de longitud, cuyo cuerpo brillante estaba cubierto de escamas tornasoladas.

El ladrón no perdió tiempo en pensar de qué modo habría sobrevivido el monstruo en aquellas sombrías profundidades. Desenvainó cautelosamente la espada, de la que goteaba un líquido verdoso idéntico al que manaba de los afilados colmillos del reptil. La hoja estaba empapada en un veneno igual que el de la serpiente, y el solo hecho de obtener ese veneno de los pantanos de Zíngara había constituido de por sí toda una hazaña.

Shevatas avanzó sigilosamente, con las piernas algo flexionadas, dispuesto a saltar con la velocidad del rayo. Y necesitó de toda su coordinación y agilidad cuando la serpiente arqueó su cuello y atacó con una rapidez vertiginosa. A pesar de sus rápidos reflejos, Shevatas habría muerto de no haber sido por una casualidad. Sus planes de saltar a un lado y asestar un mandoble contra el cuello extendido quedaron anulados por la cegadora velocidad del ataque del reptil. El ladrón solo tuvo tiempo para extender la espada hacia adelante, mientras cerraba los ojos y lanzaba un grito. Shevatas

sintió que le arrebataban la espada de la mano, y luego resonaron en el corredor los ecos de unos terribles chasquidos.

Shevatas abrió los ojos, asombrado de estar aún con vida, y vio que el monstruo se retorcía con fantásticas contorsiones, con la espada hundida en sus gigantescas fauces. El azar había hecho que el reptil cayera sobre la hoja que él había tendido a ciegas. Poco después, la serpiente se había convertido en un conjunto de temblorosos anillos que se retorcían débilmente. El poderoso veneno había hecho efecto.

Después de pasar por encima del ondulante cuerpo del reptil, el ladrón empujó una puerta lateral que dejó ver el interior del recinto coronado por la cúpula. El intruso lanzó un grito de asombro. En lugar de la penumbra que dejaba atrás, se halló ante una luz de color carmesí que palpitaba con una intensidad superior a la que podrían soportar ojos mortales. Procedía de una gigantesca piedra roja situada en lo alto de la cúpula. Shevatas se quedó atónito, a pesar de lo acostumbrado que estaba a contemplar riquezas. El tesoro estaba allí, amontonado descuidadamente, en pilas de diamantes, zafiros, rubíes, turquesas, ópalos y esmeraldas; había, además, ziggurats de jade, azabache y lapislázuli; pirámides de monedas de oro y de lingotes de plata; espadas adornadas con piedras preciosas y empuñaduras de oro, cascos de metales preciosos con crestas de caballo de todos los colores, armaduras de escamas de plata; arneses incrustados de gemas pertenecientes a antiguos reyes guerreros; copas talladas en piedras preciosas de gran tamaño; cráneos con incrustaciones de oro y adularia en lugar de ojos, así como collares hechos de dientes humanos con pequeñas piedras engastadas. El suelo de marfil estaba cubierto por varios palmos de polvo de oro que reflejaba el fulgor carmesí del enorme rubí con millones de luces titilantes. El ladrón se encontraba ante un mundo de magia y esplendor, y las sandalias de sus pies parecían pisar estrellas.

Pero los ojos de Shevatas estaban fijos tan solo en la gran urna de cristal que se alzaba en medio del deslumbrante conjunto, exactamente debajo de la enorme piedra roja donde debían estar los huesos del rey, seguramente convertidos en polvo después de tantos siglos. Y mientras miraba, su oscuro rostro palideció y se le heló la sangre en las venas, en tanto que su piel se erizaba de horror y sus

labios se movían sin poder pronunciar una sola palabra. Pero de repente su boca lanzó un grito espantoso que resonó aterradoramente bajo la cúpula. Después, el silencio de los siglos volvió a reinar entre las ruinas de la misteriosa Kuthchemes.

El rumor se difundió por las praderas hasta llegar a las ciudades de los hiborios; viajó con las caravanas que cruzaban los desiertos conducidas por hombres delgados y con ojos de halcón, vestidos con caftanes blancos; pasó de boca en boca, entre los pastores de nariz aguileña de las sabanas, entre los nómadas que vivían en tiendas de campaña y hasta las grandes ciudades construidas de piedra, donde los reyes de rizadas barbas negras adoraban a dioses de vientres prominentes con ritos extraños. Los rumores también se extendieron por las laderas de las montañas hasta llegar a los fértiles valles, donde prósperos pueblos levantaban sus casas a orillas de azules lagos y ríos, y por los blancos caminos que recorrían apacibles rebaños, ricos mercaderes, caballeros armados, arqueros y sacerdotes.

Las noticias llegaron desde el desierto que se extendía entre Estigia y el sur de las montañas de Koth. Decían que había nacido un nuevo profeta entre los nómadas. Se hablaba de una guerra tribal, de una reunión de hombres rapaces en el sudeste y de un terrible jefe que había conducido a sus crecientes hordas a la victoria. Los estigios, que constituían una amenaza perpetua para las naciones del norte, no parecían estar relacionados con aquel movimiento, ya que tenían a sus tropas acampadas en las fronteras orientales y sus sacerdotes formulaban conjuros contra el hechicero, a quien llamaban Natohk el Velado, pues llevaba el rostro siempre oculto.

Pero la oleada invasora se dirigió hacia el noroeste, y los reyes de barbas azuladas murieron ante los altares de sus dioses y sus ciudades amuralladas quedaron empapadas en sangre. Se dijo que el objetivo de Natohk y sus seguidores eran las mesetas de los hiborios.

Las incursiones procedentes del desierto era habituales por aquella época, pero esta última parecía prometer algo más que una simple incursión. Los rumores también decían que Natohk había logrado reunir a treinta tribus nómadas y a quince ciudades bajo su mando, y que cierto príncipe estigio rebelde se había unido a él.

Esto último dio al movimiento un cariz de verdadera guerra.

Como era habitual, la mayor parte de las naciones hiborias decidió ignorar la creciente amenaza. Pero en Khoraja, que había sido arrebatada a los shemitas con la ayuda de las espadas de los aventureros kothios, se dio crédito al rumor. Por hallarse al sudeste de Koth, Khoraja debía soportar el mayor peso de la invasión. Su joven rey permanecía prisionero del monarca traidor de Ofir, que dudaba entre devolverlo a cambio de un cuantioso rescate o entregarlo al enemigo del joven soberano, el rey de Koth, que en lugar de oro le proponía un ventajoso tratado. Mientras tanto, el gobierno de Khoraja se hallaba en las blancas manos de la joven princesa Yasmela, hermana del rey cautivo.

Los trovadores cantaban por todo el mundo occidental la belleza de Yasmela, que pertenecía a una de las dinastías reales más importantes de la zona. Pero, aquella noche, su orgullo sufrió un duro golpe. Yasmela se encontraba en su aposento, cuyo cielorraso era una cúpula de lapislázuli y cuyo suelo de mármol estaba cubierto de pieles rarísimas. En aquella habitación con frisos dorados, diez muchachas, hijas de nobles y cubiertas de joyas, dormían sobre divanes de terciopelo alrededor del lecho de la princesa, adornado con un baldaquín de seda. Pero la princesa Yasmela no estaba en aquel tibio lecho, sino que yacía desnuda, boca abajo, sobre el frío mármol, con la cascada de sus negros cabellos extendida sobre la espalda y con los finos dedos entrelazados, como una humilde suplicante. El horror le había helado la sangre en las venas y tenía los hermosos ojos desorbitados y el esbelto cuerpo bañado en un sudor frío.

Por encima de ella, en el rincón más oscuro de la alcoba de mármol, se cernía una enorme sombra informe. No era una cosa viva; ni siquiera era un ser de carne y hueso, sino solo una mancha oscura, un borrón en los ojos, un monstruoso íncubo de la noche, que hubiera parecido la pesadilla de un cerebro enfermo de no ser por dos puntos luminosos, como un fuego amarillo, que brillaban como ojos en la oscuridad.

Además, de aquella sombra surgía una voz; era un sonido suave y sibilante que no podía emanar de una garganta humana, sino de una serpiente. Aquel sonido llenaba a Yasmela de un espanto tan intolerable, que la hacía retorcerse como si su blanco cuerpo

estuviera sometido al castigo de un látigo.

—Eres mía, princesa; estás marcada —decía aquella cosa aterradora en un susurro—. Antes de que me despertara de este largo sueño, te había marcado y te tenía predestinada para mí. Yo soy el alma de Natohk el Velado. ¡Mírame bien, princesa! ¡Pronto me verás en mi envoltura carnal y entonces me amarás!

El murmullo fantasmagórico se convirtió en un libidinoso chasquido de lengua que arrancó a Yasmela un gemido, al tiempo que esta golpeaba las losas de mármol con sus pequeños puños en un paroxismo de terror.

—Yo duermo ahora en una habitación del palacio de Akbitana —prosiguió la sombra—. Allí está mi cuerpo en su materialización carnal. Y sin embargo en este momento no es más que un cascarón vacío del que ha huido el espíritu por unos segundos. Si pudieras mirar desde las ventanas de este palacio, te darías cuenta de la inutilidad de tu resistencia. El desierto es como un jardín de rosas bajo la luna, donde florecen las hogueras de mis cien mil guerreros. Así como avanza un alud creciendo en volumen y velocidad, de la misma manera invadiré las tierras de mis antiguos enemigos. Sus reyes me proporcionarán los cráneos para hacerme copas, sus mujeres y niños serán los esclavos de mis esclavos. Me hice muy fuerte durante los años en que estuve dormido… ¡Tú serás pronto mi reina y yo te enseñaré las antiguas formas del placer, ya olvidadas! Nosotros…

Ante el raudal de obscenidades cósmicas que comenzó a proferir aquella sombra gigantesca, Yasmela se retorció como si un flagelo lacerase sus delicadas carnes.

—¡Recuérdalo! —dijo el monstruo en voz baja—. ¡No pasarán muchos días antes de que yo te reclame como mía!

Yasmela tenía el rostro pegado a las losas y se apretaba los frágiles oídos con las manos, pero a pesar de ello le pareció oír un extraño ruido, semejante al batir de las alas de un murciélago. Entonces, al mirar temerosa hacia arriba, vio solo un rayo de luna que brillaba a través de la ventana, como si una espada de plata hubiera tomado el lugar de la sombra. Temblando de pies a cabeza, se puso en pie y se dirigió vacilante hacia un diván de satén, encima del cual se arrojó, llorando desesperadamente. Las otras muchachas seguían durmiendo, pero una se despertó y, después de bostezar y

de estirar su esbelto cuerpo, miró a su alrededor. En seguida se acercó al lecho de la princesa y se puso de rodillas a su lado, rodeando con sus brazos la fina cintura de Yasmela.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Era…? —preguntó la joven, con los ojos negros abiertos de espanto.

Yasmela le cogió las manos y se las apretó convulsivamente.

—¡Oh, Vateesa, ha vuelto! ¡Lo vi…, le he oído hablar! ¡Me dijo su nombre… se llama Natohk! ¡Es Natohk! No es una pesadilla; estaba allí arriba mientras vosotras dormíais como narcotizadas. ¿Qué puedo hacer? Oh, ¿qué he de hacer?

Vateesa hizo girar una de sus pulseras de oro alrededor de su nívea muñeca, mientras meditaba.

—¡Oh, princesa! —dijo la joven—. Es evidente que ningún poder mortal puede vencer a ese ser y que tampoco vale de nada el amuleto que los sacerdotes de Ishtar te han dado. Por lo tanto, deberías acudir al olvidado oráculo de Mitra.

Yasmela se estremeció. Los dioses de ayer se convierten a veces en los demonios del mañana. Los kothios habían abandonado hacía mucho tiempo el culto de Mitra, hasta el punto de olvidar los atributos del dios universal de los hiborios. Yasmela tenía la vaga idea de que, si Ishtar era de temer, aquel otro dios, por ser antiquísimo, lo debería ser aún más. La cultura kothia, así como su religión, habían sufrido la poderosa influencia de shemitas y estigios. De ese modo, los sencillos usos de los hiborios se habían modificado y corrompido en gran medida al entrar en contacto con las sensuales, lujuriosas y despóticas costumbres orientales.

—¿Tú crees que Mitra me ayudará? —preguntó Yasmela, aferrando las dos muñecas de Vateesa—. Hemos venerado a Ishtar desde hace tanto tiempo…

—¡Claro que te ayudará! —repuso la joven, que era hija de un sacerdote de Ofir que había traído consigo las costumbres de su país cuando llegó a Khoraja huyendo de sus enemigos políticos—. ¡Ve al santuario! —agregó la joven—. Yo iré contigo.

—¡Sí, lo haré! —exclamó Yasmela poniéndose en pie. Sin embargo, cuando Vateesa quiso vestirla, la princesa se negó diciendo:

—No me parece apropiado ir vestida de seda al templo. Será mejor que vaya desnuda y de rodillas, como las suplicantes; así,

Mitra advertirá mi humildad.

—¡Nada de eso! —repuso Vateesa, que no sentía mucho respeto por lo que ella consideraba una falsa manifestación religiosa—. Mitra desea que sus fieles caminen erguidos en lugar de arrastrarse como gusanos, y tampoco quiere que se derrame sangre de animales sacrificados ante su altar.

Convencida con estos argumentos, Yasmela consintió en que la otra muchacha la vistiese con una ligera blusa sin mangas, encima de la cual le puso una túnica de seda que ató a su talle con un ancho cinturón de terciopelo. Le colocó unas zapatillas de raso en los pies, y finalmente los diestros dedos de Vateesa peinaron su oscura cabellera. Después, la princesa siguió a la muchacha, que apartó un pesado tapiz y descorrió el cerrojo dorado de una puerta que había oculta detrás. Salieron a un sinuoso pasillo que las dos muchachas recorrieron rápidamente, hasta llegar a otra puerta que daba a un amplio salón. Allí había un centinela con casco, coraza plateada y grebas cinceladas, que sostenía una gran hacha de combate entre las manos.

Yasmela correspondió al saludo del soldado con un leve gesto; aquel, después de haber presentado el arma, siguió con su guardia, inmóvil como una estatua. Las dos jóvenes atravesaron el enorme salón iluminado a medias por las antorchas que había en las paredes y luego descendieron por una escalera, donde Yasmela se estremeció al ver las sombras que parecían acurrucarse en los rincones. Tres pisos más abajo se detuvieron ante un estrecho corredor, cuyo techo abovedado estaba constelado de piedras preciosas y cuyo suelo estaba hecho de bloques de cristal, en tanto que frisos dorados decoraban las paredes. Por allí avanzaron cogidas de la mano hasta llegar a una puerta de oro.

Vateesa la abrió y pudieron ver un altar olvidado desde hacía mucho tiempo por todos, salvo por unos pocos fieles y nobles visitantes de la corte de Khoraja, para cuyo beneficio se mantenía aquel santuario. Yasmela jamás había entrado allí, a pesar de que había nacido en el palacio. Sobrio y sin adornos en comparación con el despliegue barroco de los santuarios de Ishtar, este imponía por su dignidad y sencilla belleza, características propias de la religión de Mitra.

El cielorraso era bastante alto, pero no tenía forma de cúpula.

Las paredes, al igual que el suelo y el techo, eran de mármol blanco. Detrás de un altar de jade de color verde claro se hallaba el pedestal sobre el cual se alzaba la representación material del dios. Yasmela contempló sobrecogida los amplios hombros, las facciones definidas, la mirada serena, la barba patriarcal y la cabellera rizada que caracterizaban al dios Mitra. Aquello, aunque ella no lo supiera, era el arte en forma más elevada; era la manifestación de una raza de gran sentido estético, no inhibido por el simbolismo convencional.

La princesa cayó de rodillas y se prosternó sin importarle las críticas de Vateesa. Esta, para no desentonar, siguió su ejemplo, pues ella era al fin y al cabo solo una adolescente y el santuario de Mitra era muy imponente. Cuando estuvieron de rodillas, no pudo contenerse y le susurró a la princesa Yasmela:

—Esta no es más que una imagen del dios. Nadie pretende saber cuál es el aspecto real de Mitra. Aquí está representado con una forma de hombre idealizada, tan perfecto como puede concebirlo la mente humana. Pero no vive en esta fría piedra, como te enseñan de Ishtar sus sacerdotes, sino que está en todas partes, por encima de nosotros y a nuestro alrededor, y sueña en lo alto, entre las estrellas. Pero aquí es donde su ser se concentra. Ahora puedes invocarlo.

—¿Qué debo decir? —inquirió Yasmela con un balbuceo, presa del pánico.

—Antes de que empieces a hablar, Mitra ya sabe lo que pasa por tu mente… —comenzó a decir Vateesa.

En ese momento, una voz que llegaba desde lo alto hizo temblar a las dos muchachas. La voz, de tono profundo y sereno, no procedía de la imagen ni de ningún lugar especial del santuario. Un nuevo escalofrío recorrió el cuerpo de Yasmela, pero ahora no era de horror ni de repulsión.

—No necesitas hablar, hija mía, pues sé muy bien lo que te sucede —dijo la voz con la entonación musical que parecía latir rítmicamente—. Hay una forma de salvar tu reino y de que, al hacerlo, salves también a todo el mundo de los colmillos de una serpiente que ha salido reptando de la noche de los siglos. Vete sola a la calle y pon tu reino en manos del primer hombre que encuentres.

La voz etérea se extinguió y las muchachas se miraron. Luego se pusieron en pie y no volvieron a hablar hasta que se hallaron de nuevo en la alcoba de Yasmela. La princesa miró afuera a través de los barrotes dorados de las ventanas. Era bastante más de medianoche y la luna se había puesto. Ya se habían apagado todos los ruidos de la ciudad. Khoraja dormía bajo las estrellas, que se reflejaban en los jardines, en las calles y techos de las casas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Vateesa en voz baja, sin poder dominar aún su turbación.

—Dame mi capa —dijo Yasmela con decisión.

—Pero sola por las calles, a esta hora… —objetó la otra joven.

—Mitra ha hablado —replicó la princesa—. Es posible que haya sido la voz del dios o el truco de un sacerdote. De todas formas, estoy decidida a ir.

Yasmela se envolvió en una amplia capa de seda y se tocó con un gorro de terciopelo del que colgaba un fino velo. Luego recorrió apresuradamente los pasillos hasta llegar a una puerta de bronce, donde una docena de alabarderos se quedaron mirándola llenos de asombro cuando pasó a su lado. Aquel ala del palacio conducía directamente a la calle, mientras que en los demás sectores había amplios jardines rodeados por una alta muralla. Yasmela salió a la calle, iluminada por farolas emplazadas a intervalos regulares.

La joven vaciló, pero antes que su resolución flaquease, cerró la puerta detrás de ella. Un ligero temblor la sacudió al lanzar una mirada hacia la calle desierta, sumida en el más absoluto silencio. Esta hija de casta real jamás se había aventurado sin compañía fuera de su antiguo palacio. Finalmente, se decidió y avanzó rápidamente calle arriba. Sus pies, calzados con finas zapatillas de raso, pisaron suavemente el empedrado, pero incluso aquel imperceptible sonido le encogía el corazón. La parecía que el tenue eco de sus pasos resonaba estruendosamente en toda la ciudad, despertando a los monstruos ratiformes que corrían por las cloacas. Todas las sombras le parecían ocultar a un asesino; en todos los vanos de las puertas creía ver agazapados a los sabuesos de las tinieblas.

En ese momento, volvió a sentir un profundo estremecimiento. Delante de ella, por la oscura callejuela, apareció una misteriosa figura. Yasmela se escondió rápidamente en un lugar poco

iluminado, que ahora le parecía un refugio acogedor. Su pulso latía aceleradamente. El desconocido no avanzaba furtivamente, como un ladrón, ni con timidez, como un viajero temeroso. Por el contrario, su caminar era el de una persona que no tiene necesidad ni deseo de andar con sigilo. Sus pasos resonaban en el empedrado con la fuerza que da la confianza en sí mismo. Cuando pasó junto a la farola, Yasmela lo vio claramente. Se trataba de un hombre alto, cubierto con la cota de malla de los mercenarios. La princesa sacó fuerzas de flaqueza y salió de las sombras, oprimiendo la capa contra su cuerpo.

El hombre desenvainó su espada a medias, pero se detuvo al ver que se trataba de una mujer. No obstante, la mirada del desconocido escrutó más allá de la figura femenina, para ver si traía acompañantes.

El desconocido se quedó inmóvil, mirando a la mujer con la mano en la empuñadura, la cual sobresalía por debajo de su capa escarlata. La luz de las farolas se reflejaba en el bruñido acero de su casco, pero otro fuego más intenso brillaba en el azul de sus ojos. Yasmela se dio cuenta inmediatamente de que aquel hombre no era un nativo de Koth y, cuando habló, pudo advertir que tampoco era hiborio. Iba vestido como un capitán de mercenarios, cargo que desempeñaban hombres de muy diversos países, tanto bárbaros como civilizados.

Pero en aquel guerrero había algo que indicaba claramente que era bárbaro. Los ojos de un hombre civilizado, fuese un criminal o un desesperado, no brillaban de aquel modo. Por otro lado, aunque exhalaba un ligero olor a vino, en modo alguno se tambaleaba y tampoco vaciló al hablar.

—Vaya, ¿te han dejado en la calle, muchacha? —preguntó él en lengua kothia, con fuerte acento bárbaro.

Los dedos del desconocido aferraron con delicadeza la muñeca de Yasmela, pero ella sintió que él le podía destrozar los huesos sin ningún esfuerzo.

—Vengo de la última taberna que encontré abierta —agregó él —. ¡Ishtar maldiga a esos condenados puritanos que cierran las casas de bebida! «Dejad que los hombres duerman, en lugar de que beban», afirman. ¡Sí, así pueden trabajar y luchar mejor para sus amos! Eunucos despreciables, los llamo yo. Cuando servía en las

tropas mercenarias de Corinthia, nos emborrachábamos y pasábamos todas las noches con mujeres, sin que eso nos impidiera combatir durante el día. Sí, la sangre chorreaba de la hoja de nuestras espadas… Pero ¿qué me dices tú, muchacha? Vamos, quítate ese condenado velo…

Ella eludió con agilidad el ademán del bárbaro, para que no pareciera que lo rechazaba. Se daba cuenta del peligro que corría estando sola con un hombre que, seguramente, había bebido demasiado. Si ella le revelaba su identidad, el desconocido podría reírse de ella abiertamente o bien marcharse. Ni siquiera estaba segura de que aquel hombre no fuera a cortarle el cuello. Los bárbaros hacían cosas extrañas e inexplicables. Luchó contra su creciente temor y le dijo con una sonrisa:

—No, aquí no. Ven conmigo…

—¿Adónde? —preguntó el mercenario con la sangre alterada, pero alerta como un lobo—. ¿Me llevas acaso a alguna cueva de ladrones?

—¡No, no, te lo juro! —contestó Yasmela, tratando de evitar una vez más la mano que él tendía hacia su velo.

—¡El diablo te confunda! —dijo él con un gruñido—. Eres tan necia como todas las hirkanias, con sus malditos velos. ¡Vamos, enséñame tu cara de una vez!

Antes que ella pudiera evitarlo, el desconocido le arrancó la capa y dejó su rostro al descubierto. Luego se quedó mirándola, como si su rico atuendo le hubiese impresionado hasta el punto de disipar los efectos de la bebida. Yasmela vio un fulgor receloso en sus ojos.

—¿Quién demonios eres? —musitó él—. No eres una mujer de la calle… a menos que tu protector haya robado el guardarropa del harén del rey.

—No importa —respondió Yasmela, apoyando su mano en el fornido brazo cubierto de malla de acero—. Ven conmigo a otra calle.

Él vaciló un momento y luego se encogió de hombros. La muchacha se dio cuenta de que él la había tomado por una noble dama que, cansada quizá de sus corteses amantes, buscaba un modo de divertirse por otro lado. Dejó que ella se cubriera de nuevo y luego la siguió. Por el rabillo del ojo Yasmela observó a su

acompañante mientras avanzaban juntos calle abajo. Su cota de malla no llegaba a ocultar la reciedumbre del cuerpo de tigre de aquel hombre. Todo en él era felino, elemental, indómito. Le resultaba tan extraño como la selva, comparado con los delicados cortesanos a los que ella estaba acostumbrada. La princesa temía su ruda fuerza bruta y su innegable carácter de bárbaro; sin embargo, algo en él la atraía. Aquella cuerda primitiva que se oculta en el alma de toda mujer había resonado con fuerza. Cuando sintió la recia mano sobre su brazo, algo la hizo estremecerse. Muchos hombres se habían arrodillado ante ella y allí había uno que, según ella presentía, jamás se había puesto de rodillas ante nadie. La muchacha estaba asustada y fascinada a un tiempo, como en presencia de un enorme tigre.

Yasmela se detuvo ante la puerta del palacio y luego la abrió. Miró furtivamente a su acompañante y no vio recelo en sus ojos.

—El palacio, ¿eh? —dijo él en voz baja—. De modo que eres dama de honor, ¿no es así?

La princesa se preguntó con un extraño sentimiento de envidia si alguna de sus damas lo habría llevado alguna vez a su palacio. Los soldados no se inmutaron cuando Yasmela hizo pasar al desconocido entre ellos, pero este los miró con la fiereza de un perro de caza que observa una jauría extraña. Yasmela lo condujo por una puerta hasta una habitación. El hombre se quedó de pie, contemplando con aire algo tímido los tapices que colgaban de las paredes. Vio una jarra de vino sobre una mesa de ébano, la cogió y se la llevó a los labios con expresión de satisfacción. En este momento entró Vateesa, que los miro con inquietud y exclamó:

—¡Oh, mi princesa…!

—¿Princesa?

La jarra se estrelló contra el suelo. Con un movimiento demasiado rápido para que pudiera seguirlo con la vista, el mercenario arrancó el velo del rostro de Yasmela. Al reconocerla, retrocedió profiriendo una maldición, al tiempo que su espada trazaba un arco azul en el aire. Sus ojos centellearon como los de un tigre en una trampa. El aire estaba cargado de tensión, como la calma que precede a la tormenta. Vateesa se arrojó al suelo, presa de terror, pero Yasmela se enfrentó al bárbaro enfurecido sin vacilar. Se daba cuenta de que su vida dependía de lo que hiciese.

Enloquecido por la sospecha y por un pánico irracional, el extranjero estaba dispuesto a matar a la menor provocación, pero ella se sentía extrañamente serena.

—No temas —le dijo la princesa—. Soy Yasmela, pero no hay razón alguna para que desconfíes de mí.

—¿Para qué me has traído a este lugar? —preguntó el mercenario con brusquedad, mientras sus ojos ardientes miraban en derredor—. ¿Qué clase de trampa es esta?

—No hay trampa alguna —respondió ella—. Te he traído aquí porque puedes ayudarme. Consulté a Mitra y él me dijo que saliera a la calle y pidiera ayuda al primer hombre que encontrara.

Eso era algo que él podía entender. Los bárbaros también tenían sus oráculos. Entonces bajó la espada, aunque no la envainó.

—Si eres Yasmela, sin duda necesitas ayuda —dijo el mercenario con un gruñido—. Tu reino es un verdadero caos. Pero ¿cómo puedo ayudarte? Si deseas cortarle el cuello a alguien, entonces…

—Toma asiento —le rogó la princesa—. Vateesa, trae más vino.

El hombre se sentó, pero tuvo cuidado de situarse junto a una pared, para poder vigilar bien toda la habitación. Luego colocó la espada desenvainada sobre sus rodillas, que cubría una malla de acero. Ella contempló fascinada aquel brillo de color azulino que parecía reflejar saqueos y gestas sangrientas. También advirtió Yasmela el tamaño de las manos del bárbaro y pensó que no eran las toscas zarpas de un troglodita. Con un estremecimiento de culpabilidad, imaginó aquellos dedos acariciando sus oscuros cabellos.

Cuando la princesa tomó asiento en el diván frente al desconocido, este pareció cobrar más confianza. Se quitó el casco y lo puso sobre una mesa. Luego se echó hacia atrás la malla que le cubría la cabeza, y los pliegues metálicos cayeron sobre sus enormes hombros. Yasmela comprobó entonces que el hombre no se parecía en absoluto a los de la raza hiboria. En su rostro oscuro cubierto de pequeñas cicatrices había cierta expresión taciturna, y aunque sus facciones no expresaban depravación ni maldad, había en ellas algo siniestro que subrayaban sus ardientes ojos azules. Enmarcaba su ancha frente una melena de corte cuadrado, negra como las alas de un cuervo.

—¿Quién eres? —le preguntó de improviso Yasmela.

—Soy Conan, un capitán de lanceros mercenarios —contestó él mientras vaciaba su jarra de vino de un trago y la tendía para que le sirviera más—. Nací en Cimmeria.

Aquel nombre significaba poco para la princesa, que solo sabía que se trataba de un país salvaje, hosco y montañoso, situado en el norte, muy lejos, más allá de los últimos fortines hiborios y poblado por gente fiera y huraña. Yasmela jamás había visto a un cimmerio hasta ese momento.

La muchacha apoyó la barbilla en sus manos y observó a Conan con aquellos ojos oscuros y profundos cuya mirada había esclavizado a tantos corazones.

—Conan el cimmerio —dijo al fin—. Antes has dicho que yo necesitaba ayuda. ¿Por qué?

—Bueno, cualquiera puede darse cuenta de eso —respondió él —. Tu hermano, el rey, está prisionero en una cárcel de Ofir. Ahí tienes a las gentes de Koth, que planean esclavizaros. Hay un brujo shemita que esparce el fuego y la destrucción por donde pasa. Y lo que es peor, ahí están tus soldados, que desertan a diario.

La princesa no respondió en seguida. El hecho de que un hombre le hablase tan sinceramente, sin disfrazar las palabras con un velo de cortesía, era algo completamente nuevo para ella.

—¿Y por qué desertan mis soldados, Conan? —preguntó ella.

—Algunos son reclutados por Koth —repuso el cimmerio, mientras tomaba unos sorbos de vino, con aire satisfecho—. Muchos otros creen que Khoraja está destinado a desaparecer como estado independiente. Otros se asustan ante lo que se cuenta de ese perro de Natohk.

—¿Y crees que los mercenarios resistirán? —inquirió Yasmela llena de ansiedad.

—Sí, mientras nos paguen bien —afirmó él con franqueza—. Tus motivos políticos no nos interesan. Para ello puedes confiar en nuestro general Amalric, pero los demás somos hombres simples a los que solo nos preocupa obtener un buen botín. Si pagas a Ofir el rescate que pide, se dice que no tendrás con qué pagarnos. En ese caso, tal vez nos pasáramos a las filas del rey de Koth a pesar de que son pocos los que simpatizan con ese miserable. O quizá saqueemos esta ciudad. En una guerra civil, el botín suele ser cuantioso.

—¿Y no pensáis uniros a Natohk? —inquirió la princesa.

—¿Con qué iba a pagarnos? —repuso el cimmerio—. ¿Con los ídolos de latón robados a las ciudades shemitas? No; mientras sigas luchando contra Natohk, puedes confiar en nosotros.

—¿Te seguirán tus camaradas? —le preguntó ella, inesperadamente.

—¿Qué quieres decir?

—¡Digo que te voy a nombrar comandante de los ejércitos de Khoraja!

Conan se detuvo en seco, con la jarra en los labios, que se curvaron en seguida en una amplia sonrisa. Los ojos del cimmerio brillaron con una nueva luz.

—¿Comandante en jefe? ¡Por Crom! Pero ¿qué dirán a eso tus perfumados cortesanos?

—¡Tendrán que obedecerme!

La princesa golpeó las manos y al momento entró un esclavo, que se inclinó ante ella.

—Haz que vengan inmediatamente el conde Thespides, el canciller Taurus, el general Amalric y Agha Shupras —dijo Yasmela.

Una vez que el esclavo se hubo retirado, la joven miró a Conan, que devoraba con gran apetito la comida que había colocado ante él la temblorosa Vateesa.

—Deposito mi confianza en Mitra —dijo la princesa—. Y ahora, dime, ¿has participado en muchos combates?

—Nací en medio de una batalla —respondió el cimmerio mientras daba grandes mordiscos a un trozo de carne con sus fuertes dientes—. Lo primero que oyeron mis oídos fue el sonido metálico de las espadas y los lamentos de los moribundos. He peleado en luchas tribales, en guerras civiles y en campañas imperiales.

—Pero ¿eres capaz de dirigir ejércitos y de ordenar líneas de batalla?

—Bueno, puedo intentarlo —repuso él imperturbable—. No es más que una pelea a gran escala. Se trata de sorprender la guardia del adversario, y luego… ¡atacar! Entonces, o bien cae su cabeza o bien la nuestra.

El esclavo volvió a entrar para anunciar la llegada de los hombres convocados. Yasmela salió al salón adyacente y los nobles

se inclinaron doblando una rodilla, evidentemente extrañados de que los hubiese llamado a esa hora.

—Os he reunido para haceros conocer mi decisión —dijo Yasmela—. El reino está en peligro…

—Es una gran verdad, mi princesa —manifestó el conde Thespides.

El noble era un hombre alto, de cabellera rizada y perfumada. Con una mano se atusaba la punta de los bigotes y en la otra sostenía un gorro de terciopelo adornado con una pluma de color escarlata asegurada con un broche de oro. Llevaba zapatos de raso y un jubón de terciopelo bordado. Sus modales eran ligeramente afectados, pero debajo de las sedas se adivinaban unos músculos de hierro.

—Sería oportuno ofrecer a Ofir más oro por el rescate de vuestro real hermano —agregó el conde.

—Me opongo terminantemente —dijo Taurus, el canciller, que era un hombre anciano ataviado con una túnica ribeteada de armiño y en cuyas facciones se percibían las huellas de muchos años al servicio de su país—. Ya hemos ofrecido más de lo que puede pagar nuestro reino. Dar más sería fomentar la codicia de los ofireos. Mi princesa, repito lo que ya he dicho: Ofir no hará nada mientras no detengamos a esa horda de invasores. Si perdemos, el rey Khossus será entregado a Koth, y si ganamos, nos devolverá a Su Majestad previo pago del rescate.

—Y mientras tanto —intervino Amalric—, los soldados desertan a diario y los mercenarios están inquietos, pues no saben por qué perdemos el tiempo y qué estamos planeando. Debemos actuar rápidamente, de lo contrario…

Amalric era nemedio, un hombre corpulento con una gran melena leonina.

—Mañana marcharemos hacia el sur —dijo Yasmela—. ¡Y ahí está el hombre que os conducirá!

Tras apartar la cortina de terciopelo, la princesa señaló con gesto dramático al cimmerio. Quizá aquel no era el momento más oportuno para hacer la presentación del nuevo comandante, pues Conan estaba repantigado en un sillón, con los pies encima de la mesa de ébano y muy ocupado en roer un hueso de venado, que sujetaba fuertemente con ambas manos. El comensal lanzó una

mirada indiferente a los asombrados nobles, sonrió a Amalric y siguió masticando con indudable deleite.

—¡Mitra nos proteja! —estalló Amalric—. ¡Ese es Conan el cimmerio, el más pendenciero de todos mis bribones! ¡Lo habría ahorcado hace mucho tiempo, si no fuese el que mejor maneja la espada!

—Sin duda, Su Alteza bromea —terció el conde Thespides, y su aristocrático rostro se ensombreció—. Este hombre es un salvaje, un individuo sin cultura ni educación. ¡Considero un insulto que nosotros, unos caballeros, tengamos que estar a sus órdenes! Yo…

—Conde Thespides —le dijo Yasmela—, tú llevas a mi gente bajo tus arreos. Por favor, devuélvemelos y márchate.

—¿Marcharme? —exclamó él—. ¿Adónde?

—¡A Koth o al infierno! —respondió ella, con una energía insospechada—. Si no me obedeces, no necesito de tus servicios.

—Te equivocas, mi princesa —repuso el conde, inclinándose con gesto ofendido—. Yo no puedo abandonarte. Solo por ti pondré mi espada a disposición de ese bárbaro.

—¿Y tú, general Amalric?

Este juró en voz baja y luego sonrió. Era un verdadero soldado de fortuna, y ningún avatar de la suerte, por duro que fuera, lo inmutaba.

—Aceptaré sus órdenes —declaró—. Vida corta y placentera es mi lema. Y teniendo a Conan el Degollador por comandante, estoy seguro de que la vida va a ser tan alegre como breve. ¡Por Mitra, si ese perro ha mandado alguna vez algo más que una compañía de degolladores, soy capaz de comérmelo con arnés incluido!

—¿Y tú, Agha? —preguntó Yasmela, dirigiéndose a Shupras.

El aludido se encogió de hombros, con aire resignado. Era un individuo con el aspecto típico de los nativos de la frontera meridional de Koth: un hombre alto y delgado, con cara de halcón.

—Ishtar nos manda, princesa —repuso, y el fatalismo de sus antepasados hablaba por su boca.

—Esperad aquí —ordenó ella y, mientras Thespides estrujaba una punta de su capa de terciopelo, Taurus murmuraba algo en voz baja y Amalric paseaba de un lado a otro mesándose la barba sonriendo como un león hambriento, la princesa volvió a desaparecer tras las cortinas y llamó a sus esclavos.

Siguiendo sus órdenes, estos volvieron con un arnés para reemplazar la cota de malla que vestía Conan. El cimmerio se puso el gorguero, el escarpe, la coraza, el espaldar, la rodillera, la celada del casco y, en fin, todo lo que componía la armadura de un caballero. Cuando Yasmela corrió de nuevo las cortinas, un cimmerio cubierto de acero bruñido apareció ante los nobles. Tenía la visera alzada y el semblante oscurecido por las negras plumas de su casco, y de su figura emanaba un aire sombrío e imponente que hasta el mismo Thespides no pudo menos que advertir, a su pesar. Unas palabras de broma murieron en los labios de Amalric, que dijo con voz pausada:

—¡Por Mitra, nunca creí que te vería con armadura completa, Conan de Cimmeria, pero debo reconocer que no quedas mal! ¡Por los huesos de mis dedos, que he visto a muchos reyes que llevaban la armadura con bastante menos majestad que tú!

Conan se quedó callado. Una vaga sombra cruzó por su mente, como una profecía. En los años venideros iba a recordar las palabras de Amalric, cuando el sueño se convirtiera en realidad.

Bajo la temprana luz del alba, las calles de Khoraja se atestaron de gentes que observaban la partida de las huestes hacia el sur. El ejército se había puesto en camino, al fin. Allí iban los caballeros, con sus brillantes armaduras plateadas y plumas de colores ondeando sobre los bruñidos cascos. Sus caballos, cubiertos de petos de seda, arreos de cuero barnizado y hebillas doradas, piafaban mientras los jinetes les hacían guardar el paso. Los primeros rayos de sol arrancaban reflejos a las puntas de las lanzas, que se alzaban como un bosque por encima de los escuadrones, mientras los pendones ondeaban al viento. Cada uno de los caballeros llevaba una prenda concedida por una dama —un guante, un velo o una flor—, que ataba a su casco o al cinto de la espada. Era la caballería noble de Khoraja, quinientos hombres conducidos por el conde Thespides, quien, según se decía, aspiraba a la mano de la misma Yasmela.

Seguía a estos la caballería ligera, en apretadas filas. Los jinetes eran montañeses típicos, hombres delgados con rostro de halcón. Llevaba bacinetes en punta, y la cota de malla resplandecía bajo sus amplios caftanes. Su arma principal era el terrible arco shemita, capaz de enviar una flecha a una distancia de quinientos pasos.

Había cinco mil jinetes ligeros, a cuya cabeza cabalgaba Agha Shupras, taciturno e inescrutable bajo el casco puntiagudo.

A corta distancia los seguían a pie los lanceros de Khoraja. Eran relativamente pocos, al igual que en cualquier otro estado hiborio, donde se estimaba que la caballería era el único cuerpo distinguido y honroso. Estos, al igual que los caballeros, pertenecían a la antigua raza de Koth; eran hijos de familias arruinadas, hombres fracasados, jóvenes sin dinero que no podían pagarse los caballos y las armaduras plateadas. Sumaban unos quinientos.

Los mercenarios cerraban la marcha. Se trataba de un millar de jinetes y dos mil lanceros de a pie. Los esbeltos corceles de la caballería mercenaria parecían recios y salvajes, al igual que sus jinetes, y no piafaban ni daban brincos al andar. Había algo sombrío en el aspecto de aquellos profesionales de la muerte, veteranos de incontables campañas sangrientas. Cubiertos de la cabeza a los pies con cotas de malla, usaban bacinetes sin visera para protegerse la cabeza. Sus escudos eran lisos y sus largas lanzas estaban despojadas de todo adorno. De sus monturas colgaban hachas de guerra y mazas de acero, y llevaban una larga cimitarra en la cintura. Los lanceros iban armados de forma parecida, aunque empuñaban picas en lugar de las lanzas que llevaba la caballería.

Eran hombres de todas las razas, que habían cometido toda clase de crímenes. Entre ellos había altos hiperbóreos, gente delgada, de grandes huesos, pocas palabras y carácter violento; rubios hombres de Gunderland, que procedían de las montañas del noroeste; renegados corinthios, fanfarrones como pocos; cetrinos zingarios, de hirsutos bigotes negros y temperamento fiero, y aquilonios, que llegaban del lejano oeste. Pero todos ellos, salvo los zingarios, eran hiborios.

Detrás de todos ellos venía un camello con espléndidos arreos, conducido por un caballero que montaba en un enorme corcel, rodeado de un escuadrón de guerreros escogidos entre las tropas reales. El que iba en el camello era un personaje delgado y esbelto, vestido de seda. Al verlo, la turba, siempre sensible a la realeza, arrojó los sombreros al aire y lanzó fuertes vítores.

Conan el cimmerio, arrogante en su armadura plateada, lanzó una mirada de desaprobación hacia el camello y le dijo algo a Amalric, que cabalgaba a su lado, resplandeciente con su coraza

dorada encima de la cota de malla y el casco sobre el que flotaba una cresta de negras crines de caballo.

—La princesa ha querido venir con nosotros. Pero es demasiado delicada y endeble para esto. De todas formas, tendrá que cambiarse de ropa.

Amalric se atusó el rubio bigote para disimular una sonrisa. Pensó que Conan imaginaba que Yasmela empuñaría una espada y tomaría parte activa en la lucha, como hacían a menudo las mujeres bárbaras.

—Las mujeres de los hiborios no combaten como la de los cimmerios, Conan —dijo Amalric—. Yasmela solo viene con nosotros para observar la campaña. De todos modos —agregó inclinándose y bajando la voz—, entre nosotros, tengo la impresión de que la princesa no quiere quedarse sola. Creo que tiene miedo de algo…

—¿Un alzamiento? Sí, tal vez deberíamos haber ahorcado a algunos revoltosos antes de partir.

—No, no es eso. Una de sus doncellas dijo que algo se le había aparecido en el palacio por la noche y había aterrorizado a Yasmela. Serán brujerías de Natohk, sin duda. ¡Conan, te aseguro que estamos combatiendo contra algo más que seres de carne y hueso!

—Bien —repuso el cimmerio—, de todas formas es mejor ir en busca del enemigo que esperarlo.

Conan lanzó una mirada hacia la prolongada fila de carromatos y ayudantes de campo que seguían a las tropas, después observó a estas y, al ver que todo estaba en orden, alzó una mano y profirió el grito de los mercenarios.

—¡Botín o infierno, camaradas! ¡Adelante!

Detrás de la interminable fila se cerraron las macizas puertas de Khoraja. Algunas cabezas se asomaron a las ventanas. Los habitantes de la ciudad sabían que estaban contemplando su vida o su muerte. Si las huestes resultaban derrotadas, el futuro de Khoraja se escribiría con sangre. Las hordas que venían de las tierras salvajes del sur no conocían la piedad.

Las columnas avanzaron durante todo el día. Atravesaron onduladas praderas y vadearon ríos hasta que el terreno se fue haciendo cada vez más escarpado. Delante de las tropas se veía una

serie de montes bajos que se extendían sin solución de continuidad de este a oeste. Aquella noche acamparon en la ladera norte de aquellos montes, y llegaron hasta las hogueras muchos hombres de nariz aguileña y ojos fieros procedentes de las montañas cercanas, que transmitieron las noticias que llegaban del misterioso desierto. En todos los rumores aparecía el nombre de Natohk como un ondulante reptil. A su conjuro, afirmaban los montañeses, los demonios del aire traían el trueno, el viento y la niebla, y los diablos subterráneos sacudían la tierra con espantosos terremotos. Natohk hacía caer de las alturas un fuego con el que destruían las puertas de las ciudades amuralladas y quemaban a sus defensores hasta reducirlos a huesos calcinados. Sus guerreros eran tan numerosos que cubrían el horizonte, y contaba con cinco mil estigios con carros de combate bajo las órdenes del príncipe Kutamún.

Conan escuchaba, imperturbable. La guerra era su oficio. La vida era para él una continua batalla o, mejor dicho, una serie ininterrumpida de batallas. Desde su nacimiento, la muerte había sido su compañera habitual. Ella cabalgaba con aire siniestro a su lado, se alzaba sobre su hombro cuando Conan se sentaba en las mesas de juego, hacía tintinear con sus dedos huesudos las copas de vino, se cernía sobre él como una sombra monstruosa cuando se acostaba a dormir. Él le prestaba tan poca atención como un rey a su copero. Algún día, aquellas manos huesudas se apoderarían de él. Eso era todo. Lo importante era estar vivo, por el momento.

Pero había otros que no se sentían tan animosos. Conan pasó entre los centinelas y se detuvo ante una esbelta figura cubierta con una capa, que le hizo una señal con la mano para que se detuviera.

—Princesa, deberías estar en tu tienda de campaña —le dijo el cimmerio.

—No podía dormir —repuso ella con los ojos velados por una sombra—. ¡Conan, tengo miedo!

—¿Hay alguien entre estos hombres a quien temas? —preguntó él, echando mano a la empuñadura de su espada.

—No se trata de un hombre —declaró Yasmela con un ligero temblor—. Dime, Conan, ¿tú no temes a nada?

Él reflexionó un momento, se acarició la barbilla y admitió al fin:

—Sí, temo la maldición de los dioses.

La princesa tembló visiblemente, y al cabo de unos instantes agregó:

—Yo estoy maldita, Conan. Un demonio de los abismos me ha marcado. Noche tras noche se alza entre las sombras susurrándome cosas terribles. Quiere arrastrarme a los infiernos para hacerme su reina. No me atrevo a dormir, pues sé que vendrá a mi tienda, igual que vino a mi alcoba del palacio. Conan, tú eres fuerte. ¡Déjame estar a tu lado! ¡Tengo miedo!

Yasmela, en ese momento, no era una princesa, sino tan solo una muchacha aterrada. Su orgullo la había abandonado, dejándola con el alma desnuda. Presa de pánico, había acudido al cimmerio. La implacable fuerza que la había repelido al principio, ahora la atraía.

Por toda respuesta, Conan se quitó la capa escarlata y envolvió con ella a la princesa. Lo hizo con gesto rudo, como si la ternura le estuviera vedada. Su mano férrea descansó por un instante sobre los delicados hombros de Yasmela, y esta volvió a temblar, pero ahora no era de miedo. Una fuerza primitiva, semejante al rayo, se había adueñado de ella por el simple contacto de la mano del cimmerio, como si él le hubiera transmitido parte de su enorme fuerza y vitalidad.

—Acuéstate ahí —le dijo él, indicando un espacio libre que había junto a una hoguera.

Conan no veía nada extraño en el hecho de que una princesa se acostase en el suelo al lado de la fogata de un campamento, envuelta en la capa de un soldado. La muchacha obedeció sin hacer la menor objeción.

Él se sentó cerca de ella, sobre una roca, y colocó la cimitarra sobre sus rodillas. Con el fuego reflejándose en su armadura, parecía una imagen de acero, la encarnación del poder y de la fuerza en un momento de quietud, aguardando una señal para volver a sumergirse en la acción. La luz de las llamas jugaba con sus facciones, que parecían duras como el hierro. Pero sus ojos ardían con una vida salvaje. Ya no era solamente un bárbaro, sino que formaba parte de la indómita naturaleza. Por sus venas corría la sangre de una manada de lobos. En su cerebro se agazapaban las sombrías tinieblas de las noches del norte. Su corazón latía al ritmo de la vida del bosque.

Mientras meditaba en una especie de semisueño, Yasmela se quedó profundamente dormida, envuelta en una placentera sensación de seguridad. Tenía la certeza de que ninguna sombra de ojos llameantes se inclinaría sobre ella en la oscuridad mientras aquella implacable figura cubierta de acero velase a su lado.

A pesar de todo, volvió a despertarse y se estremeció con un miedo cósmico que no pudo explicarse.

La despertó un rumor de voces apagadas. Al abrir los ojos Yasmela vio que el fuego apenas ardía. Se notaba en el aire la cercanía del alba. Podía ver a Conan en la semioscuridad, todavía sentado sobre la piedra, con el sable encima de las rodillas. Cerca de él había un hombre de nariz aguileña y ojos diminutos y brillantes bajo el turbante blanco. El desconocido hablaba muy rápido en un dialecto shemita que ella no entendía.

—¡Qué Bel me corte un brazo si no digo la verdad! —decía el hombre—. Por Derketa, Conan, soy el príncipe de los embusteros, pero jamás mentiría a un antiguo compañero. ¡Lo juro por los días en que ambos éramos ladrones en tierras de Zamora, antes de que vistieras la cota de malla!

»Te digo que he visto a Natohk —continuó— y, junto con los demás, me arrodillé ante él cuando lanzó conjuros a Set. Pero enterré mi nariz en la arena como hicieron los otros. Soy un ladrón de Shumir y mi vista es más aguda que la de un águila. Levanté un poco la cabeza y vi que su velo flotaba al viento. Él lo abrió y vi… ¡Bel me ayude, Conan, lo que vi! La sangre se me heló en las venas y se me erizó el cabello. Lo que vi me quemó el alma como un hierro candente. No pude descansar hasta que estuve seguro de lo que sospechaba.

»Me dirigí entonces a las ruinas —prosiguió el desconocido— de Kuthchemes. La puerta que hay bajo la cúpula de marfil estaba abierta. Al entrar, me encontré con una enorme serpiente traspasada por una espada. Debajo de la cúpula yacía el cuerpo de un hombre, tan consumido y deforme que al principio apenas pude reconocerlo. Luego vi que se trataba de Shevatas el zamorio, el único ladrón en el mundo al que reconocía como superior a mí. El tesoro estaba intacto y aparecía en montones relucientes en torno al cadáver. Eso era todo.

—No había huesos… —comenzó a decir el cimmerio.

—¡No había nada! —interrumpió el otro con vehemencia—. ¡Nada! ¡Solo el cadáver!

Hubo un silencio, y Yasmela se sintió presa de un horror inenarrable.

—¿Sabes de dónde llegó Natohk? —dijo al fin con un vibrante susurro el shemita—. Pues vino del desierto, una noche en que el cielo y la tierra parecían enloquecidos, las nubes huían con frenesí bajo las estrellas y el aullido del viento se mezclaba con los lamentos de los espíritus de la llanura. Los vampiros estaban por todas partes aquella noche; las brujas andaban desnudas y los lobos aullaban por toda la estepa. Natohk llegó entonces en un camello negro, rápido como el viento. Lo rodeaba un fulgor infernal y las huellas que dejaba su animal brillaban en la oscuridad. Cuándo Natohk desmontó ante el templo de Set, junto al oasis de Afaka, el animal se dio la vuelta y desapareció en la noche. Luego hablé con las gentes de las tribus cercanas, y juraban haber visto que el animal desplegaba unas alas gigantescas y remontaba hacia las nubes, dejando atrás una estela luminosa. Nadie ha vuelto a ver a ese camello desde aquella noche, pero sí se ha visto una sombra negra y brutal, con vago aspecto humano, que habla con Natohk en su tienda antes del amanecer. Te digo, Conan, que Natohk es… Mira, te voy a enseñar una imagen de lo que vi aquel día en que el viento apartó el velo y dejó su rostro al descubierto.

Yasmela vio un fulgor de oro en la mano del shemita cuando este se inclinó sobre un objeto. Conan lanzó un gruñido. De repente, la oscuridad se abatió sobre la joven. Por primera vez en su vida, Yasmela se había desmayado.

El amanecer era solo una difusa línea rojiza en el horizonte, cuando el ejército reanudó la marcha. Los nómadas de las tribus habían acudido al campamento, con los caballos agotados por la larga marcha, para informar que la horda del desierto acampaba junto al pozo de Altaku. Por consiguiente, los soldados avanzaron con rapidez a través de las montañas, dejando que los siguieran los carromatos. Yasmela iba con las tropas, pero sus ojos estaban velados por el miedo. Un horror más atroz aún se había apoderado de ella desde que reconociera la moneda que había mostrado el shemita la noche anterior. Se trataba de una de las que habían acuñado en secreto los devotos del decadente culto zugita y que

reproducía las facciones de un hombre muerto hacía tres mil años.

El camino serpenteaba entre escarpados riscos y lúgubres despeñaderos y bordeaba estrechos desfiladeros. Aquí y allá se veían aldeas colgadas de la roca, cuyas chozas de piedra estaban revocadas de barro. Los habitantes del lugar se apresuraron a reunirse con sus hermanos de raza, de modo que, antes de haber atravesado las montañas, el ejército había incrementado su número con tres mil arqueros salvajes.

De repente, se vieron ante una inmensa llanura que se extendía hacia el sur. En la vertiente meridional, los montes perdían altura súbitamente, señalando una clara división geográfica entre las mesetas de Koth y el desierto del sur. Aquellas montañas eran el borde de la altiplanicie y constituían una muralla casi ininterrumpida. En aquella zona, la tierra parecía desnuda y desolada, habitada tan solo por los miembros del clan zaheemi, cuyo deber era proteger el camino de las caravanas. Más allá de las montañas, aparecía un enorme desierto polvoriento y sin vida. No obstante, allende el horizonte, se encontraba el pozo de Altaku, junto al cual acampaban las hordas de Natohk.

Las huestes miraron hacia abajo, al paso de Shamla, por el cual afluía la riqueza del norte y del sur, y a través del cual pasaban los ejércitos de Koth, Khoraja, Shem, Turan y Estigia. Allí, la muralla impenetrable de montañas se interrumpía. Las laderas descendían abruptamente hacia el desierto formando inhóspitos valles cerrados por enormes riscos, con excepción de uno. Este era el único paso hacia la desierta llanura. El desfiladero era como una gran mano abierta desde las montañas; los dedos separados constituían el valle en forma de abanico. Los dedos estaban representados por amplias colinas hacia ambos lados, con la parte externa lisa y la interna separada. Más allá se encontraban la planicie y el pozo, y en torno a este se alzaba un grupo de torres de piedra ocupadas por los zaheemis.

Conan se detuvo, tirando de las riendas de su caballo. Se había despojado de la armadura plateada, ya que se sentía más a gusto con la cota de malla. Thespides se le acercó y le preguntó con aire extrañado:

—¿Por qué te detienes?

—Esperaremos aquí —respondió el cimmerio.

—Sería más digno seguir avanzando y enfrentarnos a ellos —dijo el conde en tono cortante.

—Nos superan ampliamente en número —repuso Conan—. Y además, allí no hay agua. Acamparemos en esta meseta…

—Mis caballeros y yo lo haremos en el valle —dijo Thespides enojado—. Somos la vanguardia, y nosotros, al menos, no tememos a una turba de harapientos del desierto.

Conan se encogió de hombros, y el irritado noble se alejó a caballo. Amalric se detuvo asombrado al ver que la reluciente tropa descendía por la ladera de la montaña en dirección al valle.

—¡Los muy necios! —comentó—. Sus cantimploras pronto estarán vacías y tendrán que regresar al pozo para abrevar a sus caballos.

—Que hagan lo que quieran —repuso Conan—, ya que no les gusta recibir mis órdenes. Di a los soldados que descansen. Hemos andado mucho y por terreno accidentado. Que coman los hombres y que den de beber a los caballos.

No había necesidad de enviar exploradores, ya que el desierto se extendía ante sus ojos, si bien ahora unas nubes bajas y blanquecinas, procedentes del sur, limitaban la visibilidad. La monotonía del desierto solo quedaba rota por unas ruinas de piedra que se alzaban a algunas leguas en el desierto y de las que se decía que eran restos de un antiguo asentamiento estigio. Conan hizo desmontar a los arqueros y los distribuyó por las colinas, junto con los salvajes montañeses. Luego situó a los mercenarios y a los lanceros de Khoraja en la alta meseta, en torno al pozo. Más atrás, en el lugar donde el desfiladero desembocaba en la meseta, se procedió a instalar la tienda de Yasmela.

Al no haber enemigos a la vista, los soldados se tomaron un merecido descanso. Se quitaron los bacinetes y las cofias, y echaron hacia atrás la malla que les cubría la cabeza y el cuello.

Hicieron algunas bromas groseras mientras comían con apetito y bebían grandes jarras de cerveza. En las laderas de las montañas, los nómadas también descansaban y reponían fuerzas con sus provisiones de dátiles y aceitunas. Amalric se adelantó hasta una gran piedra grisácea sobre la que se había sentado el cimmerio, y dijo:

—Conan, ¿has oído lo que dicen los nómadas acerca de Natohk?

Dicen… Por Mitra, me parece una locura hasta el hecho de repetirlo. ¿Tú que piensas?

—Las semillas a veces duermen en la tierra durante siglos sin echar raíces —respondió Conan—. Pero Natohk es un hombre, sin duda alguna.

—No estoy seguro de ello —dijo Amalric—. Y hablando de otra cosa, veo que has dispuesto las tropas como lo hubiera hecho un general veterano. Si los demonios de Natohk caen sobre nosotros, no nos cogerán desprevenidos. ¡Por Mitra, qué niebla endiablada!

—Al principio pensé que eran nubes —dijo Conan—. ¡Mira cómo avanza!

Lo que parecían nubes era en realidad una densa niebla que se dirigía hacia el norte como una marea, ocultando rápidamente el desierto. En seguida estuvo sobre las ruinas estigias y siguió adelante.

Los hombres miraban aquello llenos de asombro. Era algo inaudito…, algo antinatural e inexplicable.

—No podemos enviar una partida de exploradores —dijo Amalric, disgustado—, pues no podrán ver nada. Pronto estará cubierta toda la zona.

Conan, que había observado con creciente inquietud la niebla que avanzaba, se inclinó de pronto y apoyó una oreja en el suelo. Inmediatamente dio un salto y profirió una maldición.

—¡Son caballos y carros de combate! —exclamó—. ¡Son miles y miles y hacen vibrar el suelo a su paso!

A continuación levantó la voz, que resonó estruendosamente por todo el valle, poniendo a las tropas en pie:

—¡Eh, mis hombres! ¡Alzad las picas y alabardas! ¡Formad filas!

Ante estas órdenes, los soldados se alinearon, después de ponerse apresuradamente los cascos y armaduras. En ese momento, la niebla se disipó como si ya no resultara necesaria. No desapareció lentamente, como suele ocurrir, sino que se esfumó como una llama que se extingue. El desierto, oculto un momento antes por el espeso manto blanco, brillaba ahora bajo un cielo soleado y sin nubes. Pero ya no estaba vacío, sino atestado por el aparato viviente de la máquina bélica. Un grito de asombro sacudió las montañas.

A primera vista, los atónitos observadores parecían estar contemplando un fulgurante mar de bronce y oro, sobre el que las

puntas de las lanzas titilaban como miríadas de estrellas. Al desaparecer la niebla, los invasores se habían detenido, súbitamente, en líneas apretadas cuyas armas brillaban bajo los rayos del sol.

En primera línea se hallaban los pesados carros de combate, arrastrados por grandes y fieros caballos de Estigia adornados con plumas, que relinchaban inquietos mientras los semidesnudos aurigas se echaban atrás apoyados en sus robustas piernas para tirar con fuerza de las riendas. Los hombres que iban en carros eran guerreros de gran estatura, con rostros de halcón bajo los cascos de bronce y una cimera en forma de media luna sobre una esfera dorada. Empuñaban pesados arcos y se advertía que no eran arqueros comunes; se trataba de nobles del sur, criados para la guerra y la caza, y acostumbrados a abatir leones con sus flechas. Tras ellos aparecía un abigarrado conjunto de hombres de aspecto salvaje, con caballos no menos fieros. Eran los guerreros de Kush, el primero de los grandes reinos negros situados al sur de Estigia. Parecían hechos de ébano pulido y cabalgaban completamente desnudos, sin utilizar sillas de montar bajo su cuerpo ágil y flexible.

Detrás de ellos había unas hordas que parecían reunir a todos los habitantes del desierto. Eran miles y miles de belicosos hijos de Shem, jinetes con armaduras de escamas de metal y cascos cilíndricos. Eran los asshuri de Nippr, Shumir, Eruk y ciudades vecinas; hordas salvajes vestidas de blanco e integradas por diversos clanes nómadas.

En ese momento las tropas comenzaron a agitarse en un remolino desordenado. Los carros de combate se apartaron a un lado, en tanto que el grueso de las huestes avanzaba como un tropel desorganizado.

En el extremo del valle, los caballeros de Khoraja habían montado en sus corceles y el conde Thespides galopó laderas arriba hacia donde se encontraba Conan. Ni siquiera se dignó desmontar, sino que habló con tono brusco desde su caballo.

—¡La desaparición de la niebla los ha desconcertado! —dijo Thespides—. ¡Ahora es el momento de atacar! Los kushitas no tienen arcos y entorpecen su vanguardia. Una carga de mis caballeros los aniquilará hasta las mismas filas de los shemitas, destrozando su formación. ¡Seguidme! ¡Seguidme! ¡Ganaremos esta

batalla con un solo golpe!

Conan movió negativamente la cabeza y dijo:

—Si estuviéramos luchando con un enemigo corriente, estaría de acuerdo. Pero la confusión que demuestran me parece más fingida que real. Me temo que sea una trampa.

—Entonces, ¿te niegas a avanzar? —increpó Thespides indignado.

—Sé razonable —repuso Conan—. Tenemos la ventaja de nuestra posición…

Tras lanzar un furioso juramento, el conde Thespides giró en redondo con su caballo y volvió galopando al valle, donde sus caballeros esperaban impacientes.

Amalric movió la cabeza con gesto de desaliento y dijo:

—No debiste dejarlo volver, Conan. Me parece que… ¡Mira allí!

Conan se levantó de un salto y profirió una maldición. Thespides se había puesto a la cabeza de sus hombres y podía escucharse su voz exaltada a lo lejos. Aunque no se percibieran sus palabras, el gesto que hizo señalando la horda enemiga era significativo. Un segundo después, quinientas lanzas apuntaron al frente y toda la compañía de caballeros armados descendía con un ruido atronador por el último tramo del valle.

Un joven paje llegó corriendo desde la tienda de Yasmela y le dijo a Conan con voz chillona y apremiante:

—Mi señor, la princesa pregunta por qué no sigues y apoyas al conde Thespides.

—Porque no soy tan necio como él —repuso el cimmerio con un gruñido y, tras volver a sentarse en la roca, comenzó a devorar una enorme pata de carnero.

—El mando te ha vuelto sensato —dijo Amalric—. Esa clase de locuras fueron siempre tu debilidad.

—Sí; cuando solo jugaba con mi propia vida. Pero ahora… ¡Eh, por todos los infiernos…!

Las hordas enemigas se habían detenido. Del ala más alejada avanzó un carro de guerra cuyo desnudo auriga azotaba a los caballos como un poseso. El otro ocupante del carro era un hombre alto cuya túnica flotaba al viento dándole un aire fantasmagórico. Sostenía en sus brazos una gran vasija de oro de la que dejaba caer un fino polvillo que resplandecía bajo la luz del sol. El carro cruzó

por delante de la horda. Detrás de sus imponentes ruedas quedaba, como la estela de un barco, una larga línea luminosa que brillaba sobre la arena como la huella fosforescente de una serpiente.

—¡Ese es Natohk! —exclamó Amalric, profiriendo un juramento —. ¿Qué semilla infernal está sembrando?

Los caballeros de Khoraja no habían disminuido la velocidad de su ataque. Cincuenta pasos más y embestirían a las filas irregulares de los kushitas, que permanecían quietas, con las lanzas levantadas. Ahora, los caballeros que iban en vanguardia llegaban a la delgada línea que brillaba sobre la arena, y cuando los cascos de los caballos la pisaron fue como el acero cuando choca contra el pedernal, pero con resultados mucho más terribles. Una explosión aterradora conmovió el desierto, que pareció desgarrarse entre llamas blanquecinas a lo largo de la línea.

La primera fila de caballeros quedó envuelta en llamas, y tanto los caballeros como los jinetes de pesadas armaduras comenzaron a retorcerse como insectos al caer a una hoguera. Un instante después, el grueso de la tropa se abalanzaba sobre los cuerpos carbonizados de sus compañeros. Incapaces de detenerse, se precipitaron fila tras fila sobre el creciente e informe montón de cadáveres. Con increíble rapidez, el ataque de los poderosos jinetes se había convertido en un caos en el que los caballeros morían uno tras otro entre los relinchos de los animales agonizantes.

Entonces, la aparente confusión que reinaba en las filas kushitas se esfumó. Las filas más cercanas se organizaron con toda precisión y atacaron a los jinetes caídos, destrozándolos sin piedad y rematando a otros con mazas y piedras. Todo ocurrió con tal rapidez que los observadores que estaban en las montañas quedaron atónitos. Las hordas seguían avanzando, tratando de evitar el montón de cuerpos carbonizados. Desde las montañas se alzó una exclamación:

—¡No luchamos contra hombres, sino contra demonios!

Los que estaban allí apostados vacilaron. Uno de ellos echó a correr hacia atrás, en dirección a la planicie, con el rostro bañado en sangre y con espuma en la boca.

—¡Huid, huid! —farfullaba babeando—. ¿Quién puede luchar contra la magia de Natohk?

El cimmerio lanzó un gruñido, se levantó de un salto y con el

enorme hueso de carnero le asestó un golpe en la cabeza al asustado fugitivo, que cayó al suelo mientras la sangre manaba en abundancia de su nariz y de su boca. Conan desenvainó la espada con los ojos convertidos en esferas de fuego azul y gritó con voz atronadora:

—¡Volved a vuestros puestos! ¡Si cualquiera de vosotros da un solo paso atrás, le separo la cabeza del cuerpo! ¡Luchad como hombres, maldición!

La desbandada se detuvo tan rápidamente como había comenzado. La fiera personalidad de Conan fue como un cubo de agua fría en la hoguera de terror de sus hombres.

—¡Regresad a vuestros puestos y resistid! —ordenó—. ¡Ni los hombres ni los demonios cruzarán el desfiladero de Shamla!

Allí donde la meseta se interrumpía y comenzaba el valle descendente, los mercenarios se ajustaron los cinturones y empuñaron las alabardas. Detrás de ellos, los jinetes montaron en sus caballos, mientras que en uno de los flancos quedaban los lanceros de Khoraja como tropas de reserva. A Yasmela, que estaba pálida y silenciosa mucho más atrás, ante la puerta de su tienda de campaña, sus huestes le parecían un lamentable puñado de hombres, en comparación con las densas hordas del desierto.

Conan se quedó entre los lanceros. Sabía que los invasores no efectuarían un ataque por el desfiladero para no ponerse al alcance de las flechas de los arqueros, pero lanzó un gruñido de sorpresa al ver que los jinetes enemigos desmontaban. Aquellos salvajes no tenían fuerzas de aprovisionamiento. Las cantimploras y las bolsas de alimentos colgaban de sus sillas de montar. Bebieron la poca agua que les quedaba y luego arrojaron a un lado las cantimploras.

—Esto no me gusta nada —musitó el cimmerio—. Hubiera preferido un ataque de caballería por parte de ellos; los animales heridos entorpecen el avance.

Las hordas habían formado una enorme cuña cuya punta eran los estigios y el cuerpo los asshuri; los flancos estaban ocupados por los nómadas. Avanzaron lentamente, en cerrada formación y con los escudos levantados, mientras detrás de ellos una sombría figura alzaba los brazos cubiertos por los pliegues de la túnica, en una terrible invocación.

Cuando la horda de atacantes entró en el amplio valle, los

montañeses lanzaron sus flechas. A pesar de la fuerte formación defensiva, los hombres del desierto cayeron por docenas. Los estigios habían desechado sus arcos. Con las cabezas inclinadas hacia adelante y los ojos oscuros mirando fieramente por encima del borde de sus escudos, se adelantaron como una marea implacable, pisando a sus compañeros caídos. Los shemitas devolvieron el ataque, y nubes de flechas oscurecieron el cielo. Conan lanzó una mirada por encima de las olas de flechas y se preguntó qué nuevo horror estaría invocando el hechicero. Intuía que Natohk, como todos los de sus especie, era más temible en la defensa que en el ataque. Tomar la ofensiva contra él suponía un desastre inevitable.

Seguramente era alguna magia lo que hacía avanzar a las hordas hacia las fauces de la muerte. Conan contuvo el aliento ante la destrucción causada por sus arqueros entre las filas atacantes. Los bordes de la cuña parecían fundirse y el valle estaba sembrado de muerte. Pero los sobrevivientes seguían adelante como locos, inconscientes del desastre. Algo más atrás, los arqueros volvieron a empuñar sus armas y nuevas nubes de flechas se remontaron hacia las posiciones superiores, obligando a los montañeses a ponerse a cubierto. El pánico se apoderó de estos ante aquel avance irresistible y miraron hacia abajo como lobos atrapados.

Cuando la horda estigia cruzó la parte más estrecha del desfiladero, una lluvia de rocas rodó por el talud, aplastando a cientos de invasores. A pesar de ello, el ataque no se detuvo. Los mercenarios de Conan se prepararon para el choque inevitable. Su cerrada formación y sus mejores armaduras impidieron que las flechas enemigas los aniquilaran. El cimmerio temía el impacto del ataque cuando la enorme cuña embistiera contra sus filas. En ese momento comprendió que no había forma de evitar la masacre. Aferró entonces por el hombro a un zaheemi que se hallaba cerca de él y le preguntó:

—¿Hay algún modo de que unos jinetes puedan llegar hasta el valle que hay del otro lado de esa cordillera que se ve allí?

—Sí —contestó el otro—. Es un camino escarpado y peligroso, pero…

Conan llevó al hombre hasta donde estaba Amalric, sentado sobre su enorme caballo de batalla.

—¡Amalric! —exclamó—. ¡Sigue a este hombre! Él os guiará a ti y a tus tropas hasta el valle exterior. Debes descender y, después de rodear aquella montaña, atacar a las hordas por la retaguardia. ¡No hables y haz lo que te digo! Sé que es una locura, pero de todas formas estamos condenados. Haremos todo el daño que podamos antes de sucumbir. ¡Vamos, poneos en marcha deprisa!

El bigote de Amalric se curvó en una fiera sonrisa. Poco después, los lanceros seguían a su jefe por la maraña de desfiladeros que conducían hasta la planicie. Conan corrió espada en mano hasta donde se hallaban las tropas armadas de picas.

El cimmerio llegaba a tiempo. A cada lado del valle, los montañeses de Shupras, enloquecidos por la certeza de la derrota, dejaban caer sus armas con desesperación. Los hombres morían como moscas, tanto en el valle como por las laderas. Con un estruendo ensordecedor, los estigios embistieron al fin contra el resto de las tropas mercenarias.

Las líneas fueron sacudidas por un huracán de acero. Los nobles del desierto, criados para la guerra, se enfrentaban a duros soldados profesionales. Los escudos chocaban entre sí, mientras las lanzas sembraban la muerte.

Conan distinguió la poderosa figura del príncipe Kutamún a través del mar de espadas, pero la presión de los atacantes lo mantenía pecho contra pecho ante oscuros combatientes que jadeaban y asestaban mandobles a diestra y siniestra. Y es que detrás de los estigios, los asshuri llegaban a manadas, al tiempo que lanzaban sus gritos tribales.

Los nómadas del ejército enemigo treparon por los riscos que había a ambos lados del valle y se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo con los montañeses. El combate feroz se generalizó por toda la cordillera. Con uñas y dientes, enloquecidos por el fanatismo de antiguas querellas, los nómadas y los montañeses mataban y morían. Con la melena al viento, los desnudos kushitas se mezclaron en la refriega profiriendo aullidos.

Conan tuvo la sensación de que sus ojos, velados por el sudor, contemplaban un océano de acero que ondulaba, avanzaba y retrocedía, llenando el valle de lado a lado. La batalla estaba en su punto culminante y más sangriento. Los montañeses se mantenían en las cimas y los mercenarios, aferrando sus ensangrentadas picas,

resistían en el centro del desfiladero. La superioridad de la posición y la calidad de las armaduras defensivas compensaban la abrumadora superioridad numérica de los enemigos. Pero aquello no podía durar demasiado: oleada tras oleada, los rostros feroces y las lanzas resplandecientes seguían ascendiendo por las laderas. Los asshuri llenaban los huecos que dejaban los estigios caídos.

El cimmerio miró hacia la cordillera occidental para ver si aparecían las lanzas de Amalric, pero no vio nada. Los lanceros comenzaban a retroceder ante la embestida de las gentes del desierto. Conan abandonó entonces toda esperanza de victoria e incluso de supervivencia. Al tiempo que daba una orden a sus capitanes, se abrió paso entre los combatientes y corrió por la meseta en dirección a las tropas de infantería que se mantenían más atrás como reserva, temblando de ansiedad. Ni siquiera miró hacia la tienda de Yasmela. Había olvidado totalmente a la princesa. Su único pensamiento era el instinto salvaje de matar antes de morir.

—¡Hoy os convertís en caballeros! —dijo el cimmerio con una risa salvaje mientras señalaba con su espada los caballos de los montañeses, que estaban agrupados cerca de allí—. ¡Montad en los corceles y acompañadme al infierno!

Conan seguía riendo con expresión sombría al tiempo que guiaba hacia una ramificación de la planicie a quinientos infantes —patricios empobrecidos, segundones, ovejas descarriadas de buenas familias— montados en caballos shemitas semisalvajes. Atacaban a un ejército en un terreno inclinado donde ninguna caballería hubiese osado hacerlo.

Atravesaron la garganta del desfiladero con un ruido atronador, pisando los cuerpos caídos que cubrían el suelo. El terreno todavía era bastante escarpado, y una veintena de caballos resbalaron y cayeron rodando con sus jinetes. Más abajo, los hombres proferían maldiciones y arrojaban sus armas. El impacto del ataque era como una avalancha que se abre camino por entre un bosque de árboles jóvenes. Los improvisados caballeros fueron dejando tras de sí una alfombra de cuerpos caídos.

Y entonces, cuando la horda se revolvía y se replegaba sobre sí misma, los lanceros de Amalric, después de abrirse paso a través de una columna de jinetes que habían encontrado en el valle exterior, irrumpieron por el recodo de la cordillera occidental y atacaron a

las huestes del desierto con la fiereza que da la desesperación. Su ataque llevaba consigo la sorpresa que desmoraliza al enemigo. Creyéndose rodeados por unas fuerzas muy superiores y temerosos de quedar aislados del desierto que era su morada, muchos nómadas dieron media vuelta e iniciaron una huida tumultuosa, causando estragos entre las filas de las tropas más ordenadas que tenían detrás. En las laderas de las montañas, los hombres del desierto veían el cariz que tomaban la batalla en terreno llano, y los montañeros que estaban a la defensiva, por su parte, cayeron sobre sus enemigos con renovada furia y los rechazaron hacia el valle.

Desconcertados, los guerreros del desierto rompieron filas sin ver, en su precipitación, que solo los atacaba un puñado de hombres. Y cuando una tropa heterogénea y numerosa se desorganiza en la lucha, ni un mago es capaz de volver a agruparla. A través del mar de cabezas y lanzas, los hombres de Conan vieron que los jinetes de Amalric avanzaban imparables entre los anárquicos combatientes del desierto. Un júbilo victorioso se apoderó de ellos. Con el corazón lleno de una fuerza indómita, sus brazos parecían aún más diestros en el manejo de las lanzas.

Por su parte, los alabarderos que se encontraban en el desfiladero afirmaron los pies en el suelo resbaladizo, enrojecido por la sangre, e iniciaron el avance, chocando brutalmente contra las filas que tenían enfrente. Los estigios resistieron, pero, más atrás, los asshuri comenzaron a ceder. Los mercenarios embistieron entonces contra los nobles del desierto, que sucumbieron en sus puestos hasta el último hombre.

Arriba, entre los riscos, el viejo Shupras yacía con una flecha clavada en el corazón. A Amalric lo habían derribado del caballo y maldecía como un pirata mientras se apretaba una herida que tenía en una pierna. De la infantería montada de Conan apenas quedaban ciento cincuenta hombres sobre sus caballos. Pero la horda estaba destrozada. Nómadas y arqueros huían hacia los campamentos, donde estaban sus caballos, mientras los montañeses descendían por las laderas atacando a los fugitivos por la espalda con los sables y cortando las cabezas a los heridos.

En aquel caos de sangre surgió de repente una terrible aparición delante del caballo de Conan. Era el príncipe Kutamún, tan solo cubierto con un taparrabo, pues había sido despojado de su

armadura en el fragor de la batalla. Su cuerpo estaba cubierto de sangre y de magullones. El príncipe lanzó un grito terrible y arrojó la empuñadura rota de su espada contra el rostro de Conan; luego dio un salto y asió por las riendas el corcel del cimmerio. Conan se revolvió en su silla, desconcertado. Mientras tanto, poniendo en juego una fuerza increíble, el gigante de piel oscura empujó el caballo hacia arriba y atrás hasta que, perdido el equilibrio, el animal cayó al suelo, encima de los cuerpos que se retorcían.

Conan saltó en el preciso momento en que su caballo se desplomaba. Kutamún se abalanzó sobre él rugiendo. Debido al furor de la batalla, el bárbaro no pudo recordar luego exactamente cómo había dado muerte a su enemigo. Solo sabía que una piedra que tenía el estigio en la mano le golpeó varias veces en el casco, impidiéndole ver. Luego Conan extrajo su daga y la hundió una y otra vez en el cuerpo del príncipe, sin que ello pareciera afectar a su terrible vitalidad. El mundo ya daba vueltas ante los ojos del cimmerio, cuando el adversario se estremeció convulsivamente y cayó hacia un lado.

Conan se incorporó con el rostro empapado de sangre bajo el abollado casco y observó mareado el panorama de destrucción que se ofrecía a sus ojos. Los cadáveres yacían por todas partes, como una alfombra roja que cubriera el valle. Y abajo, en el desierto, continuaba la masacre. Los sobrevivientes habían llegado hasta sus caballos y se desparramaban por la planicie, perseguidos por los vencedores. Conan quedó espantado al ver el menguado grupo a que estos habían quedado reducidos.

Entonces se oyó un alarido espantoso que cortó el clamor de la batalla. Por el desfiladero ascendía un carro de guerra a una velocidad tremenda, sin que parecieran molestarle los cadáveres amontonados en el suelo. El carro no iba tirado por caballos, sino por un enorme animal negro, parecido a un camello. Sobre el carruaje se veía a Natohk, con la túnica flotando al viento. Delante, sosteniendo las riendas y dando latigazos como un loco, iba un ser antropomórfico oscuro y deforme, con vaga apariencia humana, que parecía un monstruoso simio.

El carro de guerra ascendió el último tramo del valle y llegó a la meseta, dirigiéndose hacia la tienda de campaña en la que se encontraba sola Yasmela, pues hasta la guardia se había unido a los

combatientes. Conan oyó el grito de terror de la princesa cuando el largo brazo del hechicero Natohk se tendió hacia ella y la subió al carruaje. Luego, el monstruoso animal que tiraba del carro giró rápidamente y regresó valle abajo, sin que ninguno de los hombres de Yasmela se atreviese a arrojar una lanza o una flecha por temor a herir a la princesa, que se debatía aterrada en los brazos de Natohk.

Conan lanzó un grito inhumano y, tras recoger la espada del suelo, saltó hacia el sitio por donde debía pasar el carruaje infernal. Pero cuando alzaba su espada, las patas delanteras de la negra bestia golpearon al cimmerio en el pecho y lo enviaron a varios metros de distancia, dejándolo aturdido y herido. El grito de Yasmela llegó hasta los oídos de Conan en el momento en que el carruaje pasaba ante él.

El cimmerio reaccionó al instante y, asiendo las riendas de un caballo que corría sin jinete, tomó impulso y saltó sobre la montura sin que el animal detuviese siquiera su carrera. Corrió con loco frenesí en pos del carruaje de Natohk y cruzó como un torbellino el campamento shemita. Luego se dirigió al desierto pasando al lado de sus propios jinetes, que perseguían a los del hechicero.

El carro de guerra siguió delante y Conan no abandonó la persecución, a pesar de que el jadeo de su caballo se hacía cada vez más intenso. El desierto los rodeaba por todas partes, con sus arenales bañados por el esplendor del sol poniente. Delante de ellos se alzaban las antiguas ruinas del tiempo. Un nuevo alarido heló la sangre en las venas de Conan. El cimmerio levantó la vista y vio que el monstruoso auriga de Natohk arrojaba a este y a la muchacha del carro. Ambos rodaron sobre la arena y entonces, ante el asombro de Conan, el carruaje sufrió una extraordinaria transformación. La negra bestia desplegó unas enormes alas y remontó el vuelo hacia el cielo, dejando atrás una llama cegadora sobre la cual un humanoide negro se reía con carcajadas triunfales. Pasó tan rápido como el monstruo de una pesadilla inconcebible.

Natohk se puso en pie de un salto y lanzó una mirada a su amenazante perseguidor, que llegaba a todo galope, con la espada dispuesta a asestar un golpe mortal. El brujo recogió a Yasmela, que se había desmayado, y corrió con ella en brazos hasta las ruinas.

Conan saltó de su caballo y se lanzó a la carrera tras el hechicero, que entraba ya en lo que había sido el antiguo templo. El

cimmerio también entró en una habitación iluminada con un fulgor ultraterreno, aún cuando en el exterior caía la tarde. Sobre un altar de jade negro yacía la princesa; su cuerpo desnudo resplandecía como si fuera de marfil. Sus ropas estaban desparramadas por el suelo, como si hubieran sido arrancadas en un apresuramiento brutal. Natohk se enfrentó al cimmerio. Una brillante túnica de seda verde cubría el inhumano cuerpo, alto y delgado, del hechicero. Apartó el velo que le ataba el rostro y Conan pudo ver las facciones que aparecían en la moneda del zugita.

—¡Sí, perro maldito! —exclamó el brujo con una voz sibilante como la de una gigantesca serpiente—. ¡Soy Thugra Khotan! He yacido mucho tiempo en mi tumba, esperando el día de mi despertar y de mi liberación. Las artes que me salvaron de los bárbaros hace muchos siglos me retuvieron prisionero, pero yo sabía que uno de aquellos mismos bárbaros llegaría, tarde o temprano… ¡Y al fin llegó para que se cumpliera el destino y para que muriera como nadie ha muerto en tres mil años! ¡Necio! ¿Crees que has vencido porque mi gente se ha dispersado y porque me traicionó y me abandonó el demonio al que había logrado esclavizar? ¡No! ¡Soy Thugra Khotan y dominaré el mundo a pesar de vuestros ridículos dioses! Los desiertos están llenos de mis gentes; los demonios hacen mi voluntad y todos los reptiles de la tierra me obedecen. Mi deseo por una mujer debilitó mis poderes mágicos. ¡Ahora esa mujer es mía, y recreándome en su alma seré invencible! ¡Atrás, necio! ¡No has derrotado a Thugra Khotan!

El hechicero arrojó su bastón a los pies de Conan y este retrocedió profiriendo un grito involuntario, ya que al caer al suelo la vara sufrió una terrible transformación; se derritió, se retorció y ante el horrorizado cimmerio apareció una cobra. La reacción de Conan fue instantánea: alzó su enorme espada y de un solo corte seccionó en dos partes al espantoso reptil. Entonces vio que a sus pies había solo las dos mitades de un bastón de ébano. Thugra Khotan se echó a reír con carcajadas malignas; luego se agachó y recogió algo que avanzaba por el suelo polvoriento.

En su mano extendida, algo se contorsionaba amenazadoramente. No se trataba de trucos de sombras, esta vez. En la palma de la mano de Thugra Khotan se veía un escorpión negro de casi medio metro de largo. Era el animal más mortífero del

desierto y su picadura significaba la muerte instantánea. El rostro del hechicero, parecido al de una calavera, se distendió en una espantosa sonrisa de momia. Conan vaciló, pero atacó como una centella.

Sorprendido en un gozo infernal, Thugra Khotan ni siquiera pudo hacer un movimiento para eludir la espada de Conan, que atravesó su corazón y le salió por los hombros. El brujo cayó al suelo, estrujando al venenoso escorpión con el puño mientras se desplomaba.

El cimmerio se acercó al altar y levantó a Yasmela en sus ensangrentados brazos. La princesa estiró sus manos convulsivamente y se apretó contra él sollozando desesperadamente, aferrándose a su cuello como si no fuera a soltarlo jamás.

—¡Por los demonios de Crom, muchacha! —dijo Conan, con un gruñido—. ¡Suéltame! Hoy han muerto cincuenta mil hombres y todavía hay mucho que hacer…

—¡No! —repuso ella, jadeando y aferrándose a él con todas sus fuerzas—. ¡No te dejaré marchar! ¡Soy tuya, por el fuego, el acero y la sangre! ¡Y tú eres mío! ¡Allí pertenezco a otros…, pero aquí tan solo a ti! ¡No te irás!

El cimmerio vaciló al notar que su espíritu era ya un volcán de encontradas pasiones. El fulgor sobrenatural aún brillaba en la sombría habitación, alumbrando con una luz espectral el rostro muerto de Thugra Khotan, que parecía sonreírles con una mueca siniestra. Afuera, en el desierto, los hombres morían, aullaban y mataban como locos, y los reinos se tambaleaban sobre sus cimientos. Pero todo aquello pareció borrarse del alma de Conan mientras apretaba con fuerza entre sus brazos de hierro el esbelto cuerpo marfileño que brillaba en la penumbra como una blanca llama embrujada.

Sombras a la luz de la luna

Robert E. Howard, 1933

Conan no tarda mucho tiempo en llegar a jefe de una turba de forajidos con la que asola las fronteras occidentales del Imperio Turanio, hasta que su antiguo patrón —el rey Yildiz— adopta una política de represalias. Una de sus tropas, bajo el mando de Shah Amurath, atrae a los kozakos hacia el interior del territorio turanio y los deja aislados en una sangrienta batalla cerca del río Ilbars.

El orgullo de Conan le impide ser príncipe consorte de ninguna mujer, por hermosa y ardiente que sea. Al cabo de algún tiempo, el cimmerio se escapa para volver a su tierra natal y vengarse de sus antiguos enemigos, los hiperbóreos.

Conan cuenta casi treinta años. Sus hermanos de sangre —cimmerios y aesires— tienen mujeres y han engendrado hijos. Algunos de estos ya están tan crecidos que tienen la misma edad que tenía el cimmerio cuando se aventuró por primera vez por los suburbios infestados de ratas de Zamora. Sus experiencias como pirata y mercenario han fomentado en él el espíritu guerrero y el placer del saqueo con tal intensidad que no puede seguir el ejemplo de sus hermanos de sangre. Y cuando los mercaderes traen noticias de que hay nuevas guerras en el sur, Conan monta a caballo y regresa a los reinos hiborios.

Allí se entera de que un príncipe rebelde de Koth lucha por destronar a Strabonus, el rey del país, y Conan se encuentra pronto entre viejos compañeros de armas que sirven en las filas del príncipe. Pero este hace las paces con el rey, y su tropa de mercenarios se queda sin trabajo. Sus componentes, incluido el cimmerio, forman una banda de proscritos —los Compañeros

Libres— que asolan las fronteras de Koth, de Zamora y de Turan. Finalmente se dirigen a las estepas que se encuentran al oeste del mar de Vilayet, donde se unen a una horda de bandoleros conocidos como los kozakos.

Un rápido galope entre los altos juncos, una pesada caída y un grito desesperado. El jinete del agonizante animal se puso en pie, tambaleándose. Era una esbelta muchacha ataviada con una túnica y sandalias. Sus oscuros cabellos le caían en cascada sobre los blancos hombros. Los ojos de la joven parecían los de un animal acorralado. No miró hacia la selva de juncos que rodeaba el pequeño claro, ni hacia las aguas azules que lamían la orilla a sus espaldas. Sus grandes ojos de intensa mirada estaban fijos en el jinete que avanzaba entre las cimbreantes plantas y que, al llegar hasta ella, bajó de su caballo.

Era un hombre alto y delgado, duro como el acero. Estaba cubierto por una fina cota de malla de la cabeza a los pies, que se adaptaba a su cuerpo como el guante a la mano. Sus ojos castaños, que asomaban bajo el casco semiesférico con incrustaciones de oro, miraron a la muchacha con expresión burlona.

—¡Atrás! —exclamó ella aterrada—. ¡No me toques, Shah Amurath, o me tiro al agua y me dejo morir!

Él lanzó una carcajada, que era como el rumor de una espada de acero al salir de una vaina de seda.

—¡No, no te ahogarás, Olivia, hija de la confusión, porque las aguas no son profundas y yo te atraparé antes que te hundas! Me has proporcionado unos divertidos momentos de caza y hemos dejado atrás a mis hombres. Pero no hay ni un solo caballo al oeste del mar de Vilayet que pueda sacar ventaja a mi *Irem* durante mucho rato.

Y al decir esto, el hombre señaló con la cabeza al caballo de finas patas que estaba detrás de él.

—¡Déjame marchar! —suspiró la muchacha, con el rostro cubierto de lágrimas—. ¿No he sufrido ya bastante? ¿Hay acaso alguna humillación, dolor o infamia que no me hayas inferido? ¿Cuánto ha de durar mi tormento?

—Durará mientras encuentre placer en tus lamentos, en tus súplicas y en tus lágrimas —repuso él con una sonrisa que habría

parecido amable a un extraño—. Eres muy atractiva, Olivia. Me pregunto si llegaré a cansarme alguna vez de ti, como me he cansado antes de otras mujeres. Eres vivaz y alegre, a pesar de todo. Cada día que paso a tu lado me proporciona nuevas delicias.

»Pero, vamos, regresemos a Akif —siguió diciendo él—, donde la gente aún festeja al vencedor de los miserables kozakos, en tanto que él, el triunfador, se dedica a perseguir a una pobre fugitiva, a una necia, adorable y estúpida muchacha que quiere escapar.

—¡No! —exclamó la joven, retrocediendo en dirección a las aguas que corrían entre los junquillos.

—¡Sí!

El ramalazo de cólera del hombre fue como la chispa que enciende el pedernal. Con increíble rapidez, la cogió por la muñeca y se la retorció cruelmente, hasta que ella cayó de rodillas, gritando.

—¡Ramera! —dijo él—. Debería llevarte a rastras hasta Akif atada a la cola de mi caballo, pero tendré compasión y te llevaré en mi silla. Por este favor deberás darme las gracias humildemente, y luego…

El hombre soltó a la muchacha y profirió un juramento al tiempo que saltaba hacia atrás y desenvainaba su espada. Una terrible aparición surgió de los juncos y lanzó una exclamación de odio.

Olivia, que miraba la escena desde el suelo, vio a un hombre que parecía un salvaje o un loco avanzando hacia Shah Amurath en actitud amenazadora. Era un individuo de constitución fuerte, cubierto únicamente por un taparrabo manchado de sangre y de barro seco. Su negra melena también tenía abundantes trazas de lodo y de sangre, y lo mismo ocurría con su pecho, brazos y piernas, así como con la espada que empuñaba en la mano derecha, tras la maraña de oscuros cabellos, sus ojos inyectados en sangre brillaban como dos llamas azules.

—¡Perro hirkanio! —dijo, la aparición, con acento bárbaro—. ¡Los demonios de la venganza te han traído hasta aquí!

—¡Un kozako! —exclamó Shah Amurath, retrocediendo—. No sabía que uno de esos perros hubiera escapado. ¡Pensé que estabais todos muertos en la estepa, a orillas del río Ilbars!

—¡Todos menos yo, maldito! —gritó el otro—. ¡Ah, cómo había

soñado con este momento cuando me arrastraba entre las zarzas o estaba tendido bajo las rocas, mientras las hormigas roían mi carne, y me revolcaba en el cieno que me cubría hasta la boca! Lo soñé, pero nunca creí que se convertiría en realidad. ¡Cuánto he anhelado este momento!

Resultaba terrible contemplar el gozo sanguinario del desconocido. Sus mandíbulas chasqueaban espasmódicamente y la espuma cubría sus labios ennegrecidos.

—¡Atrás! —ordenó Shah Amurath, mirando fijamente al otro hombre.

—¡No, Shah Amurath, gran señor de Akif! —repuso el kozako con una voz que parecía el aullido de un lobo salvaje—. ¡Ah, maldito seas, cómo me alegra verte, miserable…, a ti, que has convertido a mis camaradas en pasto de los buitres…, tú, que los hiciste descuartizar entre caballos salvajes…, que los dejaste ciegos y los mutilaste…! ¡Perro infame!

La voz del bárbaro se había convertido en un grito enloquecido cuando atacó.

A pesar del terror que le había provocado aquella salvaje aparición, Olivia temió que el desconocido cayera al primer choque de las espadas. Loco o salvaje, ¿qué podía hacer aquel hombre semidesnudo contra el amo de Akif, protegido por su cota de malla?

Las hojas de las espadas lanzaron destellos, aunque apenas parecían haberse rozado; luego, la cimitarra del kozako chocó con el sable de Shah Amurath y cayó con terrible fuerza sobre su hombro. Olivia no pudo contener una exclamación ante la violencia atroz de aquel golpe. Entre el crujido metálico de la malla hendida, la muchacha oyó claramente el ruido de huesos rotos. El hirkanio retrocedió, pálido como la muerte y con la cota de malla empapada de sangre. El sable se deslizó de sus dedos, incapaces de todo movimiento.

—¡Piedad! —exclamó jadeando.

—¿Piedad? —dijo el desconocido, con la cólera reflejada en su voz—. ¡Sí, la misma piedad que tuviste con nosotros, cerdo!

Olivia cerró los ojos. Aquello ya no era una pelea, sino una carnicería infernal y sangrienta, generada por la furia y el odio en que culminaban los sufrimientos de la batalla, la masacre y la tortura, y los padecimientos de la sed y el hambre. A pesar de que

Olivia sabía que Shah Amurath no merecía ninguna piedad, cerró los ojos y se cubrió los oídos con las manos para no ver la chorreante espada que se hundía una y otra vez como el hacha de un carnicero, hasta que los gritos se convirtieron en un estertor, que finalmente se debilitó hasta cesar por completo.

Entonces abrió los ojos y vio al extranjero en el momento en que este retiraba la espada del ensangrentado remedo de ser humano que había dejado en el suelo. El hombre jadeaba exhausto y lleno de ira. Tenía la frente perlada de sudor y la mano derecha empañada de sangre fresca.

El desconocido no dijo una sola palabra; ni siquiera miró a la muchacha. Ella lo vio avanzar entre los juncos de la orilla, y luego inclinarse y tirar de algo. Entonces apareció una barca que salía de su escondite entre los finos tallos cimbreantes. Olivia supuso que el hombre tenía intenciones de marcharse, por lo que se sintió impelida a actuar.

—¡No, espera! —exclamó con tono plañidero, corriendo hacia él —. ¡No me dejes aquí! ¡Llévame contigo!

El hombre se volvió y la miró fijamente, cambiando de actitud. Sus ojos, aunque inyectados en sangre, parecían los de una persona cuerda. Era como si la sangre que acababa de derramar le hubiera devuelto su condición de ser humano.

—¿Quién eres? —preguntó él.

—Me llamo Olivia. Era prisionera de ese hombre y huí de él. Me perseguía. Por eso llegamos hasta aquí. ¡Oh, te pido que no me abandones! Sus soldados no están lejos. Encontrarán su cadáver, me hallarán cerca y…

La joven se retorció las manos, llena de espanto, y el desconocido la miró desconcertado.

—¿Acaso prefieres venir conmigo? —le preguntó—. Soy un bárbaro y sé, por la forma en que me miras, que me temes.

—Sí, te temo —repuso ella, demasiado aturdida para poder disimular—. Mi carne se estremece por el horror que me produce tu aspecto, pero temo aún más a los hirkanios. ¡Por favor, déjame ir contigo! Me someterán a terribles torturas y vejaciones si me encuentran al lado de su amo muerto.

—Entonces, ven.

Él se hizo a un lado y ella subió rápidamente a la barca,

evitando todo contacto con él. Luego, Olivia se sentó en la proa. El desconocido también subió y después empujó el bote con el remo; cuando hubo dejado atrás los juncos de las orillas, se puso a remar con golpes suaves y regulares que hacían mover rítmicamente todos los músculos de su cuerpo.

La muchacha se acurrucó en la proa mientras el hombre seguía impulsando los remos en completo silencio.

Olivia lo observaba con tímida fascinación. Era evidente que no era hirkanio, y tampoco se parecía a las gentes de raza hiboria. Había en él una fiereza de lobo que indicaba que se trataba de un bárbaro. Sus facciones, por debajo de las manchas de sangre de la batalla y del barro de las ciénagas, reflejaban un carácter indómito y salvaje, pero no denotaban a un ser malvado ni perverso.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó ella—. Shah Amurath te llamó kozako. ¿Pertenecías a esa banda?

—Soy Conan de Cimmeria —dijo él con un gruñido—. Era uno de los kozakos; así nos llaman los perros hirkanios.

Olivia sabía vagamente que la tierra que él había mencionado se encontraba muy lejos, hacia el noroeste, más allá de las fronteras más remotas de los diversos reinos habitados por gentes de la raza de ella.

—Y yo soy una de las hijas del rey de Ofir —dijo la joven—. Mi padre me vendió a un jefe shemita porque no quise casarme con un príncipe de Koth.

El cimmerio lanzó un gruñido de sorpresa y los labios de Olivia se curvaron en una amarga sonrisa.

—Sí —agregó ella—. Los hombres civilizados también venden a sus hijos como esclavos a los salvajes, en ocasiones. Y os llaman bárbaros a vosotros, Conan de Cimmeria.

—Nosotros no vendemos a nuestros hijos —afirmó él con brusquedad.

—Bien, el caso es que me vendieron. El hombre del desierto que me compró no abusó de mí. Pero quería ganarse la buena voluntad de Shah Amurath y yo estaba entre los regalos que llevó a los purpúreos jardines de Akif. Luego…

La joven se estremeció y ocultó el rostro entre sus manos.

—Fui sometida a toda clase de ignominias —siguió diciendo la joven—. El solo hecho de recordarlo es como un latigazo. Viví en el

palacio de Shah Amurath hasta que hace algunas semanas él partió con sus huestes para combatir a una banda de invasores que asolaba las fronteras de Turan. Ayer regresó triunfante y se organizó una gran fiesta en su honor. Mientras todos se divertían y se emborrachaban, aproveché la oportunidad para apoderarme de un caballo y huir de la ciudad. Creí que lo había conseguido, pero él me siguió y hacia el mediodía halló mi rastro. Dejé atrás a sus vasallos, pero no pude huir de él. Entonces llegaste tú.

—Estaba oculto entre los juncos —dijo el cimmerio—. Yo era uno de esos bribones que componían la banda de los Compañeros Libres, que incendiaban y saqueaban las fronteras. Éramos cinco mil, de una veintena de razas y tribus. La mayoría de nosotros habíamos servido como mercenarios a un príncipe rebelde del este de Koth, pero cuando este hizo las paces con su condenado soberano, nos quedamos sin trabajo. Entonces comenzamos a saquear los confines de Koth, de Zamora y de Turan. Hace una semana, Shan Amurath nos tendió una emboscada con quince mil hombres. ¡Por Mitra! El cielo estaba cubierto de buitres negros. Cuando nuestras líneas se deshicieron, después de un día entero de lucha, algunos trataron de huir hacia el norte y otros al oeste. Dudo que se haya salvado alguno. Las estepas estaban cubiertas de jinetes que perseguían a los fugitivos. Yo me dirigí hacia el este y finalmente llegué a los pantanos que rodean esta parte del mar de Vilayet.

»Me he ocultado entre los juncos desde entonces. Hace solo dos días que los jinetes dejaron de batir las marismas en busca de algún fugitivo. Me escondí y me enterré como una serpiente, alimentándome de ratas almizcleras que comía crudas, porque no podía hacer fuego. Por la mañana encontré esta barca oculta entre los juncos. No pensaba ir hacia el mar hasta la noche, pero después de haber matado a Shah Amurath… Me he enterado de que sus esbirros están cerca y por eso me marcho.

—¿Y ahora qué hacemos?

—No hay duda de que nos perseguirán. Aun cuando no lleguen a descubrir las huellas del bote, que traté de disimular lo mejor posible, seguramente sospecharán que nos dirigimos hacia el mar, sobre todo cuando no nos encuentren en las marismas. Pero ya estamos en marcha, y yo seguiré pegado a estos remos hasta que

lleguemos a un escondite seguro.

—¿Dónde lo hallaremos? —preguntó ella con gesto desesperanzado—. Vilayet es un mar interior dominado por los hirkanios.

—Algunas gentes no piensan así —repuso Conan con una sonrisa algo siniestra—. Especialmente los esclavos que han huido de las galeras y se han convertido en piratas.

—¿Cuáles son tus planes?

—Los hirkanios dominan las costas del suroeste a lo largo de cientos de leguas. Falta mucho todavía para llegar hasta sus fronteras en el norte. Pienso seguir en esa dirección hasta que los hayamos dejado atrás. Luego iremos hacia el oeste y trataremos de desembarcar en las orillas rodeadas de estepas deshabitadas.

—¿Y si nos encontramos con los piratas, o nos sorprende una tormenta? —preguntó Olivia—. Además, allí nos moriremos de hambre.

—Yo no te he pedido que vinieras conmigo —le recordó el cimmerio.

—Lo siento —repuso ella, e inclinó su hermosa cabeza morena —. Piratas, tempestades, hambre… Todo eso es menos cruel que la gente de Turan.

—Sí —dijo Conan con el rostro sombrío—. Y todavía no he saldado mi cuenta con ellos. Pero tranquilízate, muchacha. Las tormentas son raras en el mar de Vilayet en esta época del año. Si llegamos a las estepas, no nos moriremos de hambre. Yo me crie en tierras inhóspitas y peladas. Son estos malditos pantanos, con su hedor y sus mosquitos, los que me desconciertan. En la estepa me encuentro como en mi casa. En cuanto a los piratas…

Conan sonrió enigmáticamente y se inclinó con más energía sobre los remos.

El sol se había ocultado como una bola de cobre que cae en un mar de fuego. El azul del mar se fundía con el del cielo y después ambos se convertían en un suave terciopelo oscuro constelado de estrellas. Olivia se apoyó en la roda de la barca que se balanceaba suavemente, en un estado de semisueño casi irreal. Tenía la sensación de estar flotando en el aire, con estrellas por encima y por debajo de ella. Su silencioso compañero se recortaba vagamente contra la suave oscuridad. No había prisa ni pausa en el ritmo de

los remos que él manejaba con tanta destreza. Quizá él era el barquero infernal que la transportaba al otro lado del oscuro lago de la Muerte. Pero la muchacha olvidó sus temores y se sumergió en un sueño apacible, acompañada por el movimiento monótono de los remos.

La luz del alba se reflejó en los ojos de Olivia cuando se despertó, con un hambre espantosa. Se había despertado debido a un cambio brusco en la dirección de la barca. Conan descansaba sobre los remos mirando por encima de ella. La muchacha se dio cuenta de que el cimmerio había estado remando toda la noche y se maravilló ante su resistencia de hierro. La joven se volvió para seguir la mirada de Conan y vio un muro verde de árboles y arbustos que circundaban con una amplia curva una pequeña ensenada, cuyas aguas estaban quietas como la superficie de un cristal azul.

—Esta es una de las muchas islas que existen en este mar interior —dijo Conan—. Se supone que están deshabitadas, y he oído decir que los hirkanios raras veces las visitan. Además, ellos no suelen alejarse de la costa con sus galeras, y nosotros hemos estado navegando muchas horas. Antes de que oscurezca, habremos dejado de ver tierra.

Con unos pocos golpes de remo, Conan el cimmerio llevó el bote hasta la orilla, aseguró el cabo de proa a un árbol y saltó a tierra. Tendió la mano a Olivia, que hizo una mueca de dolor al ver las manchas de sangre que cubrían la piel del cimmerio y se estremeció al sentir la fuerza que emanaba de la mano del bárbaro.

Una quietud de ensueño reinaba en los bosques que circundaban la pequeña ensenada azul. Luego, entre los árboles, se oyó el trino matinal de un pájaro y se escuchó el susurro de las hojas movidas por la brisa. Olivia oyó un ruido, aunque no sabía bien lo que era. ¿Qué podía ocultarse en aquellos bosques de la costa?

Mientras ella observaba tímidamente las sombras que había entre los árboles, algo salió a la luz del sol con un aleteo rápido. Era un enorme papagayo, que se posó sobre la rama de un árbol y se quedó allí balanceándose, como una brillante figura de jade y carmesí. El ave volvió la cabeza de lado y miró a los intrusos con sus relucientes ojos de azabache.

—¡Por Crom! —musitó el cimmerio—. He aquí al abuelo de

todos los papagayos. ¡Debe de tener mil años! Mira la perversa sabiduría que hay en sus ojos. ¿Qué misterios guardas, sabio demonio?

De repente, el pájaro extendió sus alas multicolores y gritó con voz ronca:

—*Yagkoolan yok tha, xuthalla!*

Luego lanzó un chillido que parecía una espantosa risa humana, remontó el vuelo y desapareció entre las sombras opalescentes de los árboles.

Olivia miró en dirección al lugar por el que había desaparecido el papagayo y sintió como si una extraña premonición le tocara la espina dorsal con una mano helada.

—¿Qué dijo? —preguntó en un susurro.

—Juraría que eran palabras humanas —repuso Conan—. Pero en una lengua que ignoro.

—Yo tampoco lo conozco —afirmó la muchacha—. Sin embargo, tiene que haberlas aprendido de labios humanos. Humanos o…

Se quedó mirando hacia el bosque y se estremeció sin saber porqué.

—¡Crom, tengo un hambre espantosa! —exclamó el cimmerio—. Sería capaz de comerme un búfalo entero. Buscaremos frutos. Pero antes voy a lavarme este barro y esta sangre seca. No es nada agradable ocultarse en los pantanos.

Dejó la espada a un lado e, internándose en el agua transparente y azul, hizo sus abluciones. Cuando salió a la orilla, su piel bronceada brillaba bajo los rayos del sol y su negra melena ya no estaba desordenada. Sus ojos azules, aunque ardían con un fuego inextinguible, ya no estaban inyectados en sangre. Pero la felina ligereza de su andar y el aspecto peligroso de su semblante no se habían alterado.

Se volvió a colocar la espada e hizo una señal a Olivia para que lo siguiera. Abandonaron la orilla y se internaron en el bosque pasando bajo las arcadas que formaban las grandes ramas de los árboles. Pisaron una hierba menuda y verde que apagaba el ruido de sus pasos. Entre los troncos de los árboles pudieron divisar un paisaje sobrenatural y fantástico.

Finalmente, Conan lanzó un gruñido de satisfacción a la vista de unos frutos dorados y rojizos que colgaban en racimos de unos

árboles. Indicó a la muchacha que tomara asiento en un tronco caído y fue llenando su falda de exóticos frutos, que se pusieron a comer con manifiesto placer.

—¡Por Ishtar! —exclamó Conan, entre bocado y bocado—. Desde el día de la batalla del río Ilbars he vivido de ratas y de raíces que extraía del maloliente barro. Esto, en cambio, es dulce al paladar, aunque no llena demasiado el estómago. Pero nos servirá de alimento si comemos lo suficiente.

Olivia estaba demasiado ocupada para responder. En cuanto amainó un poco su hambre, Conan comenzó a contemplar a su compañera con mayor interés. Observó los rizos de su negra cabellera, el tono sonrosado de su fina piel y los suaves contornos de su esbelto cuerpo, realzado por la túnica de seda que llevaba.

Saciado su apetito, la muchacha levantó la cabeza. Al encontrarse con aquellos ojos rasgados y ardientes, cambió el color y dejó escapar entre sus dedos el fruto que estaba comiendo.

Conan no hizo ningún comentario, pero indicó con un gesto que debían continuar su exploración. La muchacha se puso en pie y lo siguió por entre los árboles hasta llegar a un claro desde el que se veían unos densos matorrales. Al entrar en el claro, oyeron un ruido de hojas que provenía de los arbustos. Conan saltó a un lado y empujó a la muchacha con él, eludiendo así una cosa que cruzó por el aire y fue a estrellarse estrepitosamente contra el tronco de un árbol.

Conan sacó rápidamente su espada y se internó entre los matorrales. Luego siguió un profundo silencio, durante el cual Olivia se acurrucó en la hierba, desconcertada y horrorizada. Finalmente, el cimmerio regresó al claro con su gesto de extrañeza en el rostro.

—No vi nada en los matorrales —dijo—. Pero ahí hay algo…

Se acercó al árbol y analizó el objeto que casi los había golpeado. Entonces, profirió un gruñido con aire incrédulo, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos. Se trataba de un enorme bloque de piedra verdosa que yacía al pie del árbol, cuya madera se había astillado con el impacto.

—Una extraña piedra, que no suele hallarse en una isla deshabitada —dijo el cimmerio.

Olivia abrió sus enormes y hermosos ojos con expresión de

asombro cuando observó el trozo de mineral. Se trataba de un bloque de piedra de formas simétricas, sin duda tallado por manos humanas. Era extraordinariamente pesado. El cimmerio lo cogió con ambas manos, y luego, apoyando firmemente sus piernas en el suelo y con todos los músculos en tensión, lo levantó por encima de su cabeza y lo arrojó con fuerza. La piedra cayó a unos pasos de donde se encontraban. Conan profirió un juramento.

—No hay ser humano capaz de arrojar esa piedra de un lado a otro de este claro. Eso solo es posible con una máquina de asedio. Sin embargo, aquí no hay catapultas ni armas similares.

—Quizá fue lanzada por una de esas máquinas desde lejos —sugirió Olivia.

Conan movió negativamente la cabeza.

—No cayó oblicuamente desde arriba, sino que fue arrojada desde aquellos matorrales en línea horizontal. ¿No ves esas ramas rotas? Alguien la lanzó como quien tira una piedrecilla. Pero ¿quién habrá sido? ¡Vamos!

La muchacha lo siguió con aire indeciso hasta los matorrales.

Una vez traspuesto el anillo exterior de los arbustos, la vegetación era menos densa. Un absoluto silencio reinaba en aquel lugar. En el húmedo césped no había huellas. Sin embargo, la piedra provenía de aquellos misteriosos matorrales y había sido arrojada con una terrible puntería. Conan se inclinó sobre el césped y vio que la hierba estaba aplastada en algunos lugares. Movió la cabeza con aire disgustado. Ni siquiera sus agudos ojos podían descubrir indicios que permitiesen adivinar quién había pasado por allí. Conan levantó los ojos hacia el verde techo de hojas que cubría sus cabezas y se quedó paralizado.

Luego, espada en mano, comenzó a retroceder, mientras sujetaba a Olivia por un brazo.

—¡Vámonos de aquí, rápido! —dijo con un susurro que le heló la sangre en las venas a la joven.

—¿Qué ocurre? ¿Qué has visto?

—Nada, nada —repuso él con tono evasivo, sin interrumpir su cauta retirada.

—Pero ¿qué había en esos matorrales?

—¡La muerte! —respondió Conan, con la vista aún clavada en la bóveda de color jade que no dejaba ver el cielo.

Una vez que hubieron salido de allí, el cimmerio cogió a la muchacha por una mano y la condujo rápidamente a través de un altozano en el que los árboles eran escasos, hasta que llegaron a una pequeña meseta, donde la hierba era alta y apenas se veían árboles. En el centro de la meseta se alzaba un edificio amplio y ruinoso, construido en piedra verde.

Ambos contemplaron la pétrea estructura llenos de asombro. No había leyendas que refiriesen la existencia de tal edificio en una de las islas del mar de Vilayet. La pareja se acercó con cautela, vieron que el musgo y los líquenes trepaban por las paredes de piedra y que en el techo había numerosos boquetes que dejaban ver el cielo. Por todas partes se veían escombros, algunos ocultos a medias entre las altas hierbas. Daba la impresión de que en tiempos remotos se hubiera alzado allí una ciudad entera. Pero ahora solo quedaba en pie la gran sala, cuyas paredes se mantenían en precario equilibrio entre las enredaderas.

Las puertas que pudo haber en aquellos vanos hacía tiempo que habían desaparecido. Conan y la joven se detuvieron en la amplia entrada y miraron el interior. Los rayos del sol entraban a raudales a través de los agujeros de las paredes y del techo, creando un vivo contraste de luces y sombras. Conan aferró con fuerza su espada y entró en el edificio con la cabeza hundida entre los hombros y el cauto andar de una pantera. Olivia lo siguió sigilosamente.

Una vez dentro, el cimmerio profirió un gruñido de sorpresa y Olivia ahogó un grito:

—¡Oh, mira, mira!

—Sí, ya veo —repuso él—, pero no hay nada que temer. No son más que estatuas.

—Sin embargo, parecen vivas. ¡Y qué expresión maligna tienen! —dijo ella en susurros, acercándose más a Conan.

Se encontraban en una enorme sala, cuyo suelo hecho de piedra pulidas estaba cubierto de polvo y de escombros caídos desde el techo. Las enredaderas que crecían entre las piedras tapaban los numerosos boquetes. El techo, muy alto, plano y sin bóvedas, estaba sostenido por enormes columnas dispuestas en fila a lo largo de las paredes. Entre columna y columna había unas figuras de aspecto extraño.

Eran estatuas aparentemente hechas de hierro, negras y

brillantes, como si alguien las estuviera puliendo continuamente. Eran de tamaño humano y representaban a hombres altos, gráciles y fornidos, con una expresión cruel en un rostro de halcón. Estaban desnudos, y todos los detalles de los músculos, articulaciones y tendones habían sido representados con increíble realismo. Pero la característica más real de las estatuas era su semblante altivo y despiadado. Era evidente que aquellas facciones no estaban hechas con el mismo molde. Cada rostro poseía una característica individual, aunque se adivinaba un parentesco racial entre todos ellos. En esas caras no había la monótona uniformidad del arte decorativo.

—Parecen estar escuchando… ¡y esperando! —murmuró Olivia con inquietud.

Conan golpeó con la empuñadura de su espada una de las estatuas.

—Es de hierro —afirmó—. Pero ¡por Crom!, ¿en qué moldes habrán sido hechas?

El cimmerio movió la cabeza y luego se encogió de hombros, evidentemente desconcertado.

Olivia echó una tímida mirada al silencioso recinto. Sus ojos recorrieron las piedras cubiertas de hiedra, las altas columnas con enredaderas y las oscuras estatuas que tenía ante sí. Sintió deseos de irse de allí cuanto antes, pero las estatuas ejercían una extraña fascinación sobre su compañero. Este las examinó detenidamente y luego trató de levantar una y de arrancarle un brazo o una pierna. Pero el material era más fuerte y resistente que él. No pudo desfigurar ni mover de su sitio ni una sola estatua. Finalmente desistió, lanzando un juramento.

—¿A quiénes habrán querido reproducir? —preguntó Conan en voz alta—. Estas figuras son negras, y sin embargo no representan a gentes de raza negra. Jamás he visto hombres como esos.

—Salgamos a la luz del día —rogó Olivia, mirando con recelo las pensativas figuras que había entre las columnas.

Pasaron del sombrío salón al claro resplandor del sol. La muchacha se sorprendió al ver la posición del astro rey en el cielo. Habían pasado dentro de las ruinas bastante más tiempo del que ella hubiera imaginado.

—Será mejor que regresemos a la barca —sugirió ella—. Tengo

miedo. Es un lugar extraño; parece endemoniado. Tengo la sensación de que nos pueden atacar en cualquier momento.

—Yo, en cambio, creo que nos encontraremos más seguros mientras no estemos bajo los árboles —repuso Conan—. Ven.

La meseta, cuyos bordes descendían hasta las playas cubiertas de vegetación, continuaba ascendiendo hacia el norte hasta llegar a un grupo de acantilados rocosos que constituían el punto más alto de la isla. Conan emprendió la marcha hacia allí seguido de cerca por la muchacha. De cuando en cuando la miraba con una expresión inescrutable en el rostro, y ella sentía su mirada.

Alcanzaron la extremidad septentrional de la meseta, desde donde contemplaron la escarpada pendiente. Los árboles crecían densamente por el borde de la colina, hacia el este y el oeste de los acantilados. Conan la miró con recelo, pero comenzó a subir, ayudando a su compañera. La cuesta no era uniforme, sino que estaba interrumpida por peñascos y cornisas rocosas. El cimmerio, nacido en un país montañoso, podía haber subido corriendo como un felino, pero a Olivia le resultaba difícil avanzar. Una y otra vez, la muchacha se sintió levantada del suelo cuando había un obstáculo que le dificultaba el paso, y su admiración fue en aumento al notar la enorme fortaleza física del hombre que iba a su lado. Ya no encontraba repulsivo el contacto del cimmerio, sino que se sentía protegida por aquellas manos de hierro.

Finalmente llegaron a la cima, donde el viento marino agitó sus cabellos. Desde donde estaban, veían toda la isla como un enorme espejo ovalado rodeado por un anillo de lujuriante verdor, exceptuando la parte donde la pendiente caía más a pico. Ante su vista se extendían las aguas azules y plácidas, que se desvanecían a lo lejos entre brumas.

—El mar está tranquilo —dijo Olivia suspirando—. ¿Por qué no continuamos el viaje en barca?

Conan, erguido como una estatua de bronce sobre la cúspide, señaló hacia el norte. La joven aguzó la vista y vio una mancha blanca que parecía estar suspendida en medio de la densa bruma que se veía a lo lejos.

—¿Qué es eso?

—Una vela.

—¿Serán hirkanios?

—Es difícil saberlo, a tanta distancia.

—¡Van a anclar aquí! ¡Nos buscarán por toda la isla! —exclamó ella, presa del pánico.

—Lo dudo. Vienen del norte, de modo que no pueden estar buscándonos. Quizá se detengan aquí por alguna otra razón, en cuyo caso tendremos que escondernos lo mejor que podamos. Creo que se trata de piratas, o bien de una galera hirkania que regresa de alguna incursión por las costas del norte. En este último caso, no creo que se detenga aquí. Pero no podremos volver al mar hasta que hayan desaparecido de nuestra vista, pues ellos vienen por donde nosotros debemos marcharnos. Seguramente pasarán la noche en la isla, y al amanecer podremos seguir viaje.

—¿Entonces, tendremos que pasar la noche aquí? —preguntó ella con un estremecimiento.

—Es lo más conveniente.

—En ese caso, durmamos aquí, entre las rocas —suplicó la muchacha.

Conan movió negativamente la cabeza mientras observaba los árboles cercanos, que constituían una masa verde con prolongaciones a ambos lados de los riscos.

—Hay demasiados árboles. Dormiremos en las ruinas.

Olivia lanzó un grito de protesta.

—Nadie te hará daño allí —dijo el cimmerio procurando calmarla—. Sea quien fuere el que arrojó la piedra, no nos siguió fuera del bosque. Y nada indicaba que hubiera alguien oculto entre las ruinas. Además, tu piel es delicada y estás acostumbrada a ropas abrigadas y a manjares exquisitos. Yo puedo dormir desnudo sobre la nieve sin sentir demasiada incomodidad, pero si pasaras la noche a la intemperie, estoy seguro de que hasta el rocío te produciría calambres.

Olivia asintió en silencio, y ambos emprendieron el descenso. Después de cruzar la meseta se acercaron una vez más a las sombrías ruinas, a las que el tiempo había dado un aire de misterio. El sol se hundía bajo la meseta. En los árboles cercanos a la pendiente encontraron frutos, que les sirvieron de cena.

La noche caía rápidamente en aquellas latitudes del sur, tachonando el oscuro cielo azul con grandes estrellas blancas. Conan entró en las sombrías ruinas llevando detrás a Olivia, que lo

seguía de mala gana. La muchacha se estremeció al ver aquellas altivas figuras negras que había entre las columnas. En la oscuridad, apenas atenuada por el suave fulgor de las estrellas, la joven casi no podía ver los contornos de las estatuas. Percibía tan solo su actitud de espera, una espera que parecía haberse prolongado a lo largo de muchísimos siglos.

Conan trajo unos montones de ramas tiernas, llenas de hojas, e improvisó una especie de lecho para Olivia, que se tendió encima de él con la extraña sensación de estar durmiendo en la guarida de una serpiente.

El cimmerio no compartía los temores de la muchacha. Se sentó a su lado, con la espalda apoyada en una columna y el sable encima de sus rodillas. Sus ojos brillaban como los de una pantera en la oscuridad.

—Duerme tranquila —dijo él—. Mi sueño es ligero como el de un lobo. Nadie puede entrar en este recinto sin que yo me despierte.

Olivia no contestó. Desde su lecho de hojas observó las figuras inmóviles, que se veían con menos nitidez en la oscuridad. ¡Qué extraño le parecía estar en compañía de un bárbaro y ser cuidada y protegida por un hombre de una raza con la que de pequeña la habían asustado tantas veces! Su acompañante procedía de una raza tosca, sangrienta y feroz. Su calidad de salvaje se evidenciaba en todos sus actos y ardía en sus ojos fogosos. Y sin embargo, él no le había hecho el menor daño, en tanto que su peor opresor había sido un hombre que pertenecía al mundo llamado civilizado. Mientras una deliciosa languidez invadía sus miembros, Olivia se sumergió en un suave sueño y su último pensamiento fue el recuerdo del firme contacto de los dedos de Conan en su carne.

Olivia soñó, y en sus sueños aparecía constante y obsesivamente un ser maligno, parecido a una serpiente negra, que se deslizaba por unos jardines floridos. Sus sueños eran fragmentarios y llenos de color, como exóticas piezas de un diseño inconexo y desconocido, hasta que cristalizaron en una escena de horror y locura contra un fondo de piedras y columnas ciclópeas.

La muchacha vio en sueños un gran salón cuyo techo, muy alto, estaba sostenido por columnas de piedra adosadas en filas regulares a las recias paredes. Entre dichos pilares revoloteaban papagayos de plumaje verde y escarlata. La sala estaba atestada de guerreros de

piel negra y rostro de halcón. Pero no eran hombres de raza negra. Tanto ellos como sus ropas y sus armas le resultaban absolutamente desconocidos.

Se agrupaban en torno a alguien que estaba atado a una de las columnas. Se trataba de un muchacho esbelto, de piel blanca y rizos dorados. La belleza del joven no era en absoluto humana… era como el sueño de un dios cincelado en mármol vivo.

Los guerreros negros se reían y se burlaban de él en una lengua extraña. La figura esbelta y desnuda se retorcía bajo aquellas crueles manos, mientras la sangre resbalaba por sus piernas de marfil y salpicaba el pulido suelo. Los ecos de los gritos de la víctima se oían por toda la sala. Entonces, el joven levantó la cabeza hacia el cielorraso y pronunció un nombre con una voz estremecedora. Una daga que empuñaba una mano de ébano interrumpió su grito y la dorada cabeza cayó sobre el pecho de marfil.

Como respuesta al desesperado lamento, se oyó el retumbar de una especie de carruaje celeste, y delante de los asesinos apareció una figura que daba la impresión de haberse materializado a partir del aire. La forma era humana, pero ningún mortal había gozado jamás de belleza tan sobrehumana. Existía un inconfundible parecido entre él y el joven muerto, pero los rasgos de humanidad que suavizaban las facciones divinas del joven no existían en las del desconocido, que resultaban sobrecogedoras en su inexpresiva belleza.

Los negros retrocedieron ante la aparición con ojos que eran como surcos de fuego. El desconocido levantó la mano y habló, y las ondas de su voz resonaron a través de las silenciosas salas con tonos profundos y cadenciosos. Como si estuvieran en trance, los guerreros negros siguieron retrocediendo hasta quedar alineados a lo largo de las paredes en filas regulares. Entonces, de los labios cincelados del desconocido surgió una terrible invocación, que era una orden:

—*Yagkoolan yok tha, xuthalla!*

Al escuchar aquel grito terrible, las negras figuras se quedaron rígidas, como paralizadas. Sus miembros adquirieron una extraña apariencia pétrea. El desconocido tocó el cuerpo inerte del joven y las cadenas que lo sujetaban cayeron a sus pies. Levantó el cuerpo

en sus brazos y comenzó a alejarse, mientras su serena mirada recorría las silenciosas filas de figuras de ébano. Señaló con la cabeza hacia la luna, que brillaba a través de algunos boquetes del techo. Aquellas estatuas tensas y expectantes, que habían sido hombres, comprendieron…

Olivia se despertó sobre su colchón de hojas con un estremecimiento; un sudor frío le cubría la piel. Su corazón latía tan aceleradamente que casi se podía oír en el silencio reinante. Miró en derredor, y vio que Conan seguía durmiendo con la espalda apoyada en la columna y la cabeza inclinada sobre su voluminoso pecho. El brillo plateado de la luna atravesaba los agujeros del techo y trazaba enormes franjas blancas en el suelo polvoriento. Podía ver borrosamente las negras siluetas, que parecían seguir esperando. Al tiempo que luchaba contra su creciente nerviosismo, rayano en el espanto, Olivia vio que los rayos de la luna iluminaban tenuemente las columnas y las figuras que había entre una y otra.

¿Qué era aquello? La joven observó un estremecimiento en las estatuas sobre las que se reflejaba la luna. Un horror paralizante había hecho presa de ella, pues donde debía reinar la quietud de la muerte había movimiento: lentas flexiones y torsiones de miembros de ébano. Entonces, al quedar roto el hechizo que la mantenía muda e inmóvil, Olivia lanzó un grito desgarrador. Conan saltó casi al instante y se puso en pie, con la espada preparada y los dientes brillantes en la semioscuridad.

—¡Las estatuas! ¡Las estatuas! —exclamó la joven—. ¡Oh, dioses, las estatuas están cobrando vida!

A continuación, la muchacha saltó a través de un amplio boquete que había en la pared y echó a correr frenéticamente, sin dejar de gritar. Finalmente, unos brazos la rodearon y ella luchó desesperadamente contra aquello que la retenía, hasta que una voz familiar atravesó la cortina de horror y vio a Conan cuyo rostro era una máscara perpleja a la luz de la luna.

—En nombre de Crom, muchacha, ¿qué ocurre? ¿Tuviste una pesadilla? —le preguntó él, y su voz resonó extraña y lejana.

Sin dejar de sollozar, Olivia rodeó con sus brazos el cuello del cimmerio y se aferró a él, temblando convulsivamente.

—¿Dónde están? ¿Nos han seguido?

—Nadie nos sigue —repuso Conan.

La joven se incorporó, todavía aferrada a él, y miró temerosa a su alrededor. Su huida desesperada la había llevado hasta el borde sur de la meseta. Justo debajo de ella se hallaba la pendiente cuya parte inferior quedaba oculta por las espesas sombras de los bosques. Detrás de ellos se alzaban las ruinas iluminadas por la luna.

—¿No viste esas estatuas? —le preguntó a Conan—. ¿No viste cómo se movían, cómo levantaban las manos, cómo miraban sus ojos desde las sombras?

—No, no vi nada —respondió el bárbaro con cierta inquietud—. He dormido más profundamente de lo normal, porque hace tiempo que no dormía. Sin embargo, no creo que pudiera entrar nadie en esta sala sin que yo lo oyera y me despertara.

—No entró nadie —dijo Olivia, y tuvo un acceso de risa histérica —. Era algo que ya estaba allí dentro. ¡Oh, Mitra, y pensar que nos acostamos a dormir entre ellos, como corderos junto a una manada de lobos!

—¿De qué estás hablando? —preguntó él—. Me levanté cuando te oí gritar, pero antes que tuviera tiempo de mirar a mi alrededor, te vi desaparecer por el agujero de la pared. Te seguí por temor a que te ocurriera algo, seguro de que habías tenido una pesadilla.

—¡Sí! —exclamó Olivia, sin poder reprimir un escalofrío—. Escucha…

A continuación, la joven le contó todo lo que había soñado y había creído ver. Conan escuchó con atención. El bárbaro no compartía el escepticismo de los hombre civilizados. La mitología de su pueblo estaba llena de espíritus, fantasmas y nigromantes. Cuando ella hubo concluido, Conan se sentó en silencio a su lado y acarició con aire distraído su espada.

—Dime, ¿el joven torturado era semejante al hombre que apareció al final? —preguntó Conan al cabo de un rato.

—Como un padre y un hijo —respondió ella—. Si la mente fuera capaz de concebir al hijo de la unión de un ser divino con un humano, su aspecto sería como el de aquel joven. Los dioses de la antigüedad copulaban a veces con mujeres mortales, según cuentan las leyendas.

—¿Qué dioses? —preguntó el cimmerio.

—Dioses olvidados. ¿Quién sabe? Han desaparecido en las

quietas aguas de los lagos, en el centro de las montañas, en los abismos siderales que hay más allá de las estrellas. Los dioses no son más perdurables que los hombres.

—Pero si esas estatuas eran hombres convertidos en imágenes de hierro por algún dios o demonio, ¿cómo pueden estar vivos?

—Hay magia en la luna —dijo ella, estremeciéndose—. En sueños vi que el hombre señalaba hacia la luna. Mientras esta los ilumine, estarán vivos. Eso creo.

—Pero ya ves que no nos persiguen —murmuró Conan, lanzando una mirada hacia las sombrías ruinas—. Tal vez soñaste que se habían movido. Creo que voy a volver para comprobarlo.

—¡No, no! —exclamó Olivia, aferrándose a él con desesperación —. Quizá algún hechizo los retiene en aquella sala. ¡No vuelvas! ¡Te torturarán despiadadamente! ¡Oh, Conan, vamos a la barca y huyamos de esta isla maldita! ¡Seguramente, el barco hirkanio ya se habrá marchado! ¡Vámonos!

Su súplica era tan desesperada, que Conan estaba impresionado. Su curiosidad en relación con las estatuas se veía frenada por su espíritu supersticioso. No temía a enemigos de carne y hueso, por poderosos que fueran, pero cualquier alusión a lo sobrenatural despertaba en él el monstruoso terror atávico de los bárbaros.

Finalmente, Conan tomó a la muchacha de la mano y ambos descendieron colina abajo y se internaron entre los frondosos bosques, donde las hojas susurraban y desconocidas aves nocturnas murmuraban somnolientas. Debajo de los árboles se arracimaban las sombras, y Conan avanzó procurando eludir las manchas más oscuras. Sus ojos escrutaban todos los rincones, incluyendo las ramas que había encima de sus cabezas. Avanzaba rápida pero cautelosamente, y su brazo ceñía con tal fuerza la cintura de la muchacha que esta se sentía transportada más que guiada. Ninguno de los dos habló. El único sonido que se oía era el rápido y nervioso jadeo de Olivia, así como el roce de sus pequeños pies sobre la hierba. Así llegaron hasta la orilla del mar, que brillaba como plata fundida a la luz de la luna.

—Deberíamos haber traído algunos frutos con nosotros —musitó Conan—. Pero seguramente hallaremos otras islas. Aún faltan algunas horas para que amanezca y…

La voz murió en sus labios. La soga de la barca todavía estaba

atada a la rama, pero en el otro extremo solo había restos de maderos destrozados y sumergidos a medias en el agua.

Olivia profirió un grito ahogado. El cimmerio se volvió con rapidez y quedó frente a las densas sombras, agazapado como una amenaza. En el bosque reinaba una quietud total. Las aves nocturnas habían dejado de cantar y ni siquiera la brisa agitaba las ramas. Sin embargo, desde algún lugar se oyó un roce de hojas.

Rápido como un felino, Conan tomó a Olivia en brazos y echó a correr. Avanzó como un fantasma entre las sombras, mientras a sus espaldas se seguía oyendo el extraño rumor de hojas, que se iba acercando implacablemente. De repente la luna iluminó sus rostros, mientras Conan remontaba la pendiente con gran rapidez.

Una vez en la parte superior del promontorio, el cimmerio depositó a Olivia en el suelo y se volvió a mirar el abismo de sombras que habían dejado atrás. Las ramas se seguían moviendo a causa de la brisa que se había levantando súbitamente. Eso era todo. Conan sacudió la cabeza y lanzó un gruñido furioso. Olivia se acercó a él como una niña asustada y lo miró con ojos que parecían un oscuro pozo de horror.

—¿Qué vamos a hacer, Conan? —susurró.

El bárbaro observó las ruinas y echó otra mirada a los bosques que había más abajo.

—Iremos a los acantilados —declaró, al tiempo que volvía a tomarla en brazos—. Mañana construiré una balsa y volveremos a confiar nuestra suerte al mar.

—¿No habrán sido… *ellos* quienes destruyeron nuestra barca? —preguntó Olivia con un tono que era casi una afirmación.

Conan movió negativamente la cabeza, con aire taciturno.

Cada paso que daban por la meseta iluminada por la luna en dirección a las ruinas era un nuevo motivo de terror para Olivia. Pero no salió ninguna sombra de las ruinas, y finalmente llegaron al pie de los riscos que se alzaban majestuosos por encima de ellos. Allí, Conan se detuvo como si dudase, y luego eligió un lugar resguardado, debajo de un peñasco y lejos de los árboles.

—Acuéstate y duerme si puedes, Olivia —dijo él—. Yo vigilaré.

Pero Olivia no logró conciliar el sueño y se quedó mirando en dirección al bosque y a las ruinas distantes hasta que palidecieron las estrellas, clareó el oriente y el alba de color rosa y oro derramó

su fuego sobre las hierbas del bosques.

La muchacha se puso rápidamente en pie y recordó todos los acontecimientos de la víspera. A la luz del día sus terrores nocturnos le parecieron invenciones de una imaginación sobreexcitada. Conan se acercó a ella y le dijo algo que la electrizó.

—Poco antes del alba oí un ruido de aparejos y un chasquido de remos. Un barco ha fondeado en la caleta, no lejos de aquí. Probablemente sea el que vimos ayer. Iremos a los acantilados para ver lo que ocurre.

Subieron por los riscos y, tendidos boca abajo entre las rocas, vieron un mástil que sobresalía por encima de los árboles.

—Es una nave hirkania, por el aspecto de su aparejo —murmuró el cimmerio—. Me pregunto si la tripulación…

Llegó hasta ellos un rumor de voces lejanas, y por el extremo sur del acantilado vieron aparecer una abigarrada horda que, tras avanzar algunos pasos, se detuvo al borde de la colina para entrar en conciliábulo. Agitaban los brazos, esgrimían sus espadas y discutían en voz alta. Finalmente, todo el grupo se encaminó hacia las ruinas cruzando la meseta oblicuamente, de modo que debían pasar por el pie del acantilado.

—¡Piratas! —murmuró Conan, y una maliciosa sonrisa afloró a sus labios—. Parece que han capturado una galera hirkania. Ven, escóndete entre esas rocas y no salgas de ahí hasta que yo te diga.

Una vez que la muchacha quedó bien oculta entre los peñascos que había en la cima del acantilado, el cimmerio agregó:

—Voy a enfrentarme con esos perros. Si mi plan sale bien, todo se arreglará y nos iremos con ellos. De lo contrario… será mejor que sigas oculta entre las rocas hasta que se hayan marchado, pues no hay demonios más crueles en toda la isla que esos lobos de mar.

Y desprendiéndose de los brazos de la muchacha, que procuraba en vano retenerlo, el cimmerio descendió rápidamente por el acantilado.

Olivia miró espantada desde su escondrijo y vio que la banda se acercaba al pie del promontorio. Conan saltó entre las rocas y se enfrentó con los piratas, espada en mano. Estos retrocedieron profiriendo gritos de amenaza y sorpresa. Luego se mantuvieron a una prudente distancia y observaron a aquel personaje que había aparecido tan de improviso entre las rocas. Eran unos setenta

hombres, una horda salvaje compuesta por individuos de todas las nacionalidades: Kothios, zamorios, brithunios, corinthios y shemitas. Sus rostros reflejaban su condición de salvajes. Muchos de ellos tenían cicatrices de espadas, de látigos o de hierros candentes. Había también orejas cortadas, narices cercenadas, cuencas sin ojos y muñones en brazos y piernas; eran las huellas de múltiples batallas. La mayor parte de ellos estaban semidesnudos, pero lo poco que llevaban puesto era de excelente calidad: Jubones con bordados de oro, cintos de raso y pantalones de seda. Todo estaba rasgado y sucio de sangre y de lodo, y en algunos casos las prendas cubrían una coraza plateada finamente trabajada. Las gemas relucían en sus orejas y narices, así como en las empuñaduras de sus dagas.

La recia y bronceada figura del cimmerio contrastaba con esa extraña turba.

—¿Quién eres? —rugieron algunos integrantes de la horda.

—¡Soy Conan el cimmerio! —dijo el bárbaro, con una voz profunda y desafiante como la de un león—. Soy uno de los Compañeros Libres y quiero unirme a la Hermandad Escarlata. ¿Quién es vuestro jefe?

—¡Yo, por Ishtar! —bramó una voz de toro.

La voz era tan imponente como la figura que se adelantó tambaleante. Se trataba de un gigante desnudo hasta la cintura, cuyo enorme vientre ceñía un amplio cinto que sujetaba unos holgados pantalones de seda. Tenía la cabeza afeitada, con excepción de un mechón, y los bigotes le caían a ambos lados de la boca. Calzaba babuchas shemitas de color verde con la punta retorcida hacia arriba y empuñaba una larga espada de hoja recta.

Conan lo miró y sus ojos centellearon.

—¡Sergius de Khrosha! —exclamó.

—¡Si, por Ishtar! —repuso el gigante, con una intensa expresión de odio en sus negros ojos—. ¿Creíste que me había olvidado? ¡No! ¡Sergius jamás olvida a un enemigo! ¡Voy a colgarte de los pies y a desollarte vivo! ¡A él, muchachos!

—Sí, puedes enviar a tus perros contra mí, gordinflón —dijo Conan con desprecio—. Siempre has sido un cobarde, cerdo kothio.

—¿Cobarde yo? —bramó el aludido, y su ancho rostro enrojeció de ira—. ¡En guardia, perro del norte! ¡Voy a atravesarte el

corazón!

Un segundo después, los piratas formaban un círculo en torno a ambos contrincantes. Sus ojos brillaban y el aliento resollaba entre sus dientes, ante la excitación que les causaba la posibilidad de ver un espectáculo sangriento. Olivia observaba desde lo alto de los riscos, y se clavó con fuerza las uñas en las palmas de las manos a causa de la dolorosa emoción.

Los dos enemigos iniciaron la lucha sin más formalidades. Sergius avanzó con la rapidez de un gigantesco felino, a pesar de su voluminoso cuerpo. Sin dejar de lanzar maldiciones, paraba golpes y atacaba. Conan luchaba en silencio, y sus ojos eran estrechas rendijas de fuego azul.

El kothio dejó de proferir juramentos para ahorrar el aliento. Los únicos sonidos que se percibían eran el rápido roce de los pies sobre la hierba, el jadeo del pirata y los ecos del acero. Las espadas centelleaban con una luz acerada bajo el sol de la mañana, trazando círculos y líneas quebradas en el aire. Parecían repelerse mutuamente, para volver a encontrarse con redoblada violencia. Sergius retrocedía. Tan solo su enorme destreza lo había salvado de caer en los primeros momentos ante la cegadora rapidez del cimmerio. De repente, se oyó un choque metálico más fuerte, luego un juramento ahogado. De la horda de piratas surgió un grito feroz que cortó el aire al hundir Conan su espada en el voluminoso cuerpo del capitán. Se entrevió la punta metálica como una blanca llama entre los hombres de Sergius. El cimmerio retiró el acero en el momento en que el pesado cuerpo caía de bruces al suelo, en medio de un charco de sangre, mientras sus anchas manos se retorcían unos instantes.

Conan se volvió rápidamente hacia los atónitos piratas y dijo con un rugido:

—¡Bueno, perros! ¡Ya he enviado a vuestro jefe al infierno! ¿Qué dice la ley de la Hermandad Escarlata?

Antes que nadie pudiera responderle, un brithunio con cara de ratón que se hallaba detrás de sus compañeros hizo girar rápidamente una honda y arrojó una piedra, que avanzó como un dardo hasta su blanco. Conan se tambaleó y cayó abatido como un enorme árbol bajo el hacha del leñador. Arriba, en la cima del acantilado, Olivia tuvo que sujetarse a una piedra para no caer. La

escena giró vertiginosamente ante sus ojos. Lo único que pudo ver fue que el cimmerio yacía tendido sobre la hierba, mientras la sangre manaba de su cabeza.

El individuo con cara de ratón profirió un grito triunfal y corrió a apuñalar al caído, pero un enjuto corinthio lo detuvo y lo empujó hacia atrás.

—¿Qué, vas a romper la ley de la Hermandad, Aratus?

—No quebranto ninguna ley —dijo el brithunio con un gruñido.

—¿Que no, perro? ¡Este hombre que acabas de abatir es por justo derecho nuestro capitán!

—¡No, de ninguna manera! —exclamó Aratus—. No pertenecía a nuestra banda, sino que era un intruso. No había sido admitido en la Hermandad. El hecho de haber matado a Sergius no lo convierte en nuestro capitán, como habría ocurrido, en cambio, si lo hubiera matado cualquiera de nosotros.

—Pero él quería unirse a nuestra banda —repuso el corinthio—. Todos lo oímos.

Entonces se oyó el clamor de una fuerte discusión; algunos se mostraron partidarios de Aratus y otros del corinthio, al que llamaban Ivanos. Se profirieron juramentos y amenazas, y las manos aferraron las empuñaduras de las espadas. Finalmente, un shemita dijo en voz alta:

—¿Por qué discutir, si ese hombre está muerto?

—No, no está muerto —repuso el corinthio, tras examinar rápidamente a Conan—. Solo está aturdido por el golpe.

Con ello se reanudaron las discusiones y Aratus trató de rematar al herido, lo que impidió Ivanos con actitud amenazadora y la espada desenvainada. Olivia tuvo la sensación de que el corinthio apoyaba a Conan no tanto por defenderlo, sino por oponerse a Aratus. Seguramente, ambos hombres habían sido lugartenientes de Sergius y no se profesaban ninguna simpatía. Tras muchas discusiones, decidieron atar a Conan y llevárselo con ellos, para decidir más tarde sobre su suerte.

El cimmerio, que comenzaba a recuperar el sentido, fue atado con unas gruesas sogas de cuero y, entre quejas y maldiciones, cuatro fornidos piratas lo levantaron y se lo llevaron consigo a través de la meseta. El cuerpo de Sergius quedó tendido en el suelo, en el mismo lugar en el que había caído.

En lo alto del acantilado, Olivia estaba aturdida y desconsolada por su desastrosa situación. Sin saber qué hacer, optó por permanecer oculta, mientras contemplaba con ojos aterrados como la horda brutal se llevaba a su protector.

La muchacha no supo cuánto tiempo estuvo allí hasta que vio, al otro lado de la meseta, que los piratas llegaban hasta las ruinas y entraban en el edificio arrastrando a su prisionero. Luego advirtió que los integrantes de la banda entraban y salían por puertas y orificios, se encaramaban por las paredes semiderruidas y se apoyaban en los escombros. Al cabo de un rato, una veintena de ellos regresaron por la meseta, recogieron el cadáver de Sergius y se lo llevaron, posiblemente para arrojarlo al mar. Cerca de las ruinas, los demás piratas se dedicaban a cortar árboles y partían leña como para hacer fuego. Olivia oyó sus voces y sus gritos, ininteligibles a causa de la distancia. Finalmente volvieron los que habían recogido el cadáver de Sergius, cargados con barricas de bebida y sacos de comida. Avanzaron hacia las ruinas profiriendo maldiciones a causa del peso que llevaban.

Olivia observaba todo esto de un modo casi maquinal, pues su abrumado cerebro estaba a punto de estallar a causa de la intensidad de las emociones sufridas. Ahora que estaba sola frente a tantos peligros, se daba cuenta de lo mucho que había significado para ella la protección del cimmerio. Así eran las bromas del destino, capaz de hacer que la hija de un rey dependiese por completo de un bárbaro con las manos cubiertas de sangre. La joven sintió repugnancia hacia los de su clase. Tanto su padre como Shah Amurath eran hombres a los que se consideraba civilizados, pero con ellos solo había experimentado sufrimientos. Jamás había conocido a un hombre civilizado que la tratase con delicadeza, a menos que tuviera una razón oculta y egoísta para hacerlo. Conan, en cambio, la había ayudado y protegido sin pedirle nada a cambio, por el momento. La muchacha apoyó la cabeza en sus brazos y se puso a llorar amargamente, hasta que unos gritos distantes le recordaron la peligrosa situación en la que se encontraba.

Lanzó una mirada hacia las oscuras ruinas donde se movían los piratas como figuras diminutas a causa de la distancia. Algunos de ellos se dirigieron hacia la densa vegetación. Aunque el terror que había sentido en las ruinas la noche anterior pudiera ser producto

de su imaginación, la amenaza que se cernía sobre ella desde la espesura del bosque era algo muy real. Si mataban a Conan o se lo llevaban los piratas consigo, el único recurso que le quedaba era entregarse a esos lobos de mar o quedarse sola en aquella isla embrujada.

El horror de su triste suerte la dominó hasta tal extremo que la joven se desmayó.

El sol estaba ya en el ocaso cuando Olivia recobró el sentido. Una suave brisa llevaba hasta sus oídos gritos lejanos y el sonido de canciones obscenas. La muchacha levantó la cabeza cautelosamente y miró a través de la meseta. Vio a los piratas reunidos en torno a la hoguera, en el exterior de las ruinas, y su corazón latió aceleradamente cuando advirtió que un grupo de corsarios salía del interior del edificio en ruinas arrastrando a alguien que resultó ser Conan. Lo colocaron contra una pared, aún firmemente atado, y luego tuvo lugar una larga discusión, durante la cual blandieron armas. Después lo volvieron a llevar al interior del templo y continuaron bebiendo copiosamente. Olivia suspiró; al menos, Conan seguía vivo. Entonces tomó una determinación. Al caer la tarde se arrastraría hasta aquellas lúgubres ruinas e intentaría liberar al cimmerio. Si fracasaba, caería en manos de aquella turba de desalmados. La muchacha era consciente de que al liberar a Conan no lo hacía solo por motivos egoístas.

Tranquilizada por esta idea, se arrastró por las cercanías del lugar en el que se encontraba, en busca de algunos frutos que crecían en los alrededores. No había comido nada desde el día anterior. Mientras estaba ocupada en aquella tarea, tuvo la extraña sensación de que alguien la observaba. Llena de temor, ascendió por la parte norte del acantilado y miró nerviosamente hacia abajo, en dirección a los cimbreantes matorrales, que se llenaron de sombras después de la puesta del sol. Olivia no vio nada sospechoso.

Desde el lugar en el que se encontraba era imposible que alguien la pudiera ver. Sin embargo, sintió la mirada de unos ojos ocultos y tuvo la certeza de que un ser animado y sensible era consciente de su presencia.

La muchacha regresó a su escondite y se echó de bruces entre las rocas, observando las ruinas distantes hasta que cayó la noche. Luego, la luz de las llamas vacilantes le indicó el lugar en el que se

encontraban las negras figuras de los piratas que correteaban tambaleándose a causa del vino.

Entonces, Olivia se puso en pie. Era hora de llevar a cabo un plan. Primero volvió al extremo norte de los riscos y miró hacia abajo, en dirección a los bosques que bordeaban la playa. Aguzó la vista todo lo que pudo y a la tenue luz de las estrellas vio algo que la dejó paralizada; sintió como si una mano helada le tocara el corazón.

Allí abajo algo se movía. Se trataba de una sombra negra que destacaba de las demás y se desplazaba lentamente ascendiendo por la abrupta ladera del acantilado. Era una vaga masa informe que se movía en la penumbra. El pánico le atenazaba la garganta; Olivia dominó un grito instintivo llevándose una mano a la boca. Luego se dio la vuelta y descendió rápidamente por la ladera sur.

Aquella huida por la sombría pendiente fue como una pesadilla. Tropezaba y resbalaba en su intento de aferrarse a las melladas rocas con sus heladas manos. Las piedras desgarraron la fina piel de sus brazos y piernas. Olivia echó de menos al bárbaro de músculos de acero que el día anterior la había llevado en brazos. Pero este era solo uno de tantos pensamientos que asaltaron como un torbellino la mente de la desvalida joven.

Olivia tuvo la sensación de que el descenso era interminable, pero finalmente sus pies pisaron la hierba de la colina. Entonces echó a correr con loco frenesí hacia las hogueras que ardían como el rojo corazón de la noche. Tras de sí oyó el ruido de una cascada de piedras que caían por la ladera de la colina, y ese sonido prestó alas a sus pies. Procuró no pensar en quién podía haber provocado la caída de esas piedras.

El esfuerzo físico que tuvo que realizar disipó en parte el ciego terror que la dominaba y, antes de llegar a las ruinas, su mente estaba clara y sus facultades alerta, a pesar de que le temblaban las piernas a causa de la carrera.

Después se echó de bruces y reptó sobre la hierba, hasta que pudo observar a sus enemigos escondida tras unos árboles que se habían salvado del hacha de los piratas. Estos ya habían cenado, pero seguían llenando sus jarras y copas doradas en los barriles de vino. Algunos roncaban ya sonoramente sobre la hierba, en tanto que otros se dirigían tambaleándose hacia las ruinas. La joven no

vio señal alguna del cimmerio. Permaneció allí acostada, mientras el rocío comenzaba a impregnar las hojas que había a su alrededor. Los pocos hombres que había junto a la hoguera jugaban, maldecían y discutían. Los demás estaban durmiendo en el interior de las ruinas.

Sin saber qué hacer, Olivia siguió donde estaba, mientras aumentaba su angustia por la incertidumbre de la espera. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar en lo que había visto al subir por la ladera norte y en quién podía estar observándola y acercándose a ella por detrás. El tiempo pasó con una extraordinaria lentitud. Uno a uno, los piratas que aún estaban despiertos fueron cayendo en el sopor de la ebriedad, hasta quedar todos dormidos junto al fuego moribundo.

Olivia vaciló. Luego se decidió a actuar al ver un tenue resplandor que se alzaba entre los árboles. ¡La luna estaba saliendo!

Se puso en pie de un salto y corrió hacia las ruinas. Con el corazón encogido, avanzó de puntillas entre los piratas borrachos que dormían ante el portal del edificio semiderruido. Dentro había muchos más piratas que se movían y hablaban en medio de sus agitados sueños de alcohol, pero ninguno se despertó cuando la muchacha se deslizó, entre ellos. Un mudo sollozo de alegría surgió de sus labios cuando vio a Conan. El cimmerio estaba despierto, atado a una columna; sus ojos azules brillaron, reflejando el tenue resplandor de la hoguera que había en el exterior.

Avanzó entre los durmientes y se acercó a Conan, que la había visto en cuanto apareció en el portal. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

Olivia se acercó y se abrazó a él. El cimmerio notó el acelerado latir del corazón de la joven contra su pecho. A través de una enorme grieta que había en la pared entró un rayó de luz lunar; el aire estaba cargado de una tensión sutil. El cimmerio lo advirtió y su cuerpo se puso rígido. Lo mismo le ocurrió a la joven, que lanzó un suspiro. Los piratas seguían roncando sonoramente. Olivia se inclinó y extrajo una daga del cinto de uno de ellos, y procedió a cortar las fuertes ligaduras que retenían al cimmerio. Eran cabos de aparejos, gruesos y resistentes, y estaban atados con la destreza de los marineros. La muchacha trabajó con desesperación, mientras la luz de la luna se acercaba lentamente por el suelo de la sala en

dirección a las negras figuras que había entre las columnas.

Olivia jadeaba. Las muñecas de Conan habían quedado libres, pero sus codos y piernas seguían firmemente atados. La joven echó una mirada fugaz a las estatuas, que parecían esperar y esperar. Tuvo la impresión de que la estaban mirando con la impaciencia atroz de un ser vivo. Los borrachos que yacían a sus pies comenzaron a moverse y a refunfuñar en sueños. La luz de la luna se acercaba a los negros pies de las estatuas. En ese momento se rompieron las cuerdas que retenían los brazos de Conan, que cogió la daga de las manos de Olivia y de un solo tajo cortó la cuerda que le inmovilizaba las piernas. Se apartó de la columna flexionando los brazos, entumecidos después de tantas horas de estar atado. La joven se acurrucó contra él, temblando como una hoja. ¿Sería una ilusión creada por la luz de la luna la que llenaba de fuego los ojos de las negras estatuas y los hacía brillar con un resplandor rojizo en la penumbra?

Conan se movió con la rapidez de un felino. Levantó su espada del suelo y, cogiendo a Olivia en brazos, se deslizó a través de una abertura del muro cubierto de hiedra.

No dijeron una sola palabra. Con la joven en brazos, Conan avanzó rápidamente sobre la hierba bañada por la luz de la luna. Olivia rodeó con sus brazos el enorme cuello del cimmerio, cerró los ojos y apoyó su cabeza en el hombro de su acompañante. La invadía una deliciosa sensación de seguridad.

A pesar de la carga que llevaba, el cimmerio cruzó la meseta en pocos segundos y, al abrir los ojos, Olivia pudo comprobar que estaban pasando bajo la sombra del acantilado.

—Había alguien subiendo por los riscos —susurró ella—. Lo oí detrás cuando yo estaba bajando.

—Tendremos que arriesgarnos —dijo él.

—No tengo miedo… ahora —repuso Olivia suspirando.

—Tampoco tuviste miedo cuando fuiste a liberarme. ¡Por Crom, qué día! No sé cómo he salvado el pellejo. Aratus quería matarme, e Ivanos se negó, tal vez para contrariar a Aratus, al que odia. Estuvieron discutiendo, peleando y escupiéndose el uno al otro, pero sus compinches estaban demasiado borrachos para tomar partido.

Conan se detuvo súbitamente, como una estatua de bronce bajo

la luz de la luna. Con rápido ademán, echó a un lado a la muchacha, que se puso detrás de él. Olivia no pudo evitar un grito de espanto ante lo que vio.

De las sombras de los riscos surgió una masa monstruosa, un horror con forma vagamente humana, una grotesca parodia de hombre.

Su aspecto recordaba a un ser humano, pero su rostro era bestial, con orejas pegadas, nariz ancha y brillante y unos enormes labios fláccidos que dejaban ver unos afilados colmillos. Estaba cubierto de un enmarañado cabello plateado que brillaba a la luz de la luna. Sus grandes manos, como garras deformes, casi tocaban el suelo. El volumen de su cuerpo era enorme; aun cuando estaba encorvado y sus cortas piernas se arqueaban, su cabeza cónica se alzaba muy por encima de la del cimmerio. La amplitud de su peludo torso y de sus enormes espaldas quitaba el aliento. Los brazos eran como grandes árboles nudosos.

La escena iluminada por la luna daba vueltas ante los ojos de Olivia. Así pues, allí terminaba su viaje.

¿Qué ser humano sería capaz de resistir el ataque de aquella peluda montaña de músculos y de violencia? Sin embargo, mientras observaba con ojos desorbitados por el horror el cuerpo de bronce que se enfrentaba al monstruo, advirtió una pavorosa similitud entre ambos antagonistas. Tuvo la sensación de que aquel enfrentamiento no era tanto la lucha entre un hombre y una bestia como el conflicto entre dos seres salvajes, igualmente implacables y feroces.

El monstruo atacó, enseñando sus blancos colmillos. Sus poderosos brazos se abrieron en el momento en que embestía con una pasmosa rapidez, a pesar de su tamaño y de sus piernas torcidas.

La respuesta de Conan fue un destello de velocidad que Olivia apenas pudo seguir con la mirada. La joven solo vio que el cimmerio eludía aquel abrazo mortal y que su espada, fulgurando como un relámpago, caía sobre uno de los enormes brazos del ser antropomórfico y lo seccionaba limpiamente algo más arriba del codo. Una cascada de sangre mojó la hierba al caer el miembro cercenado, que aún se retorció horriblemente unos instantes en el suelo. Pero en ese mismo momento la otra mano deforme del

monstruo asió a Conan por su oscura melena.

Los férreos músculos del cuello del cimmerio lo salvaron de morir desnucado al instante. Extendió su mano izquierda hacia la garganta de la fiera, en tanto que su rodilla se apoyaba firmemente en el peludo vientre del monstruo. Entonces comenzó un terrible forcejeo que duró solo unos segundos, pero que a la paralizada joven le parecieron eternos.

El monstruoso simio seguía aferrando a Conan por la cabellera y poco a poco lo atraía hacia sus colmillos, que brillaban a la luz de la luna. El cimmerio resistió el ataque manteniendo rígido el brazo izquierdo, mientras que con el derecho hundía su espada una y otra vez en las ingles, en el pecho y en el vientre de su enemigo. La bestia recibió el castigo con un silencio aterrador. La pérdida de sangre, que fluía a borbotones de sus tremendas heridas, no parecía debilitarla. La terrible fuerza del antropoide no tardó en superar la oposición que ejercían el brazo izquierdo y la rodilla de Conan. Inexorablemente, el brazo del cimmerio se iba flexionando y Conan quedaba cada vez más cerca de las horrendas fauces del monstruo, que se abrían desmesuradamente para cobrarse la vida del enemigo. Ahora, los ojos centelleantes del bárbaro miraban fijamente los ojos inyectados en sangre del enorme simio, y Conan seguía hundiendo su espada en el cuerpo peludo. De repente las mandíbulas llenas de espuma del monstruo chasquearon espasmódicamente y se cerraron a muy poca distancia del rostro del cimmerio. Este se vio arrojado con fuerza sobre la hierba, impulsado por las convulsiones del monstruo agonizante.

Olivia, medio desmayada, vio que el mono se retorcía en el suelo, en medio de estertores, mientras apretaba con gesto humano la empuñadura de la espada que sobresalía de su cuerpo. Al cabo de un rato, la gran mole se estremeció y quedó inmóvil.

Conan se puso en pie tambaleándose. El cimmerio respiraba entrecortadamente y avanzó con dificultad, como un hombre cuyas articulaciones y músculos han sido sometidos a un esfuerzo que está casi en el límite de la resistencia humana. Se tocó el sangrante cuero cabelludo y profirió un juramento al ver en la peluda mano del monstruo grandes mechones de su negra cabellera.

—¡Por Crom! —dijo jadeando—. ¡Me siento como si me hubiesen molido a palos! Hubiera preferido luchar contra una

docena de hombres. Un segundo más, y mi cabeza se habría quedado entre sus dientes. ¡Maldito sea, me ha arrancado de raíz un puñado de cabello!

Empuñando la espada con ambas manos, Conan le fue cortando los dedos al monstruo hasta conseguir liberar aquellos mechones de su cabello. Olivia, a su lado, contemplaba con ojos desorbitados el cuerpo de la bestia.

—¿Qué…, qué es…? —preguntó la muchacha con un susurro.

—Es un hombre-mono gris —repuso el cimmerio—. Un animal que come seres humanos y habita en las costas orientales de este mar. Tal vez llegó hasta aquí cogido a algún tronco arrastrado por la corriente.

—¿Habrá sido él quien tiró la piedra? —inquirió Olivia.

—Sí. Ya lo había sospechado cuando nos encontrábamos en el bosque y vi que las ramas se movían sobre nuestras cabezas. Estos seres siempre se ocultan en los bosques más impenetrables y rara vez salen de ellos. No comprendo qué pudo hacerlo salir de su refugio, pero en todo caso para nosotros ha sido una suerte, pues entre los árboles yo no hubiera tenido la menor posibilidad de vencerlo.

—Me siguió hasta aquí —dijo la muchacha temblando—. Lo vi trepar por los riscos.

—Y siguiendo sus instintos, se ocultó en las sombras, en lugar de seguirte a través de la meseta. Estas criaturas de las tinieblas viven en lugares silenciosos y odian la luz del sol y de la luna.

—¿Crees que habrá otros por aquí?

—No creo. De lo contrario, los piratas hubieran sido atacados cuando atravesaron el bosque. El mono gris es muy cauteloso, a pesar de su fuerza colosal, como lo demuestra el hecho de que no se haya decidido a atacarnos en el bosque. Debe de haberse sentido terriblemente atraído por ti, para seguirte hasta un lugar abierto. Pero…

Conan sintió un sobresalto y giró en redondo para mirar hacia el lugar por el que habían venido. Un grito espantoso cortó el aire de la noche. Provenía de las ruinas.

Luego siguieron una serie de chillidos, gritos y lamentos de agonía. Aunque se oía el choque del acero, los sonidos parecían provenir de una masacre, más que de una batalla.

Conan se quedó helado, con la muchacha abrazada a él, presa del pánico. El clamor ascendió en un *crescendo* de locura y entonces el cimmerio se dio media vuelta y se acercó rápidamente al borde de la meseta, dibujado por los árboles iluminados por la luna. A Olivia le temblaban tanto las piernas que era incapaz de caminar, por lo que Conan tuvo que llevarla en brazos. El frenético latido de su corazón se calmó cuando se acurrucó en sus brazos acogedores.

Luego cruzaron el tenebroso bosque, pero las sombras oscuras parecían ahora menos temibles. Los rayos plateados de la luna que se filtraban entre las ramas no ocultaban ninguna amenaza. Las aves nocturnas murmuraban somnolientas. Los gritos de la matanza se atenuaron, hasta convertirse en una confusa mezcla de sonidos. En algún lugar un papagayo gritó, como un eco misterioso:

—*Yagkoolan yok tha, xuthalla!*

Poco después llegaron a la playa y vieron la galera anclada y con la vela desplegada. Las estrellas comenzaban a palidecer ante la llegada del día.

Bajo la pálida luz del alba, un puñado de figuras harapientas y ensangrentadas avanzaron tambaleándose entre los árboles hasta llegar a la estrecha playa. Era tan solo cuarenta y cuatro hombres, que formaban un grupo medroso y desmoralizado. Se arrojaron jadeando al agua y comenzaron a nadar hasta alcanzar la galera. Entonces, los desalentados piratas se vieron enfrentados con un nuevo contratiempo. Recortándose contra el cielo luminoso vieron a Conan el cimmerio, de pie en la proa, espada en mano, y la negra melena agitándose al viento.

—¡Alto! —ordenó Conan—. ¡No os acerquéis más, perros!

—¡Déjanos subir abordo! —suplicó un pirata velludo apretándose el muñón sangriento de una oreja cercenada—. ¡Queremos marcharnos de esta isla endemoniada!

—Al primer hombre que intente subir por la borda le parto la cabeza —advirtió el cimmerio.

Eran cuarenta y cuatro hombres contra uno, pero Conan lo tenía todo a su favor. La terrible experiencia pasada les había quitado todo impulso combativo.

—Déjanos subir al barco, amigo —rogó gimoteando un pelirrojo zamorio, al tiempo que lanzaba una mirada temerosa por encima de su hombro en dirección a los silenciosos bosques—. Estamos tan

destrozados, heridos y cansados de luchar que no estamos en condiciones de levantar una espada.

—¿Dónde está el perro de Aratus? —preguntó Conan.

—¡Muerto, como tantos otros! ¡Cayeron sobre nosotros como demonios! Nos habrían hecho pedazos a todos si no hubiéramos despertado. Una docena de nuestros hombres murieron mientras dormían. Las ruinas estaban llenas de sombras con ojos ardientes, afiladas garras y colmillos.

—¡Sí! —intervino otro corsario—. Eran los demonios de la isla, que adoptaron forma de estatuas para engañarnos. ¡Por Ishtar que fuimos incautos al echarnos a dormir entre ellos! Pero no somos cobardes y les presentamos batalla, con las desventajas de un mortal que lucha contra los poderes de las tinieblas. Luego huimos y ahí quedaron destrozando cadáveres, como si fueran chacales. Pero estamos seguros de que nos perseguirán.

—¡Sí, déjanos subir a bordo! —suplicó un enjuto shemita—. Déjanos subir por las buenas, o empuñaremos las espadas a pesar de nuestro cansancio, y, aunque mates a muchos de nosotros, no podrás con todos.

—Entonces, haré un agujero en el casco y hundiré el barco —repuso Conan, con tono lúgubre y amenazador.

Un frenético coro de protestas acogió estas palabras, pero él las silenció con un rugido semejante al del león.

—¡Perros! ¿Creéis que voy a ayudar a mis enemigos? ¿Debo permitiros que subáis a bordo para que me cortéis el corazón en pedazos?

—¡No, no! —protestaron a coro—. Seremos amigos, Conan. Somos tus camaradas, muchacho, pues todos somos proscritos. Odiamos al rey de Turan, igual que tú.

El abatido grupo miró al cimmerio, que a su vez los observaba con el ceño fruncido.

—Entonces, si soy uno de la Hermandad —dijo con un gruñido—, las leyes de esta tienen aplicación también a mí. ¡Y puesto que he matado a vuestro jefe en una lucha cuerpo a cuerpo, soy vuestro capitán!

No hubo voces disidentes. Los piratas estaban demasiado agotados y acobardados como para pensar en otra cosa que no fuera marcharse cuanto antes de aquella temible isla. Conan vio entre los

hombres al corinthio que tenía algunas heridas y estaba manchado de sangre.

—¡Tú, Ivanos! —dijo el cimmerio—. Antes te pusiste de mi parte. ¿Volverías a hacerlo?

—¡Sí, por Mitra! —respondió el pirata, que deseaba congraciarse con el cimmerio—. ¡Tiene razón, muchachos! ¡Él es nuestro capitán, de acuerdo con la ley de la Hermandad!

Se oyó un rumor de voces aprobadoras, quizá no demasiado entusiastas, pero con una convicción acentuada por la sospecha de que detrás de ellos, en los bosques, podían estar siguiéndolos los negros seres demoníacos de ojos rojizos y garras sangrantes.

—Juradlo sobre la empuñadura de vuestras espadas —dijo el cimmerio.

Hacia él se alzaron cuarenta y cuatro espadas, y otras tantas voces pronunciaron el juramento de lealtad de los piratas.

Conan sonrió y a continuación envainó la espada, al tiempo que les decía:

—Subid a bordo, mis bravucones, y coged los remos. Luego se volvió y levantó a Olivia, que había permanecido oculta tras la borda.

—¿Qué será de mí, señor? —inquirió la muchacha.

—¿Qué deseas hacer? —preguntó a su vez Conan, mirándola fijamente.

—¡Quiero ir contigo a dondequiera que vayas! —respondió Olivia, rodeando con sus blancos brazos el bronceado cuello del cimmerio.

—¿Estás dispuesta a seguir un camino de sangre y muerte? —preguntó él—. Esta galera dejará un rastro de color carmesí por donde pase.

—No me importa navegar sobre aguas azules o rojas, si lo hago a tu lado —repuso ella con tono apasionado—. Tú eres un bárbaro y yo una paria rechazada por mi propia gente. Ambos vagamos por el mundo sin rumbo fijo. ¡Por favor, llévame contigo!

Lanzando una repentina carcajada, Conan la cogió por la cintura y la levantó hasta sus labios fieros y ardientes exclamando:

—¡Te convertiré en la reina del mar azul! ¡A vuestros puestos, tigres del mar! ¡Por Crom, que no tardaremos en quemar los pantalones del rey Yildiz!

El Camino de las Águilas

Robert E. Howard & L. Sprague de Camp, 1955

Como jefe de la Hermandad Escarlata, Conan se convierte más que nunca en una espina en la sensible piel del rey Yildiz. El débil monarca, en lugar de hacer estrangular a su hermano Teyaspa, según el uso turanio, ha resuelto encerrarlo en un castillo situado en el interior de los montes Colquios, que se encuentran al sudeste del mar de Vilayet, donde lo mantiene prisionero un bandido de Zaporoska llamado Gleg. Para librarse de otro estorbo, el rey Yildiz envía a uno de los partidarios más firmes de Teyaspa —el general Artabán— a destruir el baluarte de los piratas, que se encuentra en la desembocadura del río Zaporoska. El general acata las órdenes, pero pronto se convierte de perseguidor en perseguido.

El navío derrotado en la batalla naval se balanceaba sobre las aguas de color carmesí. A un tiro de flecha del barco, el vencedor se alejaba lentamente en dirección a las escarpadas montañas que se alzaban junto a las aguas azules. Aquella era una escena corriente en el mar de Vilayet durante el reinado del rey Yildiz de Turan.

El barco que iba a la deriva era una galera de guerra de Turan, y por sus características podía advertirse que era un navío gemelo del otro. En el barco vencido, la muerte se había cobrado un fuerte tributo. Por todas partes había cadáveres: en la elevada popa, sobre la destrozada borda, en la pasarela central y en los bancos rotos de los remeros.

Los sobrevivientes se encontraban apiñados en la popa. Eran treinta hombres cubiertos de sangre, pertenecían a diversas

nacionalidades: había kothios, zamorios, brithunios, corinthios, shemitas y zaporoskos. Parecían salvajes, y muchos de ellos tenían marcas de látigos o de hierros candentes. Casi todos iban semidesnudos, pero las ropas multicolores que vestían eran de buena calidad, a pesar de estar manchadas con brea y con sangre. Algunos tenían la cabeza descubierta, mientras que otros llevaban cascos, gorros de piel o turbantes hechos de tela. Algunos usaban cotas de malla, otros, en cambio, iban desnudos de cintura para arriba, enseñando sus musculosos brazos y los hombros bronceados por el sol. Las piedras preciosas brillaban en sus pendientes y en las empuñaduras de sus dagas. Tenían las espadas desenvainadas y sus ojos oscuros reflejaban inquietud.

Estaban de pie alrededor de un hombre más alto que los demás —casi un gigante—, con abultados músculos. Una melena negra enmarcaba una frente ancha y sus ojos ardían con un volcánico fuego azul en el rostro oscuro cubierto de pequeñas cicatrices.

Aquellos ojos miraban ahora hacia la orilla. No se divisaba puerto o población alguna en aquella solitaria costa situada entre Khawarism, extremo meridional del reino turanio, y su capital, Aghrapur. En los márgenes se alzaban unos montes cubiertos de árboles que, al prolongarse en la distancia, se convertían en los montes Colquios, sobre cuyas cumbres nevadas brillaba el sol poniente con un resplandor rojizo.

El hombre contempló la galera que se alejaba lentamente. Su tripulación se sentía afortunada de haberse librado de las garras de la muerte, y se dirigían a una cala que se abría al pie de los montes, entre elevados acantilados. Desde la popa, el capitán pirata todavía divisaba una silueta de gran estatura en cuyo casco se reflejaba la luz del sol. Recordó las facciones de aquel hombre, entrevistas durante el frenesí de la batalla: nariz de halcón, barba negra y oscuros ojos rasgados. Era Artabán de Shahpur, hasta hace poco el azote del mar de Vilayet. Un delgado corinthio dijo de repente:

—Por poco acabamos con ese demonio. ¿Qué haremos ahora, Conan?

El gigantesco cimmerio se acercó a uno de los cabos del timón y dijo al hombre que había hablado:

—¡Ivanos, toma el otro cabo junto con Hermio! Medius, llévate a tres hombres contigo y comenzad a achicar el agua. Los demás,

curaos las heridas y luego doblad vuestras espaldas sobre los remos. Arrojad por la borda todos los cadáveres que podáis, a fin de hacer sitio.

—¿Piensas seguir a la otra galera hasta la cala? —preguntó Ivanos.

—No. Nuestra nave hace agua a causa de la brecha que nos abrieron con su espolón, y no podemos arriesgarnos a iniciar otra batalla. Pero si remamos fuerte, podremos hacerla varar junto a aquel promontorio.

Con gran esfuerzo lograron acercar la galera a la costa. El sol se ponía; una bruma azul se cernía sobre las aguas oscuras. El barco enemigo desapareció en el interior de la cala. Cuando la galera de los piratas varó en la playa de arena y grava, su borda de estribor estaba ya a la altura de las aguas.

El río Akrim, que serpenteaba entre praderas y tierras labradas, estaba teñido de rojo, y las montañas que se alzaban a ambos lados del valle parecían contemplar un paisaje tan antiguo como ellas. El horror había llegado hasta los pacíficos habitantes de aquel valle bajo la forma de unos despiadados invasores venidos de tierras lejanas. No miraron hacia el castillo que colgaba de la abrupta ladera de las montañas, porque allí también merodeaban los opresores.

El clan de Kurush Khan, cabecilla de una de las tribus hirkanias más salvajes y belicosas de la zona oriental del mar de Vilayet, había sido desplazado hacia el oeste desde sus estepas naturales, a consecuencia de una guerra tribal. Ahora estaban causando muchas bajas en las aldeas yuetshi del valle de Akrim. Aunque solo se trataba de una incursión para robar ganado, botín y esclavos, Kurush Khan tenía grandes ambiciones. En aquellas montañas habían surgido otros reinos en el pasado.

Pero por el momento, Kurush Khan, al igual que sus guerreros, estaba ebrio de sangre tras la matanza. Las cabañas de los yuetshi se habían convertido en ruinas humeantes. Habían dejado intactos los graneros porque contenían forraje y trigo. Recorrían el valle de arriba abajo unos jinetes enjutos, que apuñalaban y disparaban flechas. Los hombres aullaban cuando el acero entraba en sus carnes, y las mujeres gritaban aterradas cuando los merodeadores las arrojaban desnudas sobre las sillas de sus caballos.

Por las calles de la aldea más grande —un escuálido conjunto de chozas hechas de barro y de piedra— deambulaban los jinetes ataviados con pieles de cordero y altos gorros de piel. Sacados por la fuerza de sus escondrijos, los habitantes de la aldea se arrodillaban implorando en vano piedad, o escapaban inútilmente para ser asesinados mientras corrían. Los sables curvos llamados yataghans silbaban en el aire y emitían un sonido seco cuando se clavaban en la carne y tocaban el hueso.

Uno de los fugitivos se volvió lanzando un grito salvaje cuando Kurush Khan, con la capa extendida al viento como si de las alas de un halcón se tratara, se abalanzó sobre él con su caballo. En ese instante los ojos del perseguido yuetshi vieron, como en una pesadilla, el rostro de nariz aguileña y la amplia manga que caía cuando el brazo se alzó empuñando la hoja de brillante acero. El fugitivo yuetshi llevaba una de las pocas armas eficaces que había en aquel valle: un pesado arco con una sola flecha. Con un grito desesperado colocó el dardo y disparó en el momento en que el hirkanio lo atacaba. La flecha dio en el blanco y Kurush Khan se desplomó del caballo con el corazón herido de muerte.

Mientras el corcel sin jinete se alejaba al galope, uno de los dos hombres caídos se incorporó sobre un codo. Era el yuetshi, cuya vida se escapaba por un terrible corte que tenía en la garganta. Jadeando, miró a Kurush Khan, cuya barba apuntaba hacia arriba en un cómico gesto de sorpresa. El brazo del yuetshi cedió y su rostro fue a dar al suelo, llenándosele la boca de polvo. Escupió sangre, lanzó una horrible carcajada con los labios llenos de espuma y cayó hacia atrás. Cuando llegaron los demás hirkanios, él también estaba muerto. Los hirkanios se arremolinaron como buitres en torno al cuerpo de su kahn muerto, hablando con excitación. Cuando se dispersaron, la suerte de todos los yuestshi del valle de Akrim estaba echada.

Tanto los graneros como los establos que Kurush Khan había dejado intactos quedaron envueltos en llamas. Mataron a todos los prisioneros, arrojaron a los niños vivos en las hogueras y las muchachas fueron destrozadas y arrastradas por las calles ensangrentadas. Al lado del cadáver del Khan fueron amontonándose cabezas humanas. Los saqueadores galopaban de un lado a otro, agitaban en el aire los trofeos humanos que cogían por

los pelos y luego los arrojaban a la siniestra pirámide de cadáveres. Cualquier lugar en el que pudiera ocultarse algún desdichado nativo era destruido al instante.

Uno de los atacantes hurgó en el montón de heno y advirtió ciertos movimientos entre la paja. Con un aullido de lobo introdujo la mano y sacó a la víctima a la luz. Se trataba de una hermosa joven. El hirkanio le desgarró la túnica y se recreó la vista con la apenas encubierta belleza de la muchacha.

Esta luchó en silencio contra la mano que la aferraba, pero el hombre la arrastró hasta su caballo. Entonces, con la rapidez de una cobra, la joven sacó una daga y la hundió en el corazón del jinete, que cayó al suelo musitando un gemido. La muchacha saltó con la rapidez de una tigresa sobre el caballo, que se encabritó al no reconocer al jinete, pero luego, dirigido por la joven, corrió velozmente valle arriba. Los saqueadores la persiguieron y las flechas silbaron a su alrededor.

La muchacha se dirigió a la estrecha garganta de un desfiladero que había al sur del valle. Allí se hacía peligroso el avance, y los hirkanios tiraron de las riendas para que sus caballos moderaran el paso. La joven, en cambio, siguió adelante como una hoja arrastrada por el viento y llegó a sacarles varios cientos de metros de ventaja. Pero de repente se encontró con un promontorio de piedras que parecía haber sido construido para impedir el paso por el desfiladero. Allí crecían tamarindos y un arroyuelo pasaba a través de un hueco que había en el centro de la barrera natural. Detrás de las piedras había unos hombres que le gritaron que se detuviese.

Al principio la joven creyó que eran hirkanios, pero en seguida comprendió su error. Eran hombres altos y corpulentos, con cotas de malla que arrojaban destellos bajo sus capas, y cascos de acero para protegerse la cabeza. La muchacha tomó una rápida decisión. Se tiró del caballo y corrió hacia las rocas, poniéndose de rodillas.

—¡Ayudadme, en nombre de la misericordiosa Ishtar! —imploró.

Se adelantó un hombre. La joven, al verlo, exclamó aferrándose a sus rodillas:

—¡General Artabán, sálvame de esos lobos que me persiguen!

—¿Por qué habría de arriesgar mi vida por ti? —repuso el aludido, con indiferencia.

—Te conocí en la corte del rey, en Aghrapur. Bailé para ti. Soy Roxana la zamoria.

—Muchas mujeres han bailado para mí.

—Entonces —dijo la muchacha con desesperación—, te diré algo al oído. ¡Escucha!

Ella susurró una palabra al oído del general, que se estremeció como si lo hubiese herido. Luego miró a la joven fijamente y trepó sobre un peñasco. Dirigiéndose a los jinetes que se acercaban, levantó una mano y dijo en voz alta:

—¡Volved por dónde habéis venido, en nombre del rey Yildiz de Turan!

Por toda respuesta recibió una lluvia de flechas. Artabán saltó rápidamente de la roca e hizo una señal con la mano. Al instante, cayeron sobre los hirkanios decenas de dardos que partieron desde la barrera de piedra. Muchos de los atacantes cayeron de sus monturas, en tanto que los caballos relinchaban y piafaban. Los demás jinetes retrocedieron lanzando gritos de espanto, y en seguida se dieron media vuelta y se alejaron valle abajo.

Artabán se volvió hacia Roxana. Era un hombre alto, vestido con una capa de seda de color carmesí y una cota de malla con incrustaciones de oro. El agua y la sangre habían manchado su atuendo que, a pesar de todo, denotaba una gran riqueza. Sus hombres —cuarenta marineros turanios armados hasta los dientes— se reunieron en torno a él. Un mísero nativo yuelshi se encontraba cerca, con las muñecas atadas.

—¡Hija! —dijo Artabán—, me he creado enemigos en esta remota tierra solo por el nombre que pronunciaste hace un momento. Te he creído…

—Si miento, que me desuellen viva —repuso ella.

—Lo tendré en cuenta —prometió el general con tono afable—. Voy a comprobarlo personalmente. Has mencionado al príncipe Teyaspa. ¿Qué sabes de él?

—He compartido su exilio durante tres años.

—¿Dónde está ahora?

La joven señaló valle abajo, hacia las torres de un castillo que apenas se veía entre los riscos.

—Está en aquella fortaleza, que pertenece a Gleg el zaporosko.

—No será fácil lomar ese bastión —murmuró Artabán.

—¡Manda a buscar al resto de tus lobos de mar! —dijo la muchacha—. Yo conozco un camino que puede llevarte hasta el corazón de esa fortaleza.

Artabán movió la cabeza con desaliento y repuso:

—Estos son todos los hombres que me quedan.

Al ver el gesto de incredulidad que se dibujaba en el rostro de la joven, Artabán agregó:

—Me parece lógica tu sorpresa. Te contaré lo que ocurrió… Escucha…

Entonces, con una sinceridad que asombró a sus compatriotas turanios, Artabán relató brevemente su desdichada historia. No mencionó sus triunfos, que eran suficientemente conocidos. Era un general famoso por sus rápidas incursiones en países lejanos como Brithunia, Zamora, Koth y Shem cuando, cinco años antes, los piratas del mar de Vilayet se unieron a los kozakos, unos proscritos de las estepas vecinas, y se convirtieron en una terrible amenaza para el reino más occidental de Hirkania. El rey Yildiz había llamado al general para que remediase la situación. Mediante una acción enérgica, Artabán había dominado a los piratas y los había expulsado de las costas occidentales del mar interior.

Pero el general era un jugador empedernido y había contraído fuertes deudas. Con el fin de saldarlas, durante uno de los viajes en su navío se apoderó de un barco mercante de Khorusun, mató a todos sus tripulantes y se llevó la carga a su base para venderla en secreto. Pero, aunque su tripulación había jurado no decir nada, la noticia se divulgó. Artabán conservó la cabeza al precio de realizar una misión poco menos que suicida para el rey Yildiz. Debía cruzar el mar de Vilayet hasta llegar a la desembocadura del río Zaporoska y una vez allí destruir las bases de los piratas. Pusieron solamente dos barcos a su disposición para aquella arriesgada empresa.

Artabán encontró el campamento fortificado y lo tomó por asalto, dado que en ese momento solo había unos pocos piratas en el lugar. El resto se había ido río arriba para combatir a una banda de nómadas hirkanios, similares a la horda de Kurush Khan que había atacado a los nativos zaporoskos, con quienes los corsarios mantenían buenas relaciones. Artabán destruyó varias naves piratas fondeadas y capturó a algunos filibusteros viejos y enfermos, que no habían partido con la expedición.

Con el fin de atemorizar y escarmentar a los corsarios, Artabán había ordenado que los cautivos fuesen empalados, quemados vivos y desollados. Estaban ejecutando esta condena cuando regresó el contingente principal de piratas. Artabán huyó y se vio obligado a abandonar una de sus naves. Consciente de la pena que le estaba reservada por su fracaso, el general había escapado hacia la desolada zona que se extendía por la costa sudoeste del Vilayet, donde los montes Colquios llegaban casi hasta el borde del mar. No tardó en ser perseguido por los piratas en el mismo barco que le habían capturado a él, y lo alcanzaron cuando la costa occidental ya estaba a la vista. Se generalizó la lucha sobre la cubierta de ambos navíos, hasta que estas se llenaron de muertos y heridos. La superioridad numérica y de armamento de los turanios, junto con el certero empleo del espolón de la galera por parte de Artabán, le proporcionó una precaria victoria.

—Así pues —terminó diciendo Artabán—, hicimos varar la galera en la cala. Podríamos haberla reparado, pero la flota del rey recorre todo el mar de Vilayet y me habrían colocado un nudo corredizo en torno al cuello por mi fracaso. Por lo tanto, me dirigí con mis hombres a las montañas, en busca de algo que quizá nunca logremos: un lugar donde estemos a salvo de la dominación turania o un nuevo reino que gobernar.

Roxana escuchó al general con atención. Cuando hubo concluido, comenzó a relatar su propia historia. Como Artabán sabía muy bien, era costumbre de los reyes de Turan, al subir al trono, matar a sus hermanos y a los hijos de estos a fin de eliminar toda posibilidad de una guerra civil por ambiciones familiares. Además, también era habitual que, al morir el rey, los nobles y los generales aclamaran como nuevo soberano a aquel de los hijos del muerto que llegaba primero a la capital después del deceso.

El débil Yildiz jamás habría ganado a Teyaspa, su agresivo hermano, de no haber sido por la madre del primero, una nativa de Koth llamada Khushia. Esta formidable matrona, la verdadera gobernante de Turan, prefería a Yildiz porque era más dócil. Por consiguiente, se envió a Teyaspa al exilio. Este buscó refugio en Iranistán, pero descubrió que el rey de aquel país, de acuerdo con Yildiz, tenía intenciones de envenenarlo. En un intento de llegar a Vendhia, el príncipe desterrado fue capturado por una tribu de

nómadas hirkanios, que lo reconocieron y lo vendieron a los turanios. Teyaspa creyó que su suerte estaba echada, pero intervino su madre y pidió a Yildiz que no mandase estrangular a su hermano.

En lugar de ello, Teyaspa fue recluido en el castillo de Gleg el Zaporosko, un feroz jefe de bandoleros, que había llegado al valle de Akrim muchos años antes y se había establecido allí como señor feudal de los primitivos pobladores —los yuetshi—, a los que explotaba más que protegía. Teyaspa fue rodeado de todos los lujos y diversiones, con el fin premeditado de debilitar su carácter.

Roxana explicó que ella era una de las bailarinas enviadas para entretenerlo. Pero se había enamorado profundamente del apuesto príncipe y, en lugar de buscar su ruina, se proponía hacer de él un hombre libre.

—Pero el príncipe Teyaspa —explicó la joven— se ha hundido en la apatía. Nadie reconocería en él al osado aguilucho que condujo a sus soldados a tantas victorias contra los brithunios y los asshuri. La prisión, el vino y la savia del loto negro han obnubilado su sentido. Permanece todo el día echado entre cojines, como en trance, y solo parece prestar atención cuando yo canto y bailo para él. Pero tiene sangre de conquistadores en las venas. No es más que un león adormecido.

»Cuando los hirkanios llegaron al valle —siguió diciendo—, yo me escapé del castillo y fui en busca de Kurush Khan con la esperanza de encontrar a un hombre suficientemente osado como para ayudar a Teyaspa. Pero he visto con mis propios ojos cómo asesinaban a Kurush Khan, y mis ilusiones se disiparon. Los hirkanios habían enloquecido. Me escondí en un pajar, pero no tardaron en descubrirme. ¡Oh, mi señor, ayúdanos! ¿Qué importa si solo cuentas con un puñado de hombres? Muchos imperios se han erigido con menos. ¡Cuando se sepa que el príncipe está libre, los hombres se unirán en gran número a nuestra causa! Yildiz es un torpe mediocre y las gentes temen a su hijo Yezdigerd, un joven cruel y de carácter siniestro.

»La guarnición turania más próxima está a tres días de marcha de aquí —concluyó la joven—. Akrim, por lo tanto, es una zona aislada, solo conocida por los nómadas y los desdichados yuetshi. Aquí puede forjarse un imperio sin ninguna dificultad. Tú también

eres un proscrito. ¡Aliémonos para liberar a Teyaspa y elevarlo al trono! ¡Si él llega a ser rey, tendrás toda clase de honores y riquezas, mientras que Yildiz no te ofrece más que el lazo de la horca!

La muchacha se puso de rodillas y aferró con sus manos la capa del general, con los ojos oscuros encendidos por la pasión. Artabán permaneció en silencio y luego se echó a reír a carcajadas.

—Necesitaremos a los hirkanios para nuestra empresa —dijo el general—. La muchacha batió palmas, lanzando una exclamación de alegría.

—¡Alto! —exclamó Conan el cimmerio que, después de detenerse, miró en derredor, con los músculos de su poderoso cuello en tensión.

Detrás de él, sus compañeros interrumpieron la marcha con un estrépito metálico de armas. Se encontraban en un estrecho desfiladero flanqueado a ambos lados por abruptos taludes en los que, a trechos, crecía algún abeto enano. Delante de ellos fluía un pequeño manantial entre un grupo de árboles dispersos y luego, convertido en un arroyuelo, se deslizaba hacia abajo entre guijarros cubiertos de musgo.

—Nos detendremos aquí para beber y proveernos de agua —dijo Conan con un gruñido.

La noche anterior habían llegado, a marchas forzadas, hasta la cala en que Artabán había ocultado su galera. Conan dejó a cuatro hombres heridos, que no estaban en condiciones de luchar, para que repararan la embarcación, y siguió avanzando con el resto de los piratas. Creyendo que los turanios se hallaban relativamente cerca, Conan apresuró la marcha con la esperanza de alcanzarlos y vengarse por la matanza del río Zaporoska. Pero luego, al ponerse la luna, perdieron su rastro en el laberinto de barrancos y erraron sin rumbo fijo. Ahora, con la llegada del alba, habían encontrado agua, pero estaban perdidos y exhaustos. La única señal de presencia humana que habían visto desde que se alejaron de la costa fue un grupo de chozas situadas entre los riscos. Estas albergaban a unas gentes primitivas que iban desnudas y escaparon aullando cuando vieron que se acercaban unos desconocidos. Desde algún lugar de la montaña se oyó el rugido de un león.

Conan era el único de los veintiséis hombres que componían el

grupo cuyos músculos todavía resistían. En cierto momento dijo a sus hombres:

—Podéis echaros a dormir. Ivanos, elige a dos hombres para que hagan la primera guardia contigo. Cuando el sol esté encima de aquel abeto, despierta a otros tres. Yo voy a explorar el desfiladero.

El cimmerio avanzó por la estrecha garganta y pronto se perdió entre los dispersos arbustos. Los lados del desfiladero se habían convertido en riscos que se alzaban verticalmente desde el suelo lleno de rocas. De repente, con una rapidez inusitada, una silueta salvaje y peluda salió de unas matas y se enfrentó al pirata. El aire silbó entre los dientes de Conan mientras su espada desenvainada arrojaba destellos. Luego se detuvo, al advertir que la extraña aparición no llevaba armas.

Se trataba de un yuetshi; era un hombre de aspecto deplorable, cubierto con pieles de cordero. Sus brazos largos, sus piernas cortas y el rostro amarillento de ojos rasgados le daban un extraño aire de duendecillo de leyenda.

—¡Por Khosatra! —exclamó el vagabundo—. ¿Qué hace un miembro de la Hermandad Libre en esta tierra dominada por los hirkanios?

El hombre hablaba en un dialecto turanio, pero con fuerte acento extranjero.

—¿Quién eres? —inquirió Conan.

—Era uno de los jefes de los yuetshi —contestó el otro, con una risa salvaje—. Me llamo Vinashko. ¿Y qué haces tú aquí?

—Dime, ¿qué hay más allá de este desfiladero? —preguntó Conan a su vez.

—Detrás de aquel monte hay un laberinto de barrancos y riscos. Si te abres paso por esa zona, llegarás a un lugar desde donde se divisa el valle de Akrim, que hasta ayer era el hogar de mi tribu y hoy solo alberga sus huesos calcinados.

—¿Hay comida allí?

—Sí, comida y muerte. Una horda de hirkanios domina el valle.

En ese momento se oyó un ruido, y Conan advirtió que Ivanos se acercaba a ellos.

—Te dije que vigilaras mientras los demás dormían —dijo el cimmerio frunciendo el ceño.

—Tienen demasiada hambre para conciliar el sueño —repuso el

corinthio, al tiempo que miraba con recelo al yuetshi.

—¡Por Crom! —exclamó Conan con un gruñido—. No puedo conseguir alimentos como por arte de magia. Tendrán que esperar hasta que podamos saquear una aldea…

—Yo puedo guiaros hasta un lugar en el que hallaréis comida suficiente para alimentar un ejército —le interrumpió Vinashko.

—¡No te burles de mí, amigo! —dijo Conan con voz amenazadora—. Acabas de decir que los hirkanios…

—¡No! Hay un lugar aquí cerca, que ellos desconocen, donde nosotros almacenábamos alimentos. Yo iba hacia allí cuando nos encontramos.

Conan desenvainó su espada, un arma de hoja ancha y recta, de doble filo, en un país en el que las espadas curvas eran la regla. Además, medía más de un metro de largo.

—Entonces, llévanos hasta allí —dijo el cimmerio—. ¡Pero no olvides que, al primer movimiento en falso, te corto la cabeza!

Una vez más, el yuetshi se rio con una risa salvaje y burlona, y a continuación les hizo una señal para que lo siguieran. Avanzó hasta unas rocas y, después de hurgar entre unos arbustos, puso al descubierto una grieta en la pared. Miró a sus acompañantes, se inclinó y entró en la cueva.

—¿No será la guarida del lobo? —preguntó Ivanos.

—¿Qué temes? —dijo Conan—. ¿A los ratones?

Y diciendo esto, entró por la abertura, seguido por Ivanos. No se vio en una cueva, como esperaba, sino en un estrecho pasadizo que había en el desfiladero. Por encima de su cabeza podía ver una estrecha franja de cielo azul limitada por las escarpadas paredes. Avanzaron en la oscuridad unos cien pasos y fueron a salir a un amplio espacio circular rodeado por muros verticales de rocas que, a primera vista, parecían un monstruoso laberinto. Un rumor sordo procedía del centro, donde había un agujero rodeado por un pequeño brocal. De dicho orificio salía una tenue llama, de la altura de un hombre, que iluminaba tenuemente aquel recinto.

Conan miró con curiosidad a su alrededor. Era como hallarse en el fondo de un gigantesco pozo. El suelo era de roca sólida y se había vuelto completamente liso, probablemente por las pisadas de diez mil generaciones de hombres. Las paredes circulares, demasiado perfectas para ser naturales, estaban horadadas por

cientos de negros huecos cuadrados cerrados con losas y dispuestos en filas regulares. La pared se alzaba a gran altura, hasta terminar en un pequeño círculo de cielo azul, en el que planeaba un buitre que a distancia parecía un punto negro. Había una escalera en espiral tallada en la roca que se iniciaba a nivel del suelo y describía un semicírculo completo al ascender, para terminar en una plataforma situada frente a un gran orificio negro semejante a la entrada de un túnel.

—Esos agujeros —explicó Vinashko— son las tumbas de un pueblo antiguo que vivió aquí antes de que mis antepasados llegasen al mar de Vilayet. Las leyendas cuentan que esas gentes no eran humanas y que se alimentaron de mis antepasados hasta que un sacerdote de los yuetshi, mediante un poderoso encantamiento, los encerró en los nichos que hay en la pared y encendió un fuego en el centro para mantenerlos aprisionados allí. Seguramente sus huesos se han convertido en polvo hace ya mucho tiempo. Algunas de mis gentes han tratado de quitar las losas que cierran las tumbas, pero la roca desafió todos sus esfuerzos.

El yuetshi señaló unos montones que había a un lado del pozo y agregó:

—Mi gente ha almacenado aquí alimentos para los tiempos de penuria. Podéis llevaros lo que queráis, porque ya no quedan yuetshis que puedan comerlos.

Conan reprimió un estremecimiento de temor supersticioso y dijo:

—Tu pueblo debería haber habitado en estas cuevas. Un solo hombre habría bastado para defender la grieta contra una horda de atacantes.

El yuetshi se encogió de hombros y dijo con aire resignado:

—Aquí no hay agua. Además, cuando los hirkanios nos atacaron no hubo tiempo. Las gentes de mi pueblo no eran belicosas; solo deseaban cultivar la tierra.

Conan movió la cabeza. No podía entender que hubiese gente con un carácter semejante. Vinashko comenzó a extraer unos sacos de cuero que contenían maíz, arroz, queso fermentado y carne desecada, así como algunos pellejos de vino ácido.

—Ivanos —ordenó Conan—, ve y trae algunos hombres para que carguen los sacos de alimentos. Yo os espero aquí.

Cuando Ivanos hubo desaparecido por la abertura, Vinashko cogió a Conan por un hombro y preguntó:

—¿Me crees ahora?

—Sí, por Crom —repuso el cimmerio, al tiempo que mordisqueaba algunos higos secos—. Cualquier hombre que me conduzca a un lugar donde hay alimentos, tiene que ser forzosamente mi amigo. Pero ¿cómo llegasteis tú y tu gente hasta aquí desde el valle de Akrim? El camino debe ser largo y difícil.

Los ojos de Vinashko centellearon como los de un lobo hambriento.

—Ese es nuestro secreto —dijo—. Te lo revelaré si confías en mí.

—Cuando tenga el estómago lleno —repuso Conan con la boca llena de higos—. Nosotros estamos persiguiendo a ese demonio negro que se llama Artabán de Shahpur, que se encuentra en algún lugar de estas montañas.

—¿Es vuestro enemigo?

—¿Enemigo? ¡Si le pongo las manos encima, voy a hacerme un par de botas con su piel!

—Artabán de Shahpur se encuentra a tres horas a caballo de aquí.

—¡Ah! —exclamó el cimmerio, poniéndose en pie y buscando su espada, con los ojos encendidos—. ¡Llévame hasta él!

—Debes ser prudente —aconsejó Vinashko—. Artabán cuenta con cuarenta turanios armados, y además se le han unido Dayuki y ciento cincuenta hirkanios. ¿Cuántos guerreros tienes tú, señor?

Conan siguió masticando en silencio. Con semejante disparidad de número, no podía concederle a Artabán ninguna ventaja. Durante los meses que llevaba viviendo como capitán pirata, había convertido a sus hombres en una tropa eficaz, pero esta seguía siendo un instrumento que había que manejar con cuidado. Librados a su suerte, los hombres eran imprudentes y despreocupados, capaces de perder la vida de la forma más necia. Bien dirigidos, en cambio, podían hacer grandes cosas.

—¡Si vienes conmigo, kozako, te enseñaré algo que ningún ser humano, salvo un yuetshi, ha visto en mil años! —dijo Vinashko.

—¿Qué es?

—¡Un camino de muerte para nuestros enemigos!

Conan dio unos pasos, pero luego se detuvo y manifestó:

—¡Espera! Aquí llegan nuestros hermanos. ¡Escucha cómo maldicen esos perros!

—Envíalos de vuelta al campamento con los alimentos —susurró Vinashko, en el momento en que media docena de piratas entraban por la grieta, mirando recelosamente dentro de la enorme caverna.

Conan los detuvo con un gesto imponente y ordenó:

—Llevad estos alimentos junto al manantial. Os dije que encontraría comida.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Ivanos.

—¡No le preocupes por mí! —repuso el cimmerio—. Tengo que hablar con Vinashko. ¡Regresad al campamento y atiborraos de comida, demonios!

En cuanto cesó el eco de los pasos de los piratas, Conan dio a Vinashko una palmada en la espalda que lo hizo tambalear y dijo:

—Vámonos.

El yuelshi lo guio por la escalera circular tallada en la roca viva. Por encima de la última fila de nichos se veía la abertura del túnel. Conan advirtió que podía entrar en este sin agacharse.

—Si sigues por este túnel —aseguró Vinashko—, saldrás justamente detrás del castillo de Gleg el zaporosko, desde donde se domina todo el valle de Akrim.

—¿Y de qué sirve eso? —preguntó Conan con un gruñido, mientras avanzaba detrás del yuetshi.

—Ayer, al comenzar la matanza, me enfrenté durante un tiempo a los perros hirkanios. Cuando vi que todos mis camaradas habían caído, huí corriendo del valle por el desfiladero de Diva. Entonces me encontré con unos guerreros desconocidos que me derribaron y maniataron. Querían saber qué había ocurrido en el valle. Luego me enteré de que eran marinos de la escuadra del rey en el mar de Vilayet, que llamaban Artabán a su jefe. Mientras me interrogaban, llegó una muchacha cabalgando como un demonio, perseguida por los hirkanios. Saltó del caballo y suplicó a Artabán que la ayudase. Entonces vi que se trataba de una de las bailarinas zamorias que viven en el castillo de Gleg. Una lluvia de flechas hizo huir a los hirkanios y Artabán se puso a hablar con la joven, olvidándose de mí. Hace tres años que Gleg tiene encerrado a un prisionero en su fortaleza. Lo sé porque tuve que llevar maíz y ovejas al castillo, para recibir el pago al estilo de los zaporoskos, es decir, con

maldiciones y golpes. ¡Kozako, el prisionero es Teyaspa, el hermano del rey Yildiz!

Conan lanzó un gruñido de sorpresa.

—La muchacha, Roxana —siguió diciendo Vinashko—, le reveló este secreto a Artabán, que juró ayudarle a liberar al príncipe. Mientras hablaban, los hirkanios se detuvieron a cierta distancia, con intenciones vengativas, pero cautelosos. Artabán los llamó y consiguió hablar con Dayuki, el nuevo jefe desde que Kurush Khan fuera asesinado durante el saqueo de mi aldea. Por último, el hirkanio traspuso la barrera de rocas y terminó por hacerse muy amigo de Artabán. Ellos dos y la muchacha planearon liberar al príncipe Teyaspa para sentarlo en el trono del reino.

»Roxana ha descubierto el camino secreto que lleva a la fortaleza —siguió diciendo el yuetshi—. Hoy, antes de la puesta del sol, los hirkanios atacarán el castillo desde el frente. Mientras atraen de ese modo la atención de los zaporoskos, Artabán y sus hombres van a entrar en la fortaleza por el pasadizo secreto. Roxana les abrirá la puerta desde el interior, y ellos se apoderarán del príncipe y huirán a las montañas; allí piensan reunir más hombres para proseguir la lucha.

»A todo esto —concluyó el yuetshi—, cayó la noche. Logré deshacerme de mis ataduras a mordiscos y escapé de aquel lugar, Tú deseas venganza y yo te diré cómo puedes atrapar a Artabán. Mata a todos, excepto a Teyaspa. Podrás obtener un fuerte rescate de su madre, Khushia, o del mismo Yildiz, si le propones matar a Teyaspa. O si lo prefieres, puedes erigirte tú mismo en creador de una dinastía de reyes.

—Está bien, enséñame el camino —dijo Conan con los ojos brillantes de impaciencia.

El túnel era amplio, pues por él hubieran podido avanzar tres caballos al mismo tiempo, y al comienzo descendía en forma pronunciada. De cuando en cuando unos escalones conducían a un nivel inferior. Al principio, Conan no veía nada en la oscuridad. Luego, esta se atenuó por un leve fulgor que había a lo lejos. El fulgor se convirtió en un brillo plateado y finalmente el túnel se llenó con el ruido del agua que caía.

Los dos hombres se detuvieron a la entrada del túnel, oculta por una pequeña cascada que caía desde unas rocas situadas algo más

arriba. A los pies de la cascada se formaba una laguna cuyas aguas espumosas daban origen a un arroyuelo que descendía por el desfiladero. Vinashko señaló hacia un saliente rocoso que bordeaba la laguna. Conan lo siguió por allí y se encontró en una garganta extraordinariamente estrecha, en la que los taludes verticales que había a ambos lados se remontaban a gran altura. No se veía vegetación alguna, exceptuando una estrecha franja en la orilla del riachuelo que serpenteaba desfiladero abajo para caer más adelante por una grieta situada en un muro rocoso.

Conan marchaba siempre precedido por el yuetshi, que ascendió por la tortuosa garganta del desfiladero. Al cabo de unos trescientos pasos perdieron de vista la cascada. El suelo ahora se inclinaba hacia arriba. Poco después, el yuetshi se detuvo y cogió a Conan por el brazo. Un árbol achaparrado crecía en un ángulo del muro rocoso y Vinashko se situó detrás, señalándole algo a Conan.

Más allá del recodo en el que se hallaban, el desfiladero continuaba unos ochenta pasos y terminaba abruptamente en un muro rocoso. Pero hacia la izquierda, el talud presentaba una extraña alteración, y Conan tuvo que mirar con detenimiento para descubrir que se trataba de una pared hecha por el hombre. Se encontraban detrás de un castillo construido en un desfiladero de la rocosa montaña. Sus paredes se alzaban desde el mismo fondo del desfiladero. No había puente alguno que permitiese salvar el abismo y la única entrada que había en el lugar era una pesada puerta de madera y bronce situada en el medio del muro. Frente a esta había un estrecho saliente rocoso al cual se podía llegar mediante unos escalones tallados en la piedra.

—Por aquí escapó esa muchacha, Roxana —dijo Vinashko—. Esta garganta corre casi paralela al río Akrim. Se estrecha hacia el oeste y finalmente se abre en el valle a través de una hendidura por la cual fluye la corriente de agua. Los zaporoskos han bloqueado la entrada con piedras, a fin de que el camino no pueda ser visto desde el valle, en el exterior. Raras veces usan este camino y nadie conoce la existencia del túnel que hay detrás de la cascada.

Conan se frotó la barbilla, con aire pensativo. Sentía ardientes deseos de saquear el castillo, pero no veía el modo de entrar en él.

—¡Por Crom, Vinashko, que me gustaría estar allí arriba! —dijo el cimmerio.

El yuetshi echó un vistazo al robusto cuerpo de Conan, movió negativamente la cabeza y repuso:

—Hay una forma de entrar, por el llamado Camino de las Águilas, pero no sirve para un hombre como tú.

—¡Por Ymir! ¿Acaso te crees mejor trepador que un cimmerio de la montaña? ¡Vamos, sigue!

Vinashko se encogió de hombros y retrocedió hasta que, hallándose de nuevo a la vista de la cascada, se detuvo ante una serie de huecos poco profundos que había en el talud. Conan observó de cerca y vio que eran asideros practicados en la sólida roca.

—Yo hubiera hecho unos huecos un poco más profundos —murmuró Conan, pero, a pesar de todo, comenzó a subir detrás de Vinashko, aferrándose a los asideros con los dedos de las manos y de los pies.

Finalmente alcanzaron la cima del talud que formaba la cara sur de la garganta y se sentaron en el borde, con los pies colgando en el vacío.

El desfiladero se retorcía debajo de ellos como el rastro de una serpiente. Conan miró hacia la pared opuesta, que era más baja y desde la que se divisaba el valle del río Akrim.

Hacia la derecha, el sol de la mañana estaba bastante alto sobre el resplandeciente mar de Vilayet. A la izquierda se alzaban los picos coronados de blanco de los montes Colquios. Y tras de sí, el cimmerio vio el laberinto de desfiladeros en uno de los cuales se hallaban acampados sus hombres.

El humo aún flotaba pesadamente sobre las ennegrecidas manchas de lo que habían sido las aldeas vecinas. Valle abajo, en la orilla izquierda del río, se divisaban algunas tiendas de campaña hechas de pieles de animales. Conan vio a algunos hombres que deambulaban como hormigas en torno a aquellas tiendas. Eran los hirkanios, según dijo Vinashko, que luego señaló, valle arriba, hacia la boca de un estrecho desfiladero donde estaban acampados los turanios. Pero lo que atrajo el interés de Conan fue el castillo.

Era la encarnación de la solidez, implantada en los riscos que había entre el desfiladero y el valle. La fortaleza estaba rodeada por una maciza muralla de unos seis metros de altura. Por la parte exterior se abría una enorme puerta flanqueada por torres en las

que había hendiduras para colocar flechas. Esta pendiente no era tan empinada como para impedir el acceso de tropas o de carruajes, pero tampoco ofrecía refugio ni defensa alguna a los posibles atacantes.

—Haría falta el poder del demonio para tomar este castillo —dijo Conan con un gruñido—. ¿Cómo haremos para llegar hasta el hermano del rey? Al menos, condúceme hasta Artabán, para que pueda regresar con su cabeza al río Zaporoska.

—Ten cuidado, si deseas conservar la tuya —repuso Vinashko—. ¿Qué ves en ese desfiladero?

—Mucha piedra desnuda, con una sola franja verde a lo largo del riachuelo.

El yuetshi sonrió con gesto de lobo, y volvió a preguntar:

—¿Y no has notado que esa franja es más densa y más alta en la orilla derecha? ¡Escucha! Desde detrás de la cascada podemos vigilar hasta que lleguen los turanios por el desfiladero. Luego, mientras estén en el castillo de Gleg, nos esconderemos entre las hierbas que bordean el arroyo y esperaremos hasta que regresen. Entonces los matamos a todos, menos a Teyaspa, a quien nos llevamos prisionero, y después volvemos por el túnel. ¿Tienes un barco para que podamos escapar?

—Sí —dijo Conan, que agregó—: Oye, Vinashko, ¿hay algún camino de descenso de este risco que no sea el talud por el que hemos subido?

—Hay un sendero que se dirige hacia el este, a lo largo de la montaña, y que luego desciende hasta las gargantas donde están acampados tus hombres. Déjame que te lo enseñe. ¿Ves aquella roca que parece una mujer vieja? Pues bien, torciendo hacia la derecha…

Conan escuchó atentamente las explicaciones que le daba el yuetshi y llegó a la conclusión de que era un camino peligroso, mucho más apropiado para íbices o cabras monteses que para seres humanos, y de difícil acceso a la garganta que había debajo.

En medio de la explicación Vinashko se interrumpió, se volvió y se quedó paralizado por la sorpresa.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Un grupo de jinetes salían del lejano campamento hirkanio y hostigaban a sus caballos para hacerlos cruzar el poco profundo río.

El sol hacía brillar las puntas de las lanzas, mientras que en el castillo se veía el resplandor de los cascos de los defensores.

—¡El ataque! —exclamó Vinashko—. ¡Por Khosatra y Khel! ¡Han cambiado de planes! ¡No iban a atacar hasta la noche! ¡Rápido! ¡Tenemos que bajar y ocultarnos en el desfiladero antes de que lleguen los turanios!

Poco después descendieron lentamente, apoyándose en los pequeños asideros.

Finalmente llegaron a la garganta del desfiladero y se dirigieron apresuradamente hacia la cascada. Alcanzaron la laguna, pasaron por el saliente rocoso y se internaron por detrás de la pequeña catarata. Al penetrar en la penumbra allí reinante, Vinashko aferró el brazo de Conan cubierto por la cota de malla. Por encima del rumor de las aguas que caían, el cimmerio alcanzó a oír un sonido metálico. Miró a través de la brillante cortina de plata que daba a todo un aspecto irreal y fantasmagórico, pero que los ocultaba de quienes pudieran encontrarse en el exterior. Habían alcanzado el refugio a tiempo.

Un grupo de hombres altos cubiertos con cotas de malla y cascos adornados con turbantes se acercaban a la garganta del desfiladero. A su cabeza marchaba uno más alto que los demás; se trataba de un personaje de barba negra y rostro de halcón. Conan respiró hondo, asió la empuñadura de su espada y avanzó, pero Vinashko lo aferró por un brazo y susurró frenéticamente.

—¡En nombre de los dioses, kozako, no juegues así con nuestras vidas! Los tenemos atrapados, pero si te apresuras y actúas ahora…

—No te preocupes, amigo —repuso Conan con una sonrisa sombría—. No soy tan necio como para arruinar una venganza por un impulso repentino.

Los turanios cruzaban el arroyuelo. En la orilla opuesta se detuvieron como para escuchar algo. Finalmente, y sobreponiéndose al rumor de las aguas, los dos hombres que estaban en la cueva oyeron los gritos de muchos individuos juntos.

—¡El ataque! —susurró Vinashko.

Como si se tratara de una señal, los turanios avanzaron rápidamente por la garganta del desfiladero. Vinashko apoyó una mano en el hombro del cimmerio y dijo:

—Quédate aquí y vigila. Yo voy a traer a tus piratas, para tender

la celada.

—Date prisa, entonces —dijo Conan—. Debes volver con ellos a tiempo.

Vinashko se alejó como una sombra.

El príncipe Teyaspa se encontraba en una habitación lujosa, llena de tapices tejidos con hilos de oro, divanes de seda y cojines de terciopelo. Parecía la encarnación de la ociosa voluptuosidad, reclinado entre sedas y rasos, y con una jarra de vino al alcance de la mano. Sus ojos oscuros eran los de un soñador cuyas fantasías estaban teñidas por el alcohol y las drogas. Tenía la mirada puesta en Roxana, que asía con desesperación los barrotes de una ventana mientras miraba al exterior. Pero la expresión que se dibujaba en el rostro del príncipe era de placidez e indiferencia. No parecía advertir los gritos y el clamor que provenían de fuera.

Roxana se movía con desasosiego y miraba de cuando en cuando al príncipe por encima de su hombro. Había luchado como una tigresa para evitar que Teyaspa cayese en el abismo de decadencia y resignación que sus captores habían preparado para él. La muchacha, que no era fatalista, había conseguido mantener en Teyaspa la llamada de la vida y la ambición.

—Ya es hora —dijo ella, respirando hondo y volviéndose—. El sol está en su cenit. Los hirkanios suben por la pendiente, espoleando a sus caballos y arrojando flechas contra la muralla. Los zaporoskos responden con dardos y piedras y provocan la muerte entre los atacantes, cuyos cuerpos cubren la cuesta. Sin embargo, los hirkanios siguen atacando como locos. Debo darme prisa. ¡Espérame sentado en el sillón dorado, amado mío!

Se prosternó ante Teyaspa y le besó las babuchas en un éxtasis de adoración. Luego se pudo en pie y salió apresuradamente de la estancia. Cruzó corriendo otra habitación en la que diez negros corpulentos hacían guardia día y noche. Atravesó un corredor, hasta llegar al patio posterior que se encontraba entre el castillo y la muralla. Aunque a Teyaspa no le permitían salir de sus habitaciones sin escolta, la muchacha podía entrar y salir a placer.

La joven atravesó el patio y se acercó a la puerta que daba al desfiladero. Allí había un guardia, contrariado porque no podía tomar parte en la lucha. Aunque la zona posterior del castillo era prácticamente invulnerable, el cauteloso Gleg había apostado un

centinela allí para prevenir cualquier eventualidad. El guardia era un sogdio, y llevada un gorro de fieltro a un lado de la cabeza. Se apoyaba en una pica, y frunció el ceño cuando Roxana se acercó a él.

—¿Qué haces aquí, mujer? —le preguntó.

—Tengo miedo —dijo ella—. Los gritos me asustan, señor. El príncipe está drogado por la savia del loto y no hay nadie que disipe mis temores.

Roxana hubiera enternecido el corazón de un muerto con su actitud suplicante. El hombre se acarició la espesa barba y dijo:

—No temas, pequeña gacela. Yo te protegeré. El centinela apoyó su mano en el hombro de Roxana y la atrajo hacia él, al tiempo que decía:

—Nadie osará tocarte un pelo. Yo… ¡Aaaah!

Cuando el hombre la rodeó con sus brazos, la muchacha le clavó una daga en la garganta. El centinela aún tuvo fuerzas para echar mano a la empuñadura de la espada. Pero luego se tambaleó y cayó pesadamente. Roxana le quitó un manojo de pesadas llaves del cinto y corrió hacia la puerta. La abrió rápidamente y contuvo un grito de alegría cuando vio que Artabán y sus turanios se encontraban al otro lado del precipicio.

Una plancha maciza que hacía las veces de puente levadizo se hallaba a un lado de la puerta, pero era demasiado pesada para que la joven pudiera levantarla. En otra ocasión la había utilizado para escapar, cuando la dejaron tendida por descuido sobre el abismo. Artabán le arrojó el extremo de una soga, que la joven ató a uno de lo goznes de la puerta. El otro extremo fue sostenido por seis robustos turanios. Asidos al cabo, tres de ellos salvaron el abismo poco a poco, oscilantes sus cuerpos. Una vez del otro lado, colocaron la plancha, por la cual cruzaron el resto de los turanios.

—Que se queden aquí veinte hombres cuidando el puente —ordenó Artabán—. Los demás, seguidme.

Los turanios desenvainaron las espadas y siguieron a su jefe. Artabán, a su vez, iba detrás de la muchacha, que avanzaba rápidamente. Al entrar en el castillo, uno de los sirvientes los miró y se quedó boquiabierto. Antes que pudiera dar un grito, el afilado sable de Dayuki, que se encontraba entre los atacantes, le cortó la garganta de un tajo. La banda irrumpió en la antecámara en la que

hacían guardia los diez negros, quienes saltaron empuñando sus cimitarras. Se oyó el estrépito metálico de espadas que chocaban, entremezclado con los jadeos y los gritos de los heridos. Murieron tres turanios, y los demás entraron en la habitación por encima de los cuerpos ensangrentados de los centinelas negros.

Teyaspa se puso en pie y sus serenos ojos brillaron con un antiguo fuego, mientras Artabán se arrodillaba ante él y aferraba la empuñadura de su ensangrentada cimitarra.

—¡Estos son los guerreros que te colocarán en el trono! —exclamó Roxana.

—Vayámonos en seguida, antes que los perros zaporoskos noten nuestra presencia —dijo Artabán.

Rodeó al príncipe con sus soldados, luego atravesaron rápidamente las salas y, tras cruzar el patio, se acercaron a la puerta. A sus espaldas sonó un estrépito metálico. Y, mientras los turanios cruzaban el puente levadizo, oyeron gritos salvajes a sus espaldas. A través del patio vieron una fornida figura cubierta de seda y acero, seguida por cincuenta hombres armados que se acercaban corriendo.

—¡Gleg! —exclamó Roxana.

—¡Levantad la plancha! —rugió Artabán, saltando hacia el puente.

A ambos lados del precipicio silbaron las flechas, hasta que el aire quedó cubierto por una verdadera nube de dardos lanzados en ambas direcciones. Cayeron varios zaporoskos, y lo mismo les ocurrió a dos turanios que se pusieron a descubierto para levantar la plancha. Gleg avanzó presurosamente por el puente, con los fríos ojos grises centelleando bajo su casco en punta. Artabán se enfrentó con él cuerpo a cuerpo. En un fulgurante remolino de acero, la cimitarra del turanio desvió la hoja de Gleg, y destrozó la malla y los gruesos músculos del cuello del zaporosko. Gleg se tambaleó un instante y luego, al tiempo que profería un grito salvaje, se precipitó al abismo.

Pero los turanios habían logrado colocar el puente. En el extremo opuesto, los defensores zaporoskos de la fortaleza comenzaron a gritar y a disparar flechas. Antes de que los turanios hubieran desaparecido del saliente rocoso, tres de ellos resultaron muertos y otros fueron heridos a consecuencia de la lluvia de

dardos. Artabán profirió una maldición.

—Todo vosotros menos seis —ordenó— debéis ir delante para abrir camino. Yo os seguiré con el príncipe. Mi señor —agregó dirigiéndose a Teyaspa—, no he podido traer un caballo hasta aquí, pero haré que mis hombres preparen una litera con las lanzas.

—¡No permitan los dioses que viaje a hombros de mis libertadores! —exclamó Teyaspa—. ¡Hoy he vuelto a ser un hombre! ¡Jamás olvidaré este día!

—¡Alabados sean los dioses! —murmuró Roxana.

El grupo llegó hasta la cascada. Todos habían cruzado ya el arroyo, menos los hombres que se quedaron en la retaguardia, cuando se oyó un chasquido de cuerdas de arcos, como si una mano hubiera pulsado un arpa invisible. Las filas delanteras cayeron bajo las flechas y luego otra y otra, como espigas ante la guadaña. El resto del contingente retrocedió lanzando gritos de alarma.

—¡Perro! —exclamó Artabán, volviéndose hacia Dayuki—. ¡Esto es asunto tuyo!

—¿Ordenaría a mis hombres que disparasen contra mí? —repuso el hirkanio, completamente pálido—. ¡Este es un nuevo enemigo!

Artabán corrió hacia sus desmoralizados hombres bramando maldiciones. Sabía que los zaporoskos no tardarían en tender una nueva pasarela sobre el precipicio y lo perseguirían, con lo que quedaría atrapado entre dos enemigos. No tenía la menor idea de quiénes podían ser sus atacantes. Del castillo llegaron los gritos de la batalla y después se oyó el resonar del acero y de los cascos de los caballos en el valle exterior. Pero cuando se halló en la estrecha garganta del desfiladero, donde los ruidos llegaban atenuados, Artabán no supo con certeza el origen de aquellos ruidos.

Los turanios siguieron cayendo ante la lluvia de flechas que arrojaban sus invisibles enemigos. Algunos de los atacados dispararon ciegamente sus dardos contra los arbustos. Artabán les hizo bajar los arcos y gritó:

—¡Imbéciles, estáis malgastando flechas contra unas sombras! ¡Desenvainad las espadas y seguidme!

Con la furia que da la desesperación, los turanios sobrevivientes atacaron con la capa al viento y ojos centelleantes. Las flechas derribaron a algunos turanios más, pero los restantes saltaron al agua y cruzaron el angosto cauce, desde los matorrales que había al

otro lado se levantaron unos individuos de aspecto salvaje, algunos cubiertos con cotas de malla y otros semidesnudos, empuñando sus espadas.

—¡A por ellos! —bramó una voz potente—. ¡Matad sin piedad!

Un grito de asombro surgió de las filas turanias cuando reconocieron a los piratas del mar de Vilayet. Luego se lanzaron al ataque rugiendo. El estrépito metálico del acero resonaba con fuerza en los riscos. Los primeros turanios que saltaron a la orilla opuesta del arroyo cayeron con la cabeza destrozada. Luego los piratas saltaron de sus refugios para enfrentarse a sus enemigos en una lucha cuerpo a cuerpo, con el agua hasta la cintura. Piratas y turanios mataban y morían con loco frenesí, mientras la sangre y el sudor les cubrían el rostro. En pocos minutos las aguas se tiñeron de rojo.

Dayuki se mezcló con los combatientes y su cimitarra de doble filo segó la cabeza de un pirata. Entonces Vinashko se arrojó sobre él sin arma alguna y gritando desaforadamente.

El hirkanio retrocedió ante la salvaje ferocidad que se dibujaba en el rostro del yuetshi, que consiguió aferrarlo por el cuello y le clavó los dientes en la garganta. Continuó asido a su presa, mordiendo cada vez más hondo, como si no sintiera la daga que Dayuki le hundía una y otra vez en un costado. La sangre cubrió la boca de Vinashko, y luego ambos perdieron el equilibrio y cayeron al agua. Mientras seguía la desaforada lucha, los dos hombres fueron arrastrados por la corriente. Se vio emerger una cabeza y luego otra, hasta que ambos desaparecieron para siempre en las espumosas aguas del riachuelo.

Los turanios fueron rechazados hasta la orilla izquierda del arroyo, donde opusieron una breve y dura resistencia. Luego se dispersaron y huyeron hacia el lugar desde donde el príncipe Teyaspa contemplaba la lucha, como en trance. El príncipe se encontraba a la sombra del acantilado, con el pequeño grupo de soldados que Artabán había asignado para su defensa. Por tres veces hizo ademán de sacar su espada, pero Roxana, abrazándolo con fuerza, se lo impidió.

Por su parte. Artabán consiguió librarse del acoso de sus enemigos y se encaminó rápidamente hacia donde estaba Teyaspa La espada del antiguo almirante del rey Yildiz estaba roja hasta la

empuñadura. Su cota de malla estaba rasgada y la sangre chorreaba por debajo de su casco. Tras él avanzaba Conan empuñando su enorme espada con su puño de acero. Cada uno de los golpes destrozaba escudos, hundía cascos y abollaba corazas, atravesando las cotas de malla, la carne y los huesos.

—¡Eh, vosotros, bribones! —rugió el cimmerio en hirkanio con fuerte acento bárbaro—. ¡Quiero tu cabeza, Artabán, y en cuanto a ti, Teyaspa, no debes temer nada, mi apuesto príncipe, pues no te haré daño!

Artabán, que buscaba un lugar por donde huir, observó los huecos de la pared y se dio cuenta del fin con el que habían sido hechos.

—¡Rápido, mi señor! —dijo—. ¡Sube por esos asideros! ¡Yo detendré a los bárbaros mientras tanto!

—¡Sí, deprisa! —exclamó Roxana—. ¡Yo te seguiré!

Pero el fatalismo se agazapaba en el espíritu del príncipe Teyaspa, que se encogió de hombros y, con gesto resignado, dijo:

—No, los dioses no quieren que me siente en el trono. ¡Nadie puede escapar a su destino!

Roxana se echó las manos a la cabeza con una expresión de horror. Artabán envainó su espada y comenzó a ascender por el talud con la agilidad de un marinero. Pero Conan fue tras él, lo agarró por un tobillo y lo hizo caer en medio de un gran estrépito metálico. El hirkanio trató de volverse para repeler el ataque, pero el cimmerio le traspasó el cuerpo con su espada y parte del arma se clavó en el suelo.

Los piratas se acercaron con las espadas chorreando sangre. Teyaspa tendió las manos y dijo:

—Aquí me teneis. Yo soy Teyaspa.

La muchacha se tapó los ojos, temiendo lo peor. Luego reaccionó con la rapidez del rayo y clavó su daga en el corazón del príncipe, que cayó muerto a sus pies. Inmediatamente volvió la hoja contra su propio pecho y se desplomó junto a su amado. La joven, musitando un débil lamento, sostuvo la cabeza del príncipe entre sus brazos, mientras los piratas se reunían a su alrededor, impresionados y sin comprender lo que ocurría.

Un rumor procedente de la parte alta del desfiladero les hizo levantar la cabeza. No eran más que un puñado de hombres

exhaustos tras la batalla y con la ropa empapada en agua y sangre.

—Vienen soldados por el desfiladero —dijo Conan—. Volved al túnel.

Los piratas obedecieron con lentitud, como si solo comprendieran a medias lo que se les decía. Antes de que el último de ellos hubiese alcanzado el refugio de la cascada, irrumpió una oleada de hombres procedentes del camino que bajaba del castillo. Conan profirió una maldición y empujó a los piratas que quedaban. Al mirar a su alrededor, vio el desfiladero atestado de hombres armados que llevaban el gorro de piel de los zaporoskos, junto con otros que usaban los turbantes blancos de la guardia imperial de Aghrapur. Uno de estos últimos llevaba como adorno en el turbante algunas plumas de ave del paraíso. Conan reconoció, por ese detalle, entre otros, al general de la guardia imperial, el tercer hombre en la línea de poder del Imperio Turanio.

El general vio a Conan y a la retaguardia de sus piratas, y dio una orden. En el momento en que el bárbaro, que iba el último, se internaba a través de la cortina de agua de la cascada, un grupo de turanios se destacó del resto y corrió hacia el arroyo.

Conan ordenó a sus hombres que corrieran. A continuación se volvió hacia la cascada sosteniendo el escudo de un turanio muerto y empuñando su enorme espada.

Uno de los soldados imperiales cruzó la cortina líquida y, antes que tuviera tiempo de gritar, el arma del cimmerio le atravesó el cuello. Su cabeza y su cuerpo cayeron en dirección opuesta por el saliente rocoso, y luego rodaron hacia la laguna. El segundo guardia imperial tuvo tiempo de asestar un mandoble contra la borrosa figura que se cernía sobre él, pero su espada rebotó contra el escudo del cimmerio. Poco después, el soldado también caía en el arroyo con el cráneo partido en dos.

Entonces se oyeron una serie de gritos, apagados en parte por el rumor de la cascada. Conan se echó a un lado, contra la pared del túnel, y en ese momento una lluvia de flechas traspasó la cortina líquida, estrellándose contra las paredes y el suelo del túnel.

Una mirada hacia atrás indicó a Conan que sus hombres ya se habían perdido en la oscuridad del túnel. Entonces corrió tras ellos, de modo que cuando los guardias irrumpieron nuevamente a través de la cascada, ya no encontraron a nadie allí.

Mientras tanto, en el desfiladero se alzaron voces de sorpresa y espanto cuando los recién llegados se detuvieron ante los cadáveres. El general se arrodilló junto al cuerpo del príncipe y de la muchacha moribunda.

—¡Es el príncipe Teyaspa! —exclamó el general.

—Ya no podéis hacerle nada… —murmuró Roxana—. Yo hubiera hecho de él un rey, pero vosotros le robasteis su hombría… y preferí matarlo…

—¡Yo le traía la corona de Turan! —dijo el general—. Yildiz ha muerto, y el pueblo se sublevará contra su hijo Yezdigerd en cuanto tengan otro soberano a quien seguir.

—¡Es demasiado tarde! —musitó la muchacha, y su oscura cabeza cayó hacia un lado.

Conan corrió túnel arriba mientras escuchaba a sus espaldas el eco de los pasos de los turanios. Allí donde el pasadizo se convertía en una gran chimenea natural flanqueada por las tumbas de la raza olvidada, el cimmerio vio a sus hombres agrupados con aire desconcertado en el fondo del pozo que había más abajo. Algunos observaban la llama que había en el centro de la circunferencia y otros miraban la escalera por la que habían bajado.

—¡Regresad al barco! —gritó el cimmerio con las manos haciendo bocina.

Sus gritos resonaron en las negras paredes cilíndricas.

Los piratas comenzaron a salir por las grietas que los comunicaban con el mundo exterior. Conan se volvió nuevamente y se apoyó sobre el borde de la chimenea, justamente al lado de la entrada del túnel. Allí esperó a que los pasos resonaran con más fuerza.

Uno de los soldados de la guardia imperial irrumpió desde el túnel. La espada de Conan volvió a centellear y se clavó en la espalda del hombre atravesándole la malla, la carne y la espina dorsal. El soldado gritó y cayó de cabeza desde el saliente rocoso. El impulso lo llevó más allá de la escalera en espiral, fue a dar en el agujero del cual salía la llama y cayó en él como un corcho en la boca de una botella. La llama se extinguió al instante, dejando el recinto en la penumbra, alumbrado tan solo por la luz de la abertura que se hallaba en lo alto.

Conan siguió observando la salida del túnel para sorprender al

próximo enemigo que entrase. El guardia que llegó a continuación fue mucho más cauto: observó primero y dio un salto hacia atrás en el momento en que Conan intentó asestarle un temible revés con la espada. Luego se oyeron algunas voces y ante el rostro del cimmerio silbó una flecha, que se quebró en la pared rocosa de enfrente.

Conan se volvió e inició un rápido descenso, saltando los escalones de tres en tres. Al llegar al fondo vio a Ivanos, que conducía a los últimos piratas hasta la grieta que había al otro lado de la oquedad, a unos diez pasos de distancia. A la izquierda de esa grieta, y a una altura de unos ocho metros del suelo, se hallaba la boca del túnel, por la que comenzaron a salir soldados turanios, que bajaron precipitadamente por la escalera en espiral. Un par de ellos lanzaron sus flechas contra el cimmerio, pero entre la rapidez de la carrera de este y la escasa luz que había en el recinto, erraron el blanco.

En el momento en que Conan dejaba atrás la escalera, otro grupo de individuos apareció en escena. Con un sonido chirriante que hizo estremecer hasta a los más valientes, las losas de piedra que cubrían los nichos se abrieron hacia dentro, primero lentamente y luego por docenas. Entonces, los seres que habitaban aquellas tumbas salieron de estas como un enjambre de larvas sale de sus celdillas. El cimmerio apenas había dado tres pasos hacia la salida, cuando vio bloqueado su camino por aquellos engendros.

Su aspecto era vagamente humano, pero estaban muy pálidos y no tenían pelo; eran delgados y enjutos, como si hubieran estado sometidos a un largo ayuno. Tanto los dedos de sus manos como los de sus pies terminaban en unas enormes garras afiladas. Sus grandes ojos miraban fijamente y sus rostros parecían más de los de un murciélago que los de un ser humano, puesto que tenían orejas enormes, pequeñas narices aplanadas y bocas anchas, que dejaban entrever unos colmillos puntiagudos.

Los primeros en llegar al suelo fueron los que salieron de los nichos inferiores. Pero las filas de arriba también se estaban abriendo, y los monstruos descendían por centenares de las ásperas paredes ayudándose con sus afiladas garras. Los engendros observaron a los últimos piratas que se disponían a abandonar el pozo. Al tiempo que emitían un chillido intermitente, se abalanzaron con las zarpas extendidas sobre aquellos hombres.

A Conan se le erizó el cabello por el horror que sienten los bárbaros ante la amenaza de lo sobrenatural. Se dio cuenta que aquellos seres eran los temibles brilukas de la leyenda zaporoska unas criaturas que no eran ni hombres, ni bestias, ni demonios sino algo de cada cosa. Su inteligencia casi humana les servía para satisfacer su necesidad bestial de sangre, en tanto que sus poderes sobrenaturales les permitían sobrevivir encerrados en sus tumbas durante siglos y siglos. Estos seres de las tinieblas habían sido inmovilizados por la llama. Cuando esta se extinguió, surgieron feroces como siempre y con una infinita avidez de sangre.

Los que alcanzaron el suelo cerca de Conan se abalanzaron sobre él con las garras extendidas. El cimmerio lanzó un rugido inarticulado y trazó grandes círculos a su alrededor con la espada para evitar que se acercaran a sus espaldas. La hoja demostró que aquellos seres tenían entidad material, ya que a uno le cercenó la cabeza, a otro un brazo y hasta cortó a uno de los brilukas por la mitad. A pesar de todo, se amontonaron agitados, mientras de la escalera en espiral se alzaban los gritos de los primeros turanios, a medida que los brilukas saltaban sobre ellos desde arriba o trepaban desde abajo para clavarles las zarpas y los colmillos en la carne.

La escalera quedó cubierta de cuerpos que se retorcían y luchaban, mientras los turanios repelían el ataque. Un grupo compuesto por un soldado y varios brilukas aferrados a él rodó por las escaleras y fue a dar al suelo. La entrada de la habitación estaba abarrotada de brilukas que intentaban perseguir a los hombres de Conan. Pocos segundos antes que pudieran dominarlo también a él, Conan, advirtiendo que de nada le valdría aquella salida hacia el exterior, gritó y echó a correr, pero no hacia donde los brilukas esperaban que lo hiciera. Dio vueltas en zigzag para esquivar a los monstruos y blandió la espada como un remolino fulgurante en la penumbra hasta llegar a la pared situada justamente debajo de la plataforma que formaba la parte superior de la escalera. A sus espaldas quedó un rastro de cuerpos que se retorcían desesperadamente. Las afiladas garras que se tendieron hacia él durante la carrera resbalaron en su cota de malla, pero hicieron jirones sus ropas de tela, produciéndole algunas heridas en brazos y piernas.

Cuando llegó a la pared, Conan dejó caer el escudo a un lado, se

colocó la espada entre los dientes y, dando un gran salto en el aire, se aferró al borde inferior de uno de los nichos de la tercera fila, del que ya había salido su terrible morador. Con la agilidad de un mono, el montañés de Cimmeria trepó por la pared utilizando las aberturas de los nichos como apoyo para su ascenso En cierto momento, cuando su rostro quedó frente a una de las aberturas, un espantoso rostro de murciélago lo miró con ojos relucientes. El briluka comenzaba a salir de su secular morada, pero el puño de Conan se estrelló contra el sonriente rostro con un crujido de huesos rotos. Luego, sin detenerse a observar los estragos que había causado, el cimmerio siguió ascendiendo.

Debajo de él, otros brilukas treparon por la pared persiguiéndolo. Poco después, Conan se encontraba finalmente en la plataforma superior. Los soldados que habían llegado últimos, al ver lo que ocurría en la habitación, se dieron media vuelta y salieron corriendo a través del túnel. Unos pocos brilukas se encontraban ya en el acceso del pasadizo para perseguir a los soldados cuando Conan llegó a la plataforma.

Se volvieron contra el cimmerio, pero este cayó sobre ellos como un torbellino. Los cuerpos mutilados cubrían la plataforma a medida que la espada del bárbaro atravesaba la carne blanca e infrahumana. Por un instante, la plataforma quedó libre de monstruos, y Conan echó a correr por el interior del túnel con todas sus fuerzas.

Delante de él corrían algunos vampiros, que perseguían a los guardias imperiales. Conan atacó a los brilukas por detrás, abatió a uno tras otro con su espada, hasta que quedaron todos retorciéndose entre su viscosa sangre blanquecina sobre el suelo rocoso. El cimmerio siguió corriendo hasta que llegó al extremo del túnel, donde el último de los soldados acababa de trasponer la cascada.

Una mirada hacia atrás le indicó a Conan que otro enjambre de brilukas avanzaba hacia él con las garras extendidas. El cimmerio cruzó la cortina de agua, a su vez, y se encontró mirando hacia abajo, en dirección al escenario de la reciente batalla contra los turanios. El general y el resto de su escolta se hallaban abajo, gritando y gesticulando a medida que veían aparecer a través de la cascada a los horrorizados soldados. Cuando apareció Conan detrás

del último de estos, el general gritó:

—¡Es uno de los piratas! ¡Disparad las flechas!

Conan se encontraba ya a mitad de camino por la pendiente. Los que estaban delante de él, y que acababan de alcanzar el suelo del desfiladero, se volvieron para mirarlo. Conan avanzó dando zancadas tan enormes que los arqueros, al calcular mal su velocidad, enviaron una lluvia de flechas que se estrellaron contra las rocas que había detrás de él. Antes de que pudieran preparar el segundo ataque, Conan llegó a la grieta que había en los riscos y se deslizó en su interior, lo que de momento lo protegió de las flechas de los turanios que se hallaban cerca del general. Se cogió entonces de los huecos que había en la pared rocosa y ascendió como un mono. Cuando los turanios pudieron reaccionar y se acercaron a las hendiduras desde donde podían verlo y disparar sobre él, Conan se encontraba ya a unos quince pasos de altura, y continuaba subiendo con rapidez.

Las flechas volvieron a silbar a su alrededor y se estrellaron en la roca. Un par de ellas le dieron en el cuerpo, pero la cota de malla y la distancia a la que se hallaba impidieron que resultara herido. Un dardo fue a darle en una parte del brazo que tenía al descubierto, pero la afilada punta solo le atravesó superficialmente la piel. Al tiempo que profería un juramento atroz, Conan se arrancó la flecha y continuó su escalada. La sangre de la herida le empapaba el brazo y le chorreaba por todo el cuerpo. En la siguiente descarga de dardos, el cimmerio estaba a tal altura que las flechas ya no tenían fuerza cuando llegaban hasta él. Una le dio en una bota, pero no pudo traspasar el cuero.

A medida que iba ascendiendo, los turanios se hacían más pequeños allí abajo. Cuando vieron que las flechas ya no le alcanzaban, los soldados dejaron de disparar. El cimmerio pudo oír la discusión que se entabló entre los hombres. El general quería que sus hombres treparan en persecución de Conan, pero los soldados protestaron, diciendo que sería inútil, pues el pirata se limitaría a esperarlos en la parte superior del talud y les cortaría la cabeza a medida que fueran apareciendo. Conan sonrió con aire taciturno.

Entonces llegó a la parte superior del risco. Se sentó jadeando en el borde, con los pies colgando en el aire, y procedió a vendarse las heridas con trozos de sus desgarradas vestiduras. Luego echó un

vistazo a su alrededor, y al mirar por encima de la pared rocosa hacia el valle del río Akrim, vio a unos hirkanios ataviados con pieles de cordero que galopaban a caballo perseguidos por jinetes de brillante malla de acero. Estos últimos eran soldados turanios. Debajo de Conan, los turanios y los zaporoskos se movían como hormigas, y finalmente se encaminaron por la garganta del desfiladero en dirección al castillo, dejando a unos pocos soldados para vigilar, en caso de que el bárbaro descendiera por allí.

Poco después, Conan se puso en pie, estiró sus músculos y se volvió para mirar al este, en dirección al mar de Vilayet. Sus agudos ojos divisaron un barco y, haciendo pantalla con una mano, comprobó que se trataba de una galera del ejército turanio, que se alejaba de la cala en la que Artabán había dejado su barco.

—¡Por Crom! —exclamó—. ¡De modo que los muy cobardes han subido a bordo y se marchan sin esperar…!

Se golpeó con un puño la palma de la otra mano y gruñó como un oso enojado. Luego se calmó y se echó a reír. Era de esperar. De todas formas, se estaba cansando de las tierras hirkanias, y todavía había muchos países en el Oeste que no conocía.

Conan se dispuso a buscar el abrupto camino que conducía hacia abajo y que le había enseñado el desaparecido Vinashko.

Nacerá una bruja

Robert E. Howard, 1934

Conan se apodera de un caballo abandonado por uno de los soldados hirkanios y se dirige a las estepas en las que habitan sus amigos, los kozakos. Pero al llegar se encuentra con que estos todavía se hallan dispersos. Yezdigerd, que ahora ocupa el trono de Turan, demuestra ser un gobernante más astuto y enérgico que su predecesor. Pone todas sus riquezas y energías al servicio de conquistas imperiales que finalmente lo convierten en el soberano del imperio más poderoso creado en la Edad Hiboria.

Después de escapar por muy poco de sus perseguidores turanios, Conan llega al pequeño reino fronterizo de Khaurán, que se encuentra entre el extremo oriental de Koth y las estepas y desiertos sobre los cuales los turanios extienden poco a poco su dominio. Conan no tarda en ocupar el puesto de comandante en la guardia real de la reina Taramis de Khaurán.

1. La media luna escarlata

Taramis, reina de Khaurán, se despertó de un pesado sueño y se vio envuelta en un silencio que parecía más la quietud de una tumba que el de un palacio en horas de la noche. Se quedó mirando hacia la oscuridad, preguntándose por qué se habrían apagado los candelabros. El fulgor de las estrellas no llegaba a iluminar el interior de la habitación a través de los barrotes dorados de la ventana. Pero mientras Taramis se hallaba tendida en su lecho notó que frente a ella había un resplandor luminoso que brillaba en la penumbra. Lo observó desconcertada y advirtió que el punto luminoso crecía en intensidad y en tamaño hasta convertirse en una especie de círculo de luz que flotaba sobre los tapices de terciopelo que había en la pared de enfrente. Taramis contuvo la respiración y se incorporó hasta quedar sentada en el lecho. Entonces advirtió que dentro del círculo luminoso se estaba materializando algo: era una cabeza humana.

Presa del pánico, la reina abrió la boca para gritar, pero se contuvo. El resplandor se hizo más intenso, y la cabeza aparecía delineada muy claramente. Se trataba de una cabeza de mujer, pequeña y delicada, que transmitía un soberbio equilibrio y tenía una mata de cabello negro y lustroso peinado hacia arriba. El rostro se hacía cada vez más nítido, y fueron esas facciones las que paralizaron a Tamaris. ¡Aquellos rasgos eran los de su propia cara! Era como si se mirara en un espejo que alterara sutilmente sus facciones… ese rostro felino tenía una expresión maligna, una mirada salvaje, un rictus de venganza.

—¡Por Ishtar! —dijo Taramis con voz entrecortada—. ¡Estoy embrujada!

Entonces habló la aparición, cuya voz era como un veneno almibarado.

—¿Embrujada? No, querida hermana. Esto no es brujería.

—¿Hermana? —preguntó atónita la reina tartamudeando—. No…, yo no tengo ninguna hermana…

—¿Nunca la has tenido? —prosiguió la voz, vengativa y burlona —. ¿No tuviste una hermana gemela, cuya carne era tan suave para las caricias y las heridas como la tuya?

—Bueno, tuve una hermana… —repuso Taramis, convencida de que aún se hallaba bajo el influjo de una especie de pesadilla—; pero murió.

El hermoso rostro que había en el círculo luminoso pareció crisparse con una expresión de intensa ira. El gesto se volvió tan demoníaco que Taramis se echó atrás, como si temiera que los ondulados cabellos de la aparición se convirtieran en un manojo de víboras.

—¡Mientes! —exclamó la bella cabeza, que lanzó la acusación con los rojos labios contraídos por el odio—. ¡Ella no murió! ¡Necia! ¡Oh, basta ya de estupideces! ¡Mírame con tus malditos ojos y comprende de una vez!

La voz inundó súbitamente los tapices, que parecían serpientes en llamas, y, asombrosamente, los cirios que había en los candelabros dorados se volvieron a encender. Taramis se acurrucó en su lecho de terciopelo, con las hermosas y finas piernas dobladas bajo su cuerpo, mirando con ojos muy abiertos a la silueta de aspecto de pantera y aire burlón que se encontraba ante ella. Era como si contemplara a otra Taramis, idéntica a ella en cada línea de su cuerpo, aunque insuflada de un espíritu maligno y con una personalidad muy diferente a la suya. El rostro de la otra reflejaba sentimientos completamente opuestos a los de la soberana. La sensualidad y el misterio centelleaban en los oscuros ojos de la desconocida; la crueldad curvaba sus labios llenos, y cada movimiento de su esbelto cuerpo resultaba sutilmente insinuante. Su peinado era igual al de la reina y sus pies calzaban unas sandalias doradas como las que Taramis tenía en su tocador. La escotada túnica de seda, sujeta en la cintura por un lazo dorado, era idéntica a la de la reina.

—¿Quién eres? —preguntó Taramis, sintiendo que se le helaba la sangre en las venas—. ¡Explica tu presencia, si no quieres que mis doncellas llamen a los guardias!

—¡Puedes gritar hasta que crujan los techos! —respondió con dureza la otra—. Tus mujerzuelas no se despertarán hasta que amanezca, aunque el palacio se incendiara. Y tus centinelas no oirán tus chillidos, pues han sido enviados fuera de esta ala del palacio.

—¿Cómo? —exclamó Taramis, irguiéndose con airada majestad—. ¿Quién ha osado dar a mis guardias una orden semejante?

—Fui yo, dulce hermana —repuso la otra joven con tono burlón—. Lo hice antes de entrar aquí. Creyeron que yo era su adorada reina. ¡Oh, qué bien representé el papel! ¡Con qué imperiosa dignidad, atenuada por una femenina dulzura, me dirigí a tus fornidos patanes, que se arrodillaron ante mí con sus armaduras y sus cascos emplumados!

Taramis sintió que la perplejidad la envolvía como una red que la paralizaba.

—¿Quién eres? —gritó al fin, con desesperación—. ¿Qué locura es esta? ¿Para qué has venido?

—¿Quieres saber quién soy?

Sus suaves palabras eran como el silbido de una serpiente. La joven aparición se acercó al borde del lecho, cogió a la reina por sus blancos hombros y la miró con fiereza. Y bajo el hechizo de aquella mirada hipnótica, la reina se olvidó del ultraje inaudito que significaba el que alguien pusiera las manos sobre el cuerpo de una soberana.

—¡Necia! —dijo la aparición con los dientes apretados—. ¿Todavía lo preguntas? ¡Soy Salomé!

Taramis suspiró profundamente y se le erizó el cabello al comprender el alcance de aquella increíble revelación.

—¡Salomé! —exclamó con una voz casi inaudible la reina—. Yo creía que habías muerto una hora después de haber nacido las dos…

—Eso mismo pensaron muchos… —dijo la mujer que decía llamarse Salomé—. ¡Me llevaron al desierto para dejarme morir allí, malditos sean! A mí, cuya vida era entonces tan frágil como la vacilante llama de un candil. ¿Y sabes por qué querían que me muriera?

—Me han contado la historia… —dijo Taramis con un titubeo.

Salomé se rio con fiereza y de un manotón se bajó el escote de la

túnica, hasta que quedó al descubierto la parte superior de sus firmes pechos. Entre sus senos había una extraña marca: una media luna roja y brillante como la sangre.

—¡La marca de la bruja! —exclamó Taramis retrocediendo.

—¡Sí! —afirmó Salomé con una risa que era como un puñal impregnado de odio—. ¡La maldición de los reyes de Khaurán! ¡Sí, cuentan esta historia hasta en los mercados! Dicen que la primera reina de nuestro linaje tuvo trato carnal con un demonio de las tinieblas y dio a luz una hija que vive en esa infame leyenda hasta nuestros días. Y desde entonces, en cada siglo nace una niña de la dinastía Askhauria con una media luna de color escarlata entre los senos, como testimonio de su destino.

»"En cada siglo nacerá una bruja", dice la antigua maldición —prosiguió Salomé—. Y así ha sido. Algunas han sido asesinadas al nacer, como creyeron haberme matado a mí. Otras erraron por la tierra como brujas, altivas hijas de Khaurán, con la luna infernal brillando entre sus pechos de marfil. Todas se llamaban Salomé. Yo también. Siempre Salomé, la bruja, aun después de que las montañas de hielo avancen rugiendo desde los polos y conviertan en ruinas la civilización, y luego surja un nuevo mundo de las cenizas y el polvo. Incluso entonces, habrá Salomés errando por el mundo, para seducir a los hombre con sus hechicerías, para bailar ante todos los reyes del mundo y hacer que las cabezas de los hombres sabios caigan con solo desearlo.

—Pero…, pero tú… —balbució Taramis.

—¿Yo? —dijo Salomé, y sus ojos ardieron como el oscuro fuego del misterio—. Me llevaron al desierto, lejos de la ciudad, y me dejaron desnuda sobre la arena caliente, bajo el sol abrasador. Y luego se marcharon dejándome a merced de los chacales, los buitres y los lobos del desierto.

»Pero la vida que había en mí era más fuerte que la del común de los mortales —agregó—, pues participa de la esencia de las fuerzas que existen en los negros abismos siderales. Pasaron las horas y el sol quemaba como las llamas del infierno, pero yo no rendí mi vida. Todavía recuerdo aquel tormento, que me parece lejano y borroso, como un sueño antiguo. Luego vinieron unos camellos con unos hombres de piel amarilla que vestían ropas de seda y hablaban en una lengua extraña. Se habían extraviado de la

ruta de las caravanas y, al pasar cerca de mí, su jefe me vio y reconoció la marca de la media luna escarlata en mi pecho. Me levantó del suelo y me devolvió a la vida.

»Era un mago de la remota Khitai —prosiguió—, que regresaba a su reino natal después de un largo viaje por Estigia. Me llevó con él a Paikang, la ciudad de las torres de color púrpura, con sus minaretes elevándose por encima de las selvas de plantas trepadoras y de bambú. Allí crecí y me hice mujer, educada por él. Con el tiempo había adquirido profundos conocimientos de magia negra. Me enseñó muchas cosas…

Salomé hizo una pausa y sonrió enigmáticamente, con un brillo misterioso y maligno en sus ojos oscuros. Luego echó la cabeza atrás y continuó:

—Finalmente me echó de su lado, pues decía que yo era una bruja corriente, a pesar de sus enseñanzas, y que no era la persona apropiada para dominar la poderosa magia que él hubiera podido enseñarme. Dijo que él me habría convertido en la reina del universo y que habría dominado a todas las naciones del mundo a través de mí. Pero no había nada que hacer, pues yo no era más que una prostituta de la magia negra. ¿Y a mí qué me importa? No soportaba la idea de verme encerrada en una torre dorada, pasando largas horas en la contemplación de una bola de cristal, farfullando encantamientos escritos sobre una piel de serpiente con sangre de jóvenes vírgenes, o estudiando viejos libros llenos de polvo en lenguas olvidadas.

»El mago dijo que yo era un espíritu demasiado terrenal —prosiguió—, que no sabía nada acerca de los profundos abismos de la magia cósmica. Este mundo tiene todo lo que yo puedo desear: poder, boato, apuestos hombres que me sirvan de amantes y dóciles mujeres que sean mis esclavas. Me reveló quién era yo, así como la maldición de mi ascendencia. Por lo tanto, he venido a tomar lo que me corresponde, pues tengo tanto derecho a ello como tú. Será mío por la ley de posesión.

—¿Qué quieres decir? —repuso Taramis, poniéndose en pie de un salto y enfrentándose a su hermana, sobrepuesta de su asombro y su miedo—. ¿Crees que por el hecho de haber drogado a algunas de mis doncellas y engañado a algunos de mis soldados, tienes derecho al trono de Khaurán? ¡No olvides que yo soy la legítima

soberana de este país! Te concederé un lugar de honor, como hermana mía, pero…

Salomé se rio sarcásticamente, y luego dijo:

—¡Qué generosa eres, querida hermana! Pero antes de que me pongas en ese lugar, ¿quieres decirme quiénes son esos soldados que acampan en la llanura que hay fuera de las murallas de la ciudad?

—Son mercenarios shemitas al mando de Constantius, un voivoda kothio que dirige a los Compañeros Libres.

—¿Y qué hacen en Khaurán? —preguntó la bruja.

Tamaris comprendió que Salomé se estaba burlando de ella, pero respondió con la poca dignidad que le quedaba:

—Constantius me pidió permiso para cruzar el territorio de Khaurán en su camino hacia Turan. El mismo Constantius ha quedado como garantía del buen comportamiento de sus tropas durante el tiempo que estas permanezcan en mis dominios.

—¿Y acaso no ha pedido Constantius tu mano hoy mismo? Taramis miró a la otra con recelo.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

Por toda respuesta, la bruja se encogió de hombros con gesto insolente. Pero agregó:

—Y tú te negaste, ¿verdad, hermana?

—¡Por supuesto que me negué! —exclamó Taramis furiosa—. ¿Crees que la reina de Khaurán, de la dinastía Askhauria, a la que tú también perteneces, puede hacer otra cosa que rechazar con desdén semejante proposición? ¿Crees que puedo casarme con un sanguinario aventurero, con un hombre desterrado de su reino a causa de sus crímenes, y que es el jefe de una banda de saqueadores y asesinos a sueldo? Yo jamás hubiese consentido que trajera a sus barbudos criminales a Khaurán —agregó Taramis—, pero él es virtualmente mi prisionero y está constantemente vigilado por mis soldados en la torre sur. Mañana le ordenaré que abandone el reino con sus tropas. Sin embargo, él permanecerá cautivo hasta que todos los soldados hayan cruzado la frontera. Entre tanto, mis hombres vigilan desde las murallas de la ciudad, y he advertido a Constantius que deberá responder por cualquier desmán que cometan sus mercenarios entre mis súbditos.

—¿Dices que está encerrado en la torre sur? —preguntó Salomé.

—Eso dije. ¿Por qué lo preguntas?

Por toda respuesta, Salomé dio unas palmadas y, levantando la voz, en la que se apreciaba un cruel tono de gozo, exclamó:

—¡La reina te concede audiencia, Halcón!

Se abrió una puerta dorada, adornada con arabescos, y entró en la habitación un hombre alto y delgado. Cuando Taramis lo vio, profirió una exclamación de asombro e ira.

—¡Constantius! ¿Cómo osas entrar en mis aposentos? —preguntó la reina.

—¡Ya lo ves, Majestad! —repuso el recién llegado, e inclinó con burlona humildad su oscura cabeza de halcón.

Constantius, a quien sus hombres llamaban Halcón, era alto, tenía espaldas anchas y caderas delgadas; era fuerte y flexible como una varilla de acero. Era un hombre de una extraña belleza aquilina y cruel. Su rostro estaba bronceado por el sol y el cabello que coronaba su alta frente era negro como el ala de un cuervo. La mirada de sus ojos oscuros era penetrante y atenta, y la dureza de sus finos labios era subrayada por el pequeño bigote negro. Usaba botas de cuero de Kordava y su jubón de seda lisa y sin adornos estaba algo descolorido por el uso y tenía manchas de óxido de la armadura.

Mientras se atusaba el fino bigote, Constantius recorrió el cuerpo de la reina con su mirada. Su expresión era tan insolente, que Taramis no pudo menos que echarse atrás de vergüenza ante la afrenta.

—Por Ishtar, Taramis —dijo él con tono meloso—. Te encuentro más atractiva con el camisón que con tus vestidos de reina. ¡A decir verdad, creo que esta va a ser una noche inolvidable!

El miedo se asomó a los oscuros ojos de la reina. Pero no era necia y sabía que Constantius jamás cometería un ultraje semejante a menos que estuviera muy seguro de sí mismo.

—¡Estás loco, Constantius! —dijo Taramis—. Si bien yo estoy en tu poder en esta habitación, tú, en cambio, te encuentras en poder de mis súbditos, que te descuartizarán si llegas a tocarme. Vete de una vez, si aprecias en algo tu vida.

Los otros dos se rieron con sarcasmo, y Salomé esbozó un gesto de impaciencia mientras decía:

—Basta ya de esta farsa. Pasemos al siguiente acto del drama.

Escucha, querida hermana: fui yo quien hizo venir a Constantius. Cuando decidí apoderarme del trono de Khaurán, busqué al hombre apropiado para que me ayudara, y opté por Halcón. Lo hice porque carece de todo escrúpulo y de lo que los hombres llaman sentido de bien y del mal.

—Estoy impresionado por tus alabanzas, princesa —murmuró Constantius, haciendo una profunda reverencia al tiempo que esbozaba una sonrisa cínica.

—Lo envié a Khaurán, y una vez que sus hombres estuvieron acampados en la llanura y él se encontró en el interior del palacio, yo entré en la ciudad por la pequeña puerta que hay en la muralla occidental, pues los imbéciles que vigilaban creyeron que eras tú, que regresabas de alguna aventura nocturna…

—¡Arpía! —exclamó Taramis con las mejillas inflamadas y perdiendo algo de su real compostura.

Salomé sonrió y dijo:

—A decir verdad, los soldados estaban sorprendidos, pero me dejaron pasar sin hacerme preguntas. Entré en el palacio de la misma manera y ordené a los asombrados guardias que se marchasen. Lo mismo hice con los centinelas que vigilaban a Constantius en la torre sur. Luego vine hasta aquí y me encontré con las damas de honor, que me saludaron al verme pasar.

Taramis palideció y apretó los puños con fuerza. Luego preguntó con voz temblorosa:

—¿Y qué harás ahora?

—¡Escucha! —dijo Salomé inclinando la cabeza.

A la habitación llegaba un creciente rumor de voces y sonidos metálicos. Después se oyeron varios gritos de alarma, que se mezclaron con voces de mando pronunciadas en una lengua extranjera.

—La gente se ha despertado y tiene miedo —dijo Constantius irónicamente—. ¡Será mejor que salgas a tranquilizarlos, Salomé!

—Llámame Taramis —repuso Salomé—. Debemos acostumbrarnos.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó la reina con un grito angustiado.

—Fui hasta las puertas de la muralla y ordené a los soldados que las abrieran —respondió Salomé—. Se quedaron atónitos, pero

obedecieron. Las voces que oyes son de las tropas del Halcón, que están entrando en la ciudad.

—¡Diabólica mujer! —exclamó Taramis—. ¡Me has hecho aparecer ante mi pueblo como una vil traidora! ¡Oh, debo ir a hablarles…!

Al tiempo que lanzaba una carcajada cruel, Salomé cogió a la reina por la muñeca y la obligó a detenerse. El magnífico y grácil cuerpo de la reina nada pudo hacer contra la fuerza cargada de venganza que emanaba de los miembros acerados de Salomé.

—¿Sabes cómo se va hasta los calabozos del palacio, Constantius? —preguntó la bruja—. Bien, entonces llévate a esta mujerzuela y enciérrala en la celda más segura. Todos los carceleros están narcotizados. Yo me ocupé de ello. Envía un hombre a que les corte el pescuezo antes que despierten. Nadie debe saber jamás lo que ha ocurrido esta noche. De ahora en adelante yo soy Taramis, y esta otra es una prisionera desconocida, recluida en una mazmorra perdida.

Constantius esbozó una amplia sonrisa, mostrando sus blancos dientes bajo el fino bigote.

—Muy bien. Pero no vas a negarme… un poco de diversión antes.

—¡Yo no! Haz lo que quieras con esta despreciable prisionera —dijo Salomé, y con una carcajada maligna empujó a su hermana en brazos de Constantius, después de lo cual salió de la habitación que daba a un corredor.

El terror se reflejó en los hermosos ojos de Taramis, cuyo cuerpo se puso rígido ante el abrazo de Constantius. La muchacha se olvidó de los invasores que corrían la ciudad y del ultraje que se infería a su condición de reina, ante esta amenaza a su feminidad. Dominada por el horror y la vergüenza, se olvidó de todo al ver el profundo cinismo que ardía en los ojos burlones de Constantius, que oprimía su cuerpo encogido con sus fuertes brazos.

Salomé, que avanzaba rápidamente por el pasillo, sonrió con gesto malévolo al oír un grito desesperado que hizo temblar todos los rincones del palacio.

2. El árbol de la muerte

El jubón y las calzas del joven soldado estaban manchados de sangre seca, polvo y sudor. La sangre manaba en abundancia del profundo corte que tenía en el muslo, así como de otras pequeñas heridas que presentaba en el pecho y en los hombros. El sudor cubría su pálido rostro y sus dedos aferraban con fuerza la colcha del diván en el que estaba tendido. Pero sus palabras reflejaban un sufrimiento espiritual mucho mayor que el padecimiento físico que lo abrumaba.

—¡Debe de estar loca! —repetía el joven una y otra vez, como aturdido ante un hecho monstruoso e increíble—. ¡Es como una pesadilla! ¡Taramis, la soberana amada por todos los khauranios, ha traicionado a su pueblo entregándolo a ese demonio llegado a Koth! ¡Oh, Ishtar!, ¿por qué no me habré muerto en la batalla? ¡Es mejor morir que ver a nuestra reina convertida en una traidora y en una ramera!

—Tranquilízate, Valerius —suplicó la muchacha que lo estaba lavando y le vendaba las heridas con manos temblorosas—. Por favor, amado mío, quédate quieto, o se abrirán tus heridas. No me he atrevido llamar a un médico…

—Has hecho bien —musitó el joven soldado—. Constantius y sus demonios de barbas azuladas estarán buscando por todas las casas para ver si encuentran khauranios heridos. Colgarán a todos los hombres que presenten heridas, pues eso será señal de que han peleado contra ellos. ¡Oh, Taramis!, ¿cómo has podido traicionar así al pueblo que te adoraba?

El joven se retorció y lloró de ira y de vergüenza. La muchacha, aterrada, lo estrechó en sus brazos y le hizo apoyar la cabeza en su pecho mientras le rogaba con tiernas palabras que se calmara.

—Es mejor la muerte que tener que soportar la negra vergüenza

que ha caído sobre Khaurán en el día de hoy —dijo con voz quejumbrosa el herido—. Tú lo has visto, ¿verdad, Ivga?

—No, Valerius —repuso ella, mientras seguía curando las heridas del soldado con manos solícitas—. Me despertó el ruido de la pelea en las calles. Miré por un ventanal y vi que los shemitas estaban matando a la gente. Luego oí que me llamabas desde la puerta de calle.

—Había llegado al límite de mis fuerzas —murmuró él—. Me caí y no pude levantarme. Sabía que si me quedaba allí me encontrarían pronto; además, había matado a tres bestias de barbas azuladas. ¡Por Ishtar, al menos esos no volverán a caminar pavoneándose por las calles de Khaurán! Los demonios se encargarán de destrozar sus almas en el infierno.

La temblorosa muchacha lo acarició suavemente, como a un niño lastimado, y le cerró la boca con sus labios dulces y frescos. Pero el fuego de ira que ardía en el corazón del joven no le permitía callar por mucho tiempo.

—Yo no estaba en la muralla cuando entraron los shemitas —agregó él de repente—. Yo me encontraba en el cuartel, durmiendo junto a otros soldados que no estaban de guardia. Poco antes del amanecer entró nuestro capitán con el rostro terriblemente pálido bajo el casco. «Los shemitas han entrado en la ciudad», dijo. «La reina fue hasta la puerta sur y dio órdenes de que los dejaran entrar. Luego hizo que los soldados descendiesen de las murallas en las que habían estado desde que Constantius se encuentra en el reino. Nadie entendía nada, pero le oí dar la orden y la obedecimos, como siempre. Nos mandó que nos reuniéramos en la plaza, frente al palacio. Así que formad filas fuera de la barraca y marchad hacia allí, pero dejad las armas aquí. Ishtar sabrá por qué, pero son órdenes de la reina».

»Así pues, cuando llegamos a la plaza —prosiguió Valerius— los shemitas se hallaban frente al palacio. Eran diez mil demonios de barbas azuladas, e iban armados hasta los dientes. La gente miraba desde las puertas y ventanas que dan a la plaza. Las calles adyacentes estaban atestadas de hombres y mujeres atónitos. Taramis estaba de pie en los escalones del palacio, acompañada de Constantius, que se acariciaba el bigote como un enorme y esbelto gato que acaba de devorar un gorrión. Pero debajo de ellos había

cincuenta shemitas con arcos en la mano.

»Allí tenía que haber estado la guardia real que, en cambio, se encontraba al pie de la escalera, tan asombrados como nosotros. Habían llegado con todas sus armas, pese a las órdenes de la reina.

»Entonces, Taramis nos habló y dijo que había reconsiderado la proposición de Constantius, ¡a quien solo un día antes había rechazado, en presencia de toda la corte!, y que había decidido convertirlo en rey consorte. No explicó por qué había dejado entrar a los shemitas en la ciudad de modo tan traicionero. Pero dijo que, puesto que Constantius tenía a sus órdenes a un cuerpo de soldados profesionales, ya no era necesario el ejército de Khaurán, que quedaba disuelto desde ese momento. Y a continuación nos ordenó que volviéramos pacíficamente a nuestras casas.

»La obediencia a la reina es algo que está muy arraigado en nosotros, pero aquello nos resultaba inexplicable. Rompimos filas casi sin saber lo que hacíamos, como atontados.

»Sin embargo —prosiguió Valerius—, cuando ordenó que la guardia del palacio dejara las armas y se dispersase, su capitán, Conan, se opuso. Los soldados dijeron que había estado de permiso la noche anterior y que se hallaba borracho. Pero en ese momento sabía muy bien lo que hacía. Gritó a los guardias que permanecieran en sus puestos hasta que recibiesen órdenes suyas. Y es tal el ascendiente que tiene entre sus hombres, que le obedecieron a pesar de las órdenes de la reina. Después, Conan subió los escalones del palacio, miró fijamente a Taramis y exclamó: “¡Esta no es la reina! ¡Esta no es Taramis! ¡Se trata de una impostora infernal!”.

»¡Entonces se desató el infierno! No sé muy bien lo que ocurrió. Creo que un shemita golpeó a Conan y este lo mató. En pocos segundos la plaza se convirtió en un campo de batalla. Los shemitas cayeron sobre los guardias reales, y sus lanzas y flechas abatieron incluso a muchos soldados que ya se habían dispersado.

»Algunos de nosotros —concluyó el joven soldado— nos apoderamos de las armas que tuvimos a nuestro alcance e iniciamos el contraataque. Apenas sabíamos por qué peleábamos, pero estaba claro que lo hacíamos contra Constantius y sus demonios, y no contra Taramis, puedo jurarlo. Constantius gritó que dieran muerte a los traidores. ¡Nosotros no éramos traidores!

La desesperación y el desconcierto quebraron su voz. La muchacha murmuró algo intentando consolarlo, sin comprender muy bien lo que ocurría, pero profundamente compenetrada con el sufrimiento de su amado.

—La gente no sabía qué partido tomar —siguió diciendo Valerius—. Aquello era un manicomio en el que reinaba la confusión y el desconcierto. Los que luchábamos no teníamos ninguna posibilidad de vencer, pues no teníamos armaduras y solo contábamos con las armas que habíamos logrado reunir. Los guardias reales, en cambio, estaban armados y se encontraban reunidos en la plaza, pero solo eran unos quinientos. Causaron muchas bajas antes de ser aniquilados. Sin embargo, estaba claro cuál iba a ser el resultado de la batalla. Y mientras mataban a su pueblo, Taramis seguía de pie en los escalones del palacio, mientras Constantius le rodeaba la cintura con su brazo, y reía como una despiadada y hermosa aparición infernal. ¡Oh, dioses, es una locura, una verdadera locura!

»Jamás he visto luchar a ningún hombre como lo hizo Conan. Estaba de espaldas contra la muralla, y delante de él había un montón de enemigos muertos. Finalmente consiguieron dominarlo y lo arrojaron al suelo; eran cien contra uno. Cuando lo vi caer, me alejé de allí sintiendo que el mundo se me venía abajo. Constantius ordenó a sus perros que cogieran vivo al capitán de la guardia, mientras se atusaba el bigote, con la odiosa sonrisa de siempre en sus labios.

Aquella sonrisa se volvía a dibujar en los labios de Constantius, ahora lejos del lugar en el que se encontraban el joven Valerius y su amada. Estaba montado a caballo, rodeado de sus hombres, unos fornidos shemitas de rizadas barbas negras y narices aguileñas. El sol poniente arrancaba reflejos de sus cascos puntiagudos y de las escamas plateadas de sus armaduras. A una milla de distancia se alzaban las murallas y las torres de Khaurán.

Al lado de la caravana se alzaba una pesada cruz de la que colgaba un hombre. Unos gruesos clavos de hierro lo sujetaban al madero por las manos y los pies. Estaba desnudo, con excepción de un taparrabo que llevaba atado a la cintura. El hombre era casi un gigante, y sus músculos resaltaban como cuerdas abultadas bajo la sudorosa piel de su cuerpo bronceado por el sol. Una transpiración

agónica perlaba su rostro. Pero bajo la alborotada melena negra, sus ojos azules ardían con un fuego inextinguible. La sangre manaba lentamente de sus laceradas manos y de sus pies.

Constantius lo saludó con gesto burlón.

—Lo siento, capitán —dijo—, pero no puedo quedarme para acompañarte en los últimos momentos de tu vida, pues tengo mucho que hacer en la ciudad. ¡No debo hacer esperar a nuestra deliciosa reina! De modo que te abandono a tu propia suerte, ¡y a esas preciosuras!

Constantius señaló con gesto significativo el cielo, donde los buitres volaban incesantemente por encima del lugar.

—De no ser por ellos —agregó—, supongo que un bruto como tú podría sobrevivir en la cruz varios días. Aunque te dejo sin vigilancia, no te hagas ilusiones de que alguien venga a liberarte. Ya he advertido que cualquiera que venga a buscarte, vivo o muerto, será desollado en una plaza pública junto con todos los miembros de su familia. Estoy tan firmemente afianzado en Khaurán que mi orden resulta tan eficaz como un regimiento de guardias. Y no dejo centinelas porque los buitres no se acercarían mientras hubiera gente cerca, y yo no quisiera que se reprimiesen. Por esa misma razón te he traído tan lejos de la ciudad. Así pues, valiente capitán, ¡adiós! Me acordaré de ti cuando, dentro de una hora, tenga a Taramis en mis brazos.

La sangre volvió a manar intensamente de las agujereadas palmas de la víctima cuando esta apretó furiosamente los puños. Los músculos se contrajeron formando nudos en sus poderosos brazos, y Conan inclinó su cabeza hacia adelante y escupió con una fuerza salvaje en el rostro de Constantius. El voivoda se echó a reír con absoluta frialdad, se secó la saliva con una manga y tiró de las riendas de su caballo.

—Acuérdate de mí cuando los buitres te desgarren la carne —dijo sarcásticamente—. Esos devoradores de carroña del desierto son muy voraces. He visto a muchos hombres colgados durante horas y horas de una cruz, sin ojos, sin orejas y sin cuero cabelludo, antes de que los afilados picos llegaran a las entrañas.

Sin mirar hacia atrás, Constantius emprendió el camino de regreso a la ciudad, erguido y radiante en su pulida armadura, mientras sus fornidos esbirros lo seguían a caballo. Una ligera nube

de polvo se levantó a su paso.

El hombre que colgaba de la cruz era el único ser vivo en el desolado paisaje desértico a aquellas horas del atardecer. Khaurán estaba a casi una milla de distancia, pero era como si se hallara en el otro extremo del mundo, o como si existiera en otra época.

Conan sacudió la cabeza para librarse del sudor que le tapaba los ojos y echó una mirada inexpresiva hacia ese terreno que le resultaba tan familiar. A ambos lados de la ciudad y más allá de ella, se extendían las fértiles praderas en las que pastaba apaciblemente el ganado. Hacia el oeste y el norte, el horizonte aparecía sembrado de pequeñas aldeas, que se veían diminutas en la distancia. Más cerca, en dirección sudeste, un fulgor plateado señalaba el curso de un río, y más allá de este comenzaba repentinamente un desierto arenoso que se perdía de vista en el lejano horizonte. Conan observó la vasta extensión de tierras desoladas que brillaban con reflejos dorados a la luz del sol poniente. Parecía un halcón acorralado mirando el cielo. Un sentimiento de repugnancia lo invadió al mirar las torres de Khaurán. La ciudad le había pagado con una traición que le valía ahora estar clavado a una cruz de madera como una liebre a un árbol.

Un rojo deseo de venganza se sobrepuso a todos los demás pensamientos de Conan. Los juramentos surgieron como un torrente de los labios del cimmerio. Todo su universo se contrajo, concentrándose en los cuatro clavos de hierro que lo privaban de libertad y pronto apagarían su vida. Sus enormes músculos se estremecieron y se tensaron como cables de hierro. Bañado en sudor, intentó desgarrar la carne de sus manos para liberarlas de los clavos, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. El sufrimiento abismal de ese dolor insoportable le hizo desistir de sus intentos. Las cabezas de los clavos eran demasiado grandes y no podía hacerlas pasar a través de las heridas. Un sentimiento de impotencia se abatió sobre el gigante por primera vez en su vida. Entonces permaneció inmóvil, con la cabeza apoyada en el pecho y los ojos cerrados para evitar el intenso resplandor del sol.

Un batir de alas le hizo levantar la cabeza, y al momento una sombra llena de plumas descendió vertiginosamente del cielo. Un pico agudo, que apuntaba a sus ojos, le cortó una mejilla. Conan

volvió la cabeza a un lado y cerró los párpados involuntariamente, profiriendo un grito ronco y desesperado. Los buitres retrocedieron asustados y volvieron a trazar círculos por encima de su cabeza. La sangre manaba sobre la boca de Conan, que se lamió los labios instintivamente y escupió al notar el cálido sabor salado.

La sed lo torturaba hasta el límite de lo soportable. Había bebido mucho vino la noche anterior, y no había tomado agua desde antes de comenzar la lucha en la plaza, al amanecer de aquel día. Y matar da mucha sed. Miró hacia el lejano río con desesperación, como un hombre que en el infierno mira la reja abierta. Pensó en los sorbos de agua pura que había tomado, en grandes jarras rebosantes de espumosa cerveza, en las copas de vino que había bebido o derramado despreocupadamente en el suelo de las tabernas, y se mordió los labios para no proferir un grito de angustia intolerable, como el de un animal agonizante.

El sol se hundió en el horizonte como una bola de fuego en un mar de sangre. Sobre la franja de color carmesí que se divisaba a lo lejos, las torres de la ciudad flotaban como en un sueño. El cielo parecía estar teñido de sangre. Se volvió para lamer sus labios ennegrecidos y miró con ojos enrojecidos el río, que se había tornado de color carmesí. Las sombras que avanzaban desde el este eran negras como el ébano.

Sus embotados sentidos percibieron un intenso batir de alas. Levantó la cabeza y contempló con mirada de lobo las aves que describían círculos por encima de su cabeza. Sabía que sus gritos ya no las espantarían. Uno de los buitres descendió con más y más rapidez, y Conan esperó con estremecedora serenidad. Luego echó bruscamente hacia atrás la cabeza cuando el buitre pasó a su lado con un fuerte batir de alas. El pico trazó un surco en la barbilla de Conan, pero este, con todos los músculos en tensión, volvió nuevamente la cabeza con la rapidez de un rayo y atrapó con los dientes el cuello del pájaro, como si se tratara de un lobo con un indefenso conejo.

Inmediatamente, el buitre comenzó a graznar con desesperación. Sus aleteos histéricos cegaron al cimmerio y sus garras le hirieron el pecho. Pero el bárbaro persistió en su empeño, con los músculos de las mandíbulas temblando a causa del esfuerzo. Las vértebras del cuello del buitre crujieron bajo los poderosos dientes que lo

atenazaban y en seguida el ave quedó inerte. Conan dejó caer el cuerpo cubierto de plumas y escupió la sangre que tenía en la boca. Los demás buitres, aterrados por la suerte corrida por su congénere, echaron a volar hacia un árbol distante, donde se agruparon como negros demonios celebrando un cónclave.

Un feroz sentimiento de triunfo se apoderó de Conan. La vida latía violentamente en sus venas. Todavía podía enfrentarse con la muerte. Aún estaba vivo. Cualquier sensación intensa, aunque fuese de dolor, era la negación de la muerte.

—¡Por Mitra!

Conan se preguntó si había escuchado una voz, o si tenía alucinaciones.

—¡Jamás he visto algo parecido! —dijo la voz. Conan sacudió la cabeza para quitarse el sudor que cubría sus ojos y vio a cuatro jinetes que lo miraban desde sus caballos.

Tres de ellos eran enjutos zuagires del desierto, sin duda nómadas que venían de allende el río. El cuarto iba vestido de blanco, al igual que los otros tres, pero su amplia túnica y la kefía sujeta a la cabeza por una trenza de pelo de camello indicaban que no era shemita. La oscuridad todavía no era total, por lo que la mirada de halcón de Conan pudo distinguir perfectamente los rasgos físicos de aquel hombre.

Era tan alto como el cimmerio, aunque de brazos y piernas más delgados. Tenía hombros anchos y su esbelto cuerpo era duro como el acero. Su corta barba negra no ocultaba del todo el aire agresivo de su prominente mandíbula, y sus ojos, grises, fríos y penetrantes como una espada, lanzaban destellos a la sombra de la kefía que le cubría la cabeza. El hombre tranquilizó a su nervioso caballo con unas palmadas y dijo a continuación:

—¡Por Mitra, creo que conozco a este hombre!

—¡Sí! ¡Es el cimmerio que desempeñaba el cargo de capitán de la guardia real! —dijo uno de los zuagires con acento gutural.

—La reina debe de estar deshaciéndose de todos sus antiguos favoritos —musitó el jinete—. ¿Quién lo habría dicho de Taramis? Yo hubiera preferido una guerra larga y sangrienta. De ese modo, las gentes del desierto hubiéramos tenido oportunidad de saquear la ciudad. En cambio, cuando nos acercamos a las murallas, solo encontramos este penco —se quejó mirando al potro que llevaba de

las riendas uno de los nómadas— y a ese perro moribundo.

Conan levantó la cabeza ensangrentada y repuso:

—¡Si pudiera bajar de esta cruz, el perro agonizante serías tú, ladrón zaporosko!

—¡Por Mitra, el bribón me conoce! —exclamó el otro—. Ea, bellaco, ¿cómo me has reconocido?

—Solo hay uno como tú en toda la región —murmuró Conan—. Eres Olgerd Vladislav, el jefe de los proscritos.

—¡Sí! He sido caudillo de los kozakos del río Zaporoska. Dime, ¿te gustaría vivir?

—Solo un necio puede hacer semejante pregunta —respondió el cimmerio con voz jadeante.

—Soy un hombre duro —dijo Olgerd—, y esa es la única cualidad que respeto en los demás. Ya veré si eres un hombre o solo un perro, digno de quedarte aquí y morir.

—Si lo bajamos, nos pueden ver desde las murallas —opinó uno de los nómadas.

Olgerd movió negativamente la cabeza.

—Está demasiado oscuro. Ten, toma esta hacha, Djebal, y corta el madero por la base.

—Si cae hacia adelante, la cruz lo aplastará —objetó Djebal—. Puedo cortar el madero de modo que caiga hacia atrás, pero entonces el golpe de la caída podría destrozarle el cráneo.

—Si es digno de cabalgar a mi lado, sobrevivirá a esa prueba —repuso Olgerd imperturbable—. De lo contrario, no merece vivir. ¡Corta!

El primer impacto del hacha contra la madera y las vibraciones consiguientes produjeron dolores lacerantes en los hinchados pies y manos de Conan. Una y otra vez cayó la hoja del hacha con golpes que resonaban en su cabeza herida y constituían una tortura para sus nervios. Pero el cimmerio apretó los dientes y no dijo nada. Finalmente, la cruz se tambaleó y cayó hacia atrás. Conan hizo de su cuerpo una férrea masa de músculos contraídos y apretó la cabeza contra la madera, manteniéndola rígida. La cruz golpeó el suelo pesadamente y rebotó un poco. El impacto abrió aún más sus heridas y lo dejó aturdido por un instante. Luchó contra las tinieblas que lo invadían y, aunque dolorido y mareado, se dio cuenta de que sus músculos de hierro lo habían salvado de un daño

irreparable.

Conan no dijo una sola palabra ni pronunció queja alguna, a pesar de que la sangre manaba de su nariz y de que los músculos de su vientre se contraían por las náuseas. Gruñendo en tono de aprobación, Djebal se inclinó sobre el cimmerio con un par de tenazas de las que se emplean para extraer los clavos de las herraduras de los caballos y desgarró la piel de su mano para poder llegar hasta la cabeza de hierro del clavo, hundida en la carne. Las tenazas eran pequeñas para semejante trabajo, y Djebal forcejeaba y sudaba, moviendo la herramienta en la carne en una y otra dirección, como si se tratara de madera. La sangre manó en abundancia hasta empapar los dedos del cimmerio. Este permanecía tan quieto como si estuviera muerto. El primer clavo cedió al fin, y Djebal lo alzó con un gruñido de satisfacción. Luego lo arrojó a un lado y se inclinó sudando sobre la otra mano.

Repitió la operación, y después Djebal comenzó a manipular los clavos de los pies. Pero el cimmerio se incorporó hasta sentarse, le quitó las tenazas a Djebal y le dio un violento empujón que lo envió trastabillando hacia atrás. Las manos de Conan estaban hinchadas y habían alcanzado un volumen doble del normal. Tenía los dedos casi paralizados, y el solo hecho de cerrar la mano constituía un tormento, que le hizo apretar los dientes hasta sangrar. Pero logró asir con dificultad las tenazas con ambas manos y extrajo uno tras otro todos los clavos.

Luego se puso en pie y su cuerpo rígido se tambaleó sobre los pies lacerados e hinchados, como si estuviese borracho. Un sudor helado le inundó el rostro, y los calambres le recorrían todo el cuerpo. Entonces apretó las mandíbulas para no vomitar.

Olgerd, que observaba imperturbable al cimmerio, le señaló el caballo que había robado. Conan avanzó hacia el animal, y cada paso que daba era como una puñalada que le llenaba los labios de espuma roja. Una de sus manos, deforme y temblorosa, se tendió insegura hacia la silla del animal. Un pie sangrante se introdujo torpemente en el estribo. Mientras montaba, Conan estuvo a punto de desmayarse en el aire. Pero consiguió acomodarse en la silla, y en ese momento Olgerd fustigó al caballo con el látigo. El animal retrocedió asustado y su jinete se tambaleó sobre la silla como un saco de arena. Pero Conan se enrolló una rienda en cada mano,

sosteniéndolas con el pulgar. Con un esfuerzo sobrehumano, logró dominar al corcel. Este relinchó con las mandíbulas casi dislocadas.

Uno de los shemitas levantó su cantimplora y miró a Olgerd, que hizo un movimiento negativo con la cabeza y dijo:

—Que espere hasta que lleguemos al campamento. Está a solo diez millas de distancia. Si está capacitado para vivir en el desierto, resistirá sin beber.

El grupo cabalgó hacia el río como si se tratara de una banda de fantasmas. Entre ellos iba Conan, tambaleándose como un borracho sobre su silla, con los ojos inyectados en sangre y los labios negros cubiertos de espuma.

3. Carta a Nemedia

El sabio Astreas, que viajaba por Oriente en su incesante búsqueda de saber, escribió una carta a su amigo y colega, el filósofo Alcemides, que vivía en Nemedia. En dicha misiva se hablaba de todo lo que se sabía en Occidente acerca de los hechos ocurridos en aquel período en los países orientales, siempre envueltos en un misterio casi mítico.

Esto era lo que decía, en parte, la carta de Astreas:

> *«Difícilmente podrías imaginar, querido amigo, las condiciones imperantes en este minúsculo reino desde que Taramis admitió a Constantius y sus mercenarios, sucesos que te describí brevemente en mi ultima carta. Siete meses han pasado desde entonces y la situación no ha hecho más que empeorar; parecería que el mismísimo diablo anduviera suelto por este desdichado reino. Taramis parece haberse vuelto loca. Si antes era famosa por su virtud, su sentido de la justicia y su ecuanimidad, ahora destaca por todo lo contrario. Su vida privada es escandalosa, aunque quizá "privada" no sea la palabra adecuada, puesto que ni siquiera trata de ocultar la depravación que reina en su corte. Organiza constantemente las más infames orgías a las que están obligadas a asistir sus damas de honor, tanto si son casadas como vírgenes.*
>
> *»Ella misma no se ha tomado la molestia de casarse con su amante, Constantius, quien, sin embargo, se sienta al lado de ella en el trono y gobierna como verdadero príncipe consorte. Los oficiales de este siguen su ejemplo y no vacilan en violar a toda mujer que deseen, independientemente de su rango o condición. El desgraciado reino gime bajo unos impuestos exorbitantes, las granjas son esquilmadas y los mercaderes se hunden en la*

miseria. Dichosos son si escapan con vida.

»Sé que te resultará difícil creerme, buen Alcemides; quizá pienses que exagero cuando describo la situación imperante en Khaurán. Admito que tales condiciones son increíbles para un habitante de un país occidental, pero debes comprender la enorme diferencia que existe entre Oriente y Occidente, especialmente si nos referimos a esta zona de Oriente. En primer lugar, Khaurán es un reino de pequeñas dimensiones, uno de los muchos principados que antiguamente formaban parte del imperio de Koth y que posteriormente se independizaron. Esta zona del mundo está constituida por diminutos reinos, minúsculos en comparación con los grandes reinos de Occidente o con los grandes sultanatos del Este. Sin embargo, tienen importancia, puesto que controlan las rutas de las caravanas, y porque son muy ricos.

»Khaurán es el principado más importante del sudeste, y linda con los desiertos orientales de Shem. Su capital, llamada también Khaurán, es la única ciudad de cierta magnitud que hay en el reino y se halla cerca del río que separa los prados del desierto, como una fortaleza que vigila las fértiles praderas que hay detrás. La tierra es tan rica que produce tres e incluso cuatro cosechas al año. Los llanos que hay al norte y al oeste de la ciudad, en cambio, están sembrados de pequeñas aldeas. Al que está acostumbrado a las grandes plantaciones y a las haciendas ganaderas de Occidente, le resulta extraño ver estos minúsculos campos, huertos y viñedos. Sin embargo, la riqueza en granos y frutos fluye de estas tierras como si se tratara del cuerno de la abundancia. Los habitantes de la zona se dedican exclusivamente a la agricultura. Son gentes pacíficas, incapaces casi de defenderse, y tienen prohibida la posesión de armas. Dependen enteramente de los soldados de la ciudad en cuanto a su protección y se sienten desamparadas en las condiciones actuales. Por lo tanto, aquí resultan casi imposibles las violentas revueltas de las zonas rurales, tan corrientes en las naciones occidentales.

»Los nativos de este país trabajan como bestias bajo la mano férrea de Constantius, cuyos hombres de barba negra cabalgan incesantemente por los campos con látigos en la mano, como los negreros de las plantaciones del sur de Zíngara.

»Los moradores de las ciudades no viven mejor. Son despojados de sus riquezas, y sus hijas más hermosas sirven para aplacar el deseo insaciable de Constantius y sus mercenarios. Estos hombres son implacables; presentan todos los defectos de los shemitas: crueldad bestial, lascivia y ambición sin límites. Los habitantes de la ciudad de Khaurán pertenecen a la casta gobernante del país, y son en su mayoría hiborios valientes y belicosos. Pero la traición de su reina los ha puesto en manos de sus opresores. Los shemitas constituyen la única fuerza armada de Khaurán e imponen los castigos más crueles a los nativos a los que encuentran en posesión de armas. Se ha iniciado una campaña sistemática para exterminar a los jóvenes khauranios que estén en condiciones de portar armas. Muchos han sido asesinados salvajemente y otros fueron vendidos como esclavos a los turanios. Miles de ellos huyeron del reino, para entrar al servicio de otros gobernantes o para convertirse en proscritos integrantes de alguna de las numerosas bandas que hay a lo largo de las fronteras.

»Actualmente existe una vaga posibilidad de que se produzca una invasión desde el desierto habitado por tribus de nómadas shemitas. Los mercenarios de Constantius proceden de las ciudades shemitas del oeste de ese reino; son pelishtios, anakios y akkharios, y todos ellos son terriblemente odiados por los zuagires y por otras tribus errantes. Como sabes, buen Alcemides, los países de estos bárbaros están divididos en dos zonas: en la occidental, formada por las praderas que se extienden hasta el lejano océano, se alzan las ciudades importantes; en la oriental, desértica, vagan los enjutos nómadas. Hay una lucha incesante entre los habitantes de la ciudad y los del desierto.

»Los zuagires han luchado contra los khauranios y han invadido el país durante siglos, pero sin éxito, por lo que están resentidos contra los conquistadores occidentales. Se rumorea que ese antagonismo es fomentado actualmente por el hombre que fuera capitán de la guardia real, al que Constantius hizo crucificar, pero que consiguió huir milagrosamente, uniéndose después a los nómadas. Se llama Conan y es un bárbaro, uno de esos taciturnos cimmerios cuya ferocidad han conocido nuestros soldados a un precio muy alto. Se dice que es la mano derecha

de Olgerd Vladislav, el aventurero kozako que llegó desde las estepas del norte y llegó a jefe de una banda de zuagires. También hay rumores de que esa banda ha crecido notablemente en número en los últimos meses, y que Olgerd, incitado seguramente por el cimmerio, está considerando la posibilidad de llevar a cabo una incursión contra Khaurán.

»Esto no podrá pasar de ser una simple incursión, dado que los zuagires no tienen máquinas de asedio, ni los conocimientos necesarios para sitiar una ciudad. Además, se ha demostrado muchas veces en el pasado que la escasa disciplina o, mejor dicho, la falta de formación de las tropas nómadas, no puede rivalizar jamás con la disciplina y el armamento de los guerreros reclutados en las ciudades shemitas. Los nativos de Khaurán quizá vean con buenos ojos esta conquista, ya que los nómadas no podrían tratarlos peor que sus actuales amos. Incluso es probable que prefieran la aniquilación total al sufrimiento que tienen que soportar. Pero están tan acobardados e indefensos, que no son capaces de ayudar a los invasores.

»La suerte de estas gentes es muy triste. Taramis parece estar poseída por el demonio y no se detiene ante nada. Ha abolido el culto a Ishtar y convertido el templo en un antro de idolatría. Mandó destruir la imagen de marfil de la diosa que veneran estos hiborios orientales (y aunque su culto es inferior en comparación con la verdadera religión de Mitra que practicamos nosotros, los occidentales, es superior a la demoníaca religión de los shemitas) y llenó el templo de Ishtar con bastos ídolos de las especies más extrañas: dioses y diosas de la noche, representados en las posturas más obscenas y perversas y con las características físicas más repugnantes que pueda concebir el cerebro más degenerado. Muchas de esas imágenes pueden ser identificadas como falsos dioses de shemitas, turanios, vendhios y khitanios, pero otras son reminiscencias de cultos terribles, perdidos en la noches de los tiempos, que tal vez perduran en las más oscuras leyendas. Es imposible adivinar dónde ha podido conocer la reina dichos cultos.

»Por si fuera poco, la soberana ha instituido los sacrificios humanos y, desde que vive con Constantius, no menos de quinientas personas —hombres, mujeres y niños— han sido

inmolados. Algunos de ellos murieron en el altar que la reina mandó erigir en el templo y bajo la daga empuñada por ella. Pero otros se han enfrentado con un destino más terrible aún.

»Taramis tiene un monstruo desconocido encerrado en una cripta del templo. Nadie sabe cómo es ni cuándo llegó hasta allí. Pero poco después de aplastar la desesperada revuelta de sus soldados contra Constantius, la reina pasó una noche entera en el escarnecido templo, con la única compañía de una docena de prisioneros encadenados. Las aterradas gentes de la ciudad vieron salir por la cúpula un humo espeso y maloliente y oyeron toda la noche los frenéticos cánticos de Taramis, así como los gritos de agonía de los torturados cautivos. Hacia el amanecer, una voz se mezcló con estos ruidos. Era una especie de graznido estridente e inhumano que heló la sangre de quienes lo oyeron.

»Cuando hubo amanecido, Taramis salió como ebria del templo, con una expresión de triunfo demoníaco en sus ojos centelleantes. Jamás se volvió a saber nada de las víctimas, y tampoco se volvió a oír el siniestro graznido. Pero hay una habitación en el templo en la que nadie ha entrado jamás, salvo la reina, junto con algún prisionero al que ha decidido sacrificar. Jamás se vuelve a ver a la víctima. Todos saben que en ese recinto tétrico hay un monstruo, venido de la oscura noche de los tiempos, que devora a los aterrados seres humanos que Taramis le suministra.

»Ya no puedo imaginar a la reina como a una mujer de carne y hueso, sino como a un feroz demonio femenino, sentado en cuclillas en su sangrienta guarida, entre huesos y trozos de sus víctimas, con las manos manchadas de sangre. Mi fe en la justicia divina se tambalea por momentos cuando pienso que los dioses permiten que realice semejantes monstruosidades, sin hacer que reciba su merecido castigo.

»Al comparar su actual conducta con la sensatez que demostró cuando me recibió al llegar yo a Khaurán, hace siete meses, me siento desconcertado; no puedo sino pensar lo que cree mucha gente: que Taramis está poseída por un demonio. Un joven soldado llamado Valerius pensaba de otro modo. Él creía que una bruja había asumido una forma idéntica a la de la adorada soberana de Khaurán. Opinaba que la reina podía estar

recluida en algún calabozo y que quien gobierna en lugar de ella no es más que una bruja. Valerius juraba que encontraría a la auténtica reina, si todavía estaba viva. Pero creo que Valerius también ha sido víctima de la crueldad de Constantius. Se vio complicado en la rebelión de los guardias del palacio, por lo que huyó y permaneció oculto durante algún tiempo, negándose tercamente a buscar refugio en el extranjero. Yo lo encontré durante ese período y fue entonces cuando me contó cuáles eran sus sospechas.

»Pero, como he dicho, ahora ha desaparecido, al igual que tantos otros cuyo destino nadie se atreve a imaginar. Y me temo que haya sido aprehendido por los espías al servicio de Constantius.

»Debo terminar esta carta y enviarla secretamente por medio de una paloma mensajera que la llevará hasta la frontera de Koth, donde compré el pájaro. Luego seguirá viaje con una caravana de camellos, que espero te entreguen esta misiva personalmente.

»Debo darme prisa para terminar esta carta antes de que amanezca. Es tarde, y las estrellas brillan con pálido fulgor en las terrazas y jardines de Khaurán. Un inquietante silencio envuelve a la ciudad, en la que solo se oye el redoble de un tambor proveniente del templo. No hay duda de que Taramis está allí, fraguando alguna de sus brujerías».

Pero el sabio se equivocaba respecto al paradero de la mujer que él llamaba Taramis. La muchacha a la que el mundo conociera como reina de Khaurán se hallaba en un calabozo iluminado tan solo por la llama vacilante de una antorcha, que hacía resaltar la cruel belleza de su diabólico rostro.

Estaba sentada en el suelo, con el cuerpo desnudo cubierto de andrajos.

Salomé rozó desdeñosamente con su sandalia dorada el cuerpo de Taramis y sonrió con gesto vengativo al ver que su víctima se estremecía.

—¿No te gustan mis caricias, querida hermana? —preguntó.

Taramis seguía siendo hermosa, a pesar de sus harapos y de las privaciones de siete largos meses de encierro. No contestó a las

ironías de su hermana, sino que inclinó la cabeza, como si estuviera acostumbrada a aquellas burlas.

Esa resignación no agradaba a Salomé, que se mordía el labio inferior mientras golpeaba con el zapato sobre la piedra. Salomé iba ataviada con el bárbaro esplendor de las mujeres de Shushán. Las piedras preciosas brillaban en sus sandalias y en las placas de oro que cubrían sus pechos, así como en las pulseras que llevaba en los brazos y alrededor del tobillo. Su peinado era similar al de las mujeres shemitas y de sus orejas colgaban unos pendientes de jade que arrojaban destellos con cada movimiento de impaciencia de la altiva cabeza. Un cinto con pequeñas gemas sujetaba su falda de seda, tan transparente que parecía una cínica burla a los convencionalismos.

De sus hombros colgaba una capa de color escarlata, que le cubría un hombro y ocultaba algo que Salomé llevaba en una mano.

La hechicera se inclinó súbitamente, y con su mano libre cogió a su hermana por los cabellos y la obligó a que la mirara a los ojos. Taramis se enfrentó a esa felina mirada sin inmutarse.

—Veo que no lloras con tanta facilidad como antes, dulce hermana —murmuró la bruja.

—Ya no conseguirás que derrame más lágrimas —repuso Taramis—. Has gozado demasiadas veces del espectáculo de ver a la reina de Khaurán sollozando y pidiendo piedad de rodillas. Ahora comprendo que no me has matado a fin de tener el placer de atormentarme. Por eso tus torturas han sido más refinadas de lo que acostumbras. Pero ya no temo; me has privado del último vestigio de esperanza, de miedo y de vergüenza. ¡Mátame y acabemos de una vez, porque ya he derramado mi última lágrima, engendro del infierno!

—¡Cuántos halagos, mi querida hermana! —dijo Salomé con fingida ternura—. Hasta ahora solo he hecho sufrir tu hermoso cuerpo y tu orgullo. Pero no olvides que, a diferencia de mí, eres capaz de sufrir tormentos mentales. Los descubrí cuando me complacía relatándote las farsas de que me valí para hacerte quedar mal ante tus estúpidos súbditos. Pero esta vez he traído una prueba más fehaciente de la forma en que actúo. ¿Sabes que Krallides, tu fiel consejero, ha vuelto de Turan y ha sido capturado?

Taramis palideció.

—¿Qué…, qué le has hecho? —preguntó la reina.

Por toda respuesta, Salomé extrajo el misterioso bulto que ocultaba bajo la capa. Levantó las sedas que lo cubrían y dejó al descubierto algo… Era la cabeza de un hombre joven con las facciones contraídas, como si hubiera muerto en medio de atroces sufrimientos.

Taramis lanzó un grito, como si un cuchillo le hubiese traspasado el corazón.

—¡Oh, Ishtar! ¡Krallides!

—¡Sí! El muy necio trataba de levantar a la gente contra mí, diciéndoles que Conan decía la verdad cuando afirmaba que yo no era Taramis. Pero, por otra parte, ¿cómo se va a levantar el pueblo contra los shemitas del Halcón? ¿Con palos y piedras? ¡Bah! Los perros se están comiendo ahora su cuerpo decapitado en la plaza del mercado, y sus restos serán arrojados después a una cloaca.

Salomé miro a Taramis con una sonrisa cruel y exclamó:

—¿Cómo, hermana, resulta que aún te quedan lágrimas? ¡Eso está mejor! Veo que acerté al reservar el tormento mental para el final. De ahora en adelante, sabré proporcionarte muchos espectáculos como… ¡este!

De pie, y con la cabeza decapitada en la mano, bajo la luz de las antorchas, Salomé no parecía un ser nacido de mujer, a pesar de su belleza atroz. Taramis no levantó la vista. Estaba tendida en el húmedo suelo, con el cuerpo sacudido por gemidos de dolor y golpeando las paredes de piedra con las manos. Salomé, sin decir una sola palabra, se dirigió a la puerta mientras las argollas que adornaban sus tobillos tintineaban a cada paso que daba.

Poco después, Salomé salía por una puerta que conducía a un patio, que a su vez daba a una sinuosa callejuela. Un hombre que esperaba allí se volvió hacia ella. Era un gigantesco shemita de ojos sombríos, espaldas de toro y una enorme barba negra que le caía sobre la poderosa coraza de plata que cubría un pecho.

—¿Ha llorado? —preguntó con voz profunda y acalorada.

Era el general de los mercenarios, uno de los pocos colegas de Constantius que conocía el secreto de la reina de Khaurán.

—Sí, Khumbanigash. Hay zonas enteras de su sensibilidad que aún no he tocado. Cuando una de ellas se embote debido a la continua laceración, descubriré otra, intacta, que la hará sufrir más.

¡Eh, ven aquí, perro!

Una figura temblorosa, cubierta de harapos y de suciedad y con el pelo enmarañado, se acercó a Salomé. Era uno de los mendigos que dormían en las callejuelas y en los patios de la ciudad. Salomé le arrojó la cabeza, que llevaba en la mano y dijo:

—Ten, arroja esto a la cloaca más cercana. Explícaselo por señas, Khumbanigash. Este hombre está completamente sordo.

—¿Por qué seguís con esta farsa? —preguntó Khumbanigash a Salomé—. Estás tan firmemente asentada en el trono, que nada puede desplazarte de él. ¿Qué importaría que estos estúpidos khauranios supieran la verdad? No podrán hacer nada. Es mejor que proclames tu verdadera identidad. Muéstrales a su bienamada exreina… ¡y córtale la cabeza en una plaza pública!

—Todavía no, mi buen Khumbanigash…

A continuación se cerró la puerta del patio y se escuchó el eco de las pisadas del general que se alejaba. El mendigo mudo estaba escondido en el patio. Nadie había observado que sus manos, que se habían extendido para arrojar la cabeza a la alcantarilla, estaban temblando. Eran manos fuertes, musculosas y bronceadas, muy poco en consonancia con el cuerpo encorvado y los sucios andrajos.

—¡Lo sabía! —susurró con tono fiero y vibrante, aunque apenas audible—. ¡Ella vive! ¡Oh, Krallides, tu martirio no ha sido en vano! ¡La han encerrado en ese calabozo! ¡Ishtar, si amas a los hombres de verdad, ayúdame en este difícil trance!

4. Lobos del desierto

Olgerd Vladislav llenó su enjoyada jarra con el vino de un botellón de vidrio, que luego deslizó sobre la mesa de ébano hasta donde estaba Conan el cimmerio. Olgerd iba ataviado con una pompa que hubiese satisfecho la vanidad de cualquier caudillo zaporosko.

Llevaba una túnica de seda llamada, con perlas cosidas en la parte inferior. Un ancho cinturón de raso sujetaba sus amplias calzas que se introducían por abajo en unas botas cortas de suave cuero verde adornadas con hilos de oro. Llevaba un turbante de seda, también verde, que se envolvía en torno a un pequeño casco dorado. Su única arma era una ancha daga con vaina de marfil, que llevaba muy alta sobre la cadera izquierda, al estilo kozako. Arrellanado en su silla adornada con águilas talladas, Olgerd estiró las piernas y bebió vino espumoso, a grandes sorbos.

Aquel esplendor contrastaba con el sencillo porte del gigantesco cimmerio, de negra melena, rostro bronceado lleno de pequeñas cicatrices y fogosos ojos azules de mirar ardiente. Llevaba puesta una cota de malla negra, y en su atuendo solo resultaba llamativa la ancha hebilla dorada del cinturón del que colgaba la espada envainada.

Estaban solos en la tienda de campaña, en cuyo interior colgaban tapices y cortinas bordadas con hilos de oro, y cuyo suelo estaba cubierto de ricas alfombras y cojines de terciopelo, todo ello obtenido como botín de numerosas caravanas. Del exterior llegaba un murmullo incesante, como el que suele acompañar a las grandes concentraciones de hombres. El viento movía de cuando en cuando las hojas de las palmeras del oasis, produciendo un suave murmullo.

—Hoy a la sombra y mañana al sol —dijo Olgerd, aflojándose un poco de cinturón de color carmesí y tendiendo nuevamente la mano

hacia la jarra de vino—. Así es la vida. He sido caudillo de los zaporoskos; ahora lo soy de las gentes del desierto. Hace siete meses tú colgabas de una cruz, fuera de las murallas de Khaurán. Y ahora eres el lugarteniente del saqueador más poderoso que existe en Turan y en las praderas occidentales. ¡Deberías estarme agradecido!

—¿Porque has sabido reconocer lo que valgo? —dijo Conan, echándose a reír y alzando su jarra de vino—. Cuando se permite que un hombre mejore su posición, puede uno tener la seguridad de que será él mismo el primero en beneficiarse de ello. Todo lo que tengo me lo he ganado con mi sudor y mi sangre.

Conan miró las cicatrices que tenía en las palmas de las manos. También había cicatrices en su cuerpo, que no existían siete meses antes.

—Debo admitir que peleas como un regimiento de demonios —reconoció Olgerd—. Pero no es gracias a ti que tantos hombres se han unido a nuestras tropas, sino a consecuencia de nuestros éxitos en el pillaje, dirigidos con mano sabia por mí. Estos nómadas siempre buscan un buen jefe al que seguir, y suelen tener más fe en los extranjeros que en los de su propia raza.

»¡No hay límites en lo que podemos conseguir, Conan! —continuó—. Ya tenemos once mil hombres bajo nuestro mando. Dentro de un año, el número se habrá triplicado. Hasta el momento nos hemos contentado con realizar incursiones en las fronteras de Turan y en las ciudades del oeste. Con treinta o cuarenta mil hombres no haremos más incursiones, sino que invadiremos un país, lo conquistaremos y nos estableceremos en él. Entonces yo seré emperador de Shem, y tú mi visir, siempre y cuando obedezcas mis órdenes incondicionalmente. Mientras tanto, creo que nos encaminaremos hacia el este para saquear el puerto fronterizo de Vezek, donde las caravanas tienen que pagar tributo.

Conan movió la cabeza haciendo un gesto negativo, y dijo:

—No me parece acertado.

Olgerd lo miró furioso y contestó:

—¿Qué quieres decir con eso de que no te parece acertado? ¡En este ejército, el que piensa soy yo!

—En nuestra banda hay suficientes hombres para llevar a cabo mis planes —repuso el cimmerio—. Estoy harto de esperar, y tengo que arreglar una cuenta pendiente.

—Ah, siempre recordando lo de la cruz, ¿en? —dijo Olgerd, que tomó un trago de vino y sonrió complacido—. Bueno, me gustan los hombres que saben odiar. Pero eso puede esperar, por el momento.

—Me dijiste que me ayudarías a tomar Khaurán —afirmó Conan.

—Sí, pero eso fue antes de conocer las inmensas posibilidades que tiene el poder. Además, solo pensaba en hacer una incursión rápida para saquear la ciudad. No quiero malgastar nuestras fuerzas. Khaurán es un hueso demasiado duro de roer ahora. En cambio, dentro de un año quizá…

—Será dentro de una semana —repuso Conan, y el kozako se sorprendió ante la firmeza del cimmerio.

—Escúchame —dijo Olgerd—. Aun cuando yo estuviera dispuesto a empujar a mis hombres a una empresa tan descabellada, ¿qué conseguiríamos? ¿Crees que estos lobos del desierto pueden asediar y tomar una ciudad como Khaurán?

—No habrá asedio —dijo Conan—. Conozco un modo de atraer a Constantius a la llanura.

—¿Y después qué? —protestó el kozako bramando un juramento —. En un combate con arqueros, nuestros jinetes llevarán las de perder, porque las armaduras de los asshuri son mejores que las nuestras. Y si se tratara de luchar con espadas, sus filas cerradas de diestros espadachines aventajan a nuestras formaciones abiertas, a las que dispersarán como hojas al viento.

—No ocurrirá eso si cuento con tres mil jinetes hiborios desesperados que formen una sólida cuña —afirmó el cimmerio.

—¿Y de dónde vas a sacar tres mil hiborios? ¿Vas a conseguirlos por arte de magia? —se burló Olgerd.

—Ya los tengo —repuso Conan imperturbable—. Son tres mil hombres de Khaurán que están esperando órdenes mías en el oasis de Akrel.

—¿Cómo? —exclamó Olgerd, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Lo que has oído. Se trata de hombres que han escapado a la tiranía de Constantius. La mayor parte de ellos han vivido como proscritos en los desiertos que se encuentran al este de Khaurán. Son hombres enjutos, duros y osados como tigres salvajes. Cada uno de ellos puede habérselas con tres mercenarios achaparrados. La opresión ha endurecido sus músculos y ha puesto el fuego del infierno en sus extrañas. Estaban dispersos en pequeñas bandas, y lo

único que necesitaban era un jefe que los reuniera y los dirigiera. Creyeron en el mensaje que les hice llegar a través de mis jinetes, se han reunido en el oasis y están a mi disposición.

—¿Y todo ello sin mi conocimiento? —preguntó Olgerd con una luz salvaje y peligrosa en los ojos, al tiempo que echaba mano del arma que llevaba colgada del cinto.

—Querían seguirme a mí, y no a ti.

—¿Y qué les dijiste a esos descastados, para haberte ganado su voluntad? —inquirió Olgerd con voz amenazadora.

—Les dije que emplearía esa horda de lobos del desierto para aniquilar a Constantius y devolver la ciudad de Khaurán a sus habitantes.

—¡Necio! —susurró Olgerd—. ¿Acaso te consideras el jefe?

Los dos hombres estaban de pie, frente a frente, a ambos lados de la mesa de ébano. Una luz demoníaca bailaba en los fríos ojos grises de Olberd, mientras que el cimmerio esbozaba una sonrisa feroz.

—Te haré descuartizar entre cuatro palmeras —dijo el kozako con aparente serenidad.

—¡Llama a tus hombres y dales esa orden! —repuso Conan, desafiante—. ¡Veremos si te obedecen!

Olgerd gruñó enseñando los dientes y levantó la daga, pero se detuvo a medio camino. Había algo en el rostro oscuro del cimmerio que lo hizo estremecer. Sus ojos centelleaban como los de un lobo.

—Escoria de las montañas occidentales —musitó el kozako—. ¿Has osado socavar mi poder?

—No tuve necesidad de hacerlo —repuso Conan—. Mentías, cuando dijiste que nada tengo que ver con la llegada de los nuevos soldados que recluíamos. Yo soy el verdadero motivo de su adhesión. Ellos obedecen tus órdenes, pero luchan por mí. Los zuagires no pueden tener dos jefes a la vez. Ellos saben que yo soy el más fuerte y que los entiendo mejor que tú, porque yo, al igual que ellos, soy un bárbaro.

—¿Y qué dirán cuando les pidas que luchen por los khauranios? —preguntó Olgerd con tono sarcástico.

—Me seguirán. Voy a prometerles un camello cargado de oro que nos entregará el palacio. La ciudad de Khaurán estará dispuesta

a pagarlo como recompensa por librarse de Constantius. Luego los dirigiré contra los turanios, como tú habías planeado. Lo que quieren estos hombres es botín y, para conseguirlo, lucharán contra Constantius como contra cualquier otro enemigo.

En los ojos de Olgerd se reflejó el reconocimiento de su derrota. En sus sueños de grandeza había pasado por alto algunos detalles que, si bien antes le habían parecido carentes de importancia, adquirían ahora su verdadero significado, demostrando que lo que Conan decía no eran meras fanfarronadas. La gigantesca figura cubierta con cota de malla que se encontraba frente a él era el verdadero jefe de los zuagires.

—¡Pero no serás el jefe si mueres! —murmuró Olgerd, y su mano aferró la empuñadura de su daga.

Conan alargó el brazo al otro lado de la mesa con la rapidez de un rayo, y sus dedos aferraron el antebrazo de Olgerd. Se oyó un crujido de huesos rotos, y la escena se congeló durante unos instantes cargados de tensión: los hombres se encontraban cara a cara, inmóviles como estatuas. La frente del kozako se cubrió de sudor, y Conan se echó a reír, sin aflojar la presión sobre el brazo roto.

—¿Eras apto para vivir, Olgerd?

La sonrisa del cimmerio no cambió mientras sus dedos estrujaban la carne temblorosa del kozako y se oía el ruido de huesos rotos que se rozaban. El rostro ceniciento de Olgerd se quedó rígido y la sangre comenzó a manar de su labio inferior, en el que había clavado los dientes. Sin embargo, no se le escapó un quejido ni dijo una sola palabra.

Con otra carcajada, Conan soltó al kozako y retrocedió. Olgerd se tambaleó, y tuvo que apoyarse en la mesa con la mano sana para no caer.

—Te concedo la vida, Olgerd, como tú me la regalaste a mí —dijo Conan con absoluta tranquilidad—. Si bien tú me hiciste descender de la cruz para que te ayudara a conseguir tus objetivos. Además, me sometiste a unas pruebas amargas y difíciles que tú mismo no habrías resistido, ni nadie que no fuera un bárbaro occidental.

»Ahora coge tu caballo y márchate —agregó—. Ya lo tienes, enjaezado detrás de la tienda. Encontrarás agua y comida en las

alforjas. Nadie te verá marchar, pero vete rápido. No hay sitio en el desierto para un jefe derrotado. Si los guerreros te vieran así, tullido y destronado, no te dejarían abandonar vivo el campamento.

Olgerd no contestó. Lentamente, y sin decir una sola palabra, se volvió y salió de la tienda, apartando con la mano la tela de seda que cubría la entrada. Luego, siempre en silencio, se subió al enorme caballo blanco que estaba atado a la sombra de una palmera. Finalmente, con su brazo roto apretado contra el pecho, tiró de las riendas e hizo girar a su corcel hacia el este, en dirección al desierto, y se alejó para siempre de los zuagires.

Dentro de la tienda, Conan vació la jarra de vino y chasqueó la lengua con deleite. Luego arrojó la jarra vacía a un rincón y, después de ajustarse el cinturón, salió al exterior. Se detuvo un momento para recorrer con la mirada las líneas de tiendas de piel de camello que se hallaban ante él, así como las siluetas vestidas de blanco que se movían entre las tiendas, discutiendo o cantando, mientras ponían en orden sus arreos o afilaban sus cimitarras.

Entonces Conan levantó la voz, que llegó hasta los confines del campamento como un trueno.

—¡Aguzad los oídos, perros, y escuchadme! ¡Venid a mi lado! ¡Tengo algo que deciros!

5. La voz de la bola de cristal

En una habitación de una torre cercana a las murallas de la ciudad, un grupo de hombres escuchaba atentamente las palabras de uno de ellos. Eran jóvenes fuertes y musculosos, con ese aspecto que solo confieren la desesperación y la adversidad. Vestían cotas de malla y ropas de cuero gastado, y de sus cintos colgaban las espadas envainadas.

—¡Sabía que Conan decía la verdad cuando aseguró que ella no era Taramis! —exclamó el que hablaba—. Durante meses he rondado por las cercanías del palacio, haciéndome pasar por un mendigo sordo. Finalmente pude confirmar lo que ya había imaginado, o sea, que nuestra reina se halla prisionera en los calabozos adyacentes al palacio. Esperé mi oportunidad y capturé a un carcelero shemita, al que dejé sin sentido cuando salía del patio, a altas horas de la noche. Lo arrastré a un sótano cercano y allí lo interrogué. Antes de morir me dijo lo que acabo de contaros, y lo que hemos sospechado todo este tiempo: que la mujer que gobierna Khaurán es una bruja llamada Salomé. Dijo que Taramis se halla prisionera en una de las celdas que hay en el sótano de la prisión.

»Esta invasión de los zuagires nos ofrece la oportunidad que buscábamos —agregó—. No sé cuáles son las intenciones de Conan. Quizás solo desea vengarse de Constantius, o tal vez pretenda saquear la ciudad y luego destruirla. Es un bárbaro, y es imposible saber lo que les pasa por la cabeza a esa gente.

»Pero sé muy bien lo que debemos hacer nosotros —continuó—: ¡Rescatar a Taramis mientras se lucha en las calles! Constantius va a salir con sus tropas al llano para presentar batalla. Sus hombres ya están montando a caballo. Hará eso porque no hay comida suficiente en la ciudad para resistir un asedio. Conan llegó tan imprevistamente del desierto que no hubo tiempo de conseguir

provisiones. Y el cimmerio está equipado para sitiar la ciudad. Los exploradores de Constantius han informado que los zuagires tienen máquinas de asedio construidas siguiendo las instrucciones de Conan, que aprendió todas las artes de la guerra en Occidente.

»Constantius no desea que se prolongue el cerco —agregó—, y por ello quiere enfrentarse con el enemigo en la llanura, donde espera dispersar a las tropas de Conan de un solo golpe. En la ciudad dejará solo unos cientos de hombres para que vigilen desde las murallas y las torres que dominan las puertas de la ciudad.

»En la prisión casi no habrá vigilancia —concluyó el hombre—. Cuando hayamos liberado a Taramis, actuaremos según lo aconsejen las circunstancias. Si gana Conan, debemos enseñar a Taramis a su pueblo, y decirle a la gente que se rebele, lo que harán, ¡ya lo creo que lo harán! Estas gentes son capaces de matar a los shemitas que quedan en la ciudad con las manos. Luego cerrarán las puertas, tanto para defenderse de los mercenarios como de los nómadas, y ninguno de estos podrá entrar en la ciudad. Entonces parlamentaremos con Conan, que siempre fue leal a Taramis. Cuando él conozca la verdad y la reina le hable, creo que no someterá a asedio ni saqueará la ciudad. Si es Constantius el que vence, lo que parece más probable, deberemos escapar de Khaurán junto con la reina.

El joven miró a los demás y preguntó:

—¿Está claro?

Todos respondieron afirmativamente.

—En ese caso, aflojad vuestras espadas de las vainas, encomendémonos a Ishtar y vayamos a la prisión, pues los mercenarios se dirigen en este momento a la puerta sur de la ciudad.

Así era. La luz del alba se reflejaba en los cascos puntiagudos que avanzaban rítmicamente hacia la amplia arcada exterior. Aquella sería una batalla de jinetes, como solo era posible en tierras de Oriente. Las tropas pasaban a través de las puertas como un río de acero.

Eran siluetas sombrías cubiertas con cotas de malla negras o plateadas, con oscuras barbas rizadas y narices aguileñas, con ojos inexorables en los que brillaba la fatalidad de su raza, la seguridad de sus decisiones y la absoluta falta de piedad.

Las calles y ventanas estaban abarrotadas de gente que observaba en silencio a aquellos guerreros extranjeros que, paradójicamente, iban a defender su ciudad. No decían una sola palabra. Aquellos individuos enjutos, con ropas raídas y gorros en sus manos miraban con ojos inexpresivos.

En una torre que dominaba la ancha calle por la que se llegaba a la puerta sur, se encontraba Salomé, tendida sobre un diván de terciopelo. Miró sonriente a Constantius mientras este se ajustaba la espada al cinto y se ponía los guanteletes de la armadura. Estaban solos en la habitación. El rítmico sonido metálico de los arneses y de los cascos de caballo contra el empedrado llegaba hasta la habitación a través de los barrotes dorados.

—Antes de que caiga la noche —manifestó Constantius, mientras se atusaba el bigote—, tendrás algunos prisioneros para alimentar a tu demonio del templo. A lo mejor ya está cansado de la suave carne ciudadana y preferiría los recios músculos de los hombres del desierto.

—Y tú ten cuidado de no ser la víctima de una bestia más feroz que el mismísimo Thaug —advirtió Salomé—. No olvides quién es el jefe de esos lobos del desierto.

—Imposible olvidarlo —respondió Constantius—. Esa es una de las razones por las que me adelanto a recibirlo. Ese perro ha luchado en Occidente y conoce las artes del asedio. Mis exploradores tuvieron dificultades para acercarse a sus tropas, ya que los hombres de su escolta tienen vista de halcón. Pero se aproximaron lo suficiente como para ver los aparatos que arrastran largas filas de camellos. Tienen catapultas, arietes, balistas y otros artilugios. ¡Por Ishtar, ha debido de tener diez mil hombres trabajando día y noche durante un mes! Lo que no comprendo es de dónde sacó el material para construir esos aparatos. Quizás haya hecho un trato con los turanios y estos lo provean de lo necesario.

»De todas formas —continuó—, no les valdrá de nada. Ya he luchado contra esos lobos del desierto en una oportunidad. Un intercambio de flechas, en el cual mis guerreros, con sus cotas de malla, saldrán mejor parados, luego una carga de caballería a través de las abiertas filas de los nómadas, y los habré dispersado a los cuatro vientos. Volveré a la ciudad antes de que se ponga el sol, con cientos de prisioneros desnudos atados a la cola de mis caballos.

Esta noche haremos un gran festín en la plaza principal para celebrarlo. A mis soldados les encanta desollar vivos a sus enemigos, y haremos que los habitantes de la ciudad contemplen el espectáculo. En cuanto a Conan, sería un enorme placer cogerlo vivo para empalarlo en las escaleras del palacio.

—Desuella a todos los que quieras —respondió Salomé con indiferencia—. Me gustaría hacerme un vestido con piel humana. Pero prométeme que me entregarás al menos cien prisioneros para el altar y para Thaug.

—Así se hará, descuida —repuso Constantius, que se apartó con una mano el cabello de la frente bronceada por el sol, y agregó—: ¡Por la victoria y el honor de la reina Taramis!

Tras decir estas sarcásticas palabras, se puso el casco bajo el brazo, levantó la otra mano como saludo y salió con paso majestuoso de la habitación. Hasta Salomé llegó la voz tajante de Constantius dando órdenes a sus oficiales.

La mujer se tendió en el lecho, bostezó, se estiró como un enorme gato flexible y sensual y llamó:

—¡Zang!

Un sacerdote, de piel amarilla y apergaminada sobre un rostro que parecía una calavera, entró sin hacer ruido en la habitación.

Salomé se volvió hacia un pedestal de marfil sobre el que se podían ver dos bolas de cristal y, cogiendo la más pequeña, se la entregó al sacerdote.

—Ve con Constantius —le ordenó—, y dame noticias de la batalla. ¡Vamos, márchate!

El hombre de rostro cadavérico hizo una profunda reverencia, escondió la bola bajo su oscuro manto y salió apresuradamente de la habitación.

Fuera, en la ciudad, no se oía otro ruido que el resonar de los cascos de caballo, y después el de las enormes puertas al cerrarse. Salomé subió por una amplia escalera de mármol que llevaba hasta la terraza del palacio, que sobresalía entre todos los demás edificios de la ciudad. Las calles estaban desiertas y en la gran plaza que había frente al palacio no se veía un alma. En épocas normales, la gente entraba y salía del sombrío templo que se alzaba al otro lado de la plaza, pero ahora aquello parecía una ciudad muerta. Tan solo en la muralla sur y en los techos que daban a ella había señales de

vida. Allí se abarrotaba la gente dispuesta a presenciar la batalla. No manifestaban nada, porque no sabían si desear la victoria o la derrota de Constantius. Su victoria significaba más años de miseria bajo un gobierno implacable. La derrota supondría, probablemente, el saqueo de la ciudad y una terrible masacre. No se sabía nada acerca de las intenciones de Conan, pero tenían presente que se trataba de un bárbaro sediento de venganza.

Los escuadrones de mercenarios se dirigían hacia la llanura. De este lado del río avanzaba otra masa compacta y oscura. Parecían jinetes. Del otro lado del río estaban las máquinas de asedio. Conan no había querido cruzar esos aparatos por el río, probablemente por temor a que lo atacaran a mitad de camino. Pero sí había hecho cruzar a toda la caballería. En esos momentos, el sol se alzaba con intenso fulgor sobre la oscura multitud de hombres armados. La caballería de Constantius inició el galope, y el estruendo de los cascos llegó hasta la gente que se hallaba en las murallas.

Los dos grandes grupos de caballos y jinetes se acercaron a galope tendido y al fin chocaron con tremendo fragor metálico y terrible confusión. Era difícil identificar a los combatientes. Densas nubes de polvo se alzaron de la llanura, bajo el golpe furioso de los cascos de los caballos. A través de esas nubes aparecían y desaparecían los guerreros entre el remolino de las lanzas.

Salomé se encogió desdeñosamente de hombros y bajó por la escalera. En el palacio reinaba un profundo silencio. Los esclavos habían corrido hacia la muralla para contemplar la lucha que se desarrollaba en el sur.

Salomé entró en la habitación en la que había estado hablando con Constantius y se acercó al pedestal de marfil. Contempló la bola de cristal y vio que estaba turbia, cruzada por vetas de color carmesí. Se inclinó sobre la bola, mientras juraba entre dientes.

—¡Zang! —llamó—. ¡Zang!

La bruma giró en el interior de la bola y dejó ver, entre nubes de polvo, negras siluetas que luchaban violentamente, envueltas en los reflejos hirientes del acero. Luego apareció con nitidez el rostro cadavérico de Zang, cuyos ojos parecían mirar a Salomé. La sangre le chorreaba de una herida que tenía en la cabeza, y su piel se había vuelto grisácea. Sus labios se retorcieron primero con una mueca de dolor, y a continuación se oyó su voz como si se encontrara en la

habitación, gritando y contorsionándose en la pequeña esfera, y no a leguas de distancia. Solo los dioses de las tinieblas sabían qué mágicos lazos invisibles unían a esas dos resplandecientes bolas de cristal.

—¡Salomé! —exclamó la sangrante cabeza—. ¡Salomé!

—¡Te escucho! —gritó ella—. ¡Habla! ¿Cómo se desarrolla la batalla?

—¡La maldición ha caído sobre nosotros! —respondió quejumbrosa la aparición con cabeza en forma de calavera—. ¡Khaurán está perdida! Sí, han derribado mi caballo y no puedo moverme. ¡Nuestros soldados caen como moscas, a pesar de sus cotas de malla y de sus armaduras plateadas!

—¡Deja de lamentarte y cuéntame lo que ha sucedido! —ordenó Salomé con aspereza.

—Avanzamos contra los perros del desierto hasta que los dos ejércitos se encontraron frente a frente —dijo el sacerdote con un aullido de dolor—. Las flechas nublaban el cielo. Los nómadas vacilaron al principio, y Constantius ordenó atacar. Arremetimos contra ellos en filas ordenadas y al galope.

—Luego las hordas de nómadas se separaron a derecha e izquierda —continuó Zang— y, de improviso, por la brecha avanzaron como una centella tres mil jinetes hiborios, cuya existencia no habíamos sospechado siquiera. ¡Eran hombres de la ciudad de Khaurán, enloquecidos de odio! ¡Jinetes corpulentos, con armaduras completas y montados en robustos caballos! Como una cuña de acero arremetieron contra nosotros, con la fuerza del rayo. Antes de que nos diéramos cuenta, ya nos habían dispersado y a continuación los nómadas del desierto se abalanzaron sobre nuestras desconcertadas filas.

»¡Han arrollado y destrozado nuestros flancos! —exclamó Zang —. ¡Era una artimaña de ese demonio de Conan! Las máquinas de asedio eran falsas; se trataba de simples armazones de madera y tela pintada, que engañaron de lejos a nuestros exploradores. ¡Nuestros guerreros huyen! Khumbanigash ha caído, derribado por el mismo Conan, que lo ha matado implacablemente. No veo a Constantius. Los jinetes de Khaurán se abren paso entre nuestras tropas como leones sedientos de sangre, y los hombres del desierto nos rematan con las flechas. Ahora… ¡Aaah!

En la bola se vio un resplandor como de un relámpago, luego una mancha se sangre de color escarlata, y finalmente la imagen del cristal desapareció por completo. Salomé se quedó mirando la esfera, que ahora solo reflejaba su iracundo semblante.

Permaneció totalmente inmóvil durante un momento, luego dio unas palmadas y entró otro sacerdote con el mismo aspecto cadavérico y tan inmutable y silencioso como el anterior.

—Constantius ha sido derrotado —se apresuró a decir Salomé—. Nada podemos esperar. Dentro de una hora, Conan estará ante las puertas de la ciudad. Si me apresa, no guardo ninguna ilusión respecto a lo que me espera. Sin embargo, primero voy a asegurarme de que mi maldita hermana jamás volverá a sentarse en el trono. ¡Sígueme! Pase lo que pase, daremos a Thaug un festín.

Descendieron las escaleras del palacio, mientras del exterior llegaba un creciente rumor. Los espectadores de la lucha comenzaron a darse cuenta de que Constantius estaba perdiendo la batalla. A través de las nubes de polvo se veía a los grupos de jinetes que galopaban hacia la ciudad.

El palacio y la prisión estaban conectados por un largo corredor techado con bóvedas sombrías. La falsa reina y su servidor pasaron vertiginosamente por una imponente puerta que daba acceso al recinto iluminado de la prisión. En el extremo de otro pasillo, había unas escaleras que descendían hacia la oscuridad. De pronto, Salomé retrocedió, al tiempo que lanzaba una maldición. En la penumbra de la habitación vio un cuerpo inerte en el suelo. Se trataba del carcelero shemita. Su corta barba apuntaba hacia el techo y tenía la cabeza casi separada del resto del cuerpo. Salomé oyó unas voces agitadas que procedían de abajo y se escondió en el hueco de una arcada. Empujó hacia atrás al sacerdote, al tiempo que se recogía el vestido.

6. Las alas del buitre

La humeante luz de una antorcha despertó a Taramis, la reina de Khaurán, de un sueño que ella pensó que la liberaría de la realidad. Apoyándose en una mano, se echó atrás el enmarañado cabello y parpadeó. Esperaba encontrar el rostro burlón de Salomé y su maligna sonrisa, presagio de nuevos tormentos. En lugar de ello, oyó una exclamación de espanto y de compasión.

—¡Taramis! ¡Oh, mi reina!

Aquellas palabras resultaron tan extrañas a los oídos de la prisionera que creyó que estaba soñando. Detrás de la antorcha pudo divisar algunas siluetas, el brillo del acero y luego cinco rostros que se inclinaban hacia ella. No eran caras morenas y de nariz aguileña, sino semblantes delgados y de piel blanca. Taramis se acurrucó contra la pared y se quedó mirando fijamente a los recién llegados.

Uno de los hombres se adelantó y cayó de rodillas ante ella; luego abrió los brazos y dijo con voz compasiva:

—¡Oh, Taramis, demos gracias a Ishtar por haberte encontrado! ¿No me recuerdas, mi señora? Soy Valerius. Una vez tuviste palabras de elogio para mí, después de la batalla de Koryeka.

—¡Valerius! —exclamó ella con voz insegura, al tiempo que las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas—. ¡Oh, debo de estar soñando! ¡Es otra hechicería con la que Salomé me atormenta de nuevo!

—¡No, mi señora! —dijo Valerius lleno de gozo—. ¡Son tus verdaderos vasallos que vienen a rescatarte! Pero debemos darnos prisa. Constantius está luchando en el llano contra Conan el cimmerio, que ha cruzado el río con los zuagires. Sin embargo, en la ciudad quedan aún trescientos shemitas. Matamos al carcelero y le quitamos las llaves. No hemos visto a más guardianes. Pero

debemos irnos ya. ¡Vamos, deprisa!

La reina intentó ponerse en pie, pero sus fuerzas le fallaron, más a causa de la emoción que por debilidad.

Valerius la levantó en brazos como a una niña, y abandonaron la mazmorra detrás del soldado que llevaba la tea. El ascenso por la húmeda escalera parecía interminable, pero finalmente salieron a un corredor.

Al pasar ante una oscura arcada, la antorcha se apagó súbitamente y su portador exhaló un leve grito de agonía. En el corredor brilló un fuego azul, que iluminó momentáneamente el rostro furioso y maligno de Salomé y al hombre de aspecto brutal que la acompañaba. Luego, los fugitivos quedaron cegados por el resplandor.

Valerius trató de echar a correr por el pasillo con la reina en brazos. Percibió un sonido similar al de un cuchillo que se hundía repetidas veces en la carne, acompañado de estertores de muerte. Luego le arrebataron violentamente a la reina de los brazos, y después un golpe brutal lo hizo caer al suelo.

Se puso en pie con gran esfuerzo y sacudió la cabeza como para librarse de la llama azulina que todavía parecía bailar ante sus ojos. Valerius se aclaró la vista, y se encontró en el corredor… rodeado únicamente de muertos. Sus cuatro compañeros yacían entre charcos de sangre, con la cabeza y el pecho destrozados a puñaladas. Cegados por esa llama infernal, habían muerto sin poder defenderse. La reina había desaparecido. Al tiempo que profería una maldición, Valerius recogió su espada. Luego se quitó el abollado casco, que dejó caer al suelo, y la sangre resbaló sobre su rostro desde un corte que tenía en el cuero cabelludo.

Estaba desesperado y sin saber qué hacer, cuando oyó una voz angustiada que decía:

—¡Valerius! ¡Valerius!

Avanzó trastabillando en dirección a la voz, y de repente sintió un cuerpo cálido y esbelto que se apretaba frenéticamente contra él.

—¡Ivga! ¿Estás loca? —dijo el joven.

—¡Tenía que venir! —murmuró ella sollozando—. Te seguí y me oculté en el hueco de una arcada. Hace un momento vi a Salomé en compañía de un esbirro que llevaba a una mujer en brazos. Me di cuenta de que era la reina y comprendí que habías fracasado en tu

intento. ¡Oh, estás herido!

—Es solo un arañazo —repuso él, al tiempo que apartaba a la muchacha—. ¡Rápido, Ivga, dime hacia dónde fueron!

—Cruzaron la plaza en dirección al templo.

Valerius palideció y dijo:

—¡Por Ishtar! ¡El demonio! ¡Quiere ofrendar a Taramis al demonio que venera! ¡Deprisa, Ivga, ve hasta la muralla sur, dónde la gente está viendo la batalla! ¡Diles que la verdadera reina ha sido encontrada y que la impostora la lleva hacia el templo! ¡Corre!

Todavía sollozando, la joven se alejó velozmente. Valerius salió a la calle, cruzó la plaza y se dirigió a la gran estructura de piedra del templo. Ascendió rápidamente la amplia escalinata de mármol y pasó corriendo entre las columnas del pórtico. Al entrar en el recinto, Valerius divisó al extraño grupo. Era evidente que la prisionera había opuesto más resistencia de la que cabía esperar. Al ver que estaba perdida sin remedio, Taramis se debatía con toda la fuerza de su espléndido y joven cuerpo. En una ocasión se vio libre de los brazos del repelente sacerdote, pero este volvió a aferraría.

El grupo se hallaba casi en el centro de la amplia nave, al fondo de la cual se alzaba un sombrío altar. Detrás de este se podía ver la gran puerta de metal por la que habían entrado tantos hombres, mujeres y niños para no salir nunca más. Taramis jadeaba. Su harapiento vestido le había sido arrancado del cuerpo en la lucha. Se debatía bajo la presión de las manos de su simiesco captor como una blanca ninfa desnuda entre los brazos de un sátiro. Salomé miraba con gesto cínico, mientras el grupo avanzaba con rapidez hacia la puerta tallada. Desde las elevadas paredes oscuras, las estatuas de algunos dioses obscenos y las gárgolas miraban sonrientes hacia abajo, como si estuvieran vivas.

Jadeando de rabia, Valerius corrió hacia el centro de la enorme sala, con la espada en la mano. Ante un grito de advertencia de Salomé, el sacerdote de rostro cadavérico miró hacia arriba, soltó a Taramis y extrajo un puñal manchado de sangre. A continuación corrió en dirección al recién llegado.

Pero apuñalar a unos hombres deslumbrados por una llama lanzada por Salomé no era lo mismo que luchar contra un musculoso joven cegado por la ira y el deseo de venganza.

El hombre levantó el puñal ensangrentado, pero la afilada hoja

de la espada de Valerius silbó en el aire y la mano que empuñaba la daga saltó de la muñeca, con una lluvia de sangre. Valerius asestó un mandoble tras otro con todas sus fuerzas. La hoja atravesó la carne y el hueso, y la cabeza del sacerdote cayó hacia un lado, mientras el resto del cuerpo se desplomaba hacia el otro.

Valerius giró en redondo con la rapidez y la ferocidad de un felino de la selva y buscó a Salomé con la mirada. Esta había agotado ya el polvillo inflamable que empleara en la prisión y se inclinaba ahora ante Taramis, a la que tenía sujeta por los cabellos, mientras empuñaba una daga en la otra mano. Entonces, al tiempo que gritaba salvajemente, Valerius clavó su espada en el pecho de la bruja con una fuerza y un ímpetu tal que la punta le salió por la espalda. Salomé se derrumbó con un grito aterrador y quedó retorciéndose convulsivamente en el suelo. Luego aferró la afilada hoja en el momento en que la joven la extraía de su cuerpo. Las manos de la bruja se inundaron de sangre y sus ojos adoptaron una expresión inhumana. En una lucha desesperada contra la muerte, se apretó la herida que teñía de color carmesí sus vestidos y cortaba justo por la mitad la roja media luna de su pecho de marfil. Finalmente cayó al suelo, arañando las frías losas de piedra.

Valerius se dirigió hacia Taramis, que estaba a punto de desmayarse, y la levantó del suelo. Luego volvió la espalda al cuerpo que aún se retorcía sobre las losas de piedra y corrió hacia el pórtico. Se detuvo en lo alto de la escalinata y vio que la plaza estaba colmada de gente. Algunas personas habían acudido ante los gritos incoherentes de Ivga, en tanto que otros se habían alejado de las murallas por temor a las hordas que llegaban del desierto. Todos se habían congregado en la plaza sin saber qué hacer. La sombría resignación de la gente había desaparecido, y ahora gritaban violentamente. Cerca de la muralla sonaban ya las voces de los invasores.

Un grupo de oscuros shemitas se abrió paso sin contemplaciones entre la multitud. Eran los centinelas de las puertas del sector norte, que corrían a ayudar a sus camaradas de la puerta sur. Cuando vieron al joven que llevaba en brazos a la mujer desnuda, se detuvieron. Todas las cabezas se volvieron hacia la escalera del templo, y el asombro se añadió a la confusión reinante.

—¡Esta es vuestra reina! —exclamó Valerius, tratando de

hacerse oír entre el clamor popular.

La rugiente multitud no le entendió y respondió con gritos. Valerius trató en vano de dominar el tumulto con su voz. Los shemitas avanzaron hacia los escalones del templo, atacando sin piedad a la muchedumbre con sus lanzas.

Entonces ocurrió algo que aumentó el terrible desconcierto. De la oscuridad del templo que estaba detrás de Valerius surgió una silueta blanca, bañada en sangre. La multitud gritó estremecida. Allí, en brazos de Valerius, había una mujer que parecía ser la reina. Y del templo salía, vacilante, otra figura que parecía una réplica exacta de esta. Todos la miraron atónitos. El mismo Valerius sintió que la sangre se le helaba en las venas al ver a Salomé entre las columnas del pórtico. Su espada le había traspasado el corazón. La mujer debía estar muerta, de acuerdo con todas las leyes de la naturaleza. Sin embargo, allí se encontraba, tambaleándose, aferrada de un modo terrible a la vida.

—¡Thaug! —exclamó Salomé retrocediendo—. ¡Thaug!

Como respuesta a esa invocación aterradora, se oyó un espantoso graznido procedente del interior del templo.

—¡Esa es la reina! —rugió el capitán de los shemitas, al tiempo que levantaba su arco—. ¡Matad a ese hombre y a la otra mujer!

Pero de la multitud se elevó un rugido como de cien jaurías. Al fin habían comprendido la verdad, y se daban cuenta de que la mujer que estaba en brazos del joven era su verdadera reina. Con un grito estremecedor se abalanzaron sobre los shemitas, luchando con uñas y dientes, con la desesperación que da la ira largo tiempo contenida. Más arriba, Salomé se tambaleó una vez más y luego se desplomó sobre la escalera de mármol, muerta ya por fin.

Las flechas silbaron en torno a Valerius mientras este corría entre las columnas del pórtico, escudando con su cuerpo el de la reina Taramis. Por su parte, los shemitas, que tenían que vérselas ahora con la muchedumbre enardecida disparaban sus arcos a mansalva. Valerius corrió hacia la puerta del templo, pero cuando ya tenía puesto un pie en el umbral, retrocedió espantado y gritó.

De las tinieblas que reinaban en la gran sala del templo salía dando grandes saltos hacia él, una silueta oscura que no alcanzaba a divisar del todo. Vio el resplandor de unos ojos enormes, sobrehumanos, y el brillo de algo que parecían garras o colmillos.

Al retroceder, oyó el silbido de una lanza que pasó muy cerca de su cabeza cortando el aire, advirtiéndole que la muerte estaba agazapada tras él. Cuatro o cinco shemitas se habían abierto paso entre la multitud y subían a caballo por la escalinata con los arcos dispuestos para el ataque. Valerius se ocultó tras una columna, contra la cual se quebraron las flechas. Taramis se había desmayado, y parecía una mujer muerta en sus brazos.

Antes que los shemitas pudieran atacar de nuevo, la puerta del templo quedó bloqueada por una figura gigantesca. Los mercenarios profirieron gritos de horror, se volvieron y comenzaron a apartar a la aterrada muchedumbre con sus armas, para alejarse corriendo.

El monstruo parecía estar mirando a Valerius y a la reina. Hizo pasar un enorme y viscoso cuerpo a través del vano de la puerta y saltó hacia el joven, que ya corría escaleras abajo. Valerius sintió a sus espaldas la sombría masa, ese engendro de la naturaleza surgido del corazón de la noche, en el que solo se veían con claridad sus grandes ojos y los colmillos relucientes.

En ese preciso momento se oyó el resonar de cascos de caballos. Los shemitas huyeron a través de la plaza en desbandada. Otros llegaron empapados en sangre por el sur, y tras ellos irrumpió un grupo de jinetes que rugían maldiciones en una lengua conocida y blandían espadas rojas de sangre. ¡Eran los hiborios exiliados que regresaban a la ciudad! Con ellos llegaban cincuenta jinetes del desierto, a cuya cabeza cabalgaba un gigante protegido por una cota de malla de color negro.

—¡Conan! —exclamó Valerius—. ¡Conan!

El gigante dio una orden y, sin frenar a sus caballos, los hombres del desierto levantaron sus arcos y dispararon. Una nube de flechas cruzó silbando la plaza, por encima de la multitud, y se hundió hasta las plumas en el cuerpo del negro monstruo. Este se detuvo, se tambaleó y comenzó a retroceder de espaldas al templo. Era como una enorme mancha recortada contra las columnas de mármol. Las cuerdas de los arcos volvieron a vibrar, y el terrible monstruo cayó al suelo y rodó por las escaleras, tan muerto como la bruja que lo había llamado desde la noche de los tiempos.

Conan tiró de las riendas delante del pórtico y saltó del caballo. Valerius, agotado por la emoción, había depositado a Taramis sobre el suelo de mármol. La multitud se agolpó alrededor del grupo, pero

el cimmerio los hizo retroceder gritando una maldición. Luego dijo:

—¡Por Crom, esta es la verdadera reina Taramis! Entonces, ¿quién es esa que está allí?

—El demonio impostor —repuso Valerius jadeando.

Conan bramó otro juramento, arrancó la capa de uno de los soldados y envolvió con ella el cuerpo desnudo de la reina. Las largas pestañas de Taramis parpadearon sobre sus mejillas. Luego abrió los ojos y observó con gesto incrédulo el rostro lleno de cicatrices del cimmerio.

—¡Conan! —exclamó—. ¿Estoy soñando? ¡Ella me dijo que estabas muerto…!

—¡Casi! —dijo él sonriendo—. No estás soñando, mi señora. Hoy vuelves a ser la reina de Khaurán. He derrotado a Constantius junto al río. La mayor parte de sus perros no vivieron lo suficiente para llegar hasta las murallas de la ciudad, pues di órdenes de que no se tomaran prisioneros… con excepción de Constantius. Los guardias de la ciudad nos cerraron las puertas en las narices, pero nos abrimos paso con los arietes. He dejado a todos mis hombres al otro lado de la muralla, menos a estos cincuenta khauranios, que me parecieron suficientes para dominar a los centinelas de las puertas de la ciudad.

—¡Ha sido una pesadilla! —dijo la reina suspirando—. ¡Oh, mi pobre pueblo! Conan, deberás ayudarme a recompensarlos por los sufrimientos que han padecido por mí. ¡Desde ahora eres mi consejero, además de capitán!

El cimmerio sonrió y movió la cabeza. Luego ayudó a Taramis a ponerse en pie, y después señaló a un grupo de jinetes khauranios que seguían persiguiendo a los shemitas y declaró:

—No, muchacha, eso ha terminado. Ahora soy el jefe de los zuagires, y debo conducirlos a saquear las ciudades y aldeas turanias, pues se lo he prometido. Este muchacho, Valerius, será mejor capitán que yo. No estoy hecho para vivir entre paredes de mármol. Y ahora he de dejarte, porque debo terminar mi trabajo. Todavía hay shemitas vivos en Khaurán.

Mientras Valerius cruzaba la plaza detrás de Taramis, entre una multitud que lanzaba frenéticos vítores a la reina, el joven sintió una suave mano que buscaba la suya. Se volvió y apretó contra él el hermoso cuerpo de Ivga. Luego la estrechó entre sus brazos y bebió

sus besos con la gratitud del exhausto guerrero que puede descansar después de tantas tribulaciones y batallas.

Pero no todos los hombres buscaban el reposo y la paz; algunos habían nacido con espíritu tormentoso y eran los heraldos inquietos de la violencia y de la guerra, pues no conocían otra forma de vida…

El sol se alzaba en el horizonte. El antiguo camino de las caravanas estaba atestado de jinetes con túnicas blancas. La línea ondulante que formaban se extendía desde las murallas de Khaurán hasta un lejano lugar de la planicie. Conan el cimmerio se encontraba a la cabeza de esa columna. Estaba de pie frente a un madero, enterrado profundamente en la tierra. Cerca del madero había una pesada cruz, a la que un hombre estaba clavado por las manos y los pies.

—Hace siete meses, Constantius —dijo Conan—, era yo el que colgaba de la cruz, y tú el que se sentaba sobre el caballo.

Constantius no respondió. Se mordió los labios grises, en tanto que sus ojos estaban vidriosos por el dolor y el miedo. Los músculos de su cuerpo delgado estaban en tensión.

—Veo que sabes mejor infligir la tortura que soportarla —agregó el cimmerio con calma—. Estuve colgado de esa cruz como tú ahora, y sobreviví gracias a las circunstancias y a un temple y un vigor que solo poseemos los bárbaros. Pero vosotros, los llamados hombres civilizados, sois blandos. Vuestras vidas no están clavadas a vuestras espinas dorsales como las nuestras. Vuestra fuerza reside principalmente en provocar tormentos, no en soportarlos. Estarás muerto antes de que se ponga el sol. Así pues, Halcón, te dejo en compañía de otros pájaros del desierto.

Y diciendo esto, señaló a los buitres cuyas sombras cruzaban la arena, mientras daban vueltas arriba, en el cielo. De los labios de Constantius surgió un grito inhumano, lleno de espanto y desesperación, al comprender el irremediable destino que le esperaba.

Conan agitó las riendas de su corcel y se dirigió hacia el río, que brillaba como una gran cinta de plata bajo el sol de la mañana. Detrás del cimmerio, la larga columna de jinetes vestidos de blanco se puso en marcha y avanzó lentamente. Al pasar delante de la cruz, cada uno de ellos miró con indiferencia al condenado, con la

característica falta de compasión de los hijos del desierto. Y mientras la oscura silueta del madero se recortaba ante el disco del sol naciente, los cascos de los caballos hollaron el suelo levantando tenues nubes de polvo. Las alas de los hambrientos buitres planeaban cada vez más bajo.



ROBERT E. HOWARD (Peaster, Estados Unidos, 1906 - Cross Plains, 1936). Escritor estadounidense de aventuras históricas y fantásticas, publicadas principalmente en la revista *Weird Tales* en los años 1930. Se le considera como uno de los padres del subgénero conocido como «espada y brujería» y es mundialmente conocido por ser el creador de afamados personajes populares como Conan el Bárbaro, Kull de Atlantis y Solomon Kane. Es, junto con
J. R. R. Tolkien
, uno de los escritores más influyentes de la fantasía heroica moderna.

Hijo de Isaac Mordecai Howard y Hester Jane Ervin Howard. Su familia vivió en varios lugares del sur, este y oeste de Texas, además del oeste de Oklahoma, antes de asentarse en pleno centro del estado, en Cross Plains (1919). Muy enfermizo, se transformó en adicto al gimnasio y llegó a ser un joven fornido y apuesto, pero solitario, introvertido y huraño, de forma que apenas tuvo amigos, salvo los epistolares que hizo entre los escritores del círculo de Howard P. Lovecraft, autor con quien empezó a cartearse en 1924. Los temas que le interesaban eran, sobre todo, los conflictos entre civilización y barbarie (con una preferencia nietzscheana por esta última), las teorías geológicas e históricas, la decadencia de las

razas y la eugenesia. Desde 1923 empezó a sentir fuertes depresiones y tuvo varios intentos de suicidio. Su madre, que se llevaba muy mal con su padre, fue con él sobreprotectora y la relación entre ellos se hizo tan estrecha que, cuando su madre quedó en coma irreversible, el escritor, a sus treinta años, prefirió suicidarse de un tiro.

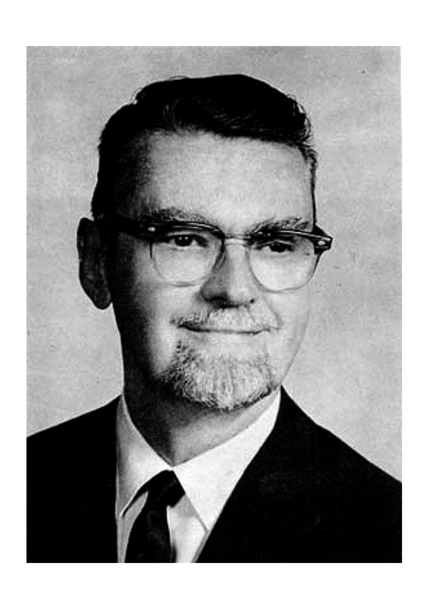
Consagraba su tiempo a la lectura de libros de historia y llegó a acumular una erudición notable; empezó a escribir con quince años y a los dieciocho vendió su primer relato, *La lanza y la espada* (diciembre de 1932), a la revista de ficción popular y papel barato (*pulp*) *Weird Tales*, lugar donde se publicó la mayor parte de su obra. En 1934 ya era el principal autor de la revista, en diez de cuyos doce números publicó, llevándose la portada en cuatro ocasiones; con este éxito se echó una novia, Novalyne Price, una maestra de Cross Plains, a pesar de la oposición de sus padres y empezó a hacer más realistas sus historias; pero en 1935 su novia le dejó por uno de sus escasos amigos y el editor de *Weird Tales*, que le debía 800 dólares, rechazó uno de sus relatos; su madre enfermó de tuberculosis y empezaron los problemas económicos no solo para él, sino para todo el país, postrado en medio de la Gran Depresión; entonces escribió el que consideraba su mejor relato, *Clavos rojos*, donde la barbarie desaparece y la civilización se destruye a sí misma en un relato protagonizado por Conan, a quien se disputan la pirata Valeria y la bruja Tascela en medio de una guerra civil que enfrenta a dos hermanos, presunta alegoría de la relación entre Howard, Novalyne Price, el amigo traidor y los padres del escritor. La crítica coincide en considerar este relato y *Más allá del río Negro* como las mejores historias de Conan.

En estas revistas *pulp*, de precio asequible, Howard creó una pléyade de héroes de la narrativa de ficción, casi siempre bárbaros que llegaban a ser reyes como Kull de Atlantis o Conan el Cimmerio; Solomon Kane, un puritano inglés armado con un talismán vudú; aventureros pictos y celtas en la Britania romana; el boxeador Steve Costigan; novelas del oeste estadounidense y un sinfín de géneros, incluido el erótico, que lo avergonzaba. El espacio en que se mueven estos personajes en realidad es un trasunto de las tierras fronterizas de Texas.

Su personaje más importante fue Conan, que el público descubrió en el relato *El fénix en la espada*, publicado por primera vez en diciembre de 1932. Fue probablemente para este personaje para quien Howard escribió sus mejores páginas.

Howard coincidió con otros autores de la época como Lovecraft (quien le otorgaría el apelativo amistoso de *Bob Two-Gun*, «Bob Dos Pistolas», en alusión a su origen texano) y Clark Ashton Smith, que influyeron de alguna manera en su obra en lo que vino en llamarse el «Círculo de Lovecraft». Así, los protagonistas de algunos relatos de Howard llegan a encontrarse con las criaturas ideadas por Lovecraft y viceversa.

El 11 de junio de 1936, hacia las ocho de la mañana, después de que su madre entrara en coma debido a la tuberculosis, Howard se sentó en la parte delantera de su coche y se disparó en la cabeza con un Colt del calibre 38. Murió a las cuatro de ese mismo día y su madre falleció al día siguiente. Compartieron funeral el 14 de junio y ambos fueron enterrados en el cementerio de Greenleaf en Brownwood.



LYON SPRAGUE DE CAMP (Nueva York, 1907 - Plano, 2000). Sus primeras décadas las aprovechó siendo un buen estudiante e interesado por la Ciencia. Se diplomó en el Instituto Tecnológico de California (1930) y en el Stevens de Nueva Yersey (1933). Sus primeras labores las desarrolló como ingeniero, instructor y director de la Escuela de Invención y Patentes. El siguiente trabajo como editor y periodista (1937-38) le hace irse aproximando al campo de las letras. El primer relato que vende profesionalmente es *The Isolinguals*, en septiembre de 1937, para «Astounding Stories». Su vida se encamina a ser escritor «free-lance» para las revistas de la época, hasta que la Guerra Mundial trunca sus planes, donde desempeña una labor de experto para la Marina de los Estados Unidos. Licenciado con el grado de comandante, vuelve por sus fueros como escritor, realizando, también, una labor de periodista y colaborador de una agencia publicitaria en Filadelphia (1956).

L. Sprague de Camp es fundamentalmente conocido en España por sus colaboraciones con R. E. Howard y Lin Carter en la saga de *Conan*, al igual que como especialista americano en la Heroic Fantasy. Pero su faceta fundamental versa en torno a una space opera picaresca y a una fantasía de clara tendencia humorística. La *serie de Krishna o serie de Viagens Interplanetarias* es una mezcla de

aventura a lo Edgar Rice Burroughs y de intrigas maquiavélicas, destacando unos personajes «simpáticos» para el lector, antihéroes que les mueve el interés práctico. Dentro de este ciclo sobresalen las siguientes novelas: *La torre de Zanid* (1958), *The Search for Zei* (1962) y *The Hand of Zei* (1963).

El Rey Reluctante es una trilogía donde persisten los grandes temas del autor: una imaginería de tipo humorístico, con referencias medievales y haciendo hincapié en la aventura; un carácter «urbano» y sociológico, cuestionando el lugar que uno ocupa en una sociedad cuando algo lo perturba, y la utilización del esfuerzo del héroe para construir un nuevo estado de cosas. También el uso de la tecnología mágica, aplicada a los fines de una razón práctica. La obra está compuesta por las siguientes novelas: *La torre encantada* (1968), *Los relojes de haz* (1971) y *El rey que salvó su cabeza* (1983). En base al éxito de estas narraciones, De Camp escribió una nueva secuela: *The Honorable Barbarían* (1989).